



Ernesto Pérez Zúñiga

No cantaremos en tierra de extraños





ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

No cantaremos en tierra de extraños

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2016

© Ernesto Pérez Zúñiga
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Imagen de portada: El periodista británico Raymond Walker arriesga su vida cruzando bajo las balas el puente desde Irún hacia Hendaya llevando en sus brazos a un bebé refugiado durante la Guerra Civil, 6 de septiembre de 1936.

© Horace Abrahams / Getty Images

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-29-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Este libro es para mi padre, Ernesto Pérez Soler,
quien en las tardes de mi niñez me inició
en las aventuras del oeste.*

*También se lo dedico a Juan Diego Pérez González,
porque lo condenaron a seis meses y un día
en un año muy cercano al fin del franquismo.*

*A Luis Mateo Díez, quien me hizo ver que las historias
que más nos conciernen conquistan aquello
que (todavía) no somos.*

*Y a Carlos García Gual,
que me impulsó a regresar a la épica.*

*There is a river called 'The river of no return',
Sometimes it's peaceful and sometimes wild and free.
Love is a traveler on 'The river of no return'
Swept on for ever to be lost in the stormy sea.*

*Wail-a-ree, I can hear the river call, no return, no return,
Where the roarin' waters fall, wail-a-ree.
I can hear my lover call come to me, no return, no return.
I lost my love on the river and for ever my heart will yearn.*

*Gone, gone for ever down 'The river of no return'.
Wail-a-ree, wail-a-re-e-ee, you'll never return to me.
No return, no return. Never.*

LIONEL NEWMAN, KEN DARBY
(cantada por Robert Mitchum y Marilyn Monroe
en *Río sin retorno*).

PRIMERA PARTE

–Dime quién eres antes de que me saquen la bala.

Dentro de la luz se perfilaron los estucos, la pared pintada con adornos *palaciegos*, pensó. Pero *bala* había sido la primera palabra importante del día. Acarició las sábanas, reconociendo la calma que le proporcionaban desde su ingreso en el hospital Varsovia de Toulouse. Todo lo contrario que sus sueños, donde volvía a suceder una y otra vez la pérdida de su mujer.

Seis años atrás le había prometido regresar después de la condena, a la que luego se habían sumado el destierro, el campo de concentración y el sótano. *¿Ángeles sigue viva?* Cómo podría saberlo, viajar al otro lado de los Pirineos era imposible y peor con aquella fiebre que tiraba de su cuerpo con un extra de gravedad. *¿Quién es?*

Se refería al enfermo que ocupaba la cama de al lado, sustituto del moribundo que se habían llevado por la noche mientras él se agotaba tapándose las orejas para no oír sus gemidos, ni el resto de las respiraciones que se concentraban en la sala. Le costaba aceptar que el presente consistía en permanecer entre camas ocupadas por supervivientes de una historia que desconocía por completo. Los últimos años le habían pasado por encima como una tormenta, mientras él trataba de sobrevivir dentro de un sótano.

Ahora quiso mirar al nuevo, hacia su izquierda, sin despegar la cabeza de la almohada, y ya se encontró la cara que se burlaba de él, como si aquellos ojos grandes se sintieran satisfechos y orgullosos de la barba y de las heridas que sin duda traía del frente y se comparara, socarrón, con cada uno de los que no habían luchado en la frontera.

Desde ayer se rumoreaba que iban a llegar heridos procedentes de las

montañas. *Ayer*. ¿Pero qué día era hoy?

–17 de octubre de 1944 –dijo el nuevo, que no había dejado de mirarlo y que obviamente lo había oído hablar, en voz alta.

Tendría que aprender a controlar la fiebre que vivía en el hueco de su cabeza, o la locura cultivada en el encierro, ya bien arraigada. Se incorporó sobre la almohada y estiró la mano:

–Manuel Juanmaría.

El recién llegado la apretó con firmeza:

–Sargento jefe Ramón Montenegro, en estos momentos sin ejército, y en una vida anterior profesor de literatura en un instituto de Madrid.

Manuel vio pasar por su mente las alambradas, el verde más allá, tan real que se podían tocar algunas briznas en el campo de Vernet; mucho antes, infinitamente antes, un árbol en la frontera, *de sus ramas colgamos nuestras arpas*, la violencia de los rostros que les detuvieron; atrás, más atrás, la mala sombra de los aviones, las tablas mal clavadas del ataúd en el que salió de Vulturno, vivo a pesar de todo pero como si nunca hubiera vivido. Y el hambre, después y después y después, «contra el hambre, alambrada día y noche», como decía Max en Vernet, hasta que llegó aquella canción, *olvideme de mí si te olvidare*, cuya música había nacido del páramo que se expandía por el estómago y las tripas.

Por lo que no resultaba fácil prestar atención a lo que decía el sargento jefe, y menos si hablaba tanto de aquella casa donde había estado refugiado unos días antes de fracasar en la Operación Reconquista con la que había tratado de entrar en España a través de los Pirineos:

–Ha sido un desastre pero estas heridas compensan las camas y los manjares de Maillon. Con sólo contar lo que había hecho en París contra los nazis, me abrían todas las puertas y un buen puñado de corchetes.

¿*Corchetes*? Aquella palabra se había quedado sola, alumbrada en mitad de la mente de Manuel, pero esta vez ni siquiera había abierto la boca cuando Montenegro ya la estaba explicando:

–Sujetadores, ropa interior.

¿O es que otra vez había hablado sin darse cuenta?

Y Manuel se iba haciendo una idea de su nuevo compañero: cínico, envalentonado, más de cuarenta años y marcado por la intemperie, un hombre al que le gustaba hablar y quizás también escucharse, *un superviviente que conserva la moral muy alta*.

Alguien parecido a él fue quien lo incorporó del suelo cuando los franceses lo sacaban del Castillo de Colliure, donde habían concentrado a los anarquistas en la avalancha que llegó a Francia al fin de la guerra. Manuel decidió contárselo:

–Tropecé entre los fusiles, y un soldado que entraba en el castillo me ayudó a levantarme.

Aquella niebla viajó de un hombre a otro, de los ojos febriles a la mirada decidida, del rostro macilento y afeitado al salvaje de barba, nieve, bosques, trincheras y quién sabe. Montenegro apoyó la cabeza en la almohada y dijo:

–Puede ser. Nos asignaron el castillo y, al llegar, nos cruzamos con unos muertos de hambre, todos lo estábamos, pero lo vuestro parecía una reunión de mendigos. Uno cayó, es cierto. Lo siento, no reconozco tu cara.

–Yo tampoco –murmuró Manuel–; prefiero no mirarme en un espejo.

–Parecía imposible, pero después todo fue peor. Éramos todavía soldados de la República antes de caer en la trampa de Francia, que ya nos ha traicionado dos veces, una traición se llamó Daladier, a quien dedicamos la mejor letrina del campo Argelès-sur-Mer, y la otra se llama De Gaulle, por quien hemos liberado París, y él nos paga aceptando el gobierno de Franco.

Francia es mi única casa, pensó Manuel.

–Tu casa... –le reprochó Montenegro–, tu casa fue el castillo donde te encerraron para darte la bienvenida.

De eso sí se acordaba Manuel. Los soldados habían llegado con la orquesta militar tocando el himno de Riego, en formación, tratando de dignificar aquel paso de la frontera después de La Retirada. Y, junto a los soldados, una muchedumbre sin fuerzas que se dispersaba al primer ronroneo de los Junkers.

–A nosotros –continuaba Montenegro–, nos quitaron las armas en cuanto llamamos al timbre de tu casa, y todavía nos dejaron libres en Colliure. En

esos días enterramos al mejor poeta de España. Tuve el honor de cubrir el féretro con la bandera republicana y, aunque no conseguí plaza para cargarlo al hombro, caminé justo detrás, encabezando la marcha codo con codo con alguno de los políticos a los que tu casa repatrió poco después. Y Franco, por supuesto, los fusiló.

Montenegro se quedó callado, mirando al techo, y luego dijo:

—¿Sabes? Toqué aquella madera. La tela tricolor se resbalaba del ataúd, como todo se había ido resbalando desde el 36. Y oí la música más triste del mundo. La tocaba un hombre solo delante de la tumba, no sé qué instrumento de cuerda. Llenaba cada resquicio del cementerio.

Manuel recuperó la imagen de un hombre que había arrojado al suelo su equipaje antes de cruzar la frontera, *era una maleta, y al caer se abrió y los papeles se fueron derramando por el polvo, y pisábamos aquella caligrafía porque a nadie quedaba voluntad nada más que para seguir avanzando.*

¿Chsst?

Le estaba chistando Montenegro; incorporándose, le daba con el brazo:

—Deja de cuchichear y cuéntame más de ti. Me gustaría conocer a la persona que se acuesta a mi lado antes de que los médicos me maten.

—No hay mucho que contar. Trabajaba en una compañía eléctrica en un pueblo de Andalucía y allí me condenaron por anarquista. Conseguí escaparme y llegué a la frontera. Desde Colliure me llevaron a un campo de concentración. Allí me parece que estuve siempre y allí sigo estando.

En el techo, junto a la raya marcada por el adorno en estuco, Manuel veía los rostros que sus propios ojos proyectaban y que se iban transformando en palabras: el relojero, el conde, el zapatero, el industrial, el pintor, el diplomático, el peletero, el tuerto sin oficio, el flaco entre los flacos, el minero, el chófer, aquellos vascos que detuvieron por casualidad, el tranviario, el sacristán de Murcia, el testigo de Jehová que le enseñaba a cantar los salmos, los judíos que traían de cualquier parte, este griego, aquel austriaco, francés, húngaro, y también españoles de todo rincón con nombre; el hijo de puta jefe de la barraca, gordísimo, capaz de estrangularte por un plato de lentejas; los comunistas del fondo, inseparables, que habían luchado en las Brigadas Internacionales y que llamaban traidor a quienquiera que no

pensase como ellos; y, por encima de todos, Max te observaba y te levantaba del suelo una y otra vez con la mano que usaba para apuntar frases en papelitos. Cualquier ideología o procedencia valía para ser prisionero, lo más apreciado era la torpeza de haber caído sin causa: torpes todos, inútiles con los carceleros y con el hambre y con la sensación de que la montaña y el río estaban al alcance, a un paso más allá de las alambradas; insalvable el espacio reducido, como vivir dentro de un cráneo inserto dentro de un cráneo mayor: el campo de Vernet, atestado de pensamientos de inconcebible crueldad convertidos en acciones de inmediato. Tienes razón con lo que has dicho de Francia, sargento jefe, y tenía razón Max. «Al buen lamer llaman francés», me decía para que me riera de aquellos carceleros que estaban trabajando para el fascismo. Y luego me encerraron en la Jaula.

–¿Qué era la Jaula?

–Un trozo de tierra cercado y a la intemperie.

–¿Y por qué te encerraron allí, compañero, qué hiciste?

–No quise acarrear más piedras.

Tenía que llevarlas de aquí para allá, con razón ninguna. Cuando dejó de hacerlo tomó una decisión superior a la voluntad, que cedió al peso de hierro que suponía vivir cada segundo. Y tampoco sabía por qué, ya en la Jaula, se puso a cantar bajo los golpes, arrodillado, aquella letra que le enseñó el testigo de Jehová y que luego Max había completado y mejorado con una versión española. No sabía decir de dónde vino la música en aquel momento preciso, de algún lugar detrás del esternón y que no parecía suyo ni de nadie, sino de una conjunción de tierra y cielo en aquella encrucijada de su cuerpo. Cantó y los golpes se detuvieron: el látigo y las órdenes que hablaban en francés. Y como si el silencio fuera viento que se levantara en todas direcciones, cada centímetro del campo se fue callando. Él mismo oía su propia voz como si fuera la de otro. Entonces se dio cuenta de que uno de los oficiales, el más viejo, se había acercado, y lo escrutaba. Se llamaba Corbeau.

Manuel calló. *Cómo seguir contándole la verdad, mejor decir:*

–Cuando salí de allí trabajé en una mina, hice carbón, fui leñador en los

bosques de l'Ariege.

Lo siguiente que vio en el techo del hospital Varsovia ya no fueron palabras para Montenegro sino aquella historia que jamás le confesaría. *Porque la lucha sucede dentro de uno contra la marioneta que tiene mi rostro. Porque el que está ahí dentro sabe que hay tres partes de uno mismo sobre una que podrían quitarse las cadenas de los acontecimientos, que podrían haberlo hecho pero no supieron cómo, y en cambio se convencieron de que era aquella marioneta la que importaba, y la que tenía que actuar según me enseñó mi padre.*

–No me hables de padres –dijo Montenegro–. Los míos son del norte, a saber qué fue de ellos en la guerra. Y, sobre todo, no me hables de Francia. No nos ayudó a proteger nuestro primer intento de democracia y, encima, nos recibió a culatazos.

–Al menos Francia nos ha dejado este hospital. Mucho más que España –dijo Manuel–. ¿Qué fue de ti después de Colliure?

Después, contó el sargento jefe, fue internado en el campo de Argelès-sur-Mer, del que consiguió salir para enrolarse en la Legión Extranjera, luchar en África a cambio de una graduación de esclavo, y desertar de los franceses profascistas que torturaban con sus botas de hierro a los refugiados españoles en los campos de Argelia. Persiguió y alcanzó la sombra prestigiosa de Leclerc, quien regaba otra vez con entusiasmo las raíces ya secas de todo lo que no fuera instinto de supervivencia y miedo.

Leclerc nos decía: «No sois los combatientes de la guerra civil, sino los de una cruzada por la libertad». Y nosotros le creíamos. Así nos embarcamos hacia Inglaterra y después hemos llegado a esta tierra. Nos llamaban la Nueve. Íbamos bajo el mando de la Francia Libre, en carros de combate con nombres españoles, Quijote o Belchite, cosida al hombro la bandera republicana. Hemos respirado plomo y lo hemos hecho masticar a los alemanes. Hemos tenido que avanzar dejando atrás la muerte de aquel cuerpo que se llamaba compañero, que sabía contar cómo había escapado de España y ahora continuaba guerreando por un mundo justo para todos. Había que

aprender a dejarlos difuminados, repartidos en una explosión, acribillados en una emboscada. Muchos éramos mayores para esto. La guerra está hecha para gente de veinte años, incluso yo me dormía de pie o no me despertaba en la trinchera hasta que las bombas percutían una y otra vez; un resplandor te acababa avisando, si tenías suerte.

No sólo Manuel, la sala era escucha, una escucha hacia fuera que se giraba hacia dentro. Se había detenido cualquier otra conversación o actividad, salvo la nerviosa que se notaba en las manos de algún enfermo que pellizcaba las sábanas o un periódico atrasado. Cada uno había regresado a su propia historia, similar a la de Montenegro en lucha y en desdicha, más infeliz de aventura en la mayoría de los casos, hundidos demasiado tiempo en trabajos forzados en bosques o en minas, o en la construcción de empalizadas, o simplemente abandonados en un campo de concentración y otro, en tierra francesa o plenamente nazi, viendo perderse a los amigos y a la familia desperdigada.

—Yo fui afortunado —continuó el sargento jefe— porque entré en París con los primeros. Recorrí los Campos Elíseos con mi brigada entre la alegría de los miles de hombres y mujeres que luego nos buscaron, para darnos el abrazo que nos iba a quitar De Gaulle casi al instante. Antes, todavía tuve tiempo de disparar contra los nazis en las calles de París. Después el maldito general afirmó que aquella ciudad la habían liberado los franceses. Leclerc nos dijo que había que seguir avanzando hacia Alemania y que no atacaríamos las fronteras de España. Así rompió su promesa, obedeciendo a De Gaulle. Para él y el resto de los aliados ha sido más cómodo dejarle a Franco nuestro país. Muchos compañeros han preferido seguir con Leclerc, que es un gran hombre. Pero yo tenía por fin los Pirineos a la vista y no pude aguantarme. Después de tanto esperar, el paso ha sido en falso, otra vez a la española: ni ejército, ni armas y un plan descabellado, La Reconquista, todos inexpertos, demasiados comunistas en el mando. Aun sabiendo que las cosas se hacían mal, quise ir y recibir esta bala, la bala que hoy sin falta me tienen que quitar.

Esos tacones son de María, entre los otros pasos, piensa Manuel.

–¿Quién es María? –pregunta Montenegro.

Los pasos suenan en la sala de techos altos y suelos de madera vieja, entre paredes con motivos florales de otro siglo, donde se apoyan las quince camas de los enfermos, que podrían parecer en aquel palacio reconvertido en hospital, más que heridos de guerra, invitados a pasar unos días de descanso, algunos con un periódico abierto, reunidos para estar sencillamente tumbados y mirándose, como si recuperarse del hambre, la tuberculosis, la sífilis o la metralla fuera un pasatiempo y no una obligación.

–El edificio ha sido requisado a un colaborador de los alemanes, un tal Maignan –explica el que encabeza la visita, un hombre de unos sesenta años, vestido con bata blanca y peinado hacia atrás: Torrubia, el director del hospital Varsovia de Toulouse. Tiene una mirada penetrante, azul, la nariz aguileña, la boca fina. La boca dice–: El material médico también es requisado. Los franceses se lo quitaron a los nazis cuando se retiraban y nos lo han entregado a nosotros. Aparte, por supuesto, de vuestras donaciones.

–Al menos nos queda esto de España –dice el más corpulento del grupo, que tiene acento americano bajo el bigote corto, y poder en la manera de andar.

–¿A nosotros, Barsky?

–A nosotros, Howard, también a nosotros. Los dos coincidimos en Madrid –dice Barsky, ahora dirigiéndose a la mujer, la doctora María Gómez, con su correspondiente bata blanca, unos cuarenta años y el cabello abundante y moreno–. Yo fui para curar a la gente y él para tomar notas. Es

escritor.

Howard Fast sonríe. Detrás de las gafas de pasta, sus ojos son más serios y bondadosos que el movimiento de sus labios, gruesos y sensuales. Dice:

–Entre anotación y anotación tuve que pegar algunos tiros. Pero no conseguimos echar de allí a los fascistas, ni siquiera los médicos consiguieron hacerlo.

–Cuando reclutábamos a los voluntarios en Nueva York, a finales de 1936 –insiste Barsky señalando con la cabeza a Howard–, había un tipo de personas que no nos resultaba especialmente útil, y que acudía a nosotros en masa: los escritores. Pronto se dieron cuenta de que no necesitábamos lo que sabían hacer. Pero ellos, como era de esperar, eran hombres y mujeres con imaginación. Venían disfrazados de conductores de ambulancias, mecánicos, enfermeros, incluso como médicos.

Howard, riendo, comienza a defenderse. Le quita de la cabeza a los presentes la imagen de Hemingway, y la sustituye por la de él mismo atrincherado en un edificio de la Universidad de Madrid, detrás de los gruesos tomos de la Enciclopedia Británica con la que trataba de protegerse de los disparos. Aquellos libros eran más útiles que nunca, dice, no creáis al bueno de Barsky. Vinieron muchos otros escritores soldados, como mi amigo Milton Wolf o Johan Brouwer, un holandés que decía ver los fantasmas de los caídos, o aquel uruguayo de origen gibraltareño, que cayó demasiado pronto para poder terminar su primera novela. Todos ellos sostenían que ganar aquella guerra en España era crucial para detener lo que luego vino, los millones de muertos en el resto de Europa. Los médicos curaron el presente de cada uno. Los escritores que yo conocí, además de pegar tiros, trataron de dejar testimonio de la guerra para los que vengan después.

–La mayoría de estos enfermos ya la conocen muy bien –dice Torrubia–. Igual que María y yo, han pasado por campos de concentración y luego han sobrevivido a distinta suerte. Éste, por ejemplo, acaba de llegar de los Pirineos. Es el que tengo que operar ahora –continúa el director del Varsovia señalando a Montenegro, mientras la mujer se sienta en la cama de al lado.

–¿Cómo estás, Manuel?

El rostro de Manuel Juanmaría se ilumina con un éxtasis de película

muda. Ella, la doctora Gómez, había cogido su mano y la apretaba en un cariñoso gesto que se fue transformando en la postura perfecta para tomar el pulso al enfermo. Mientras tanto, Torrúbia se había inclinado sobre Montenegro y, después de abrirle la camisa, le exploraba la zona del abdomen, cubierta por un denso vendaje. Los americanos se detuvieron frente a la señorial chimenea situada junto a las camas y señalaron el hogar vacío.

–¿No alcanza la ayuda de la cuáquera? –preguntó Howard.

–Estamos esperando el frío –dijo la doctora Gómez alzando el rostro, la nariz redondeada, los ojos con un brillo recóndito, los labios tantas veces tapados con la máscara de operar.

–No dudes del Joint, señor escritor –dijo Barsky dándole una palmada en el hombro y acudiendo a la llamada de Torrúbia.

Intentaba ser amable, pero no soportaba la ironía de Howard respecto al esfuerzo de los demás y menos aún si se burlaba de su propio esfuerzo, el de Edward Barsky, héroe de la Brigada Lincoln, que había fundado siete hospitales en plena guerra y ahora había insistido en impulsar desde Estados Unidos el Joint Antifascist Refugee Committee. También Howard formaba parte de él y debía saber que no era precisamente un regalo gestionar los recursos de la cuáquera millonaria y de cualquier otro ciudadano que quisiera prestar ayuda a aquellos refugiados españoles. No lo hacía por gusto, estaría mejor ejerciendo la medicina en su país. Llevaba trabajando para la misma causa desde hacía nueve años, una causa siempre a punto de perderse si no fuera por gente como los médicos del hospital Varsovia. Los admiraba. Y gracias al Joint, ahora podían dedicarse por entero a esa profesión que tanto Torrúbia como María Gómez se habían empeñado en seguir ejerciendo en los campos de concentración a pesar de ser prisioneros como los demás, aunque los castigasen una y otra vez los médicos oficiales del régimen.

Barsky se agachó para ver mejor lo que quería enseñarle Torrúbia:

–¿Qué te parece esa bala?

El visitante movió negativamente la cabeza y Torrúbia continuó diciendo:

–Desde luego le vendrá bien el método Barsky.

Montenegro se incorporó en la almohada y preguntó:

–¿Qué método es ese?

–Una manera especial de sacar metralla de la carne, con cortes menos dañinos y una recuperación más rápida.

–Eso espero, doctor, confío en la tecnología americana. En España hicimos la guerra tirando piedras a los tanques. Y me gustaría tener la oportunidad de seguir tirando unas pocas más.

Aquel soldado, encamado en espera de operación, lanzaba sobre los presentes un aura invencible y tozuda, persistente en la convalecencia, como aquellos que en los sepulcros medievales duermen abrazados a sus armas.

Y, ante él, Torrubia, Barsky, Howard Fast y la doctora Gómez habían formado un semicírculo, dando la espalda a Manuel, tumbado de lado, atento a las pantorrillas de la mujer. *Esta suavidad que quiero tocar.* Estiró el brazo y acarició un instante la piel de María, que se giró para devolverle una caricia en la mano.

Después de sobrevivir al método Barsky, y conforme se fue sintiendo mejor, Montenegro comenzó a aburrirse. Durante una de las visitas que recibió por parte de los americanos, le contó a Howard que había sido profesor de literatura en España, y que le estaría muy agradecido si él, que era escritor, le leyera alguna de sus novelas o cualquier otra. Así le resultarían más amenas las largas horas de convalecencia, y también al resto de los pacientes.

–Tengo algo que puede interesarte –dijo Howard.

Y, poco después, regresó y se sentó frente a la cama del sargento jefe. Pidió permiso a los presentes para entretenerlos con una novela que había publicado después de su experiencia en España, *La última frontera*. Aunque se trataba de una historia ocurrida en América, para él se había convertido, al escribirla, en una especie de parábola sobre el sufrimiento de la gente en la Europa ocupada.

Manuel, que tenía al americano enfrente, se encontraba demasiado deprimido para escucharlo y se distrajo recordando las palabras que Max le había escrito en uno de sus papeles. Tanto lo había leído durante el encierro en Vernet que, antes de perderlo, ya se lo sabía de memoria:

«Los internados fueron traídos aquí por una administración. Esta administración ha desaparecido, pero los hombres siguen aquí. A aquella administración sigue otra, que trae más internados. Como los primeros no pueden reclamar a la administración que aquí los trajo, porque ya no existe, no tienen a quién dirigirse para solicitar su libertad, y aquí seguirán hasta su muerte».

Se lo había entregado mucho después de que el gobierno de Daladier

fuera sustituido por el régimen de Pétain, con el intermedio de Paul Reynaud. Fueron llegando de repente los traslados forzosos a África, a la Legión Extranjera o a otros campos, como le acabaría sucediendo al propio Max, y el prisionero Manuel Juanmaría se iba a quedar solo con el oficial Corbeau.

Paralelas a sus recuerdos flotaban las palabras que leía Howard y que Manuel había desatendido hasta que confluyeron en un punto: en aquel lugar inhóspito llamado «reserva», donde los cheyenes se veían obligados a vivir muy lejos de la tierra en que nacieron. Les había ocurrido lo mismo que a tantos españoles.

Trató de sujetarse a la aventura que se desplazaba en el aire del hospital Varsovia. Howard había dicho que su novela se llamaba *La última frontera* y, en su imaginación, Manuel sabía ver a los indios en el momento de cruzarla: su penosa marcha desde el desierto de arena roja, donde el gobierno de Estados Unidos los había condenado, hacia las montañas donde habían vivido durante generaciones, antes de que los expulsaran hacia el sur los mismos que ahora los perseguían hacia el norte.

Los veía cabalgar sobre su cama con la fiereza que había visto numerosas veces en la pantalla del cine de Saverdun, el pueblo adonde le acabó llevando el oficial Corbeau, solo entre la multitud de asientos desvencijados. Al alcance de la mano, a punto de acariciarlos con los dedos, contemplaba – hechos de aire– el galope de los ponis, las manchas blancas de sus grupas, los arcos que se tensaban en los brazos antes de disparar la flecha que se iba a clavar en el pecho de Peacock, el tratante de whisky. Detrás, los uniformes azules, listados en la pernera, el sable en alto y siempre la música de ataque, *¿no oyes la trompeta?* Pero se había ido de nuevo a la película del cine de Saverdun. Las palabras de Howard hablaban de otros indios, de un tal Pequeño Lobo, al que los yanquis pedían la rendición, regresar a la reserva a cambio de no atacar a su pueblo.

–Yo tengo que hacer lo que tengo que hacer, y tú tienes que hacer lo que tienes que hacer –contestó Pequeño Lobo–, pero a veces es mejor para la gente morir que ser esclavos.

Era hermoso escucharlo en aquella novela.

–¡Eso es! –dijo Montenegro desde la cama, y Howard sonrió.

—¡Eso es! —se repitió a un lado y otro de la sala, como ecos, *como burbujas de una caldera donde se hierva agua enferma para poder beberla después.*

Pero qué difícil era vivir así fuera de los libros y de las películas. *Yo dejé de ser Lobo por salvarme a mí mismo,* se dijo Manuel.

Pasaron páginas y páginas en la habitación cargada del humo de la chimenea, encendida por fin gracias a los americanos, y de las hogueras que prendían los indios en la noche. Howard habló de un águila de vuelo tan alto que podía ver a lo lejos la reserva abandonada y la compañía de infantería tras la ruta de los fugitivos, *y el tejado del cine de Saverdun, donde me encerró Corbeau después de liberarme del Campo de Vernet.*

Me quería para él. Se me había acercado cuando canté en la Jaula, ya viejo, pero con aquel agua verde en la mirada, como la luz que se ve al fondo de la mirilla de una puerta.

Manuel Juanmaría se giró en la cama, dando la espalda a Montenegro y a la narración de Howard Fast. Le agradaba sentir el calor de la chimenea en la cara. El oficial Corbeau lo sacó de la Jaula y lo llevó a la enfermería. Se sentaba a su lado y se ocupaba de que le dieran de comer lo mismo que comían los oficiales.

«Hay algo en esa voz», le había dicho sonriendo, como disculpándose.

Y cuando se cumplió el tiempo de Manuel en la enfermería, el oficial Corbeau lo llamaba con la excusa de cualquier tarea: ya nunca cargar piedras de uno al otro lado; limpiar, por ejemplo, las oficinas del mando; entonces aprovechaba para hablar con él en un aceptable español que había aprendido en su juventud viajando al otro lado de los Pirineos. Bajo el pelo gris, aquella sonrisa tímida lo interrogaba por su pasado anarquista. Y aunque el prisionero callaba, como había hecho siempre ante los soldados, Corbeau volvía a lanzar su anzuelo: «No temas. Cuando era joven tenía ideas similares a las tuyas». Y comenzó a susurrar *La varsoviense*, con una voz dulce y bienintencionada, un momento sólo, para que no le oyera ningún otro oficial detrás de la puerta.

El oficial Corbeau quiso que Manuel aprendiera otros salmos de la Biblia, el resto que no le había enseñado aquel testigo de Jehová que había sido

compañero de barracón hasta que lo deportaron a África. «Aléjate de Corbeau –se había repetido Manuel a sí mismo–, un anarquista que se ha vuelto un fanático religioso para limpiar su conciencia de carcelero.»

Pero el oficial Corbeau lo alimentaba bien y le iba enseñando a leer y a hablar en francés. Una vez a la semana, puntualmente en domingo, lo llamaba al despacho de oficiales, y se fue atreviendo a pedirle que lo acompañara a su habitación, a pesar de las burlas del resto de soldados, todos mucho más jóvenes que él. *Estaba a punto de jubilarse, quería compensar el daño, así me engañaba.*

Le había conseguido una Biblia en español y le reiteraba la música que Corbeau sabía para las mismas letras en francés, y que el prisionero iba adaptando a su propia voz, que resultaba tan bella para aquel hombre. Para Manuel, en cambio, no era más que la voz de la supervivencia, que había nacido, no sabía cómo, bajo el castigo de los látigos en la Jaula.

Su salmo favorito seguía siendo el que lo había salvado de esos golpes –y ahora Manuel lo cantaba en su mente en la cama del hospital Varsovia–: *Cómo cantar canciones a Dios en tierra de extraños.*

–Calla, hombre –le dijo Montenegro.

Sin volverse, se dio cuenta de que Howard había interrumpido la lectura y que había *una multitud de miradas pegadas a mi espalda*. Trató de concentrarse en el silencio, hasta que otra vez se reanudó la voz del americano, algo insegura pero cálida. *Se nota el esfuerzo que hace en traducir. Para Corbeau era más fácil.*

En su habitación de oficial, el viejo Corbeau, sentado en la cama con una pistola en el regazo, le explicaba en español el significado de aquel salmo y se lo recitaba otra vez en francés, haciéndoselo repetir hasta que entendiera cada una de las palabras. Y le ponía una mano sobre el hombro, que Manuel no se podía quitar de encima.

A la orilla del río permanecían sentados los exiliados del Reino de Judá. *Y esto lo contaba muy bajito, para que los otros guardias no le oyeran hablar de algo que tuviera que ver con los judíos.* Habían abandonado tras ellos todo lo que tenían, sus riquezas y sus familias habían ardido en las llamas, como el propio templo de Jerusalén. Se habían salvado sólo los músicos del templo,

los cuales llevaban sus arpas como único equipaje. Y, después del largo camino, se dejaron caer junto a la orilla del río en Babilonia.

«Ese viaje debe ser el más penoso de todos cuando significa destierro – dijo Corbeau–. Tú debes saberlo. Y allí, cuando los prisioneros miraban el agua, la única que podía huir, uno de los soldados babilonios se les acercó diciendo: Músicos, cantad uno de los cantos de vuestro pueblo. Entonces ellos se levantaron y colgaron las arpas en los sauces que había junto a la orilla. Y dijeron: No cantaremos a Dios en tierra de extraños. Y después se mordieron los pulgares hasta romperlos, para que nadie en adelante pudiera obligarlos a tañer sus instrumentos. Porque cantar sería poner lo mejor de cada uno en el centro del castigo, reconciliarse con la tierra extranjera que uno se ve obligado a pisar, amar un solo instante la necesidad de sobrevivir y el propio exilio. Lo que tú has hecho. Ellos dijeron: No cantaremos hasta que volvamos a Jerusalén. Sin embargo tú cantas, Manuel, tú no quieres regresar a España. Quédate conmigo. Necesito ayuda para volver a abrir el cine de mi pueblo, Saverdun».

–Cuando un hombre se vende a sí mismo, vende todo de sí mismo –dijo Howard.

Incluso lo sabían los cheyenes de aquella novela que leía el americano, al igual que los prisioneros de Babilonia, todos menos él, él sólo se sabía la canción:

Si yo mientras viviere, de ti, Jerusalén, no me acordare, y doquiera que fuere, tu ausencia no llorare, olvídeme de mí, si te olvidare.

Aquella letra vivía dentro de Manuel, pero él nunca había vivido conforme a la letra. Había vendido todo de sí mismo.

Entonces un día corrió la voz por el campo de que había llegado un general importante, y a las pocas horas, el oficial Corbeau mandó llamar a Manuel.

Lo he conseguido, me dijo, he convencido al general, te sacaré de aquí esta noche.

Manuel trazó su itinerario de libertad, *volver a Las Quemadas en busca de Ángeles*, y ni siquiera perdió la esperanza cuando lo introdujeron esposado en el coche que iba a conducir el ya antiguo oficial. Sucedió al escuchar las

bromas con que los despedían los guardias: «¡Feliz jubilación! Menudo premio te llevas en pago por tus servicios. Un español piojoso. Disfruta de tu esclava».

Mientras Corbeau pisaba el acelerador, Manuel comprendió cómo iba a pagar su supuesta libertad. Su cautiverio continuaría en otra parte, con un escarnio nuevo: ser separado de sus compañeros, recibir el castigo en exclusiva y ya no por un país, cuya administración había cambiado y desconocía la causa de la primera condena. Corbeau jamás volvería a oírlo cantar. Esa fue la primera decisión de Manuel, pero conforme el coche cumplía los breves kilómetros hacia Saverdun, tomó una decisión más radical:

Mejor aún, jamás oiré mi voz.

No hizo preguntas cuando el coche aparcó frente a una casa que parecía enorme en la noche, ni cuando la llave giró en la cerradura. Manuel percibió la densidad del silencio: no había vuelto a ver una habitación desde antes del exilio, pero aquel salón de muebles robustos no estaba pensado para él. Fue empujado por el cañón de la pistola hacia la puerta de un pequeño sótano. Bajó las escaleras, aún esposado y con el aliento de Corbeau sobre la nuca, y comprobó el mueble que sí le habían destinado: un catre.

«Estás mucho mejor aquí que en Le Vernet», dijo Corbeau.

Howard repitió lo obvio, complaciendo una petición de Montenegro:

–Todos los hombres han nacido iguales políticamente. Pero el ejército de Estados Unidos quiso concentrarse en el objetivo de destruir un pueblo, el indio, cuyo único crimen fue desear vivir en paz en su propia tierra.

La nueva tierra de Manuel abarcaba con libertad de movimientos, de lunes a viernes y de sol a sol, el pequeño espacio que iluminaba un ventanuco. Además, cada noche, Manuel subía a la casa del oficial jubilado. Las habitaciones estaban limpias, un orden que él atribuía a la mujer cuya voz oía desde el sótano durante las horas de luz. Alrededor de una hora después de que ella se marchara, Manuel cenaba.

El método era cotidianamente el mismo. Al subir del sótano, amenazado desde lejos por la pistola de Corbeau, Manuel arrastraba los grilletes que había asumido en los tobillos desde el primer día: holgados para caminar, y

suficientes para impedirle correr o saltar por alguna de las ventanas, que de todos modos permanecían con las persianas cerradas. Sentado a la mesa, tenía que hacer el gesto de rezar para agradecer al buen Dios los alimentos del maestro Corbeau. Luego –el viejo enfrente, cada noche más jorobado, salvo la cabeza de tortuga erguida y atenta– Manuel debía levantarse y servirse de las ollas previamente cocinadas y que aguardaban frías en la hornilla: guisos espesos con legumbres o patatas, de cuando en cuando una carne grasienta, con frecuencia coles hervidas. Al principio, Corbeau le pedía que hablara, le gritaba, llegó a exigirle que cantara a punta de pistola, pero con el tiempo se fue resignando.

Corbeau nunca comía con él. Le hablaba de episodios bíblicos que le obsesionaban: la fe del ciego Tobías, las desgracias de Job. Le hablaba de la gente de Saverdun: lo que había hecho el cura, lo que había dicho el médico, pero no le daba noticia alguna sobre la guerra en África o de los frentes que Alemania tenía abiertos en Europa, como si la guerra no existiera. Manuel lo oía, más atento a la adaptación de la comida a la forma de la cuchara, al arañazo helado que le hacían los garbanzos en la garganta, a la manera en que se pegaba una hoja de acelga en la boca del estómago. Escuchaba sólo cuando le hablaba de la película de la semana. Eso significaba que era lunes y que, después de cenar, comenzaba su jornada laboral.

Reconocía los sábados y domingos porque Corbeau le dejaba subir a la casa también durante el día. Se notaba la ausencia de la mujer en el desorden y en que la comida se encontraba todavía más apelmazada dentro de las ollas. Era sábado o domingo porque el viejo le imponía algunos trabajos físicos: cambiar muebles de sitio, acarrear agua de una caldera a otra, cortar leña en la cocina, ordenar la biblioteca del salón principal, a veces por orden alfabético, otras veces –los mismos libros– por materias, géneros o países. En los años que pasó en la casa de Corbeau la biblioteca cambió a menudo pero sólo en la posición de sus volúmenes. A Manuel no le importaba demasiado si a cambio podía entrar en el cine.

Se accedía a él desde el muro opuesto a la puerta del sótano. Unas escaleras ascendían al cuarto de proyección, desde donde se contemplaba la pantalla y la sala que cada noche, de lunes a viernes, Manuel recogía y

fregaba. Sábados y domingos, además, hacía otros trabajos: trasladaba y ordenaba los rollos de las películas y los colocaba en el proyector antes de cada función. Después, Corbeau lo obligaba a regresar a su guarida. Manuel nunca pudo ver la sala llena, nunca supo quiénes venían al cine, cómo serían sus rostros al resplandor de la historia proyectada en la pantalla. Sabía que la función había concluido cuando Corbeau abría la puerta del sótano. Manuel aprendió a aborrecer el ritmo abatido y discontinuo de esos pasos al bajar. Luego se detenían largo tiempo. Y Manuel congelaba todo de sí mismo, hasta que Corbeau se marchaba.

–El sol parecía caer en el cielo gris, perdido en el océano del tiempo – leyó Howard. Manuel percibió aquellas palabras, y vio el crepúsculo proyectado en el aire del hospital y oyó el galope de los caballos que perseguían la diligencia.

La chevauchée fantastique. La había visto en fragmentos desperdigados noche tras noche, después de fregar el espacio oscuro entre las filas de asientos. La primera vez se había dejado caer en uno de ellos, agotado, cuando sintió cómo detrás se encendía el foco. La proyección traía las imágenes del desierto, los jinetes y las otras figuras que iban a obrar, unos, a la manera de los héroes, y otros como fantoches. Corbeau había puesto la película para él y así Manuel asistió maravillado al viaje de aquella diligencia que, para llegar a su destino, tenía que cruzar el territorio invadido por los apaches escapados de la reserva, igual que habían hecho los indios de los que continuaba hablando Howard, pero estos no para regresar a sus tierras, estos para perseguir, dañar, vengarse, matar mujeres y hombres blancos.

Aunque Manuel tardó varios días en verlos aparecer. La película se cortaba o empezaba en un lugar previsto por el viejo oficial francés. La primera vez Manuel no entendió el mensaje. La historia acabó abruptamente después de que cantara la bella Yakima, presunta e imposible apache, una canción en español que conectó a Manuel de inmediato con su pasado en Las Quemadas. Ahora se la sabía de memoria y podía oír cuando quisiera la voz de Yakima en su interior: *al pensar en ti, tierra en que nací...*

–Un respeto, compañero –gruñó Montenegro.

Pero Manuel no quiso mirarlo, ni a él ni a Howard. Volvió a girarse hacia

la chimenea y apretó la boca en la almohada. Aquella Yakima le recordaba a Ángeles, a la que no se parecía en los ojos ni en los labios, pero sí en la sensación de piel, en algo del acento, en la sencilla sensualidad de la voz que *le señala a uno, que se pega a uno porque habla en tu idioma, al igual que ahora me pasa con la doctora Gómez*. Y Corbeau solía interrumpir aquí la película o aquí la empezaba para recordarme que estaba solo y sin mi pasado. Era obvio el mensaje que le daba aquel maestro Corbeau: le estaba repitiendo lo que ya le había dicho hasta la saciedad, *que otra vez cantara, que otra vez le diera mi voz, y no pienso hacerlo, jamás lo haré, jamás otra vez un amo*. Entonces, el amo y señor de aquel cine cortaba la cinta por donde a él le parecía.

Manuel tardó semanas, quizá meses en llegar a Lonsburg; en ver a Ringo matar a los hermanos Plummers; ver a Ringo marcharse en aquel carro con Dallas, tan parecido al que lo sacó a él de Vulturno escondido en un ataúd mal fabricado. Pero lo veía nítidamente al cerrar los ojos: detener la diligencia volteando el rifle en el aire, Ringo Kid, fuerte, noble y pertinaz, virgen de algún modo, como él quiso y hacía siglos había dejado de ser. *Manuel Kid, Ringo Manuel, tenía que retorcerle el cuello*.

Casi sabiéndolo, buscándolo, Corbeau le había dado la idea. Durante meses, quizás años, Manuel, sentado en la fila seis, siete, nueve o veinte, vio cómo Corbeau empezaba la película por el final, cuando la sombra de Ringo se refleja en las paredes del pueblo al caminar hacia los hermanos Plummers, que avanzan desde otra calle, con sus propias sombras y las sombras de los rifles proyectadas sobre las casas. Corbeau dejaba que se oyeran los disparos y después cortaba, aplazando el final feliz. *Me decía que avanzara hacia él, que no temiera*. Aunque en ocasiones, cumplía de otro modo su mensaje, centrándose en los segundos finales en los que el *sheriff* y el doctor Boon, cómplices de la ventura ajena, empujan el carro donde Ringo y Dallas deben escaparse. Llegado el *The End*, Corbeau paraba la proyección y se entretenía en buscar el fotograma exacto para proyectarlo de nuevo: las piedras que lanzan Boon y el *sheriff* a los caballos para que Ringo y Dallas huyan hacia su vida nueva.

Porque Corbeau se encorvaba por días, sus pasos avanzaban minúsculas

distancias, pronto sería incapaz de cuidar de su perro y de evitar que su perro lo mordiera. En su figura sólo la pistola se erguía y el lado de su rostro con el que vigilaba a Manuel, de lejos, cada vez más lejos para evitar un golpe, *para poder dispararte, me decía, como te acerques un solo centímetro hacía mí.*

Entonces, una noche, después de regresar del cine y haber visto el final cien veces, *al menos*, del que había sido privado antes otras cien, Manuel se levanta de la cama y sube la escalera del sótano porque ha visto que la puerta está abierta, pero Corbeau no ha bajado. El prisionero camina hacia habitaciones no exploradas. Las cadenas suenan, aunque él hace lo imposible por evitarlo, y sin duda el anciano las tiene que estar oyendo. Divisa luz al final de un pasillo, una puerta entreabierta que cede al empuje, y Manuel descubre la lámpara de noche que ilumina la cabeza de Corbeau, pegada a la almohada, y la Biblia caída en el suelo, junto a la mano que la sujetaba hacía cuánto, *un minuto, un instante.*

Manuel se acerca y supera los centímetros que tiene prohibidos: observa el pelo aplastado sobre la cabeza calva casi en su totalidad, tan indefensa como un cascarón de piel, los ojos cerrados y *herméticos como las ventanas*, la nariz abultada en el puente, la boca apretada, sin labios. *Es fácil matarlo, las manos al cuello o mejor la almohada si mis brazos tienen fuerza para sentir piedad.* Sobre la mesilla de noche hay una llave, que el prisionero reconoce de inmediato y alcanza. Se da la vuelta y detecta un cambio en la respiración. Nota que Corbeau está despierto, que le está mirando la espalda. Manuel piensa en un disparo, que va a llegar. Y da un paso y no llega, y otro y entonces se gira. Y los ojos lo están mirando como pájaros que han volado hacia él, y los labios se muestran con la excusa de una débil sonrisa de satisfacción. Se mueven, dicen:

«Los alemanes están huyendo hacia el norte, se retiran de Francia».

Y yo pensé en la diligencia perseguida por los indios, porque ya no sabía quién había en Francia, qué era Francia, Francia era Corbeau.

—Los indios —sigue leyendo Howard— afirman que un hombre está muerto cuando su hogar ha sido robado, cuando lo han alejado de él, cuando lo han convertido en esclavo dentro de una jaula.

Pero Manuel ya tenía la llave para dejar de serlo. Se alejó del dormitorio

de Corbeau y comprobó que podía liberarse de los grilletes que se aferraban a sus tobillos. A continuación abrió las ventanas, soñadas innumerablemente, y contempló la noche a través de las rejas. Probó la puerta de la calle, infranqueable también, con la cerradura echada. Por eso eligió el único camino libre, el que subía hacia el cuarto de proyecciones, el que Corbeau le había preparado.

Manuel corrió por el cine, en la sala vacía donde se estaba proyectando *La chevauchée fantastique*, esta vez y sólo esta vez la película completa, para que tampoco la pudiera ver de principio a fin. Era la última tortura o tentación de Corbeau. Manuel se detuvo ante la luz azul de la pantalla, donde Ringo caminaba solo hacia la noche del desierto. *También lo hice yo, caminé, fundido en él, despacio, encontré la noche del pueblo que se llamaba Saverdun, y era que estaba atravesando la pantalla.* La cruzó, olió el río, salió hacia una carretera, y de todas formas avancé durante no sé cuántos kilómetros hasta caer y ser recogido por una patrulla, y luego despertado.

–Voy a Lonsburg –contestó al soldado que trataba de sacarle una respuesta, sacudiéndolo ya dentro del vehículo en marcha.

–Manuel, Manuel –lo agitó una mano, leve en el hombro, pero no estaba seguro de seguir tumbado en la plataforma del camión.

Era la voz de la doctora Gómez.

–Cuando llegó desconocía casi todo lo que había pasado en estos años –continuó–: Lo trajeron aquí porque Toulouse era el destino del convoy, y enseguida pensaron que si era español su lugar era el Varsovia. Aquí van viniendo desde que abrimos, de cualquier lugar de Francia o de la frontera. Esta es la pequeña España.

Howard asintió, con el libro cerrado en la mano, de pie entre la cama de Manuel y la de Montenegro, que miraba a su compañero de sala, y luego el rostro de la mujer:

–Doctora, ¿tienes un cigarrillo? Dice palabras sueltas, grita contra la almohada. A veces se le entiende algo pero me pone de los nervios. Y encima canta.

María Gómez ni siquiera lo miró. Permanecía al lado de Howard, quieta y observando la espalda de su enfermo favorito, como si mirarlo bastara para curarle la fiebre. Entonces volvió a inclinarse y le acarició un instante la nuca:

–Manuel.

Él se giró esta vez, desde algún lugar donde memoria y sueño se mezclaban, feliz de pronto por salir de ese rincón oscuro:

–Dallas –dijo.

Montenegro llevaba días oyendo murmurar sus nombres, Ringo, Dallas, Ángeles y, ahora que iba hilando alguna historia, el enfermo hablador había callado. La doctora Gómez se acercaba a él con más frecuencia que a ningún otro. Después de tomarle la temperatura, le sonreía: «ya no tienes fiebre, ya te vas a curar», y *el otro la mira embelesado, porque está muy buena*. Manuel se quedaba un rato observando el techo hasta que los ojos se le empañaban.

–Qué te pasa, compañero.

La pregunta de Montenegro no tenía sentido, o lo tenía porque todos los enfermos habían vivido tanta desventura que cada respuesta merecería una novela como la que les había leído Howard Fast. Pero para el sargento jefe de la Nueve, guerrillero de la ilusa Reconquista, había algo en los brazos delgados *como de un Cristo de iglesia*, en el rostro rectangular de Manuel, en sus ojos soñadores y perdidos, que le animaba a insistir en lo obvio, en lo inconfesable y en lo que, en el fondo, todos compartían.

Cuáles de todos esos nombres son los verdaderos.

Montenegro, nervioso, se movió en la cama, y volvió a intentarlo:

–Con la fiebre, hablabas de mucha gente.

Al cabo de un número abundante de aspirinas y de caldos de hueso –que traía el Profesor, un español que había montado una tienda de víveres en el mismo barrio del hospital–, Manuel le confesó que Dallas y Ringo continuaban su historia dentro de él, más allá del fin de la película: llegaban al rancho y abrían por primera vez la puerta de la casa que iban a compartir. Plantaban trigo después de haber encendido la chimenea y haberse abrazado en la cama recién estrenada. Entonces, al amanecer, «escuchan lo mismo que

se oye en mi tierra: el canto de pájaros que se quieren lanzar al aire pero todavía hablan entre sí, ocultos en las ramas». Y, sin embargo –le aclaró Manuel–, los personajes reales eran los otros, los que parecían mentira: «el viejo Mateo, el Asombradizo, mi suegro Orantes, Luis Sánchez de León y Bontempo, mejor conocido por el nombre de Cañoncito Pum, y, entre todos ellos, Ángeles, mi mujer. Cuando escapé de Vulturno estaba embarazada».

–¿No quieres volver? –dijo Montenegro.

–También eso sucede dentro de mí. Cómo llego a la antigua casa de mi suegro; cómo encuentro a Ángeles junto a la alberca, con un niño abrazado a sus piernas y que es mi hijo. Lo acaricio entonces con el mayor cuidado. Ese niño debe de tener seis años, si es que llegó a nacer. Y si Ángeles ha sobrevivido a la guerra, y Las Quemadas siguen en pie. España entera es territorio indio, imposible de atravesar.

–Según la novela del americano, los indios son los buenos. Dirás mejor que España es territorio yanqui, o marcial, o marciano, ocupado por extraterrestres fascistas, *monsieur* –acabó riendo Montenegro.

–España es territorio desdichado.

Así lo llamaba, «monsieur», Carlos *el Francés*, Carlos *el Búho*, el buhonero que había dado inicio a su historia, cuando le entregó las botas que el padre de Manuel había guardado para su hijo antes de morir.

–Y cada vez que lo oigo, que he oído aquí «monsieur», desde el principio me he acordado de él –dijo Manuel–, aunque él lo pronunciaba con todas las letras, a la española: mon-si-e-ur.

–¿El Búho, así se llamaba?

–Todos tenían nombres curiosos porque habían nacido en el campo y porque sabían ponerlos como Adán. En el campo las cosas y las personas parecen recién creadas, o que van a venir nuevas de un día para otro. Pobre Asombradizo, mi amigo, un sindicalista tan bruto como buena persona empeñado en hacer la revolución, a pesar de que era miedoso, y que me arrastró por un camino del que yo no estaba seguro.

Montenegro se incorporó y se sentó en la cama, de cara a Manuel. Se había recortado la barba y en su rostro resaltaban los ojos y los labios. Por eso o por lo que dijo a continuación parecía más joven:

–Hay que luchar por lo que uno cree, las consecuencias últimas son imposibles de adivinar. Al principio, estábamos convencidos de que la República no caería. Lo importante es la verdad interna por la que uno se va a redimir a sí mismo, y haciéndolo va a traer algo mejor al mundo.

–Todo lo que vino fue peor. Fuego, raptos, locura, rabia, balas para todos. Mis amigos murieron, y la muerte que más me dolió fue la de Mateo, al que quería como a un padre. Era el impresor de *El Corsario de la Idea*, un periódico anarquista que repartíamos por el campo, con la ayuda de Carlos *el Francés*.

–*Monsieur* –dijo Montenegro.

–Ese periódico estaba lleno de ideas bellas y de buenas intenciones. Era un Evangelio laico y repartíamos sus sueños en cada rincón. Tiene gracia, a mí me llamaban Pasos Largos y ahora soy incapaz de dar ninguno. *Ahora y hace seis años, desde que me fusilaron y me sacaron en el carro, pero esa historia no se la voy a contar. De hecho no le voy a contar nada más a menos que él me pregunte.*

–¿Y ese Cañoncito Pum?

–Luis Sánchez de León y Bontempo. Allí le llamaban el Amo, antes de ponerle ese otro nombre que se ganó encabezando la represión. Instaló una ametralladora en su coche y, bien resguardado por la caballería, se fue por los caminos disparando a cualquiera que se encontraba, no hacía diferencias. Y no se fue por cualquier camino. Eligió los suyos, los que le pertenecían en el registro, el valle de Las Quemadas.

–Asesinó a sus propiedades.

–Exacto. Y el capataz de aquella tierra era mi suegro, que se puso del lado del Amo. Hubo un momento en que su hija, mi mujer, me pidió que nos marcháramos.

–Pero decidiste quedarte y esforzarte por lo que creías mejor. Uno también tiene que enfrentarse a su familia. A mí me pasó lo mismo, yo soy navarro. Para que te hagas una idea mi padre era carlista, y no creas que un carlista cualquiera, presumía de ello, presumía de pertenecer a una estirpe de señores. Él me educó en todos aquellos valores que venían de mi abuelo: el honor, la tierra, el linaje, la memoria, el rey. Harto de él, me fui a Madrid.

Estudié letras, aprendí muchas otras cosas en la vida. Y, cuando llegó la guerra, supe perfectamente dónde debía situarme. Mira –dijo sacando bajo la camisa una pieza de hierro, que llevaba colgada al cuello–, la llave de mi casa en Urdax.

¿El héroe de la Nueve un carlista? Manuel se rió por primera vez. De hecho, mientras reía, se sorprendió de no recordar cuándo fue la última vez que había reído. Y esa risa fue la que vieron Torrubia, María Gómez y el Profesor, cuando entraron en la sala.

–Mirad lo que nos ha traído nuestro amigo el tendero –exclamó el médico.

Los enfermos miraron la botella como una aparición de cristal, que el Profesor, sacando una cuchara del bolsillo, comenzó a rascar cantando un villancico que ninguno de los presentes había oído desde la época en que la Navidad era una cita para humanos, o desde aquella Nochebuena que Franco eligiera para bombardear Barcelona.

Llamaban así al tendero, ancho y con delantal, el Profesor, porque lo había sido en España antes de la guerra, y ahora su tienda recién estrenada en el barrio de Saint Cyprien abastecía al hospital Varsovia, lo mismo cuando la dirección tenía con qué pagar como cuando se habían acabado los fondos del Joint Antifascist Refugee Committee.

–Aquí no se queda un enfermo sin comer –solía decir con un buen humor que hacía que médicos, enfermeros y pacientes lo quisieran aún más en aquellas jornadas descoloridas en las que superar heridas y hambre se había convertido en costumbre, y el hecho de haber sobrevivido a la guerra en un milagro soterrado.

Era la primera vez que venía con una botella de anís, que seguro habría conseguido en el contrabando de la frontera, de donde traía muchos de los alimentos con los que llenaba su almacén. Eso lo sabían los enfermos, pero lo que no se esperaban es que los propios doctores Torrubia y María Gómez fueran repartiendo, igual que los habían operado y tratado a cada uno de ellos, un tapón de aquel líquido espeso y dulce que no habían probado al menos desde 1939. Los que no lo habían bebido nunca lo iban a hacer ahora para celebrar la Navidad que se acercaba al Varsovia con su hipnótica bruma

y el hecho diminuto pero glorioso de mantenerlos vivos.

Montenegro pidió doble, intentó el triple. No lo obtuvo, pero ya estaba bastante embriagado para decir, levantándose y sentándose en la cama de Manuel:

–¿Probaste a enviarle una carta?

Manuel se extrañó del peso en su brazo: era la mano de su compañero, *cuántos años sin un gesto como este, antes del fin le escribí una carta, confía en mí, ten esperanza, perdóname.*

–No, nunca lo he hecho. Pero creo que está viva. Podría estarlo. Su padre tenía con qué protegerla.

–Entonces vamos por ella. Ya que perdimos un país, salvemos a una persona. Rescatemos a tu mujer.

–¿Hablas tú o el anís que te has bebido?

–Los dos.

–Te estás riendo.

–En serio. Yo te acompaño. Te aseguro que no tengo ningún sitio mejor adonde ir.

Conforme se daban las altas, los enfermos de antaño eran sustituidos por otros. Parecían siglos las semanas y los pacientes se presentaban desde cualquier lugar del tiempo: batallas, prisiones, campos de trabajo; fugitivos de la frontera, tuberculosos, desnutridos, tiroteados, sifilíticos.

De izquierda a derecha: la chimenea ya constantemente encendida, la cama de Manuel, la cama de Montenegro, la cama de un recién llegado, un hombre pequeño con la piel pegada a la calavera, que permanecía con la espalda apoyada en la pared, los brazos lacios, los ojos vivos, sin decir palabra y mirando hacia todas partes: a los otros enfermos, al techo estucado, y otra vez hacia cualquier rincón de las quince camas.

Manuel no se preocupaba de él, pero al sargento jefe le incomodaba.

–Siento que se arranca uno de sus ojos de espectro y me lo tira y se me queda pegado en la cara.

Manuel volvía a reírse con su compañero de sanatorio, que rogaba a María Gómez cuando pasaba:

–Doctora, sácame de aquí, te lo ruego, necesito fumar, dame un cigarrillo.

–Pronto vais a estar los dos paseando por Toulouse –respondía ella, después de recorrer con la mirada, sonriente, el rostro de Manuel, cada vez más saludable.

–Quién es éste de aquí –susurró Montenegro, escondiendo la boca con la mano.

La doctora Gómez, sin contestar pero con un guiño cómplice, se alejó hacia el corazón del hospital.

–Cómo te llamas, compañero –preguntó el sargento jefe al vecino de su

izquierda.

Y éste, tieso contra la pared, lo enfocó con las cuencas del cráneo, lustradas y absortas, antes de desviarlas hacia otra esquina.

–Pues si no te llamas, al menos no me mires –le dijo Montenegro y se volvió hacia Manuel.

El cual, también se había quedado absorto, boca arriba. *Cómo puede uno amar a nadie cuando lleva años haciéndose uno solo contra todos los demás, escondido muy dentro para no asomar ni un instante la cabeza, vaya a volártela cualquiera, incluso aquel o aquella a quien podrías amar.*

–Manuel –lo sacudió Montenegro, alargando el brazo–, vamos a conseguirlo, yo sé cómo, hay que utilizar los trucos de Leclerc.

Cuando pienso que puedo sentir amor siento que pienso en María y no en Ángeles. Por ella, otra cosa, ansiosa culpa.

–Aunque ya no se te escapen las palabras, no creas que no sé en lo que estás pensando. Claro que hay que ir, Manuel, hay que hacerlo.

Montenegro se volvió hacia el enfermo nuevo, que otra vez lo observaba, igual que habría hecho un espectador:

–Este tío nos está escuchando.

–Anda ya, si está ido.

Montenegro se levantó de la cama, y la empujó hacia la de Manuel.

–Maricón –bromeó un paciente con fuerzas.

–Hacedme sitio –dijo alguien más.

Pero el sargento jefe les lanzó un gesto fiero, luego una carcajada, breve y fingida, y pegó los labios a la oreja de Manuel.

Hay fracasos, claro que sí, le dijo Montenegro, pero es posible cruzar. Lo hizo Leclerc, el Patrón, cuando se llamaba Hauteclorque. Entonces las fronteras tenían armadura, no como ahora, y él pasó en bicicleta como un excursionista, sin que nadie lo detuviera. Tendría ya en la cabeza el nombre de Leclerc y fue al encuentro de De Gaulle, hace cinco años. Luego volvió a cruzar, y no creas que se arrastró entre matorrales, viajó en tren, a lo sencillo, con los papeles bien camuflados. Eso sí es importante, los papeles, y mejor si son dobles, para los dos territorios, estoy seguro de que el Profesor nos puede ayudar. El Patrón nos lo repitió tantas veces que nos lo fuimos creyendo: «No

me digan que es imposible». El Patrón se llamaba Leclerc definitivamente, un nombre fuerte, de escultor, y esculpía dentro de sus soldados frases que nos empujaban por los desiertos africanos o por las playas normandas. «No me digan que es imposible –gritaba–, ¡audacia y fuerza!» eran sus normas, y esas palabras del Patrón actuaban como el alcohol en el fuego, ya tocara asalto o resistencia, rodeados de metralla. Pero no pienses que Hauteclerc, Leclerc, nos obligaba a ciegas. Nos prohibía el servilismo y la resignación. «¡No hay que obedecer las órdenes estúpidas, tampoco las mías!»), bramaba pasando revista a la tropa. Nos enseñó a tomar la iniciativa, a reaccionar ante los obstáculos e imprevistos sin esperar un papel del Estado Mayor. Así fue como liberamos París y así será como tú y yo venceremos en la próxima batalla: iremos al sur y nos traeremos a Ángeles, en bicicleta o en tren. Pero tenemos que abandonar la idea de los Pirineos. Ya estaban difíciles en el carnaval de septiembre, pero ahora en diciembre será imposible. Nieve, nieve y mucha vigilancia después del intento de entrar con los de Ibárruri, malditos inútiles, todos párvulos. Debemos seguir la inspiración del Patrón, tomar tranquilamente un tren hacia Bayona, y luego buscar las montañas de Navarra, que son mucho más suaves. Las conozco bien. Mi padre me las hizo recorrer desde niño en busca de batallitas antiguas. Desprestaremos a los franceses y a los españoles de Franco, ya sean indios o cuatros, lo que prefieras. Seremos prudentes, pero nos regiremos por las normas del Patrón, Leclerc, Hauteclerc, audacia y fuerza.

Caía la noche. Montenegro apartó la mano de la oreja de Manuel y se volvió hacia el enfermo de su izquierda. En la luz opaca parecía un muñeco de trapo, cuya cabeza había caído en dirección equivocada, hacia donde el sargento jefe murmuraba su conspiración. En el silencio tenso destacaban los ojos de aquel enfermo vencido, fijos en la mirada alerta de Montenegro.

–Maldito hijo de puta –dijo con la suficiente voz para que el muñeco reaccionara. Pero no lo hizo.

El muñeco siguió mirándolo, inexpresivo, como si esa mirada estuviera cavando con eficacia robótica en los pensamientos de Montenegro. Sólo cuando éste alzó el puño, amenazante, la cabeza se levantó pesada, como si alguien la dirigiera con la mano y la soltara en la posición contraria. En la

penumbra dio la impresión de que la barbilla rebotaba contra el pecho.

Vinieron las enfermeras y Montenegro no había conseguido de su cómplice ni una sola palabra que celebrara su estrategia. Le obligaron a separar las camas, entre nuevas bromas, y Manuel continuaba concentrado en su pasatiempo favorito: mirar al techo. Tomaron la sopa del Profesor, se asearon con ayuda, y Montenegro no oyó lo que esperaba.

–Coño, Manuel, dime algo, que todo esto es por ti.

–Mañana –dijo la oscuridad de la sala.

¿Encima el muñeco lo ha escuchado todo?, será tísico y oye igual que los murciélagos detectan los insectos. Montenegro se revolvía en las sábanas. Le ponía nervioso notar quietud en la cama de Manuel, *parálisis y no audacia ni fuerza.*

Pero Manuel dormía mal atormentado por imágenes inútiles de lo que habría logrado sobrevivir en España. Era un valle envuelto en humo, donde Ángeles y otros seres como ella vagaban ciegos. Soñó con caballos metálicos que despedazaban las rutas con sus cascos, conforme cabalgaban. Y volvió a tener uno de sus sueños más recurrentes: en un río, Ángeles se perdía corriente abajo.

Cuando despertó, había amanecido y vio el movimiento y la espalda de Torrubia. Él y un enfermero se llevaban algo. Cerró los ojos buscando un sopor que lo arrastrara, y otra vez lo consiguió.

Después de dormir, la luz llenaba toda la estancia. Montenegro ya estaba desayunando. La cama del enfermo nuevo se encontraba vacía y sin sábanas.

–¿Qué ha pasado?

–Se ha muerto –dijo Montenegro con alegría.

Mañana me dan el alta y no tengo dónde ir. A una máquina del tiempo. Años atrás, hacia el incendio de Las Quemadas. Lo que debía haber hecho y nunca hice: Huyo con Ángeles. La sostengo, mimo su barriga, busco el camino de Lisboa. En un barco nos vamos a los Estados Unidos. Me encuentro con Howard Fast en el puerto. Y él me convierte en un indio. Corro por su novela, de pronto estoy solo en medio del desierto y al fondo otra vez el río. No puedo soportarlo. Mañana me dan el alta y no tengo dónde ir. El héroe de la Nueve trata de convencerme de que soy Ringo Kid y de que puedo volver a Lonsburg. Hay algo en él que no me gusta: está seguro. Ha matado a muchos hombres y no tiene dudas. Yo dudo de todo, también de los justos. Es lo único que he aprendido: a dudar, a temer mi próxima decisión. Por robar el brazo de la Santa los fusilaron a todos. Pero el sargento jefe no deja de empujarme. Quiere que obre de nuevo. Y a lo mejor él ha asesinado a ese hombre esta noche. Está contento, dice, porque ha muerto el único que podría habernos oído, oírlo a él, será, porque yo no he conseguido abrir la boca. Un carlista en su sangre. Eso vive dentro igual que yo tengo el Corsario de la Idea. Un traidor, un doble, capaz de asfixiar a un tullido en la madrugada. Me va a entregar al cruzar la frontera. Una medalla heroica. En Navarra, diciembre de 1944, el carlista Montenegro ha encerrado al anarquista diablo. El mérito de su audacia le reintegra los derechos a vivir en su tierra natal y depura sus culpas. No puedo fiarme porque los hombres son extraños. Corbeau me dejó marchar después de esclavizarme. Corbeau habrá muerto también o estará a punto de hacerlo. Y ahora Montenegro va a entregarme en España, mientras yo digo, me digo, Ángeles está viva detrás de la próxima

curva. No tengo dónde ir. No tengo el rancho de Ringo ni dónde llevar a Dallas. No la tengo a ella. O sí, aquí está la doctora si no me marcho.

Manuel se levantó de la cama, de golpe, descalzo camina hacia otra sala, dejando atrás la voz de Montenegro. Está buscando a María pero el primero que encuentra se llama Torrubia. Hola, doctor, dónde están los americanos. ¿Fast? ¿Barsky? Ya se han ido. Porque de pronto Manuel se da cuenta de que quiere preguntarles cómo se va a América, pedirles que le lleven con ellos. Vas descalzo, el suelo está frío, le dice Torrubia, los ojos del cirujano. Me están diciendo sin hablar: otro enfermo desesperado al que voy a dar el alta y no sabe qué hacer con su vida. Lo veo dentro de esa amabilidad azul. Me encuentro bien, le digo, quiero irme hoy. Hable usted con la doctora Gómez, señala hacia otra sala, ella es su médico. Es lo que quiero oír y siento alivio.

La doctora se volvió hacia Manuel –su bata blanca, su sonrisa de asombro, la mirada con ese juguete que brilla–, y él no la deja hablar, la abrazo, al fin, es más que sentir su pecho contra el mío, es un cofre blando que entra en mí, se abre, sale una pequeña María y aparta de un golpe al fantoche que se alimenta a bocados de mi alma.

María se dejó abrazar, inquieta pero cediendo, aceptando al paciente más querido pero comenzando a apartarlo con las manos.

–¿Qué te pasa, Manuel?

Y él siente que va a brotar un agua termal al fondo, que crece, atora su garganta.

–Mis cosas, mi ropa –logra decir.

Ella mira sus pies descalzos, siéntate, insiste, y abandona la habitación. Él espera, con la cabeza inclinada, controlando la charca donde nada el cuervo, donde me ahogó el cuervo, hasta que la doctora Gómez regresa con una bolsa donde están sus botas, y la ropa vieja y desinfectada.

–Puedes cambiarte aquí.

Ella no se mueve, lo mira desnudarse, paralizada, ahora no, ahora levanta las manos y las sitúa a cada lado de mi piel, pero quietas, se agita la respiración, el silencio como si tuviera capas horizontales que se movieran pero no su manos.

Se abre la puerta.

–Doctora.

Es Torrubia, y ella reacciona y sale, y yo debo vestirme deprisa, deprisa, más rápido que el agua, después de que el oxígeno se vuelve estable, vestirme rápido, abrocho las botas de mi padre.

Manuel cruzó la puerta principal del hospital Varsovia. Nadie le había intentado detener. Pasó por el comedor presidido por las banderas republicana y francesa, y ésta es la de los Estados Unidos de América, y se dio cuenta de que el hospital en el que me he curado es una isla. Ahora pisa por primera vez las calles de Toulouse. Es de día, el aire da en mi cara, no viene del estómago sino desde el cielo y acaricia y se aprieta sobre estos edificios de ladrillo rojo. Hace frío.

Levanta las solapas de la vieja chaqueta y se fija en los transeúntes para elegir a cuál hacerle la primera pregunta. Muchos no parecen franceses ni de ninguna otra parte que no sea el lugar de la pobreza o de haber sobrevivido a fuerza de claudicación. Y de todo ello no queda más que una humildad obligatoria.

Se decidió por una anciana vestida de negro, y por el idioma de la ciudad: Podría usted decirme dónde está la tienda de un español que llaman El Profesor.

–No me hable en francés –dijo la anciana.

Y conforme caminaba en la dirección indicada, fue comprendiendo que esta ciudad o al menos este barrio está lleno de gente como yo, como los habitantes del hospital Varsovia, todos ellos también viven en un hospital de aire y en una isla.

–Saint Cyprien –dice el Profesor.

Abarrotado de españoles, dice, aquí viven muchos que escaparon en la Retirada, otros que fueron viniendo de los campos y de la guerra, y siguen llegando de cualquier desagüe de los Pirineos. Cuentan que en España están pasando más hambre que aquí.

Manuel sintió cómo lo mordía la desazón que se había instalado dentro de él, un barrio de desazón mayor que Saint Cyprien, donde vive ya demasiada gente: los muertos y Ángeles, Max y Corbeau, Ringo y la diligencia que trata de cumplir su recorrido hasta que se corta el fotograma y se repite, por allí

voy yo, en algún lugar, en brazos de un ventrílocuo. Mejor pido algo de beber.

–Me queda otra botella como la que llevé el otro día al Varsovia –dijo el Profesor. Vestía un mandil blanco sobre la ropa de abrigo, y se movía con buen humor por la pequeña tienda, donde entusiasman los colores de la fruta y de las latas de conserva que no he visto desde los años de Matusalén o de Babilonia.

Y pensó la palabra Babilonia en el momento en que daba el primer sorbo a este líquido espeso y dulce que viaja al pozo seco y de allí otra vez se eleva, mientras escuchaba la historia de aquel profesor de la Universidad de Almería –como si yo supiera lo que es eso, mi universidad fue Corbeau–, que había cruzado la península escondiéndose hasta llegar a Toulouse.

–Ahora soy yo el que aprendo trucos de contrabandista y alimento el barrio y el hospital con lo que voy mercando allí y acá.

Su cara me gusta. No sé describirla pero me agrada su cara ancha, quizá puedo decir que sus labios son planos y que tiene una nariz gorda y las cejas apenas sin pelos, entonces sí puedo describirlo cuando se pone las gafas de montura recta y al hablar enseña unos dientes que me parecen cuadrados. Pero el anís lo pone fácil, Babilonia.

Bebo otro trago y cuando el Profesor me pregunta por mi historia llevo cuatro, y no puedo controlar la arcada que sube desde el fondo del pozo, soy un cubo que me aprieta en la garganta.

–Necesito tomar el aire –digo, y oigo a mi espalda que no me preocupe, ya me pagarás otro día, por cierto, necesitarás trabajo, habla conmigo, lo mismo me puedes ayudar en la frontera.

Todos querían conducirlo allí de uno u otro modo, para cruzar el precipicio de España, pensó Manuel buscando el río, más bien por el olor que con la vista, aquel río que corre justo ahí delante de donde viene esta brisa que me alivia. Cuando yo sólo quiero descansar llorando y acordándonos de ti, dulce Sión.

Se apoyó en el pretil y observó la corriente verde.

Movió la cabeza hacia la izquierda para mirar a la gente que paseaba cabizbaja, perdida en recuerdos o en alguna prioridad que cumplir, como yo,

ninguna, salvo que no se seque el pozo de anís, y decidió preguntarlo, en español:

–Cómo se llama este río.

–Babilonia –oyó.

¿Babilonia? Y se tambaleó un poco más, y empezó a cantar cuando presos pasamos tus ríos, pero un hipo lo molestaba, otra vez el pozo sube a mi garganta.

–¿De verdad que se llama Babilonia?

Le he preguntado a una mujer que, al acercarme, ha acelerado el paso, soltando una rápida excusa en francés.

–Garona, Ga-ro-na –le acaba deletreando alguien–, ge, a, erre, o.

Vuelvo a apoyarme en el pretil, sólo que ahora dan ganas de meter la tripa más adelante, me levanto la camisa y siento la piedra fría sobre la carne donde oculto el pozo, que se calma, y un poco más adelante para sacar los brazos hacia abajo, hacia el río aunque oigo advertencias a mi espalda, pero no saben que soy largo y aunque me estire tanto tengo las plantas de los pies en el suelo. Si me tiro va a ser con los zapatos de mi padre, los necesito para navegar, alargo los brazos con todas mis fuerzas, Ángeles, dame la mano, dámela, no me obligues a ir a buscarte ahí abajo.

Y al sentir que lo agarraban por la cintura, se volvió sin pensarlo para lanzar un puñetazo hacia esta voz que reconozco, sargento jefe, déjame en paz, sólo estoy tomando el fresco.

Pero se sorprendió al comprobar que Montenegro lo abrazaba y que, fuera de la cama del hospital, era bastante más bajo que él, aunque mucho más fuerte, puedo notarlos en mis costillas.

–Podremos estar aquí o en España –oigo que está diciendo–, y yo te voy a cuidar, compañero –dice y siento cómo se van aflojando mis manos que intentan separarlo y luego cómo sus brazos se retiran y él se aparta, me mira con reproche–. Llevo buscándote un rato. Tu doctora Gómez vino a preguntarme si yo sabía dónde podrías estar, y lo que hice fue maldecir mientras me devolvían a mí también la ropa y me la ponía a toda prisa, carajo.

–Al final ha sido hoy en lugar de mañana. Nos han dado el alta y no

tenemos dónde ir.

Querida María:

He escrito dos cartas en mi vida, las dos para despedirme. En la primera, dije adiós al pasado. Esta vez siento que me despido del futuro. El tiempo es un desierto que uno llena con sus actos. Los míos me llevan a intentar un regreso no sé adónde y no sé a cuándo. Será muy difícil que vuelva a verte. Como en aquella novela que nos leyó el americano, ningún regreso sucede sin algún tipo de violencia, física o íntima. Por tus cuidados estoy vivo. Si yo tuviera un rancho, sería para ti, porque te conozco tan poco como Ringo a Dallas. Ahora no puedo explicarte esa historia, pero quizás ya la conoces si has visto una película que se llama *La chevauchée fantastique*. Perdona, no me acuerdo de dónde se colocan los acentos en francés. Un rancho es un lugar que espera en el futuro, pero debo avanzar hacia otro que aguarda en el pasado, al que le hice una promesa casi olvidada. No sé a qué tiempo llegaré. Antes de abandonar esta ciudad, quiero agradecerte todo lo que consiga. Fue o será por ti, como sucede con tantos enfermos del hospital. Pero yo me quedo con tus manos, que me quitaron la fiebre. Las siento sobre mi costado todavía. Allí me la devolvieron, transformada en una especie de combustible con el que mi cuerpo funciona. Con él puedo marcharme. Sigue iluminando el Varsovia.

Manuel.

Toulouse, Nochebuena de 1944.

Terminó de copiar el último borrador sobre un banco de la estación, mientras

Montenegro se burlaba de él. Manuel se concentraba en no escucharlo y en decidir si aquel papel se iba a convertir en una carta definitiva.

–Vamos, dámela.

Era la voz del Profesor y a ésta sí la obedeció. Se levantó, dobló el papel en cuatro, extendió la mano.

Había oscurecido y la estación olía a carbón. Se pegaba en la garganta. Manuel y Montenegro cargaron las mochilas y siguieron al Profesor a través de las vías. Dentro de ellas se hallaba el material que les había conseguido gracias a las indicaciones del sargento jefe y a los contactos de ambos con la Resistencia: los pasaportes falsos, los carnés falangistas, unas pocas pesetas, un revólver y balas para cada uno, más los regalos propios del tendero: latas de conserva, cigarrillos, las cantimploras, dos con agua y otra con coñac, aparte de los sombreros y la ropa de abrigo.

Dribblaron algunos trenes hasta llegar al vagón de carga del convoy con destino a Bayona. El Profesor lo utilizaba para el contrabando de alimentos, y ahora había conseguido que Manuel y Montenegro se subieran a él para salir de Toulouse.

Se despidieron con rapidez, porque el tren ya arrancaba, y cerraron la puerta corredera. El último instante en el rostro del Profesor había sido un gesto que apretaba los labios y levantaba las cejas: buena suerte y compasión. Los dos compañeros de viaje se sentaron sobre la paja esparcida en el suelo de aquella estructura que comenzó a traquetear maloliente. No tenía ventanillas. Manuel se pegó a la pared y encontró un resquicio entre las tablas. Ahora, para regresar a Las Quemadas, el ataúd tenía un tamaño mucho mayor, eso había ganado en un lustro.

El tren iba dejando atrás los barrios. Manuel entreveía las ventanas iluminadas y decoradas con motivos navideños: una figura de hombre se movió con un vaso en la mano, detrás de una cortina. Se oyó un villancico en francés, con idéntica música a la española, salvo que las voces eran de niños alegres. De pronto, una bandera de la República española colgaba de un balcón, y luego regresó en otro edificio. Entre los ruidos del tren se asomaron algunos villancicos andaluces, en el idioma de la madre patria. Silbó el convoy entre lejanas voces de fiesta. Alguien gritó en un brindis: ¡Por el

regreso!

Era una quimera de exiliados en Francia, que ellos dejaban atrás, abandonada en los últimos barrios de Toulouse, en las pequeñas luces eléctricas que se iban fundiendo dentro de la noche. Y, al contrario del discurrir del mundo, ellos avanzaban hacia un loco y solitario intento de lograr aquella quimera: internarse en territorio enemigo. Manuel se tumbó junto a Montenegro, que ya roncaba. Sintió cómo el tren se inclinaba en una curva profunda. Sólo la oscuridad anunciaba cada milímetro del futuro que iban recorriendo.

Trataba de apartar el fulgor del desierto de arena roja, donde sus pies quedaban sujetos a cada paso, para liberarse al siguiente. Trataba de identificar, más allá del vapor que bailaba ante su vista, qué era aquella línea del fin, un brochazo plateado hacia el que no tenía más remedio que avanzar sin recibir ninguna noción de continuidad, de suceso. Era el mismo movimiento inmóvil. Era el mismo campo de concentración, salvo que todos habían desaparecido y las alambradas no formaban el enorme y odiado cuadrilátero sino una especie de carretera por la que caminaba mudo, *¿cómo cantaremos canciones de Ieovhá en tierra de extraños?*, pero oyendo la música que había heredado maldecida y para salvarse, y tratando de apartar el fulgor.

El borrón de plata que había permanecido lejos de repente estaba aquí, delante de la punta de las botas que le había regalado su padre antes de morir en la cárcel.

Era un río de corriente salvaje y espumosa. En el centro, entre las aristas del agua, una barca flotaba casi detenida. Incluso él, que acababa de recorrer el más extraño de los caminos, se quedó asombrado ante aquella quietud en medio de la fuerza. Dentro de la barca permanecía cabizbaja la mujer de siempre, a la que amaba y abandonó. Llevaba el pelo rojizo enmarañado y el mismo vestido de colores que otras veces él le había ayudado a quitarse. Manuel gritó el nombre de Ángeles y el peso de cada letra se abrió un hueco en el aire, hasta que ella levantó la cabeza. Le sonrió. Eso fue lo que vio primero. Y luego un brillo que descendía y subía dentro de sus ojos verdosos, que significaba angustia y gozo, destino y esperanza. Mientras tanto, se había

producido un cambio en las relaciones entre el espacio y el tiempo. Sucedían tal como él las recordaba. La barca se había acercado a la orilla, arrastrada por la corriente, y la mujer estiró los brazos para que él la sacara del río.

Con la ansiedad de quien ha deseado el regreso durante años de sombra, él se metió en la orilla y logró agarrar a la mujer por el vestido. Se encontraba ahora demasiado alta y la corriente empujaba río abajo el volumen muerto de la embarcación. Manuel se aferraba a la tela con una mano y con la otra intentaba cazar las piernas o la cintura de Ángeles. Oyó un estruendo y vio la barca perderse detrás de la espuma y de los saltos de agua, y a la mujer dentro de ella, alejándose y todavía con los brazos extendidos, sin un gesto en la cara, como una muñeca de cera.

Manuel miró su mano, donde había quedado un trozo de tela desgajada. La arrugó con rabia y quiso arrojarla al río, pero se había quedado aferrada a sus dedos. La notó caliente, palpitante, antes de extender el brazo y observar las plumas rojas y azules. Era un pájaro, el más hermoso que nunca había visto. Cuando lo invitaba a volar con un gesto, el ave movía nerviosa la cabeza, se apretaba en el cuenco de su mano.

SEGUNDA PARTE

Montenegro indicó el momento. El tren estaba disminuyendo progresivamente la marcha al entrar en Bayona. Abrieron la puerta corredera y se dejaron rodar. La orientación y el mando eran del sargento jefe. Revólveres en la mano y el cuerpo en la sombra. Nunca en la luz y correr sin ruido. Manuel lo seguía. En las puertas iluminadas, los guardias se bebían la primera Navidad sin guerra. Montenegro había elegido la mejor noche para iniciar el camino. Se bastaba con brújulas y astros y un olfato agudizado en España, en África, en el laberinto del *bocage* normando. Debían seguir el camino del río, hacia el sur, en busca de las montañas. El cielo sin estrellas prometía lluvia o algo peor, y cargaba de silencio la tierra. Cruzaron huertos, llanos. Perros ladraban a la presencia escurridiza. Siluetas densas en aceleración o en pausa. Hierba con agua, barro. Cantaba un gallo y no amanecía. Bajo el abrigo de un árbol, tragos de coñac para calentar la sangre.

A lo lejos, divisaron las luces de un pueblo que tendría que llamarse Ustaritz para cumplir la ruta, y se apartaron de él. Las horas de camino se notaban en la respiración agitada y en las pupilas del tamaño de la oscuridad. Subieron y bajaron colinas antes de notar el ascenso constante y el crujido de la nieve bajo las botas.

Al amanecer, se habían alejado lo suficiente del mundo. Las montañas potenciaban su suavidad nevada. En el interior del bosque, el aullido de los lobos dio la bienvenida al sol oculto tras la capa de nubes.

–Se reúnen después de la caza y se despiden de la noche –dijo Montenegro.

Escondidos entre los árboles, aprovecharon la luz para abrigarse mejor y

embadurnar las botas y los sombreros con grasa. Ahora podían continuar el camino. Manuel, persiguiendo la espalda del veterano, vio el hueco que el sol se hizo entre las nubes, y cómo se fue dorando la nieve en el Este, un foco que se iba ampliando desde las cumbres hacia los bosques, sobre los aullidos que volvían una última vez para contraatacar la luz.

O para celebrarla. La belleza no obedece a ninguna cita, la belleza no sabe que caminamos hacia la frontera y que los pies me duelen y que sigo a este hombre gracias a su fuerza y no a mi propia convicción. Pero la belleza, que no sabe, se basta para convencernos a todos, a mí y a los lobos, del milagro del instante.

Abajo, al fondo de las laderas, asomaron los tejados de una aldea y las líneas de humo de los fogones.

–Maldita nieve y maldito frío –dijo Montenegro–; qué bien estaríamos al fuego y con algo caliente en el estómago.

Manuel sonrió.

–¿No dices nada? –insistió Montenegro–. ¿Te ríes y no dices nada?

No te digo que estamos huyendo desde una civilización destruida hacia otra que también fue. Que las luces que hemos dejado atrás y los que viven en esos hogares podrían contar otro tipo historia y no la de aquellos que hicieron la guerra o la padecieron como tú y como yo. Podríamos haber sido los justos herederos de esta belleza.

–Me estoy imaginando las cosas que se estarán diciendo en torno a esos fuegos. Muchos no habrán dormido en toda la Nochebuena. Habrá gente que regresó ahora después del infierno.

–Y muchos huecos, compañero. En tu casa hay uno desde hace años, y no saben que dentro de unas semanas lo vamos a llenar.

–¿A ti no te queda familia?

–Mi madre, aunque no sé si está viva. A mi padre lo mataron cuando yo estaba en el frente. Te lo conté en el hospital, pero está visto que no te acuerdas.

Los pasos rompían la capa de nieve como una corteza.

–¿No preguntas? –dijo Montenegro, entrecortadamente, por el esfuerzo de caminar.

–No pregunto qué.

–¿No preguntas quiénes lo fusilaron?

Todos los asesinos son el mismo:

–¿Los nuestros?

–No, los suyos –casi le cortó–. Lo abatieron como a un perro. Los mismos o casi los mismos a los que él había apoyado durante toda su vida.

No te puedes fiar de las ideas, pero entonces tampoco me puedo fiar de ti porque fuiste de los suyos en el fondo de tu infancia, a menos que tú también hayas descubierto la marioneta que vive en tu baúl.

–Lo siento –fue lo único que Manuel dijo.

Y caminaron otras tres horas en silencio, escondidos en las zonas arboladas, cada vez más cerca de la frontera. Se cruzaron con ciervos, con aves de gran altura que volaban libremente desde un trozo de tierra llamado Francia por sus habitantes humanos a otro considerado extranjero por los mismos seres. El aire era la misma fría pureza, por mucho que Montenegro señalara:

–Aquello es España.

Y, luego, más adelante, susurrando, con el dedo sobre el mapa:

–Hay que evitar el paso de Dantxarinea. Me lo ha confirmado el Profesor. Está muy vigilado con soldados, y ronda la Guardia Civil. Hay que ir hacia Zugarramurdi, tierra de brujas, mala cosa.

Entonces vio cómo el rostro de su compañero, junto al suyo encima del mapa, se torcía de dolor y caía hacia atrás. *Se me muere este muchacho porque ya es viejo, o porque tiene demasiado miedo.*

–¿Qué tienes, Manuel? –le dice tirando de su brazo, para levantarlo del suelo.

–La pierna –contesta el caído, incorporándose–. Ha sido como si me la retorcieran un segundo, y he perdido pie, pero ya no duele, vamos.

–Es un calambre, por la caminata y el frío.

Reanudan el paso. Se agachan para esquivar una rama nevada. Las espaldas parecen muy solas. Se van perdiendo en el fondo de cristal.

Conforme ascendían, la nieve se iba haciendo más densa y caminaban como si tuvieran que apartar constantemente un muro que acabara cediendo. La ventisca los había alcanzado y los apresaba en un remolino que los zarandeaba y los protegía de encuentros posibles.

–Hay que buscar refugio –gritó Montenegro.

–Cuando lleguemos –gritó también Manuel para superar el viento.

–Hace rato que llegamos. Esta zona la conozco bien.

El remolino, la nieve repartida en mil azotes diminutos, el bosque, el aire que había que descorrer para ver, aquello era España. Bajaron un sendero, muy usado ahora por el contrabando, según les había dicho el Profesor. Montenegro tiraba del brazo de Manuel y no lo soltó hasta la entrada de la cueva.

–No me gusta nada este sitio, pero necesitamos descansar hasta que pase la tormenta. Está muy cerca del pueblo, pero aquí no nos molestará nadie en un día como éste.

–¿Qué pueblo?

–Mejor no nombrarlo otra vez. Entra, con suerte hasta encendemos fuego.

No iba a ser fácil, se dijo Manuel. ¿Había soñado alguna vez con aquel túnel? No estaba seguro. El corredor estaba conectado por dos entradas –ellos habían entrado por la menor– y un pequeño río congelado.

–No pises ahí –le acababa de advertir Montenegro–, ven, ayúdame a buscar, aquí suele haber leña.

Manuel se quedó mirando aquel extraño espejo en las sombras que apenas reflejaba su figura. *Debajo corre un agua mínima como dentro de mí corre*

un alma mínima. Y a aquella sensación de haber entrevisto alguna vez aquel túnel, se sumaba la de que alguien lo estaba observando desde el hielo del río. O peor, si me aparto, mi cabeza va a continuar pegada ahí abajo, buscando hacia arriba mi rostro en la ausencia.

–Manuel.

La voz, extraña en la caverna, pertenecía a Montenegro:

–Ven de una vez.

Avanzó hacia la linterna encendida que le señalaba unas cenizas agrupadas en un recodo del túnel.

–¿Ves?, han estado aquí. No me gusta nada, pero es el mejor sitio para encender una hoguera sin que nadie nos vea ni la apague el viento.

A cada lado del túnel giraba un remolino de nieve, y a veces el aire de un lado y de otro querían unirse, adentrar la tormenta en la cueva, pero la distancia entre las dos entradas lo impedía.

Montenegro se encargó de colocar los palos. De ir encendiendo el fuego y secando la madera recolectada en los rincones, sistemáticamente, cuidando cada paso, obteniendo la máxima eficacia de cada movimiento, *es mi oficio, lo conozco mejor que nadie, tengo que cuidar de este hombre débil o a quien han debilitado para siempre, audacia y fuerza, no digas que es imposible, él es mi lucha ahora, sin ella dónde iría, y pego esta brizna a la llama para que se prenda aquella otra, porque todavía soy el sargento jefe.*

Es el sargento jefe, pensó Manuel al ofrecerse y oír la contestación:

–Tú siéntate ahí, o tumbate, intenta dormir. ¿Sabes cuántos fuegos he encendido en la guerra? Dame un trago de coñac, y toma tú otro –dijo Montenegro sacando un cigarrillo.

Y, mientras Manuel situaba la mochila y las botas y la ropa húmeda junto al fuego, y se apoyaba en la parte más seca y blanda que encontrara, oía otra vez los nombres de lugares que ahora estaban en territorio enemigo: Belchite, Teruel, colinas del Ebro; Temara, Sidi Bel Abbas; quedándose dormido mientras miraba cómo las llamas se iban elevando, y se apoyaban una en la otra, y se fundían.

Las Quemadas ardían otra vez. El gran teatro de Ambusta era una construcción de fuego, y bajo el arco tenían que saltar todos y consumirse: el

Asombradizo, Carlos *el Búho*, el viejo Mateo. Los veía arrojarse, desde lo más alto de la grada de piedra, un espectador que no podía hacer nada, sólo mirar. Le tocó el turno a su padre, aunque venía de un tiempo mucho más lejano. Se quitó las botas y se las arrojó a la cara, a él, a su hijo, antes de iniciar el salto. Las lenguas de fuego se juntaban en el hueco de aquella enorme cerradura, y al otro lado no salía ninguno de los que habían saltado: sólo ceniza. Ahora Ángeles avanzaba por el escenario y llevaba algo en la mano, una gran bolsa que transparentaba unas manitas que empujaban por salir. Manuel corrió hacia ella. Debía intervenir en aquella obra como fuera. Ángeles tenía el vestido ensangrentado y movía el brazo hacia atrás para arrojar la placenta dentro de las llamas. Manuel la iba a alcanzar, se lo iba a impedir, estaba a punto de abrazarla cuando oyó la flecha antes de sentirla clavada en su muslo, un dolor que le hizo caer en el escenario, despertarse.

El fuego, muy vivo, le quemaba el costado, pero más le dolía la pierna. *¿Qué es? Otra vez. Como una aguja larga y fina que me atravesara la carne, y se fuera abriendo sitio.*

Manuel se retiró unos metros de la hoguera. El suelo estaba seco. Había caído la noche a un lado y otro del túnel. *Podía ser de otra manera. Me puedo creer cada cosa que me suceda. A un lado el día, al otro la noche, y nosotros en medio, intentando calentarnos con un fuego menor: nuestra vida.*

Montenegro dormía profundamente, acurrucado contra la pared de la cueva y envuelto en una manta, a una distancia prudente de las llamas. Manuel contempló su rostro, *firme hasta durmiendo*, los pelos canos que iban salteando la barba negra, la nariz recta, las pestañas largas, la frente recorrida por líneas que ahora se arrugaban. Montenegro fruncía el ceño.

Aunque continuara dormido, sabía que algo estaba sucediendo ahí fuera, fuera de su cabeza. Sentía los resplandores, ¿la tormenta? Estaba demasiado cansado otra vez, y cada vez que encontraba la oportunidad de tumbarse era como si lo sepultaran en una bañera con cemento. Algo cayó a su lado, muy cerca, y la tierra le saltó encima. Había sido una bomba de mortero, estaba seguro. Oyó los disparos. Quería despertarse pero el cemento le paralizaba los pies. Alguien le sacudía. Abrió los ojos. En la trinchera. Los cuerpos de sus compañeros estaban destrozados. Sonó una sirena. Delante de su vista, a

un centímetro, permanecía la mano que lo acababa de acariciar, desprendida de algún brazo, ensangrentada. Gritó. Abrió los ojos. Vio la mano y sintió alivio al verla pegada a un cuerpo.

–Estabas teniendo una pesadilla –dijo Manuel, de rodillas ante él.

El viento silbaba en el corredor.

–Es este maldito sitio –gruñó Montenegro–, no te deja dormir.

Manuel cojeó en dirección a su manta.

–¿Qué te pasa?

–Otra vez la pierna.

–Es la humedad, seguro. Intenta pegarte al fuego.

–Antes casi me quemó.

–Duerme, Manuel, mañana nos podemos tropezar ya con cualquier cosa. Mañana nos vamos a meter en España hasta el fondo.

Manuel cerró los ojos. Enseguida oyó la respiración de Montenegro, que se convirtió en un ronquido inquieto. También escuchaba la corriente de aire. Los dos lados del túnel habían conseguido conectarse.

El escenario estaba ahora vacío. Se subió en él. Avanzó hacia el arco de piedra y se asomó para ver lo que había detrás. La trinchera permanecía desierta, con los restos de la batalla, fusiles retorcidos y cascos abollados. Oyó una llamada y volvió la cabeza hacia la platea. Era Montenegro, vestido con sus ropas militares y con una metralleta en la mano. Dijo:

–Lo vas a hacer muy bien, ya verás.

–Pero tú eres un espectador.

–Qué va, mira, soy el actor principal –dijo subiendo también al escenario–. Vamos, sígueme.

Montenegro saltó primero a través de la cerradura y miró hacia atrás. Contempló a Manuel arriba, de pie y en el centro del arco, como un gigante. Lo necesitaba para salir de aquella trinchera, que habían cavado demasiado profundo, tanto que le era imposible trepar. Pero el gigante le ayudaría.

–Manuel, ¡salta!

Y lo vio caer a su lado. Se sintió alegre un instante, antes de oler la humedad de la tierra, y ver lo que asomaba apartando los grumos: los dedos, primero, haciendo sitio a la mano, después a la muñeca y al resto del brazo.

Gritó otra vez, pero al oírse se dio cuenta de que ese grito no era suyo, pertenecía a alguien, *mi compañero, ahí fuera. Manuel.*

–Manuel –tuvo la seguridad de que lo repetía, pero ahora totalmente despierto.

–Lo siento –dijo Manuel, sudando–; cada vez que me duermo, sueño con el teatro de Ambusta, mi tierra, en Las Quemadas. Y pasan cosas horribles. También salías tú en el sueño.

–También yo acabo de soñar contigo, y me parece que había una construcción antigua, como una fortaleza pegada a una trinchera. Odio este lugar. ¿Amanece?

–Todavía no.

Mi padre me traía aquí de pequeño para enseñarme los santuarios carlistas. Conozco bien el paso de la frontera porque ésta fue la ruta que utilizó Carlos VII para entrar en España, por Zugarramurdi. Si no fuera por él, ahora mismo estaríamos congelados en los Pirineos aragoneses. Sucedió el 16 de julio de 1873, fecha que me hizo repetir mi padre cien veces mientras subíamos a Peña Plata, donde estuvo nuestro rey aquel día, día de la Virgen del Carmen. El rey que no fue; la Virgen a la que no supe seguir rezando tres avemarías más allá de los catorce años. Mi vida ha sido siempre un no poder ser, un no encajar en ningún lado, un luchar contra todo, ganando batallas y perdiendo cada guerra definitiva salvo la de hacer lo que yo creyera conveniente. Eso también me lo enseñó mi padre, al que llamaban, en su juventud, Cara de Plata, como a la Peña pero no por ella, sino porque era el más guapo de sus hermanos. Él me tuvo con más de cuarenta años, y se entretenía en probar su corazón llevándome a andar por todos estos montes. «Hay que ser sólido y no líquido –solía decirme en la cumbre–, cuando sientas miedo te tienes que convertir en montaña.» Después de la tercera guerra carlista, se había quedado a vivir en Estella, que fue la última corte del rey. Allí conoció a mi madre, que era de Urdax, un pueblecito a una hora de aquí, donde pasábamos los veranos y las navidades. De allí veníamos caminando muchas veces y él, cada vez que salíamos, trataba de probar mi valor. Eso nunca lo aprendió mi padre. Que el valor sin libertad no vale nada.

Él, sin embargo, se empeñaba en obligarme. La peor de las pruebas era dejarme aquí solo, en esta gruta, a pasar la noche. «Conviértete en montaña.» Pero yo me convertía en cueva, y en líquido. En primavera, ese río congelado

de ahí corre y humedece todo este espacio. En verano, una historia de miedo sigue pegada a cada rincón. Ríete. No bastaba dormir aquí dejando que la imaginación inventara personajes para las sombras y los sonidos; no, antes mi padre me contaba cualquiera de sus cuentos. La primera vez, cuando yo tenía seis o siete años, me dijo que en este lugar, desde hacía siglos, las brujas hacían sus aquelarres ante el macho cabrío, prendiendo fuegos como el que nosotros hemos encendido esta noche. Te juro que llegué a ver los cuernos del diablo alargándose por las paredes, a la luz de la hoguera; lo oía hablarme en cada gruñido de animal o en las hojas de esos árboles enormes que hay en la entrada. Mi padre sabía alimentar los detalles. Después iba a acostarse con alguna de las furcias del pueblo.

Sobreviví a esas noches repitiendo las oraciones que mi madre me había enseñado, las recitaba como loco, igual que si fueran talismanes. Qué te parece, el sargento de la Nueve rezando avemarías. Así me curtí. Mi padre, antes de abandonarme, me advertía: «Las mujeres siguen viniendo aquí cuando buscan esa desazón que todos tenemos, tu madre cree que se llama diablo o cabrón, pero se trata del temblor de vivir y ansiar y estar solo. Recíbelas bien si te encuentras alguna».

–¿Y te las encontraste? –preguntó Manuel, abrochándose las botas.

Montenegro, con la taza de metal entre las manos, mirando el café de malta, humeante, como si en el humo estuviera adivinando una figura, dijo:

–Aquí nunca sabes si es real o es sueño.

Manuel se puso en pie. Sintió cómo se estiraban los músculos, y de inmediato el pinchazo en la pierna. Probó a andar. Cojeaba, y con el dolor desaparecía la historia de Montenegro.

–Vas a necesitar una montura.

–¿Ah, sí? Chasca los dedos y que aparezca un caballo.

–Odio ir a ese pueblo, pero allí podemos conseguirlo.

–Mejor evitar a la gente.

–En este lugar había que hacer lo que dijera mi padre, ahora me toca a mí. Sé dónde hay un establo.

Apagaron las brasas, cargaron las mochilas y salieron al amanecer. Nubes altas cegaban el cielo; el campo parecía impenetrable por la nieve.

–Antes de entrar en el pueblo, está la casa en la que se quedaba mi padre, probaremos allí.

Entre los árboles bajaron la colina nevada, en el silencio de la primera hora del invierno. Al llegar a los prados, se escondieron detrás de un muro de pizarra. Así, pegados a la pared, fueron avanzando hacia las cuadras, ocultándose del caserón de cuatro pilares. Al abrir la portezuela, olieron la paja y el calor de las boñigas.

–Buenos dineros se dejó aquí mi padre.

Avanzaron hasta encontrar el rincón donde dos caballos y un burro masticaban la paja.

Montenegro acarició los caballos, que ahogaron un suave relincho.

–Vamos a llevarnos estos dos asturcones.

Encontraron bridas y sillas a un lado del pajar.

–Págalos –dijo Manuel–. Saca unos francos de esa bolsa que llevas, y déjalos ahí.

–Ni hablar. Nos hacen falta. Y no son francos, son los duros del Profesor. Mi padre ya pagó aquí por adelantado.

–Pero no por mí.

Montenegro, refunfuñando, empuñó el revólver y tiró de las riendas de uno de los caballos, el castaño, dejándole a Manuel el más ceniciento.

Iban con cuidado, con pasos mínimos, confiados en que la hora temprana y el frío retuvieran a la gente en sus casas.

Todavía sin cabalgar, tomaron el camino del monte, buscando la protección de los árboles.

Aunque miraban hacia su retaguardia, no las veían. Quizá porque estaban vestidas con camisones blancos, como si no existiera otra temperatura que la vigilancia.

La más joven, de pie sobre la nieve, buscaba con la mirada el ojo de su caballo, del que tiraba el hombre más desgarrado y alto. Había oído la conversación y se sentía inclinada a no maldecirlo, a desearle suerte. El ojo del caballo la reconoció y quiso girarse nervioso.

–Quieto –susurró Manuel, volviendo la cabeza hacia atrás, sin divisarla a ella, ni a la bendición que llenó la mirada de la bestia, tranquila de pronto y

avanzando hacia el bosque.

La otra mujer era muy vieja. Para sostenerse, había apoyado una mano en un gran álamo que había ante la casa y se confundía con el tronco blanquecino. Todo en ella hablaba de árbol: los brazos raquíticos, la carne colgante y magra, la mirada como corteza. Pinchó los ojos del caballo de Montenegro.

–No te perderemos de vista, bastardo.

–Ninguna de las dos –dijo la joven.

–Nosotras y ella, la sureña. Nos une el no olvidar.

–Se parece a él.

–Es su hijo.

–Yo soy su hija legítima.

–La madre de ese ladrón fue la puritana de Urdax. Por eso él lloraba de miedo en la cueva.

Los vieron alejarse. Eran manchas en la nieve que trepaban hacia el monte: cada vez más pequeñas, en fila.

–Aquella es.

La mano, en el límite del bosquecillo, señalaba una casona en el lado oeste de Urdax, que se iba desperdigando sobre la suave pendiente nevada.

–¿No te parece muy peligroso?

–Un día como hoy la gente se queda en su casa. ¿Tú ves a alguien?

–Las chimeneas.

–El humo, esa es la única parte de la gente que puedes ver. Así que vamos.

Y avanzaron hacia la única casa que no lo tenía.

Por lo tanto, se ha cumplido, no hay nadie, pensó Montenegro.

Por lo tanto, el sargento jefe es un loco que me ha hecho cruzar la frontera sólo para ver a su madre, pensó Manuel espoleando su caballo.

Los ataron en la puerta trasera, oculta a la mirada del pueblo, y Montenegro sacó del cuello aquella llave de hierro que le había mostrado un momento en el hospital.

Entraron despacio. La luz se asomaba por las ventanas entornadas a la penumbra de los pasillos y de las habitaciones frías. Los muebles parecían habitantes dormidos. Montenegro la buscaba en el salón, en la cocina, escaleras arriba, cada vez más rápido, hasta abrir el dormitorio donde ella había vivido durante décadas. Descorrió una cortina de color amarillento y se iluminó el armazón de cobre de la cama, un sillón, una mesita con libros de santos y misales amontonados; y, encima de ellos, un rosario de cuentas negras.

El suelo estaba limpio; sólo el colchón sin sábanas indicaba ausencia. El

gran armario de roble contenía ropa.

Montenegro lo cerró, y se dejó caer en el sillón. Tomó el rosario y jugueteó un instante con las piezas.

Es un inmenso vacío, una carta infinita y ya sin letra alguna.

Bajó la cabeza, la escondió entre las manos.

Manuel lo había dejado solo en el dormitorio. Sin consultarle, asustado, estaba metiendo los caballos dentro de la casa para ocultarlos aún más de posibles miradas. Sus cabezas tocaban el techo. Los cascos resonaban nerviosos sobre las baldosas.

Montenegro apareció maldiciendo y arrastró los animales hasta la cocina, donde empujó un portón, que se abrió hacia un patio enorme.

—Aquí estarán mejor. Mira, ahí está la entrada para las bestias. No la hemos usado porque da a la parte delantera de la casa. Que sí se puede ver desde el pueblo.

Volvió a la cocina, entró en la despensa. Al abrir las alacenas, los huecos retenían un olor a café y a manzanas dulces. Sólo el olor.

—Ni siquiera un poco de vino.

Manuel, detrás, permanecía en silencio.

—Ven —dijo el sargento jefe—, tenemos que cambiarnos.

Subieron de nuevo a la segunda planta y Montenegro empujó la puerta de una habitación a oscuras, donde olía a alcanfor y a polvo. Media contraventana, al abrirse, mostró un escritorio, una cama pequeña, otro armario.

Montenegro hurgó en él y tiró sobre la cama pantalones, camisas, chaquetas.

—Pruébatelas. No podemos seguir con esta pinta.

Manuel estaba tan acostumbrado a las ropas que llevaban, viejas, de presidiario o militares, reforzadas por las piezas de abrigo que les había entregado el Profesor, que aquellos movimientos del sargento jefe le resultaban recuperados de un tiempo ya desconocido: el de los hogares, *llenos de cosas que nos cuidan o refugian, no esta segunda piel que nos ha salido en el destierro. Entonces no está loco, tenía pensado que nos cambiáramos de ropa, pero por qué no me lo cuenta antes.*

–Y esto nos va a venir muy bien –dijo Montenegro, tirando sobre la cama una bandera con una cruz.

Manuel manoseó la tela blanca, el aspa flechada y de color rojo.

–¿Qué es?

–La cruz de Borgoña, me la regaló mi padre cuando pensó que ya tenía edad para ser carlista.

Volvieron al patio; usaron las letrinas y el pozo: agua fría para lavarse y beber. Se vistieron con las ropas que Montenegro había usado en su juventud.

–Son de antes de irme a Madrid. Estamos tan delgados que otra vez me están bien. ¿Qué tal te van?

–La camisa me tira un poco; los pantalones me quedan cortos pero cubiertos por las botas. Es buen paño, no pasaremos frío.

Comieron unas conservas del Profesor en la cocina, mientras Montenegro le daba más detalles de la historia: su madre se encerró en su habitación harta de las infidelidades de Cara de Plata. No soportaba salir y recibir la mirada de sus vecinos. Se quedó allí con sus oraciones y sus misales. Cuando mi padre me dejó irme a Madrid, nos comunicábamos por carta. Vine a veces en verano. Pero ahora recuerdo su letra, su caligrafía, más que su cara. Era mi madre quien escribía y a veces me hablaba de él, aunque muy poco. En Madrid pasé años felices, fui estudiante, luego profesor, nunca me casé. Me gustaban las tabernas y los libros, por este orden. Celebré la República y nunca quise volver a vivir en esta tierra. Demasiada tradición, demasiados nacionalistas y curas. Aquí, y en Estella. En Estella todavía peor, porque había periódicos donde los próceres escribían sus casposos pensamientos. En Madrid me sentía libre. Cuando se alzaron los generales, me alisté para defender lo mejor que este país ha tenido en siglos: una democracia con defectos. Navarra fue la primera en perderse en manos del gran traidor, el general Mola. Pero las cartas siguieron llegando. Allí donde yo estaba le mandaba una a mi madre y, a pesar de los frentes, en ocasiones regresaba una respuesta. Así me enteré de la locura de mi padre y cómo de viejo, viejísimo, le había dado por hacer lo mismo que mi abuelo, irse por los caminos hablando del rey Carlos y de la justicia para los pobres. Cada vez que se encontraba a un miserable, lo arengaba y le hablaba de la tierra, y de que la

tierra pertenece a los que viven en ella, y que no podían dejarse robar ni por los ricos ni por la Iglesia.

–Lo mismo enseñaban los anarquistas de mi pueblo.

–Mi padre era un carlista de los románticos, tan apegado al terruño que me decía que mis manos, nuestra carne, la carne de cualquiera era igual que los árboles de estos bosques, que nuestras raíces estaban igual de hundidas en el barro, y que nosotros tampoco le pertenecemos a nadie.

–Lo mismo me decía a mí Mateo, mi segundo padre.

Montenegro, interrumpido por segunda vez, lo miró mal. *Putos anarquistas*, pensó pero no lo dijo.

–El caso es que a finales del 36 lo arrestaron por alborotador, a pesar de ser un anciano de paso corto y bastón. No lo fusilaron pero lo encerraron en el Fuerte de San Cristóbal, cerca de Pamplona, eso me contó mi madre. Me escribió en plena guerra, en el 38, justo después de la fuga. No sé cómo lo hicieron pero todos los presos se escaparon del fuerte. Los persiguieron y, conforme corrían, les iban disparando como a conejos. Hazte montaña, manda cojones. Pero yo no me creo que mi padre muriera de ese modo. Estoy seguro de que no se dejó disparar por la espalda. Tan viejo, no tenía fuerzas ni motivos para correr. Me lo imagino predicando a los presos para que se fugaran, en medio de la cárcel, y con el bastón en alto, como un profeta al que un rayo divino le va a partir el corazón. Vamos –dijo, después de guardar silencio–, nos tenemos que ir.

Montenegro subió al piso de arriba. Escondió la ropa vieja. Empujó las contraventanas que había entreabierto. Miró la oscuridad de cada habitación. Al bajar, le dijo a Manuel, con tristeza:

–Mi madre habrá muerto pero no puedo saberlo con seguridad, ni aquí hay nadie a quien pueda preguntarle.

Por la parte de atrás, tirando de los caballos, volvieron al bosque.

Habían cabalgado un par de horas hacia el sur por caminos apartados, dejando atrás la nieve, cuando se toparon con un grupo militar que descansaba a la orilla de un río. Las boinas rojas señalaban que eran requetés; las voces y las risas, su juventud; el sol, el cañón de los fusiles. Manuel frenó su caballo, pero la indicación de Montenegro fue avanzar hacia ellos, «con tranquilidad», pues ya los habían visto, y algunos les estaban apuntando con sus armas.

Levantaron las manos, a media altura, sin soltar las riendas y, mientras Montenegro saludaba con unas primeras palabras amistosas, Manuel percibía el sudor que empapaba su espalda: de reojo, descubrió el puente de piedra que, unos metros más allá, dibujaba la única salida. *Ahora me va a entregar. Como muestra de buena voluntad, se reconcilia con su tierra.*

Montenegro, sin dejar de sonreír, juraba su carlismo y pedía permiso para enseñarles su estandarte.

–Me lo regaló el gran Cara de Plata, ¿no habéis oído hablar de él? –dijo sacando la bandera de la mochila y desplegando la cruz de Borgoña para aquella cuadrilla de *jovenzuelos temblones y agresivos, disfrazados con uniformes nuevos, que no han visto jamás una batalla. Todavía huelen al taller del sastre.*

–¿Eres de por aquí? No te conocemos –preguntó uno de los muchachos, azorado, con ganas de demostrar violencia–. Estamos cazando maquis.

El líder de estos nueve, diez con él.

Montenegro enseñó, sin desmontar, el falso carné de falangista que le había entregado el Profesor, y comenzó a enumerar nombres de pueblos y de

colinas, con afabilidad, jocundo, situándose en el otro bando pero en los mismos lugares donde había combatido. En su sonrisa, orgullosa y suficiente, bailaba la definición de requeté con la que tanto se había bromeado en la guerra: *pájaro en extinción que vive en las montañas del norte, con la cresta roja, que una vez comulgado ataca al hombre.*

—¿Y a cuántos mataste?

También se acordaba de eso, de sus compañeros muertos, y de las miserias que venían de aquel norte que ahora pisaba, de los peores tiempos de trinchera cuando iba al encuentro de los padres *de estos niños que nos querían exterminar a cambio de un bulo o una bula, por cada rojo que matéis un año menos de purgatorio, leí en un pueblo de Zaragoza, escrito sobre un muro, cuando conseguimos echar de allí a los trescientos requetés. Nos costó, tenían fe, nosotros éramos dos mil.*

Manuel, oyendo latir su corazón cada vez con más fuerza, contemplaba el cambio progresivo en el rostro de Montenegro, de cuya boca no salía contestación alguna, *los labios rectos y ligeramente torcidos ahora, no es un traidor que me enloquece. Qué mal domino este caballo y peor con nervios.*

El animal se revolvió, relinchó y la atención de los requetés cambió hacia Manuel. Giraron los círculos negros de los fusiles bajo el sudor de los lampiños.

—¿Y tú, a cuántos rojos mataste?

El corazón está en las sienas, y Manuel —que estaba tratando de sacar el falso carné de su bolsillo— vio la sangre en la frente del muchacho, a la vez que oía el disparo y el grito, «¡Ahora!», de Montenegro, revólver en mano. Lanzaron los caballos sobre el grupo, que reaccionó disgregándose y dejando caer algún rifle al suelo, algún disparo al aire. Cabalgaron hacia el puente. Manuel volvió la cabeza y vio a los nueve que quedaban, tirados en tierra, apuntando hacia donde ellos huían. *Los apaches nos alcanzan si no logramos cruzar el río.* Volaron las balas a un lado y otro de su cabeza.

—Desmonta —gritó Montenegro, de pronto ya al otro lado, y se parapetaron tras el pretil de piedra.

Manuel apretó el gatillo. *Es dócil y después sucede que salta polvo veinte metros más allá.*

–Menuda puntería tienes, anarquista.

Trataba de disparar cerca de las gorras rojas que se asomaban al puente.

No son más que unos niños –dijo Ringo.

–Son sólo unos niños, sargento jefe.

–Tienen los huevos negros –replicó Montenegro–. Y están podridos. Nos tenemos que ir de aquí. Quién sabe quién puede estar oyendo el tiroteo.

Dos de los muchachos intentaron cruzar el puente y recibieron sendas balas, precisas, de Montenegro. Los demás retrocedieron gritando insultos, con disparos torpes, *como los míos*, pensó Manuel, hacia los árboles.

Cabalgaron durante el día, deteniéndose únicamente para dar un mínimo descanso a los caballos, sintiendo que en cada rincón del bosque y del monte, en cada palmo de las rutas que cruzaban, iban a detenerlos, los estaban esperando, después de ser alertados por la cuadrilla de cadetes. Veían fugaces la maleza, los troncos largos, imaginando, desde una perspectiva aérea, el hormigueo de la Guardia Civil que rastreaba las aldeas y los vados, las masas de los bosques, trazando círculos que se iban cerrando cerca de la frontera de Francia, pero también al sur, siempre una hora más al norte del punto en el que ellos se encontraban, ya cerca de Estella.

–Por aquí, en el campo, vivía el hermano de mi madre –dijo Montenegro–. Necesitamos descansar.

Hacía frío. Era de noche. Entre las arboledas, se veían casas iluminadas. Los caballos avanzaban con el hocico en el suelo, resollando.

–Es ahí.

Una luz débil. Humo en la chimenea. Desmontaron y Montenegro, después de espiar por la ventana, golpeó con los nudillos en el cristal, hasta que se asomó una figura.

Tarda en reconocerlo, pero al fin se asombra, sonrío.

Les abrió la puerta encorvado, totalmente calvo y envuelto en una pesada bata de lana. En los ojos, tímidos, había tanto miedo como alegría.

–Esta mañana, se me ocurrió que podías haber sido tú. Si seguías vivo. Y aquí estás, sobrino.

Escondieron los animales detrás de la casa, en los corrales, y después se sentaron alrededor de la chimenea.

–Con cualquier ruido, o si llaman a la puerta, no os preocupéis, os bajo al sótano.

No es Corbeau. Es su lado bueno. Tiene la misma edad, da los mismos pasos cortos. Afeitados los laterales de la cabeza. Las cejas espesas, blancas. No es Corbeau. No quiero volver a un sótano.

Manuel le miraba también las manos, arrugadas y muy pálidas, *como si nunca hubieran tenido color*. Las manos que volvían a acariciar la cara de Montenegro.

–Sobrino, ya no te conozco. Pero no vamos a hablar sin haber tomado el caldo que te va a preparar tu tío. Hay demasiado que contarnos.

Un poco picante, era calor para el estómago y, el cuenco de barro, calor para las manos, a falta del alcohol por el que había preguntado Montenegro.

–Ya no bebo, sobrino. Si tuviera licores sería un borracho.

El fuego recortaba los rostros en moldes de cobre. El viejo les miraba comer y, al sonreír, mostraba los últimos dientes.

–Esta mañana vino a preguntar la Guardia Civil. Vino porque ya no queda nadie. Tu madre murió hace tres meses. Allí está enterrada en Urdax, por allí has pasado, me lo has dicho, sí, qué pena que no hayas podido ir al cementerio. Ojalá hayas venido a quedarte, aunque no debes. Dicen que han matado a tres muchachos unos kilómetros al norte, una incursión puntual del maquis seguramente. Están registrando la frontera. Los testigos hablan de un hombre fuerte y con barba, acompañado de otro, delgado y más alto, iguales a vosotros; y que el fuerte, el que ha disparado primero, mencionó a un tal Cara de Plata. Claro que los cadetes no saben quién era, pero entre los militares siempre hay un viejo que recuerda, al menos hasta que todos acabemos muriendo. Por eso han venido a verme, porque soy el único familiar que queda, eso les vale a estos vagabundos, esbirros de un cualquiera gallego, y no de un rey. No saben a quién buscan. No saben que existes ni que te han olvidado. Han pasado muchos años desde que te fuiste de Estella. No pueden adivinar nada de esas aventuras que no quieres contarme. Apenas me asomas algo y lo escondes, sobrino.

Montenegro se levantó y se acercó a él. Se situó a su espalda –*en lugar de a su lado*, pensó Manuel, *quizá para permanecer de cara al fuego*–. Le

acarició la cabeza, y luego le pasó la mano por la nuca. *Lo va a matar, igual que hizo con el muñeco del hospital Varsovia.*

–No digas esas cosas, tío. Resulta difícil hablar de tantas tragedias. ¿Y se han conformado con eso los picoletos, se han ido sin más?

–Me amenazaron un poco antes de irse, aunque se notaba que estaban despistados. Lo que menos les encaja es la mención a Cara de Plata. Qué hacían los asesinos con la cruz de Borgoña. Y más si son maquis. O quizá se trata de ladrones carlistas. No todos apoyaron a Mola. Nunca se sabe. Hay mucha hambre. Estos últimos años han sido todavía peores que la guerra. Primero, las represalias. Mataron a todos los nacionalistas que habían defendido la República. Cuando uno se asoma a la calle o al campo sólo se ven fantasmas. Deambulan de un lado para otro, y también tienen hambre. Nadie sabe diferenciar quién sigue vivo y quién ha muerto. Buscan comida en las granjas y en los escondites de las casas. Pero aquí no os encontrarán. El sótano es un lugar seguro. Podéis quedaros todo lo que queráis. ¿Y tu amigo, de dónde viene?

–Mejor no preguntes, tío, mejor no saber, para ti es más seguro –dijo Montenegro, contemplando la cabeza afeitada y acariciándola una vez más.

–No seríais los primeros. De hecho, estaréis acompañados.

–¿Cómo?

–¿Y entonces pasaste por Urdax y no visitaste a tu madre en el cementerio?

–No tío, no la visité, ya te lo he dicho. Necesito tabaco. ¿Tienes cigarrillos?

¿Y por qué no saca los suyos? Los guarda en la chaqueta. Ahorra. Le hace gasto a la familia.

El viejo se levantó y se perdió en las sombras del pasillo.

–Vámonos –dijo Manuel.

–¿A estas horas, adónde? Espera, tengo que saber más. Y no te preocupes por mi tío, es inofensivo. ¿No lo ves?

El anciano volvió con un sobre que contenía picadura de tabaco y papel de fumar.

Montenegro se acercó a la chimenea. Lió un cigarrillo y lo prendió con

una brasa.

–Dime cómo murió mi madre.

–Hay una tendencia a no salir, sobrino –dijo el viejo, otra vez sentado en su silla y hablando hacia el fuego–. Hay una tendencia a encerrarse. Da pereza, las piernas duelen, no quieres ver a nadie. Tienes la sensación de que el tiempo que te queda ya no es tuyo. Es la falta de quehaceres. Y tu madre no volvió a moverse de vuestra casa de Urdax. Cuando yo iba a verla, me la encontraba sentada en el sillón de su dormitorio, con el brasero debajo de las faldas y leyendo alguna vida de santos, santos antiguos y de pocos amigos, san Antonio, san Jerónimo, santa Cristina de Bolsena. No quiso salir nunca de allí. A veces me pregunto si lo habría hecho por ver a tu padre.

Hay una tendencia a escapar, se dijo Manuel. La vida tiene esas tres edades: actuar, escapar y esperar, porque eso es lo que ella hacía, esperar, como yo actué y por ello aún estoy escapando. Y un día estaré tan cansado que sólo podré esperar.

–¿A la cárcel? Cómo iba a ir a verlo allí –dijo Montenegro, de espaldas a su tío, y también de cara al fuego, pero de pie, lo más cerca que podía estar sin quemarse–. No me imagino a mi madre haciendo ese viaje.

–No, sobrino, a la cárcel no, a esta casa. Tu padre vino aquí cuando escapó.

Hay personas que llegan a esa tercera edad muy viejos, porque todavía tienen fuerzas para seguir actuando y escapando en lugar de esperar tranquilamente. Y quizá las tres edades se mezclan en algunas personas hasta el final: actúan, escapan, esperan; escapan, esperan, actúan.

Manuel se preparó para ver qué hacía ahora Montenegro. Se lo imaginó girándose con violencia hacia el anciano, pero el sargento jefe no se movió de la chimenea. Continuó de espaldas a su tío. De espaldas escuchó la historia. Cómo su padre huyó del Fuerte de San Cristóbal con todos los demás prisioneros, tal como su madre le había contado por carta. Cómo consiguió despistar a sus perseguidores, nunca detalló la manera, conocía muy bien el campo, ya lo sabes, los caminos. Me lo imagino escondiéndose en cualquier rincón, en el agujero de un puente, o mezclándose con esos miserables con los que tanto le gustaba hablar. Ellos pudieron refugiarlo primero y así pasó

desapercibido, transformado en un mendigo, que es lo que él quería ser.

–No hables así de mi padre.

–Un día, al venir de Estella, me lo encontré dentro de la casa. Había entrado rompiendo una ventana y había hecho su habitación dentro del sótano. Ahí vivió tres años.

Hay una edad más, que el padre del sargento jefe y yo conocemos. La edad del sótano.

–Mi madre me dijo por carta que había muerto en la rebelión del fuerte.

–Tu madre nunca lo supo. Tu padre me pidió que le guardara el secreto y así lo hice hasta que acabó la guerra, por seguridad principalmente, la suya y la de tu madre, nunca se sabe adónde va una información, un comentario. Podían interrogarla; de hecho lo hicieron después de la fuga. Y entonces estaba en juego la vida de todos, también la mía. Al poco de acabar la guerra, tu padre se murió sin querer regresar a Urdax. Tuve una sensación extraña, como si hubiera sido inútil el tiempo que estuvo escondido. Y entonces pensé: ¿para qué se lo voy a contar a tu madre?, ¿para qué la voy a amargar con lo que podría haber hecho en el caso de saberlo? Además, tu madre se había despedido de tu padre hacía muchos años, antes incluso de que tú te fueras a Madrid.

–Prefiero que no hables de eso –dijo Montenegro, con la mirada fija en uno de los troncos encendidos, cuyo extremo sobresalía de la chimenea. *Prefiero que arda todo de una puta vez.* Y le dio una patada que desbarató parte de la hoguera, y el tronco rodó por el suelo, chispeando.

El viejo no se movió mientras Manuel se apresuraba a recoger las brasas con las tenazas. Montenegro se había acercado a su tío. Apretaba los puños, con los ojos cargados, húmedos, como si hubiera una relación matemática entre la fuerza de las manos y el agua que subía a la mirada.

–¿Dónde lo enterraron?

–Lo enterré yo –dijo el viejo sin inmutarse–. Sigue ahí abajo.

El candil alumbraba instantes del largo pasillo: el vislumbrar de un rostro en un cuadro, el cristal polvoriento de una fotografía, la alfombra estrecha que ocupaba el suelo. Al llegar al final, junto a la puerta de la cocina, el viejo se agachó con esfuerzo y levantó la alfombra.

–Tira de esa argolla, sobrino.

Montenegro abrió la trampilla y Manuel lo vio bajar con el candil en la mano: iluminar un primer escalón, proyectar su sombra en la pared, seguido por el anciano, que insistió:

–Pisa con cuidado.

Manuel oyó esas palabras, ya ahuecadas por el subsuelo, mientras se sentaba frente a la puerta de la cocina, apoyando la espalda en la pared. Olió la humedad, la reconoció como parte de su propia historia y entonces se retiró un metro más allá, donde el aire del sótano no lo tocara, aunque los sonidos siguieran llegando y formando conceptos que prefería ignorar: «padre», «pala», «ahí». Se había negado a bajar para remover la tierra, a lo que Montenegro le había respondido, orgulloso y distante:

–De esto me tengo que encargar yo solo.

Desde el sótano subían insultos y maldiciones, por haberlo enterrado allí en lugar de en Urdax. *No tienes razón, sargento jefe, adónde lo iba a llevar y cómo y con qué fuerzas sin evitar que lo descubrieran. Es tu rabia la que habla. Deja que te lo explique el viejo. Y cava.*

Las palabras subían y también el ruido de la herramienta en la tierra, la cuchilla plana por donde rodaban los guijarros, chirriando, antes del siguiente golpe. Una sensación de reproche metálico y hueco, *no pienso bajar ni ahora*

ni nunca, iba ritmando la mente de Manuel, que poco a poco se iba quedando dormido.

No era un lugar mejor, sino idéntico a aquel que iba quedando en la vigilia, pero además con la particularidad de traicionarlo a él, el protagonista principal del sueño. Lo habían obligado a descender un escalón tras otro hasta el sótano donde estaba el candil, cuya luz se reflejaba en la pala metálica y subía hasta el mango donde permanecía apoyado Montenegro, más que descansando, observando los huesos que habían emergido delante de sus pies: tibia, fémur, costillas, calavera. «¿No falta nada, verdad, padre? Ratones y gusanos lo han pelado todo, lo han dejado perfecto, un esqueleto modélico. Eh, tú, hermano de mi padre, ¿no dices nada, tú que lo has metido en esta fábrica? Enhorabuena, gracias, voy a pagarte lo que te debo.» Entonces la pala se levantó con violencia, sonó un golpe, y cayó la cabeza del anciano junto al candil, en el suelo, con las cejas espesas sobre los ojos de cristal, que reflejaron la llama.

–Vamos, despierta.

Montenegro lo había zarandeado y avanzaba por el pasillo con un saco al hombro. La luz tenue del amanecer amainaba la penumbra de la casa.

Manuel se levantó con torpeza y lo siguió hasta los corrales, donde descansaban los caballos.

–¿Y tu tío?

–Se ha ido a la cama.

–No lo vi pasar.

–Estabas roncando.

–¿No nos vamos a despedir de él?

–Tenemos que irnos ya.

Montenegro ató el saco a la silla, lo acomodó en la grupa y montó.

Manuel miraba el saco:

–Qué llevas ahí.

–Vamos, monta. Lo voy a enterrar en Urdax.

Manuel montó:

–Estás loco. Vamos al sur, hay que abandonar esta zona cuanto antes.

Manuel siguió a Montenegro hacia una arboleda, protestando, pidiéndole que lo escuchara.

–Calla. Mira –dijo el sargento jefe desmontando.

Protegidos por los árboles, observaron cómo una pareja de la Guardia Civil llegaba frente a la fachada de la casa.

Atienden lo que esos muros tienen que decir, se deciden a llamar a la puerta.

–¿Se ha quedado abierta la trampilla? –susurró Montenegro.

–Yo no la he tocado.

–Entonces se ha quedado abierta.

–No los oye.

–Está frito.

–Van a la ventana.

–Calla.

Sonaron los cristales al romperse. Saltó el más joven de los guardias y volvieron a sonar bajo sus botas, mientras corría a abrir la puerta al más viejo. Durante un rato, ningún otro ruido se escapó al exterior. Los dos fugitivos vigilaron el silencio desde la arboleda hasta que vieron que los guardias civiles se marchaban.

Desde el fondo del sótano, hacia la boca abierta de la trampilla, Montenegro gritó:

–Manuel, ahora no tienes más remedio que bajar.

Lo había seguido otra vez hasta la casa, de regreso adonde la voluntad del sargento jefe indicara, y sin dejar de sufrir esa sensación ya eterna de cansancio, a pesar del sueño que lo había vencido junto a la escalera.

–Baja de una vez –volvió a gritar Montenegro.

Manuel pisó un escalón y otro, primero en la sombra y luego en el aura que desprendía el candil que Montenegro había vuelto a encender. La luz de oro iluminaba la cabeza del anciano, ensangrentada y apoyada en el suelo de perfil, como intentando desentenderse de los dos hombros pegados a la tierra, *como en mi sueño. Y los ojos de cristal, pero algo más líquidos bajo los párpados algo más entornados. También hay otra diferencia: el cuerpo sobre unas sábanas.*

–Se lo han cargado a culatazos. Nos dejamos la trampilla abierta. Entraron y la descubrieron. Fueron arriba a por el viejo y lo trajeron aquí. Mira la ropa de cama. Se la echaría encima por el frío. Le preguntaron por ese hueco, donde estaban los huesos de mi padre, le preguntaron por nosotros. Espero que no haya confesado.

–Si hubiera unas últimas palabras, estarían flotando en este aire.

¿Lo había pensado y lo había dicho en voz alta? Montenegro lo miró fijamente, con ese inicio de sonrisa que no acababa de concretarse, como hacía en el hospital cuando se le escapaban las palabras con fiebre.

¿Has sido tú? Manuel se aseguró de que lo preguntaba para sí mismo,

apretando los labios, sin dejar que el aire escapara.

–Vamos, ayúdame –dijo Montenegro.

Cogió el cadáver por los brazos; Manuel, por los pies. La cabeza, lacia y calva, parecía preferir seguir rodando por el suelo.

–¿Aquí? –dijo Manuel.

Montenegro asintió, soltando su parte del peso dentro de la tumba que había desenterrado esa misma noche. El cadáver cayó con un golpe sordo. Montenegro le echó las sábanas encima y luego le habló:

–Lo que era bueno para mi padre, también será bueno para ti.

Y empezó a cubrir el cuerpo con la misma tierra que, unas horas antes, había sacado.

Manuel lo ayudaba con las manos. *Las sábanas no estaban anoche. Pudo traerlas luego, igual que el saco donde se llevó los huesos. Que tu amigo o enemigo no sepa que lo sabes, que tampoco este cadáver sepa que lo sabes. Lo sabe todo en la ignorancia de la muerte.*

–Písala bien –dijo Montenegro, aplanando la tierra con la pala.

Manuel se encaminó hacia los escalones.

–Hay que huir, sargento jefe. Nos estarán buscando por todas partes y pueden volver. Van a volver.

–Espera, hay que decirle una oración.

–Di amén de una vez y terminemos –contestó Manuel mientras abandonaba el sótano, mirando de reojo la figura que parecía rezar.

Los huesos, empaquetados en la grupa, ritmaban el paso del caballo.

–¿No los puedes atar mejor? Me ponen nervioso.

Habían cabalgado hacia el sur durante el día anterior, buscando las zonas más aisladas, apenas sin hablar. Durante la noche, se habían escondido en un molino abandonado, y aún Montenegro continuó en silencio, hosco, por no haber podido regresar a Urdax para cavar la tumba de Cara de Plata.

–Estás enfadado conmigo y no tengo ninguna culpa. Era imposible dar un solo paso hacia el norte –había dicho Manuel.

La mía ha sido acompañarte, tendría que haberme ido a Indochina con Leclerc, había respondido, para sí mismo, Montenegro.

Sin embargo, aquella mañana se había despertado de mejor humor. ¿Sería año nuevo? Ni había contado los días. *En la guerra pierdes la cuenta. Posiblemente, no. Hoy debe ser 28, Día de los Inocentes. Sólo hace cuatro que salimos de Francia.*

La mañana era clara y fría en el monte. El sol recortaba el filo de las peñas y cegaba el vuelo de las pocas aves que cruzaban el páramo.

–Te lo pido, por favor –insistió Manuel–, no soporto ese ruido.

Montenegro se bajó del caballo.

–Para que calles de una vez –dijo ante el saco de huesos, desatándolo, sin volver el rostro hacia Manuel, que lo observaba desde su montura.

Montenegro sacó de su chaqueta la bandera con la cruz de Borgoña y en ella envolvió los huesos de su padre. Antes miró un momento los ojos huecos de la calavera. *Te devuelvo el regalo, esta bandera siempre fue tuya.* Hizo un nudo, los restos se apretaron entre sí, e introdujo el hatillo dentro del saco,

antes de asegurarlo otra vez sobre la grupa del caballo.

–Así no sonarán –dijo Montenegro, volviendo a montar.

–No te enfades otra vez, sargento jefe –le respondió Manuel, esperándolo y ya trotando a su lado–. Los huesos me dan mala espina. De mi tierra me echó una maldita reliquia. Ahí mismo, en el aire, me parece ver el brazo de la Santa, señalándome con el dedo, avisando a los asesinos de que estoy regresando.

–Sabía que habías quedado loco, Manuel, pero no tanto como para ver brazos voladores.

–El brazo estaba bien custodiado en la iglesia, en Las Quemadas, y nunca voló, te lo aseguro. Pero provocó que aquella tierra volara por los aires. Y yo fui el principal causante.

–No me pareces peligroso.

–Había que secuestrar el becerro que los mandamases adoraban. Yo mismo lo hice y prendí fuego al convento, y antes maté a una monja para que no alertara a las que dormían. Entonces el Asombradizo pudo entrar con los demás.

–¿El Asombradizo?

–El jefe del sindicato. Te hablé de él en el hospital.

–Es verdad, y de aquel otro, el Búho. Menudos nombres ponéis en tu pueblo, Quemamonjas –rió Montenegro.

Y me disfracé de ella para seguir adelante, y desde entonces he tomado un disfraz y otro hasta acabar sepultado en el sótano donde mueren hasta los disfraces, y después soy un cuerpo sin identidad que ahora cabalga de regreso.

–No estés tan serio, Manuel, es sólo una broma. Estoy convencido de que no eres capaz ni de matar a una monja, y resulta que te cargaste a una mosca.

Y Montenegro volvió a reír.

Y el pensamiento viajó de una cabeza a otra sin llegar a fundirse ni convertirse en palabras. Los dos hombres remontaban la sierra y guardaron silencio durante un rato.

Lo interrumpió Montenegro:

–Cómo es tu mujer.

–La más bonita de Las Quemadas, la hija del capataz del Amo, ya sabes. Muchos otros la pretendían, incluso después de que me casara con ella.

Manuel había inclinado la cabeza hacia las manos que sostenían las riendas.

–Ojalá siga viva –dijo.

–A eso vamos, amigo mío, a que siga viva, y a traérmola con tu hijo.

–No sé si nació, sargento jefe. Pero ella era una mujer muy fuerte, muy determinada. Lo seguirá siendo.

–¿Y cómo no intentaste ponerte en contacto con ella?

–Esto ya me lo has preguntado. No lo hagas más, por favor. ¿Cómo lo iba hacer desde el campo de concentración?

Desde el sótano.

–Al menos, intentarlo.

–Para ella, para nuestro hijo era más seguro que yo no apareciera, que pensaran que había muerto. Me habían fusilado, ¿entiendes? A la vista de todos. Escapé de milagro y era mejor dejar las cosas así. Con mi muerte se habían conformado. A Ángeles la dejarían en paz. Pero antes de morir, me dio tiempo a escribirle una carta. Y en ella le prometí que volvería.

Montenegro acercó su caballo a Manuel, y le dio un pellizco en el brazo.

–Estás vivo, Manuel. A los muertos no les duelen las mamonas. Maldita España, que se ha matado mitad contra mitad. Los que no han muerto, han quedado, una parte, medio vivos, y la otra, medio locos.

–No iguales a todo el mundo, a terratenientes y a jornaleros. «Quién te ha roto esa bombilla», decían en mi pueblo. «El hijo del alcalde», contestaba alguno. «Pues entonces bien rota está.»

–También la revolución ha tenido sus sombras, compañero. La violencia es muy peligrosa cuando se junta con la ignorancia.

–Lo es todavía más cuando nace del conocimiento. Mira los nazis. Has luchado contra ellos. A veces tus antepasados se ponen a hablar en tu lugar.

–No vayas por ahí, Manuel, mi único antepasado es la guerra. Te estoy hablando de la falta de libertad que provoca el embrutecimiento. Aquí ha habido mucha gente manipulada.

–Estás hablando de desesperación, sargento jefe. Es la desesperación la

que obra sin libertad. Y esa desesperación tiene menos responsabilidad que las decisiones de los poderosos. Yo he conocido a esos capataces en mi tierra, mi suegro sin ir más lejos. Cuando se revelaron Las Quemadas, él se puso del lado del Amo nada más que para conservar lo que tenía, aunque pusiera en peligro mi vida e, indirectamente, la de su hija.

–Eso es lo que hace casi todo el mundo, me das la razón, Quemamonjas. Es este tipo de personas la que cambia la brújula de la Historia hacia un sitio u otro. Lo llaman libre albedrío, ¿te suena?

–Pareces un cura, Montenegro. Hay demasiadas manos sobre la marioneta que somos.

–No estoy de acuerdo. Mírame a mí. Mi familia fue carlista, yo me alisté para defender esta tierra del fascismo. Se puede elegir casi siempre, Manuel, pero hay que tener valor para mantener firme tu elección.

Si es que no ha decidido el titiritero por ti.

–¿Por qué te callas?

–Por nada, sargento jefe. Simplemente, pienso que la gente guarda más vueltas de lo que parece.

Montenegro detuvo su caballo.

–¿Qué quieres decir?

Manuel tiró de las riendas, frenó el paso, se giró hacia atrás.

¿Has matado a tu tío como mataste al muñeco del hospital, o ha sido otro sueño?

Me está acusando de algo. Día de los Inocentes.

Montenegro le mantuvo la mirada. En el día claro, los ojos brillaban bajo los sombreros, y el humo de la visión se juntaba a mitad de camino entre los dos hombres.

La muerte no tiene problemas contigo, sargento jefe, pedazo de cabrón, vive tan tranquila pegada a ti.

Hay que tranquilizar al anarquista y el camino es largo.

–Manuel, si acordamos que yo mandaba, fue porque tengo mayor experiencia que tú, pero era sólo una manera de hablar. Tú mismo no me has dejado volver a Urdax, y tenías toda la razón, era descabellado.

Manuel aumentó la presión sobre los ojos de Montenegro, como si

hurgara dentro de ellos.

–¿A cuántos hombres has matado?

–¿Es eso lo que te preocupa? ¿Desde que empezó la guerra? No lo sé. Soy un soldado. Es mejor no llevar la cuenta. Así uno puede dormir.

Montenegro reemprendió la marcha.

–¿De verdad puedes? –le dijo Manuel detrás de él.

–Uno tiene pesadillas de todas formas, pero al menos no tienen número.
¡Pesadillas sin número!

Y Montenegro volvió a reír, espoleando el caballo hacia una gran hondonada que se abría en el monte. La laguna reflejaba los colores del pinar y del cielo, una empalizada de roca, una nube, y por un instante la silueta fugitiva de los dos hombres a caballo. Debajo de las imágenes, el fondo permanecía secreto.

Los perros corrieron a los pies de los caballos, sin dejar de ladrar. La casa, un rectángulo plantado en el bosque, parecía caída del cielo gélido.

–Quizá no hay nadie –dijo Manuel.

–Sí hay, mira el humo.

Era tan escaso que apenas se podía ver: una respiración de fuego, como si saliera de un animal agonizante.

Montenegro golpeó la puerta y se abrió una rendija; en ella un ojo gris y alerta.

–Posada –dijo Montenegro.

–Eso fue hace mucho tiempo –contestó la voz, muy vieja.

–Sólo queremos algo de comida para nosotros y para los caballos.

–Tienen que esperar a mi hijo –contestó la rendija.

–¿Dónde está?

–Cazando, en el monte –dijo la puerta al cerrarse.

Montenegro y Manuel se sentaron en el umbral. Los caballos pastaban en el bosque. Los perros les gruñían, y Montenegro los mantenía a raya con pequeñas piedras.

–Déjalos de una vez, te digo.

Manuel se levantó y se fue acercando a aquellos animales, cruces de mastín y lobo, con la mano baja, susurrando:

–Cimarrones.

Despacio, hasta que los perros confiaron, y la lamieron.

–Tienen tanta hambre como nosotros –dijo Manuel.

Montenegro se cubrió los ojos con el ala del sombrero.

Lo despertaron los pasos, que oía de muy lejos sobre el escenario de un teatro en ruinas con el que estaba soñando. Abrió los ojos y –notando a su lado la presencia de su compañero dormido– lo vio venir, atravesar la cerca: pequeño, casi como un niño, los conejos inertes colgando del cinturón, a media pierna; avanzaba con la escopeta terciada, que les acabó apuntando.

–Somos clientes –gruñó Montenegro, levantándose–, ya hablé con la señora.

El hombre podría tener cincuenta años en la piel quemada por la intemperie, en los ojos que se entrecerraban para ver mejor, negros, de abajo hacia arriba, en diagonal obligada por su pequeña estatura.

–No hay nada que ofrecerles –dijo la voz, rasgada pero suave, de castrato fumador.

–Caza –señaló Montenegro–; con eso nos basta.

–¿Pueden pagar?

–Claro que podemos.

Manuel se estaba restregando las legañas.

Cuando la puerta se abrió, vieron el hogar con brasas y la leña que esperaba el frío del atardecer. Delante, acostada sobre una manta en busca de calor, la vieja de la rendija hizo el ademán de incorporarse.

Manuel se acercó para ayudarla, y notó la caña del brazo, frágil bajo el pellejo.

–El hijo salió igual que el padre –dijo la vieja chupando un hueso–; mírelo usted, la mitad de la mitad de la mitad –compartían la mesa y la caza, la chimenea encendida, el agua del pozo–. El pobre no sobrevivió a la guerra.

–Lo mataron los rojos –dijo Montenegro.

–Quién si no –intervino rápidamente el hijo.

Sobre la mesa, los falsos carnés falangistas y unas pocas monedas que había soltado Montenegro.

–Con eso poco podemos comprar –dijo la vieja.

–Es lo que hay. Y este gasto se lo estamos haciendo al campo, no exagere, señora, será por conejos –dijo Montenegro–. ¿No habéis visto a

nadie extraño entonces? Venimos persiguiéndolos desde hace días, tres hombres, maquis peligrosos.

Manuel callaba, observando la penuria y la desconfianza de cada gesto, que iba cediendo, el esfuerzo que hacían en hablar mientras masticaban. No había mucha costumbre en una cosa ni en otra.

–Aquí os hacemos el trabajo a las milicias –dijo la voz suave–. Éso es lo único que nos da de comer de cuando en cuando.

Su mirada viajaba desde la cabeza redonda y poblada, con una rara luminiscencia, ávida.

La madre asintió rebañando un hueso, que desaparecía entre sus labios sin dientes para regresar limpio, desintegrado por el sistema invisible de deglución:

–Son trajines, cambalaches, pero compensan. Aquí todo el mundo se retrata.

Manuel había dejado de comer. En el plato de loza habitaba aún un trozo de pierna, pero la repugnancia se imponía al hambre. Se levantó y oyó la primera pregunta de Montenegro:

–¿Cómo lo hacéis? No somos de aquí. Venimos del sur, ya sabéis.

Manuel abrió la puerta para salir y oyó la primera respuesta:

–A veces viene gente y pide refugio. Madre nunca les permite entrar hasta que yo les echo un vistazo. Primero hay que ver si vienen a robar. Si no es así, se les permite. Lo normal es darles confianza, comer con ellos.

La helada de la noche arañó el rostro de Manuel, le aferró el cuello como intentando bloquear la náusea que ascendía de su estómago. Y le observaba el bosque.

–Cierre la puerta –chilló la vieja.

Pero Manuel ni siquiera la entornó. Escuchaba la otra voz:

–Los viajeros tienen casi todos mal aspecto, igual que ustedes. Sólo la conversación da alguna pista.

–Y los carnés, camarada –dijo Montenegro, templado.

–Pero la mayoría no tiene. Entonces les dejamos descansar ante el fuego, dormir la caminata, bajo el cuidado de madre. Y, si hemos sospechado que son rojos, me voy hasta el pueblo y de allí vienen los muchachos. Se los

llevan.

–Patriotas como vosotros, hijos. Dejan buenas monedas, no como las vuestras. ¡Y eso que hacemos vuestro trabajo! ¡Hay que retratarse!

La voz de la vieja había sonado progresivamente más cerca, acompañada del arrastre de los pies. Manuel oyó el portazo a su espalda. Y, al apagarse la luz del umbral, encendieron su presencia las estrellas.

Las miró, punzantes en la masa negra, inconcebible, y sintió cómo se desbloqueaba su garganta y la náusea encontraba una salida. Manuel se agachó para vomitar. Esperó en esa postura. El frío intenso lo aliviaba, y el olor de los pinares silenciosos. Notó que se acercaban los perros, pero no se inmutó. Permaneció quieto mientras los animales olisqueaban a su alrededor y, tras un instante, comenzaban a devorar su vómito. Se apartó entonces, seguro de lo que era obligatorio hacer.

Esta vez sí, esta vez sí.

Manuel sacó el revólver y empujó la puerta.

Todos se volvieron para mirar, en un gesto reflejo, condescendiente, que se transformó de inmediato en alarma, salvo en el rostro de Montenegro, que expresó fastidio.

El hijo se había levantado con las manos en alto, balbuceando algo incomprensible, de cara al cañón tembloroso de la pistola; pero su madre se había quedado sentada y había bajado la cabeza, como una niña a la que regañan.

–Qué vas a hacer, Manuel.

Montenegro también había permanecido sentado y, con resignación, sacó su revólver.

–Los voy a encerrar. ¡Quieto! –gritó al hombre que se movía–, para que no sigan haciendo daño a nadie.

–¿Ah, sí? ¿Y dónde los vas a encerrar? ¿En la cárcel, aquí, en su propia casa, para que mañana venga un vecino o esos muchachos del pueblo y nos denuncien, y te describan, botarate?

De la boca de la vieja salió un gemido, al principio en un volumen muy bajo, pero creciente.

–¿Qué te dije? –continuó Montenegro–, que yo iba a cuidar de ti, y que

aquí mandaba yo. Mira lo que has hecho –y señaló a la vieja–, ahora tienes que matarlos. Dispara.

El revólver de Manuel tembló aún más, y escupió un disparo, accidental, que dio en la pared, cerca del hijo, que comenzó a gritar. Y sus palabras señalaban al suelo, a cierta piedra bajo la que, según consiguió explicar, habían escondido dinero.

–Podrido –dijo Montenegro–. No vale ni para los cerdos.

El sollozo de la vieja llegó a su máximo volumen.

–Ya has jodido la noche, Manuel.

Y, casi sin moverse, disparó dos tiros perfectos. La cabeza de la mujer cayó de bruces sobre el plato, que comenzó a llenarse de sangre. El hombre se arrastró medio metro sobre la piedra que ocultaba el tesoro, y luego se detuvo definitivamente. Montenegro se levantó:

–Eres un cabrón –dijo, pasando al lado de Manuel, en dirección a la puerta–. Por una vez que íbamos a dormir bajo techo, junto al fuego. Ahora quién se queda aquí con dos muertos.

Salió a la noche. Desde el umbral vio la espalda de Manuel: *un cuerpo atónito, con la pistola en la mano y apuntando todavía hacia ninguna parte.*

–Vamos, Manuel, tenemos que irnos. Y a mí no me digas nada. En realidad los has matado tú, a la mujer y a su hijo, manda huevos, Quemamonjas. Maldita tierra esta.

Manuel no podía dejar de mirar los perros, que habían entrado en la casa olisqueando la sangre y comenzando a lamerla.

No saben lo que hay debajo. Montenegro conoce la leyenda pero no puede precisar los huesos de las manos que trepan hacia la superficie mientras ellos duermen, formando de nuevo la figura prensil para zarandearlos, acariciarles el pelo y dispersarse otra vez hacia el lugar de reposo, un reposo en lento movimiento: una falange, piedras de caliza, carpo, restos de granito, metacarpo, sustrato arcilloso, otra falange dentro de la tierra.

Llevan escondidos dentro de la capilla desde que ayer amaneció. Vagaban por la sierra, descendiendo, dormidos sobre las bestias y, cuando supieron que Soria se acercaba –la olió Montenegro desde la salida del sol–, decidieron ocultarse dentro de las ruinas, para evitar que los descubrieran durante el día. El peligro es paciente, como un ciego que no puede verte en una habitación, pero sabe que si se mueve a un lado y otro acabará por tocarte. Los caballos fueron atados junto al árbol, cerca del antiguo pozo. Bebemos la humedad, saboreamos la hierba jugosa que nace entre las piedras. Va a amanecer otra vez, han dormido tanto y tan mal que no pueden seguir acostados.

Ahí se levanta Montenegro, se estira, viene hacia aquí, no tienes por qué turbarte, relinchar.

–Tranquilo –dice acariciando la cabeza del animal, y lo puedo ver tan cerca, a través del cristal cóncavo, que el ciego casi lo puede atrapar.

–Manuel, qué te pasa.

También Montenegro ha oído la queja.

–La pierna, me ha dado otro pinchazo. Así lleva toda la noche.

–Es el frío. Es una pena que no podamos encender fuego. Nos hemos

quedado entumecidos. Es hora de que nos movamos de aquí.

–Pero antes hay que enviar la carta. No hace frío en la capilla. Hay demasiada humedad, eso es lo que me mata. Mierda –dice, inclinándose, y agarrándose la pierna con las dos manos. Se deja caer.

–Son las ánimas, amigo. No te preocupes, hoy nos vamos de aquí, en cuanto anochezca.

Y le cuenta la leyenda. Cómo Beatriz hizo regresar al caballero a por la banda azul que había perdido en el monte:

–A los más afortunados, les espera una Beatriz en el regreso. Pero a Alonso lo devoraron los lobos, tú por lo menos estás vivo –dice Montenegro.

–Esta noche los he oído aullar.

–No fueron ellos, eras tú, amigo, con esa maldita pierna. Y las ánimas, insisto. Esta es la capilla donde, según Bécquer, enterraron a los caballeros templarios y a los que vinieron de la ciudad, a todos los sepultaron aquí después de que se mataran en la batalla.

Cada noche, vuelven a montar en sus caballos de osamenta y a recorrer el monte. Son el viento en las diminutas hojas de los arbustos. El polvo que se desliza. Las manos que se meten por la boca, cuando uno duerme, y hacen un nudo en la garganta. Palpan el saco de huesos sobre la grupa del caballo. Reconocen por el tacto la mandíbula, la clavícula, el fémur. Ensamblan el esqueleto del padre de Montenegro, una pieza tras otra, y lo invitan a cabalgar en el ejército que corre tras los fantasmas de Beatriz y Alonso, que a su vez persiguen una banda azul, donde ondean las miradas de los lobos, vigilantes en la espesura. Pero Cara de Plata hace como siempre hizo cuando estuvo en la casa de Zugarramurdi. Mueve la mano con un gesto de fastidio, el mismo que ha heredado su hijo. Con él no van las multitudes. Y se vuelve a desmoronar hueso tras hueso dentro del saco.

–Déjame en paz, sargento jefe. Ayúdame a levantarme.

Montenegro le da la mano. Manuel se pone en pie y cojea más allá del atrio de la iglesia, hacia donde el cielo clarea. Los asturcones mueven la cabeza hacia levante, para verlo. Tienen una curiosidad que respira, una sangre rápida obligada a ser paciente, atada por los hombres. Montenegro rebusca en las alforjas. Saca una lata de conservas.

–Y dónde escribo la carta –pregunta Manuel, de espaldas al amanecer, de regreso.

–Aquí –contesta Montenegro, sacando de entre los pliegues un cuaderno–; siempre hay que llevar uno, nunca se sabe. Toma, y usa este lápiz, no tengo otra cosa.

Manuel se sienta en uno de los sillares desperdigados entre las ruinas.

–¿Estás seguro? –dice Montenegro, abriendo la lata de conservas–. Tiene que merecer la pena. Ir a la ciudad es muy peligroso.

–Sé que puedo fiarme de José Cid. Necesitamos una base, y quiero que avise a Ángeles, para que ella esté preparada. Si es que siguen allí.

–No seas muy explícito. Como pillen la carta, nos jugamos el cuello.

–No te preocupes, sargento jefe, ahora la lees. Ni siquiera la voy a firmar. Con José me entendía casi sin palabras. Compartimos muchas cosas antes de la guerra. Nos escondió a Ángeles y a mí en aquella época en que aún no había aborrecido los sótanos. Fui un idiota por no hacerles caso, a ninguno de los dos. Coge los pasadizos hacia la sierra, me insistieron tantas veces. Puedo ver la mano de Ángeles apretándome el brazo, pidiéndomelo. Si hubiera decidido escapar con ella, no estaríamos haciendo este viaje.

–Claro que no, Manuel. Pero míralo de otra forma. Si no lo estuviéramos haciendo, seguiríamos los dos en Toulouse, con las manos en los bolsillos.

–Tendrías que haber visto aquellas galerías que cruzan Las Quemadas –contesta Manuel sin despegar la vista del cuaderno–. Bueno, si todo va bien, es muy posible que las conozcas. Parecían vivas.

Parecían vivas porque no estaban muertas, y toda materia conduce las energías de lo vivo, lo vivo invisible, lo vivo susurrante, lo vivo vigilante.

–Tú, caballo, a lo tuyo –dice Montenegro, pegándole en el lomo.

–No puedo creer que en esas alforjas no hayas traído medicinas.

–¿Te duele mucho?

–Cada vez más.

–Culpa mía. Es una superstición, nunca las he llevado. Cuando uno enferma es porque algo en él no está convencido de lo que está haciendo. Entonces, si estás convencido, no te pasa nada malo. Pero tú no quieres avanzar, esa pierna tuya no quiere continuar hacia el sur.

–Eres un cabrón. ¿No te ibas a encargar de todo? Mira que salimos de un hospital.

–Ahora, cuando baje a echar la carta, intento buscarte algo para el dolor. Un motivo más para arriesgarse.

Apretaba en la mano la pastilla de jabón. Montenegro descendía por el monte entre espinos y árboles enanos, cada vez más contento, hasta le entraron ganas de silbar, aunque él no supiera las canciones de Manuel. Se acordaba de las otras, del *Himno de Riego* por ejemplo, pero aquellas notas no podían emitirse en esa zona. Comprobó que en un bolsillo llevaba, junto a la carta, el carné de Falange. Y, en el otro, la navaja y las tijeras. Tenía que adecentarse un poco antes de entrar en la ciudad.

Volvía a ver el Duero después de muchos años. Espumoso, rápido, ajeno a todo lo que había ocurrido en aquella tierra. Las famosas palabras del verso permanecían impresas en el agua, como si la corriente lo arrastrara todo salvo a ellas: venganzas y anhelos, vilezas y victorias. El sol oblicuo del invierno brillaba sobre el río, entre los álamos. Montenegro descendía en diagonal contraria a la ciudad, buscando una orilla solitaria. A su izquierda, abajo, divisó las ruinas de un monasterio y se desvió todavía más allá calculando los kilómetros, uno o dos, que aún debía separarse. Llegó a un camino y lo cruzó sin ver a nadie ni ser visto. Se adentró en la fronda. Apartó malezas y juncos, y al hacerlo el fragor del río seguía creciendo. Descubrió una roca suficientemente oculta y cercana a la orilla para saltar. La alcanzó, la convirtió en su isla.

Se tumbó en ella para absorber el calor y la luz. Dejó pasar uno o dos minutos. Entonces, casi sin pensarlo, se desnudó, descendió con cuidado hasta la zona resbaladiza que barría el agua y se lavó. Sacudió la ropa para quitarle el polvo y ventilarla, y la extendió sobre la piedra. Usando el río como espejo, entreviéndose las cejas espesas, la mirada curiosa, se recortó la

barba con las tijeras y se afeitó la garganta y las mejillas, envuelto en el ruido del Duero. Se tumbó otra vez, tiritando, hasta que se sintió seco. Se vistió, se calzó. Saltó a la orilla y cruzó de nuevo la ribera, arrancando las hojas mayores que encontró. Una vez en el camino, se limpió con ellas las botas. Sin salirse de él, se dirigió a Soria.

Cruzó el puente. Deseaba adentrarse en la ciudad el tiempo mínimo. Preguntó a la primera persona que encontró, un anciano con bastón, que levantó la cabeza para negar, «hoy no hay ni farmacias ni médicos». Montenegro subió la calle, sin toparse apenas con alguien, en busca del centro de Soria. Iba erguido, forzando la tranquilidad y sabiendo que cualquiera que lo mirara adivinaría que era forastero, pero los ciudadanos enseguida humillaban la cabeza. El recelo seguía siendo el esquivo habitante de aquellas casas de color ceniza.

En la plaza algunos niños corrían detrás de una pelota de trapo. Sus madres debían de ser aquellas que charlaban en corro, con los brazos cruzados sobre abrigos demasiado grandes o demasiado pequeños. Decidió evitarlas y acercarse a uno de los bancos. Los hombres, sentados de frente, lo vieron venir como si lo estuvieran esperando sin moverse desde primera hora de la mañana. Uno de ellos rio: «Hoy no hay consulta, pero el médico despacha igual en aquella taberna». Y al entrar, al quitarse aquellas miradas de la espalda, Montenegro comprendió. El calendario de hojas, en la pared, lo indicaba: 31 de diciembre, domingo.

Había hecho mal las cuentas de los días o no había previsto la existencia sencilla de las semanas laborales, arriba en la ermita, ni antes, cabalgando y escondidos desde que habían cruzado la frontera. En eso consistían sus efemérides: no 31 de diciembre, san Silvestre y santa Columba, virgen y mártir, como decía aquel calendario: *sino también hoy toca huir adónde*. Montenegro observó la larga barra de madera, las paredes pardas y repletas de botellas polvorientas, las manos escuchimizadas del camarero que secaba un vaso con un trapo inquietantemente gris, y alzaba la mirada hacia él aguardando la comanda. «¿El médico?» Parecía que las manos se iban a romper dentro del vaso, quebradas por la dureza del cristal. «Es aquel del fondo.» Que las manos se iban a quedar dentro.

Mientras avanzaba hacia el hombre –un abrigo largo, muy largo, hasta los pies, y un sombrero inclinado ante el vaso de vino–, Montenegro se informó de los peligros del local: partidas de cartas o dominó en las mesas, el claqué de las fichas, miradas de soslayo que enseguida volvían al juego.

El ala del sombrero se levantó hacia él y descubrió el rostro: las gafas de cristal grueso dentro de las cuales había unos ojos pequeños de mirada inquisitiva pero huidiza, tanto que no le fue posible precisar el color; las mejillas caídas, los labios apretados, la frente hendida por tres gruesas arrugas horizontales. *Culpa o vergüenza*, pensó Montenegro, sonriendo y extendiendo la mano. «Es usted el médico», confirmó, y la de él era cálida, *seguramente porque permanece dentro del abrigo mucho tiempo*.

–Y usted tiene hambre y está muy flaco, como todos.

Montenegro le contó lo que buscaba.

–¿Tiene dinero?

Montenegro asintió.

–Entonces invite a un vino.

Los dos vasos, pequeños como dedales, se llenaron hasta los bordes. Montenegro bebió de golpe el tinto, aguado y ácido, y esperó la sensación de embriaguez en la cabeza. No ocurrió, pero le sonaron las tripas.

–¿Ve? A usted no le pasa nada, lo que tiene es más hambre que el perro de un ciego. Dos más.

Las manos del camarero parecían insuficientes para manejar la botella, pero no derramaban ni una gota sobre la barra.

Montenegro se fijó en el cartel que colgaba en la pared, por encima de la cabeza del médico: un Cristo con el corazón abierto, y la mano derecha levantada, pero cuando iba a leer la leyenda inscrita junto a la ilustración le distrajo la voz:

–Ciento cincuenta gramos de pan, treinta y tres gramos de aceite, tres de garbanzos, trece de azúcar, ciento cincuenta de patatas, treinta de arroz, ocho gramos de bacalao –recitó el médico, y se bebió el dedal de un trago.

Montenegro lo imitó, en silencio.

–¿Cree que me lo invento? ¿Cree que es la receta de la cena de fin de año? Le acabo de decir la dieta de España. Novecientas treinta y tres calorías

diarias, frente a las tres mil recomendadas para un hombre de su edad. Son datos científicos –eructó–, recién publicados. Dos más.

Las manos frágiles obedecieron.

–A usted lo que le pasa es que le falta el resto de calorías. Y yo ya he hecho la cuenta: dos mil sesenta y siete. Aunque yo le venda una aspirina, nunca le voy a devolver el resultado de la resta; ahora bien, ese remedio es mano de santo.

Y los labios apretados se estiraron, mientras el sombrero indicaba brevemente la pared.

Montenegro tuvo tiempo ahora de fijarse en el cartel, de sonreír leyendo, a la izquierda de la corona del Cristo: «Aspirina. El mejor remedio para la gripe, resfriados y reumatismo», y de identificar, más abajo del brazo que se señalaba el sagrado corazón en llamas –apetecible como una píldora–, la cruz que formaban las letras de la marca Bayer dentro de un círculo

–Finjamos pues que tiene usted reuma y no hambre –dijo el médico inclinándose hacia el suelo y sacando un maletín de piel de entre las piernas, bajo el faldón del abrigo.

Lo abrió sobre la barra: jeringas de cristal, un estetoscopio, algodones, y cajas de aspirina, demasiadas, *como si no fuera un médico sino un representante*, pensó Montenegro, *como si no fuera un médico sino un actor*.

Cerró el maletín, lo volvió a esconder, y quedó la cajetilla sobre la mesa, junto a los dos dedales vacíos.

–Invíteme a otro y le hago descuento.

Montenegro buscó la mirada del camarero y señaló los vasos. El claqué que bailaban las fichas sobre las mesas fusilaba la cristalería del bar, en la imaginación del héroe de la Nueve, ya algo embriagado: vio estallar las sucias botellas de los estantes, los dedales que el vino estaba llenando.

Sacándola del bolsillo, habló de la carta. Necesitaba el sobre y los sellos.

–Usted no es de aquí, ¿verdad?, y ni siquiera está de paso. Soria y domingo. Todo cerrado. No es un visitante sino un accidente. ¿Cuándo se marcha? Y mañana también es fiesta.

No respondió. Tomó el vaso y ofreció el brindis al médico, que imitó el gesto. Al beber, Montenegro sintió la corriente de aire que venía de la puerta,

y cómo unos hombres se acercaban y se situaban detrás de él. Sobre la metralla del dominó, sonó una burla y, a continuación, la risa.

Los olió: perfume en el cabello. Por las voces, seguras, fanfarronas, los retrató repeinados, quizá con traje.

El médico había inclinado de nuevo la cabeza y, bajo el ala del sombrero, dejó escapar algunas palabras que se apagaron en el fieltro. El claqué se había detenido. Montenegro, de espaldas a los recién llegados, miró hacia la penumbra de las mesas y vio los rostros, atentos más que alarmados; tristes más que temerosos; y los brazos que se alzaban. Girándose lo mínimo para no llamar la atención, levantó también el suyo, y descubrió al fondo una puerta y la placa en la que debía estar escrito: *toilette*.

Oyó la segunda burla de los perfumados y vio cómo el médico iba descubriendo la mirada: detrás de los cristales gruesos de las gafas, un agua turbia de vino; los labios torcidos con desprecio; el brazo que por fin se levantaba para dibujar el saludo fascista, bajo el cartel del Sagrado Corazón de las Aspirinas, que también lo ejecutaba, medicinal y eterno; el brazo del médico que bajaba veloz desde la altura que había alcanzado, para cruzarse con el brazo izquierdo en un rotundo corte de mangas.

—¡Feliz año nuevo!

Montenegro mantuvo el brazo en alto, igual que el resto de la parroquia, preparado para golpear con él, para agarrar la botella de vino y utilizarla contra la cabeza que permanecía a su izquierda, y con la que no quería establecer contacto visual hasta que no fuera imprescindible. *No dar mi cara al enemigo, que no pueda descubrir nada en mis ojos*. Oyó, como los demás, el pequeño eructo del médico:

—Dame otro —dijo, apoyando el cuerpo en la barra—, y ponle otro de mi parte a esos angelitos. Qué, ¿me vais a cantar el gorigori? Quién curaría las payuelas de vuestros hijos, so mamones.

La palabra «borracho» fue circulando de un lado a otro de la taberna, mientras los brazos volvían a las fichas del dominó.

Montenegro les dio otra vez la espalda a los que no había querido mirar, dos o tres, y que ahora se concentraban en reírse del médico, en quitarle importancia, en prevenirle de que no olvidaban ni en broma, en soltar una

nueva carcajada, «un día de estos te quitamos la consulta», «tengo yo un primo en Burgo de Osma que está deseando ejercer en Soria», «pero si este en la guerra se hizo famoso por no atender a los rojos», «tampoco era para tanto, hombre», «no quería señalarse», «te equivocas, a eso se le llama ser patriota».

Con menos prisa que irritación, Montenegro sacó la carta. Había que dedicarle tiempo a estar seguro de lo que iba a hacer a continuación, a no dejarse llevar por la ira, a ser eficaz como en el frente. Comprobó que se entendía la letra en una de las caras del papel. Así lo había hecho Manuel: escribir, leer en voz alta, y doblarlo en cuatro, apuntar la dirección de José Cid. El médico miraba ensimismado el vaso de vino que tenía entre las manos, inofensivo e indiferente para los demás, poco más que un payaso con cierta elegancia después de su jornada de trabajo.

No habría otra oportunidad. Ser práctico y arriesgar: dos caras de la misma moneda. Montenegro rebuscó tres billetes, uno más de lo que había planeado. El peligro le cosquilleaba en las piernas y en los brazos. El vino que había tomado precipitaba sus pensamientos en una especie de lodazal eufórico. Por eso nunca había pasado de sargento. Tenía esa inclinación inevitable, si podía, si lo tenía al alcance, como en aquella barra, junto a aquel médico. Le metió en el bolsillo del abrigo, rápidamente, el dinero y la carta. Mientras el médico se volvía hacia él, extrañado, Montenegro tomó de la barra la caja de aspirinas. «Es tu dinero», susurró, «ahora vengo», y se dirigió hacia la puerta del fondo.

Sintió otra vez las miradas en su espalda.

Abrió la puerta con el pie: el cuarto, muy frío, olía a orines. Sobre la placa turca, había una ventana. El hueco sería suficiente. La abrió con el temor de que hubiera un patio cerrado. Nunca un callejón le había proporcionado tanto alivio, ni la luz abierta, al fondo.

Corría monte arriba hacia la tarde, porque la tarde era la luz fracturada y el viento que se iba levantando entre las hojas ásperas y diminutas de los matorrales, y desviaba la arenilla que sus pasos sacaban a la tierra. Jadeando, mirando atrás

por,

sabiendo que en la carrera le resultaba más difícil pensar,

el médico

si entregó la carta

van a rastrear

el monte,

como si cada pisada adelantara lo siguiente que venía en el orden de las decisiones y pusiera atrás un pedazo del futuro,

o del asqueroso vino

que sopla

hay que huir

por la nariz

hay que huir

¿un trago de coñac?,

respirando a grandes bocanadas y buscando el resguardo de los troncos,

así no me ven

Manuel avisaba

si lo leen

en clave

–No es para tanto –se dijo así mismo, pero en voz alta, sin resuello.

Si no la echa al buzón.

Si el médico o la policía la leen.

Si nunca llega a su destino.

–No pasa nada –se repitió, apoyando la mano en un tronco.

Si deajo de correr, ya puedo pensar en orden. Tenemos que huir. Un trago de coñac.

Caminó ahora en lo alto del monte, con sigilo, acercándose a las ruinas, atisbando cualquier indicio de cambio, casi inventándolo: las piedras, el runflar de los caballos, el patear de sus herraduras en el suelo, la ausencia de Manuel en la entrada, *sangre, ¿un plumaje negro? Es un cuervo.*

–¡Manuel!

Llamó dentro de la iglesia.

Ni rastro.

La oscuridad muy húmeda.

–¡Manuel!

Sonó la voz al fondo de aquel espacio medio derruido.

Montenegro encontró el hueco y los escalones, y lo vio subir, restregándose los ojos.

–¿Qué haces ahí abajo?

–Penitencia. Me quedé dormido. Se está más caliente que aquí fuera.

Montenegro lo vio pasar delante de él, estirar los brazos, con la espalda manchada de tierra, asomándose al exterior.

–¿Y tu fobia a los sótanos?

–De eso se trata, precisamente.

No te lo puedo explicar, qué haría Ringo, qué hizo abajo en la cripta para expiar sus culpas. Esperar, aguantar, reabsorber el miedo mil veces hasta que la paz asoma. Para merecer llegar a Lonsburg y poder encontrar a Án

–Toma –dijo Montenegro, lanzándole las aspirinas–. ¿Cómo va esa pierna?

–Ahora no me duele nada –contestó Manuel cazando la caja en el aire.

Montenegro se situó junto a él, frente a los caballos, que se movieron nerviosos.

–¿Y eso? –señaló al suelo.

–¿No lo ves? Un cuervo.

–No le habrás disparado.

–Se estaba comiendo los restos del desayuno. Lo vi desde dentro. Cogí una piedra.

–No me cuentes más.

–Y la carta. ¿Lo conseguiste?

–Claro. La franqueé y la eché al buzón.

–¿Crees que llegará? Es muy importante que la reciban. Si no, será mucho más difícil.

–El dinero del sello está bien empleado, ya verás.

–¿No tuviste ningún problema?

–Fui con mucho cuidado.

–¿Y Soria, cómo es?

–No es como Madrid, pero casi. Mucha gente en la calle, todas las tiendas abiertas.

–¿Y cines, viste alguno?

–Sí, pero estaba cerrado, debe abrir sólo por las noches.

–Has tardado todo el día.

–Aproveché para ir a la barbería, y al médico, claro. Tómame una de esas aspirinas.

–Y a la taberna.

–¿Cómo?

–También has ido a la taberna. Hueles a vino.

–Bueno, ya sabes que me gusta echar un trago de cuando en cuando.

–Eres como el juez borracho de la diligencia.

–De qué hablas, Manuel. Vamos, no nos podemos quedar aquí.

Montenegro se acercó a los caballos. Buscó en las alforjas la cantimplora con coñac.

–¿Quieres? –dijo, y ante la negativa de Manuel bebió sólo un trago para ahorrar el líquido.

–Doc, el juez, un gran tipo –dijo Manuel con la mirada perdida en algún punto de luz–. «Lo que necesita este país es más cogorzas», eso le dijo a un

banquero corrupto que quería ser presidente de gobierno.

–Manuel, nuestro problema más importante ahora es que este ya no es nuestro país –dijo Montenegro, montando–. Tú y yo somos como los indios de la novela del americano, ¿recuerdas? Nos persiguen, no tenemos dónde quedarnos y debemos huir.

Manuel se acercó a su caballo. Le acarició el cuello. Montó.

–Por cierto, qué día es –dijo–. Estoy totalmente despistado.

–Miércoles, creo.

Conforme se alejaban de las ruinas, en el anochecer, sus rasgos, sus ropas, su carne misma, se iban dibujando en una silueta doble y densa que, a veces, detrás de un árbol, se confundía como una sola.

Iban bajo las tres estrellas, que dibujaban una diagonal en la zona del este. Los cuellos alzados, los sombreros calados, el paso lento, como si los animales no quisieran avanzar en el frío. Clareaba. Pisaban el planeta y, en el confín del cielo, otros magnetizaban el futuro de los dos hombres errantes: Venus en el centro como un pequeño sol; arriba, Saturno carcelero, diminuto en apariencia; abajo, Mercurio, intranquilo. Los tres concedían y avisaban mientras el sol ascendía detrás de la sierra, oculto en el giro del mundo. El conjunto era armónico en aquella seguridad que flotaba en el espacio: el cosmos funcionaba mejor que un reloj, pero Manuel y Montenegro se sentían perdidos.

–Doc –dijo Manuel–, ¿sabes dónde estamos?

–No, nunca he venido por aquí. Vamos hacia el sur, eso seguro. Y no me llames Doc, Quemamonjas.

–Gracias, Doc.

Aunque el sol no acababa de salir, ahora veían con mayor claridad el valle pedregoso que cruzaban y los reflejos en el riachuelo: una nube rosada y el lomo negro de la sierra.

–Mira, allí hay humo –dijo Montenegro.

Más allá de una arboleda, divisaron los tejados. Y, encima, sobre una loma, una antigua torre de vigilancia.

–Vamos a ver lo que encontramos en esa aldea. ¿No tienes hambre?

Manuel asintió e imitó los movimientos de Montenegro: desenfundó el revólver y espoleó el caballo.

Cruzaron junto a las tapias de un pequeño cementerio y llegaron a la

explanada donde se levantaban las casas, encogidas y oscuras.

Al principio no los vieron al fondo de la calle, poco más altos que niños, un hombre y una mujer, jóvenes conforme se fueron acercando; ella rubia, arreglada en exceso para aquella aldea de montaña con un tejido rojo muy estirado por el embarazo, los tacones hundidos en el suelo; y él, moreno y con el pelo recortado como un casco, vestido con demasiada ligereza para aquel gélido amanecer: pantalón fino y tirantes sobre una camisa blanca. Mostraban una ingenuidad alegre que acompañaba los saludos, los gestos de disculpa, innecesarios, que señalaban el vientre abultado de la mujer, «guarden esas armas, estábamos dando un paseo para abrir el apetito, bienvenidos a Lumbres».

Cuando desmontaron, el hombre les ofreció la mano, rápida, nerviosa, que enseguida palpó el cuello de los caballos, repitiendo:

–Muy bien, muy bien. Ahora vamos a desayunar. Tanasa se pondrá muy contenta. Vengan conmigo.

Abrió la puerta esa otra mujer, también rubia y joven. Llevaba un traje negro, de noche, aunque el sol ya había conseguido saltar el horizonte de la sierra. La puerta, de madera gris por la intemperie, contrastaba con aquella mano que la sostenía, pálida y con dos grandes anillos con una piedra en medio, un cuarzo y una malaquita, desde donde las miradas de Montenegro y Manuel ascendieron a los ojos de la mujer, rasgados y penetrantes.

–Visitas –dijo–. Lo que necesitábamos para celebrar este día. Traen buenos animales. Hace tiempo que no veíamos caballos en Lumbres –sonrió mostrando unos dientes amarillentos, que enseguida ocultó apretando los labios pintados con carmín. Y los caballos piafaron nerviosos–. Atadlos a esa argolla, y pasad, pasad todos, feliz año nuevo.

Delante de la chimenea encendida, había una mesa cubierta con un mantel blanco y algunos platos amontonados. Los vasos vacíos reflejaban el fuego.

Montenegro y Manuel avanzaron maravillados ante la sonrisa del hombre, quien los observaba satisfecho:

–Siéntense, siéntense –dijo extendiendo los brazos–. Habrá para todos.

–¿De verdad hoy es año nuevo? –dijo Manuel.

–Dichosa edad y siglos dichosos –exclamó Montenegro–; esto parece un

pueblo encantado.

–No se extrañen –dijo la mujer de las piedras–. Es tanta la escasez, que este año hemos decidido juntar la celebración de la Nochevieja y del año nuevo en un desayuno.

–Llevamos esperando desde ayer –dijo la mujer del vestido rojo.

–Yo no he podido dormir –añadió el hombre de los tirantes con entusiasmo–. ¡El desayuno del día uno!

Los platos de loza blanca, las copas de cristal grueso, el aura dorada que, desde la chimenea, tocaba los objetos; y, por encima de todo ello, envolviéndolo, un olor a carne guisada que venía del fondo de la casa, muy especiado, dulzón, más poderoso que el pensamiento y la voluntad. Atrapaba la capacidad de percepción de los forasteros: no se percataron, por ejemplo, de que su anfitriona también estaba embarazada, ni del color pantanosamente malva que había en los ojos de la otra mujer. Uno pensó: *caza*; el otro: *brillan*.

La mano de las piedras situaba los cubiertos a cada lado del plato, por detrás de sus hombros, y los dos sentían cómo el hambre les debilitaba y les hacía obedecer, sacar del agujero del estómago el agua que les subía a la boca, anulando cualquier análisis o acción que no fuera una urgente saciedad, que iba sugiriendo a la vez un confuso deseo hacia los movimientos de las mujeres.

El hombrecillo, al sentarse, fue el primero en decir su nombre: «Claudio – y les presentó a su mujer, Evelia, y habló de Tanasa, que había ido a la cocina–, ella nos está cuidando en estos años de penurias».

O quizá era la belleza que venía de los tres, su aspecto saludable, los vestidos elegantes y ceñidos a los cuerpos; Evelia, sentada delante de su plato, muy pegada a la mesa, parecía ofrecer a los comensales sus pechos prominentes. O era el vino que había traído la dueña de la casa con un estupendo movimiento de caderas, y que Claudio se disculpó de beber por solidaridad con su esposa, que prefería no hacerlo dado su avanzado estado, «y Tanasa, tampoco creo que beba, ¿no se han dado cuenta?, miren».

Ahora regresaba de la cocina con una olla humeante y, bajo ella, identificaron la curva en el vestido.

–No le pregunten por el padre –susurró Claudio, ya con los cubiertos en la mano e inclinándose hacia los dos viajeros, situados en frente por cortesía, para que sintieran en la espalda el calor del fuego–, ya veréis qué bien se está.

Y les hizo un guiño, mientras la olla se posaba en el centro sobre un salvamanteles.

Uno pensó: *¿será él el hombre de las dos?*; el otro; *llenarse, llenarla*.

Porque los platos comenzaron a colmarse con filetes bañados en una salsa espesa que olía a almendras, donde se mezclaban las hebras rojizas de las ñoras.

–¿Es cerdo? –preguntó Montenegro–. ¿Esto existe o estoy soñando? Perdonad que lo repita: Dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados. Qué bien huele.

–Hacemos lo imposible –dijo Evelia, sonriendo con humildad–, tal y como están los tiempos.

–Eso es, cerdo –contestó Tanasa, sirviendo ahora a Manuel–, bien huele y mejor sabe.

–Qué lujo, gracias –dijo él–. ¿No es mucho?

–No te preocupes, ya nos lo devolveréis algún día, la vida es larga –continuó Tanasa rodeando la mesa hacia el plato de Claudio, que soltó una carcajada incoherente, rellenó los vasos de los invitados, y propuso un brindis:

–Feliz año nuevo, por los recién llegados. Perdonad que lo haga con agua.

Montenegro y Manuel, envueltos en el eufórico perfume de aquel guiso, volvieron a beber ese vino ácido que se sube rápido a la cabeza, «¿verdad, compañero?», mientras Tanasa servía ahora a Evelia, que había retirado los pechos de la mesa, seguidos por las miradas de los tres hombres, para dejar sitio en el plato:

–Para ti más, que tienes que alimentar a dos.

–¿Hay para todos? Tú también necesitas ración doble.

–Sí, hoy es un día especial.

Y Tanasa fue a sentarse, dejando que Claudio se apresurara a colmarle el plato también a ella, mientras su sonrisa pintada y su barbilla se inclinaban para dar la orden de comenzar. ¿O había sido un reflejo en las piedras de su

mano?

Uno pensó: *llenarla*. El otro: *tocarla*.

Aquella carne, delicada, jugosa, se deshacía en sabores: tomillo, pimienta roja, cebolla, laurel.

–El material es de primera –añadió Claudio sobre las palabras de la cocinera–. Y el corte. De eso me encargo yo, que soy carnicero.

«De dónde lo habéis sacado.»

Lo iba a decir Montenegro, lo había pensado. ¿O lo acababa de preguntar Manuel? En todo caso, allí estaba la respuesta de Evelia:

–Lo criamos en casa, desde chiquitito. Mi marido sabe conseguir buenas cosas de vez en cuando. ¿No es así, Claudio?

No lo era, o qué era. Manuel se levantó un momento, tomando aire. Pensó: *es como tener un charco dentro, que se mueve; y el otro: despierta, se te caen los ojos*.

Se entrecerraban y en el parpadeo veían la mirada azul de Tanasa, magnética, seria, sobre la boca que sonreía y masticaba consecutivamente: labios pintados, dientes grandes que cortaban y trituraban la carne con detenimiento, disfrutando.

Era el turno de Venus, situada encima de ellos, aunque no podían moverse. Podían morder. Los pezones dejaban un sabor dulce y ácido. Odres de suave calor. Pero al ir a agarrarlos, para sorberlos o despedazarlos con los dientes, la cuerda los detenía. ¿Dónde estaban? ¿Despiertos? Ni siquiera sabían. La oscuridad, el suelo frío y el cuerpo a salvo: recorrido por un ciempiés sofocante. Las oían gritar, reír, insultar, mientras les clavaban las uñas en el pecho, a los dos, tendidos uno al lado del otro. ¿Dormidos? La mente bailaba en la penumbra vertiginosa, y en el magma se abrían heridas, géiseres, así, perro, embaraza el embarazo, riega el bulbo que crece, sacia la culebra.

Era el turno de Saturno. Vulturno. Manuel oyó la palabra de la ciudad a la que tenía que ir, a la que se estaba dirigiendo, cabalgando junto al sargento jefe. Sonó otra vez la puerta y los caballos se detuvieron de golpe, se borrarón. Abrió los ojos porque tiritaba de frío o porque notó que alguien cortaba la cuerda que lo mantenía atado de manos. Trató de levantarse pero el pie derecho continuaba inmóvil.

–Tranquilo –oyó–. No tenéis más remedio que la paciencia.

Alguien se movía por aquella habitación. Los ojos se acostumbraban a la penumbra: paredes desnudas, un ventanuco rectangular arriba, al alcance de la mano si uno consiguiera ponerse de pie, pero tan estrecho que apenas servía para iluminar el interior.

–Tomad, vuestras ropas.

–¿Claudio?

Había sido la voz de Montenegro, quien también trató de levantarse. Manuel iba siendo consciente: la desnudez de su compañero y la suya propia se hacían imagen en el dolor de cabeza.

–Las hierbas de Tanasa no son fáciles de orinar. Ahí viven, dentro del casco, hasta que ellas quieren. No es bueno tomar vino tan temprano. Todavía os queda un buen rato. Por si acaso, tenéis un cepo en el pie, y la llave no la tengo yo. Las guardianas son las mujeres. Ellas os quieren, os han querido bien. Les gustáis. Os necesitan. Vuestros hijos os necesitan. Bueno, perdón, los hijos del último prisionero, pero vosotros les habéis hecho sus primeras cucamonas.

Las ropas habían caído entre Manuel y Montenegro. El frío les mandaba moverse. Utilizar la sangre lenta en sacudir los brazos, rebuscar con las manos, elegir una camisa inevitablemente confundida.

–Daos prisa. No es carne buena la que se congela antes de tiempo.

No entendían. Era imposible ponerse los pantalones con un pie atrapado.

–¿Qué queréis?

Montenegro había logrado gritar. Sin mucho volumen, pero sin duda su voz había sido de la naturaleza del grito.

Claudio permanecía pegado a la puerta, lo más lejos posible de los prisioneros. Había escondido los tirantes bajo un extraño abrigo de piel, liso y lustrado, que atrapaba la luz del ventanuco.

–Claro, claro, esto lo soluciono yo.

Y se marchó, dejando la puerta abierta. La claridad les cegó un instante antes de mostrarles un pequeño patio.

–Estamos en la misma casa –dijo Montenegro, alargando la mano hacia Manuel. Le encontró la muñeca, la apretó–. Calma.

–Es el frío, el frío y la cabeza.

Manuel temblaba sin parar, ansiando y temiendo el regreso del hombre.

Escucharon los pasos. Lo vieron atravesar el patio, con los brazos cargados de mantas, que les lanzó desde la puerta.

–Tomad, cochinos. A taparse de una vez.

Se envolvieron con ellas dejándose caer, rodando de un lado a otro para recoger el calor de alguna parte, sin sentir el perfume ácido, de sudor y

licores, que iba abandonando la habitación a través de la puerta abierta, sin prestar atención a las palabras que pronunciaba el hombre del umbral, como si las estuviera pensando en voz alta:

–Eso es. La técnica pide que la sangre esté muy caliente, para que vacíe rápido.

Sin verlo hacer el movimiento que los dejaba solos.

Pasó la oscuridad y se abrió la puerta de nuevo, y oyeron la voz de la mujer, reconociendo además el relámpago de sus ojos, ¿son las piedras?, envuelta también en un abrigo de piel clara hasta los pies, un parpadeo, el rayo de su desnudez, una imagen simultánea en la mente de Manuel y Montenegro, borrada por la voz, «Os traigo un amigo», y por el ruido del saco que caía en el suelo, con el entrechocar de huesos y astillas.

–Venía con vosotros. A cambio me quedo con vuestros caballos. Ya os han traído a donde teníais que venir.

Volvía el turno de Venus, quieta en el amanecer. Sus haces caían en la pizarra de la sierra, se deslizaba en ínfimos destellos de cuarzo, insistía por el ventanuco en acariciar la cabeza de los dos cautivos. Manuel, apoyado en la pared y con las piernas extendidas, había comenzado a cantar. Al cerrar los ojos, veía otra vez los latigazos del campo de concentración, y escuchaba su propia voz que había surgido para detener los golpes, y había logrado el silencio de los demás. Ahora, animado por la estrella, sentía que regresaba el canto a su garganta, «colgamos de los sauces levantados los dulces instrumentos», mientras Montenegro, arrodillado en el centro de la estancia, extraía del saco el cráneo de su padre. «Toca y canta –dijeron– y no cualquier canción, sino uno de los cantos de Sión.» Montenegro, conmovido por la voz de Manuel, inspirado, extendió el brazo y habló sin apartar la vista de las cuencas vacías, de la mandíbula que pesaba sobre su mano:

–Déjame mirarte. Pobre Cara de Plata. Yo te conocí. Fuiste un hombre de fuerza portentosa, celebrado por las mujeres del norte. Mil veces me llevaste a cuestras, te seguí arriba de las montañas, y ahora, es extraño pensarlo, puedo acariciar otra vez este rostro que tanto tiempo estuvo lejos. Aquí pendían

aquellos labios que besaban las mujeres y que a mí me hablaban con severidad de padre. Más blandos son ahora. ¿Qué se hicieron de aquellas lecciones, de aquellos recuerdos de la guerra, de aquellos discursos que te llevaron a la cárcel? ¿Qué se hicieron de las mentiras que le contaste a mi madre y de las sabrosas verdades que dejaste en el oído de otras muchachas desnudas? ¿Nada, no dices nada a tu hijo que hoy mismo va a morir? Sobreviví a dos guerras y me hablabas en sueños. Hoy, que voy ser destruido por una España inmoral y hambrienta, ni en sueños te apareces. Yo te invoco, habla. ¿Qué haces ahí con la boca abierta? ¿Es una cerradura? ¿Hay algo que se pueda abrir en la muerte? Y la vida, ¿se puede cerrar del todo? Mira, ésta es la llave de nuestra casa en Urdax.

Montenegro descolgó de su cuello la llave de hierro, y la introdujo por el vacío de los ojos, por el fantasma de la boca, y, al girar, arrancaba suaves gruñidos al hueso.

–Parece mentira que esta llave que llevaste en el bolsillo y utilizabas para entrar en tu casa, alegre, saludando a tus perros, a mi madre entre ellos, ahora vaya a permanecer enterrada dentro de tu cabeza.

Y la dejó dentro. Y la voz de Manuel seguía escapando de la celda por el estrecho ventanuco, «Si yo mientras viviere, de ti, Jerusalén, no me acordare», y la canción se dispersaba por la aldea, hacia el bosque donde se extendía entre la fronda, donde quedaban atrapadas las palabras, «y doquiera que fueren», algunas llegaban lejos, a la antigua torre de vigilancia que esconde a los forajidos, y aún más allá, pizarra arriba hasta la sierra, pues la canción debía saltarla, llegar hasta la mujer en tinieblas que se llamaba Ángeles, *olvideme de mí, si te olvidare*, y que ahora vivía en tierra de extraños, pero bajo el mismo rincón de luz donde Venus escucha.

Por fin tocaba el turno de Mercurio, por fin llegaba sin hacer ruido, apartando meteoros y bosques, detrás de Blas, el maquis, que acababa de deslizarse cuerda abajo desde la torre de vigilancia, donde esconde su madriguera, primero pegado a su nuca y en un instante convertido en él, con oído alerta, mejor que un can, la escopeta de dos cañones cargada y sostenida por una

sola mano de su brazo largo, correspondiente a su altura, como uno de los titanes aunque después de una época de hambre.

Joven, enfurecido, sin paciencia, entró en Lumbres y se dirigió hacia el lugar donde sonaba el canto, aunque ya sabía de sobra adónde tenía que ir. Abrió la puerta de una patada, y registró habitación tras habitación, visitando con los dos cañones cada espacio vacío de la casa. Sobre la mesa del comedor encontró dos revólveres, que se guardó en el abrigo.

Entró en el patio y el canto cesó, pero antes de destrozar el candado, volvió sobre sus pasos para vigilar la retaguardia. Asomó la escopeta a la calle y, en efecto, podía ser usada contra el hombre que se había pegado a la pared, con un cuchillo en la mano.

–No soy el viento –dijo Blas.

Y, apretando el gatillo, vio cómo la detonación derribaba a Claudio, en mitad de la calle.

Los prisioneros habían oído los pasos, el disparo, los mismos pasos de nuevo, y ahora los golpes furiosos en el candado de la puerta. Se abrió y vieron al hombre, alto y esquelético, que respiraba agitado, con un hacha en la mano y la escopeta en los pies.

–Vamos –dijo–. Hay que salir de aquí.

Y todavía pensaron que venía a despedazarlos. Hasta que entró y entregó la escopeta al que se había puesto delante para proteger al otro:

–Toma, vigila y dispara al primero que aparezca, sea hombre o mujer.

Con el hacha, rompió el cepo y las cadenas del hombre sentado y pegado a la pared, y luego el cepo y las cadenas del que permanecía de pie, apuntando hacia la puerta.

Recuperó la escopeta.

–Quiénes sois.

Montenegro habló primero, y fue el primero en recibir su revólver.

–Blas, me llamo Blas. Comprobad que estén cargadas. Le he dado al carnicero pero quién sabe.

Manuel las vio en su mente por el bosque: los tacones hundidos en la hojarasca, en busca de una madriguera donde guarecer los vientres abultados contra la tela.

La mano del hombre que los salvaba les indicó que lo siguieran. Montenegro tomó el saco y se lo echó al hombro.

–¿Y eso, es necesario que lo lleves? Vas a necesitar las dos manos.

–Son mis pertenencias. No te preocupes, con una me basta.

En la calle, el cuerpo de Claudio había desaparecido, pero el suelo, aquí y allá, daba pistas de su sangre.

Registraron el pueblo, casa por casa. Todas con signos de haber sido habitadas hasta hacía poco. Los armarios, desvalijados; la ropa inservible tirada en el suelo, los zapatos desechados de lado o del revés como diminutos barcos de un naufragio. Encontraron portarretratos vacíos, con el cristal roto y las fotografías desaparecidas. Los espejos, en cambio, permanecían intactos y reflejaban el desfile de los tres rostros demacrados y el brillo triste de las armas.

La última casa, a la salida del pueblo, era una tienda. Sangre reciente mojaba el suelo y otra, antigua y embuchada, se concentraba en las morcillas que colgaban en la pared, al otro lado del mostrador.

Blas ahogó una arcada y entró rápidamente hacia el pasillo, y luego hacia el patio trasero. Allí lo encontraron, boca arriba y ya desvanecido, desangrándose ante los caballos, que patearon el suelo moviendo las cabezas, como si se alegraran de ver a los tres hombres.

Sobre una mesa estaban las herramientas del mondonguero: puñales curvados, cuchillos de cortar, garfios, tenazas, lijas, martillos de triturar, hachas para la carne, perfectamente limpias, *atentas*, pensó Manuel, *atentas también a los caballos*. Y, alrededor, tinajas y baldes de distinto tamaño, palas, cucharones de madera y, sobre la pared, los extraños trajes de piel con los que el carnicero y la anfitriona del banquete los habían visitado en la jaula.

–Coged los caballos, vámonos de aquí.

Los ensillaron y les pusieron las bridas y las alforjas que estaban en el suelo; mientras Blas abría el cerrojo de la puerta del patio.

Manuel, el último en salir, guio su caballo hacia la salida, *van a estar ahí delante, con las tetas apretadas en los vestidos, bailaban, bailaban sobre mi cabeza*, bajo las estrellas invisibles.

–Ha estado muy cerca –dijo Montenegro.

–Se habían puesto esos trajes –dijo Manuel.

–Tuvisteis suerte. Se les hizo de noche y decidieron esperar a hoy.

Habían subido el zigzag de la sierra, caminando y tirando de los caballos, y escuchaban la historia de Blas, en cuyo hablar se percibía falta de costumbre.

–Decidieron esperar a otro día. Para la matanza hace falta buena luz, es tarea larga, donde son necesarias muchas manos. De niño oía los gritos de los cerdos y ya me iba al monte para no escucharlos y, ahora, por haberme encimado, definitivamente maquis, no me enteré del cambio hasta que alguien escapó. Subió desnudo y ensangrentado, con cortes en la piel. Lo darían por muerto y no lo buscaron, lo encontrarían los lobos antes que ellos. Yo lo enterré. Y, mientras lo hacía, aprendí la razón de sepultar a la gente: evitar que nos devoremos los unos a los otros, no ser almacén para nadie. Ya no soy de ese pueblo deshabitado, ¿lo visteis? No queda nadie salvo ellos. A mí me gusta rebuscar la sierra, sólo por soledad, soy de los que prefieren la compañía de una piedra a la de una persona, mejor si es árbol o perro. Y aún más después de la guerra. Me subí al monte por no pertenecer. Aquí arriba hay resguardos de mucha altura, sé los manantiales que se convierten en ríos, sé de lo que son capaces estas manos de hombre. El que enterré me lo contó y pude creerle mirando sus heridas. He visto marcharse a muchos de Lumbres. Van al sur, hacia Madrid. En los pueblos de por aquí no hay qué comer, la tierra es avara, no da salvo caza, y la caza se la reparten varias especies de fieras. Así vivo yo: una raíz, un fruto, ya no disputo animales con los lobos

desde que sé lo que la carne oculta, de ella no te puedes fiar. Pero no juzgo a los lobos, son incapaces de comerse entre sí aunque no sepan darse sepultura.

–Ahí llevo yo los restos de mi padre –lo interrumpió Montenegro, señalando al saco–. Voy a enterrarlo en su casa.

–¿Dónde?

–En Urdax. En el norte.

–Pues vais en dirección contraria.

–Vamos a dar un rodeo antes de volver.

–Sobrevivir lo entretiene todo. El moribundo me habló de ellos, de los tres. No podía creerlo. Bajé, rastreeé de noche. Las casas de Lumbres vacías, menos las suyas. Los espíeé durante semanas, con cuidado, con distancia. Me escondí en la torre de los moros, allí estaba lo suficientemente cerca para poder vigilar. Día tras noche, no ocurrió nada. Hasta que os vi en vuestros caballos, cabalgando hacia el pueblo. No tuve tiempo de avisaros, pero me quedé atento. No sabía al principio si habíais seguido adelante. Ellos no tienen fuerza para reteneros. Tiene que ser por vuestra voluntad. ¿Qué os ofrecieron? Mejor no saberlo. No descubrí nada durante el día. ¿Ruidos? Nada, apenas. Ninguna certeza. Pensé que la buena suerte os había hecho continuar vuestro camino. Regresé a la torre, dormí mal, muy inquieto, dentro de mí me removían las alertas. Al amanecer, he oído la voz, uno de los dos cantaba algo muy triste y hermoso, como la vida, como cuando uno se encuentra solo en el verano. Se han quedado, me he dicho, imbéciles, y he cogido la escopeta y he perseguido la canción.

Blas se detuvo y señaló el horizonte:

–Seguid por allí. Es el sur. Tengo que volver por ellas, antes de que se escondan demasiado lejos.

–Están embarazadas –dijo Manuel–. Yo voy en busca de mi mujer y de mi hijo. Lo abandoné en la guerra, cuando estaba a punto de nacer. Él no tiene la culpa.

–Ya sé que están preñadas. Las he visto. ¿Y sabes de quién?

Manuel no asintió.

Mejor quedarse inmóvil, lo mismo que un perro cuando no quiere enfrentarse con otro.

Los caballos se revolviéron, como intentando soltarse de las riendas.

–Vamos, Manuel –dijo Montenegro, sujetando el suyo–, tenemos muchos kilómetros por delante.

Manuel se aseguró las correas en el brazo y acarició la cabeza del animal.

–Las puedes capturar y entregarlas a la Guardia Civil.

–El orden pertenece al enemigo –dijo Blas, muy serio, desarrapado, una cabeza por encima de Manuel–. El caos es para nosotros. Estamos obligados a guiarnos dentro de él, a buscarle la justicia en las entrañas. A esas mujeres no las pueden perdonar ni esos fetos que tienen dentro.

–Eso lo decides tú.

–Manuel, tenemos que irnos.

Montenegro extendió el brazo y apretó la mano de Blas.

Manuel se caló aún más el sombrero, apartando el sol de sus ojos. En la sombra, escudriñaban el rostro de Blas, como si no acabara de juntar sus rasgos. Como si no entenderlo fuera no comprender el resto del cosmos.

–Todo recto– dijo Blas–. Y la mano que había señalado hacia el sur, acabó a media altura, ofrecida a Manuel.

Eran pieles ásperas las que se juntaron, líneas de la vida retorcidas por la historia y que no acababan de encajar, a pesar de que ellos lo intentaban, apretando unas contra otras.

Comenzaron el descenso hacia la llanura. La figura de Blas permaneció un minuto arriba, una torre humana que vigilaba el aire antes de desaparecer.

Bajo ese aire, la tierra se extendía pedregosa y hostil y, a la vez, sublime en su persistencia, bajo el tacto frío del sol.

–¿Qué día será hoy, sargento jefe? Parece que ha sido el fin del mundo.

–¿Otra vez? Enseguida pierdes la cuenta. Dos de enero de 1945.

–Dos de enero de 1945. El mundo ha acabado y comienza otra vez. Nos da otra oportunidad, Doc.

–¿Ah sí, Quemamonjas? Qué oportunidad.

–La de seguir viajando.

TERCERA PARTE

José Cid podía dudar de la realidad, pero para calmar sus dudas sólo tenía que extender la carta y comparar los renglones con las espigas que se inclinaban en la brisa, flotando y atadas, o con la mole del teatro de Ambusta, quieto a un centenar de metros, firme, como aquella hoja de papel en sus manos. «Os lo había prometido, y por fin he conseguido volver. Espérame en tu casa. Iré en compañía de un amigo. Avisa a tu mujer y a su hermana.»

Venía sin firmar, en un sobre con membrete de un médico de Soria: un tal Vidal Ruiz, pero la letra de la carta era inolvidable. *Los muertos saben escribir, pensó, por eso están aplastando el trigo.* Dejó caer los brazos y aguzó la mirada sobre la colina, buscando las zonas donde el trigal había sido pisado por la gente antigua, eso era antes, ahora tenemos también los nuevos, los de Cañoncito. *Y vendrán más.* Su cara estaba recorrida por grietas quemadas por el sol, y también sus manos, grandes y fuertes, donde aquella carta parecía papel de fumar.

–Mariadel –gritó.

Mariadel, con la carta apretada en la mano, bajó la colina de Ambusta. Ni oyó el avispero que estuvo a punto de pisar en el camino de tierra ni vio los brazos de los dos jornaleros, que se incorporaron para saludarla ante la acequia que estaban cavando. Pasó indiferente ante los perros que le ladraron en el olivar y ante los reflejos del sol en las cristaleras de la Santa, en la colina de enfrente. Magra y ajada, vestida desde hace meses con ropa de luto por la muerte de su padre, el capataz Orantes odiado por su marido, pisó la

vereda de chinos blancos que daba paso a su antiguo hogar, la casa de su infancia.

Cañoncito la había convertido en una mansión, la suya, después de arreglárselas para que sólo Ángeles la recibiera en herencia. «Esta tierra es mía, y todo lo que hay en Las Quemadas. No sé para qué discutimos», había dicho el Amo delante de las tres hermanas, que estaban acostumbradas a callar, incluida Isabel, que no tenía dónde caerse muerta. Pero ni siquiera de esto se acordó María del Carmen cuando pasó ante los hombres que jugaban a las cartas en el porche y empujó la puerta recién barnizada. La casa antigua era el corazón de la nueva, construida alrededor, y ahora había espacio para toda la familia de don Luis, mejor conocido como Cañoncito Pum, que se había mudado allí desde que comenzó el buen tiempo dejando vacía la famosa casa de Vulturno.

Oyó en el salón la voz de Magdalena y, ocultando la carta tras la espalda, se acercó a ella, tumbada en el sofá con las piernas recogidas, como un gato, y riendo una de las bromas del Tenorio. Él, de pie y girando, le enseñaba su nuevo traje de luces. Otro día lo hubiera alabado, no podía evitar sentir simpatía por aquel torero triunfador, al que José llamaba con desprecio «Barrabás», pero hoy Mariadel se limitó a preguntar:

–Dónde está Ángeles.

–En su cuarto.

Mariadel se adentró en otro pasillo, llegó a un recodo, y pasó por delante de la capilla donde la vieja Leonor se encerraba con el padre Niño, dedicada a sus beaterías, bajo el pequeño altar de la virgen perfumado con incienso e iluminado con decenas de velas mariposa. Como era habitual, se oía el runrún del rosario detrás de la puerta, pero esta vez Mariadel no entró a saludar a la señora de la casa, esposa legal de Cañoncito, madre de Magdalena, «la Loca», como la llamaba él. *Más víctima es ella que Ángeles*. Mariadel subió las escaleras y se detuvo ante la habitación. Se sintió la respiración agitada. Aguardó unos segundos para controlarla. Relajó la mano que apretaba el papel. Alisó la carta. Llamó a la puerta.

–Hermana, soy yo –dijo para que ella le abriera.

Tardó en oírla moverse y acercarse. Quizá percibía el sonido de la seda

mientras Ángeles se abrochaba la bata y caminaba inconsciente hacia aquellas palabras que viajaban desde un mundo perdido, a punto de dejar de serlo.

–Dónde está la niña –dijo Mariadel al verla despeinada, lujosa.

–Con su padre –contestó la anfitriona, dándole paso a aquella habitación amplia y decorada con caprichos y regalos, con dos grandes retratos de la propia Ángeles; uno para ella sola, vestida como Marlene Dietrich ante el gran puente de Vulturino, diminuto en proporción; otro, con su hija en el regazo, sentada delante de un cortinaje y una ventana, tras la cual se adivina el teatro romano de Ambusta.

–Ella ya tiene un padre –susurró Mariadel cerrando la puerta.

–Te he dicho mil veces que nunca vuelvas a hablar de él –dijo Ángeles, regresando hacia la cama enorme de la que, sin duda, acababa de salir.

–Está vivo. Toma.

Mariadel vio sobre las sábanas el álbum de recortes que Ángeles coleccionaba. Luego se fijó en cómo las manos de su hermana, que ya sostenían la carta, temblaban conforme reconocía la letra. Tumbada boca arriba con los brazos extendidos, entre sábanas de un color sutil que Mariadel no sabría definir, todo su cuerpo, desde los pies hasta los hombros desnudos sobre el que caía el pelo rojizo, se iba contagiando del temblor. Mariadel sentía que ella misma lo provocaba al adivinarlo: *Ahora le temblará la espalda; ahora le temblarán las piernas, y la barbilla, y los labios.* Y ese pensamiento explícito incluía la comprensión de algo más profundo que Mariadel no lograba precisar con palabras: que aquella carta estaba dirigida a una persona que había dejado de existir hacía mucho tiempo, en absoluto a aquella que estaba empezando a llorar entre sus tules, frente a su armario ropero, bajo su retrato de mujer regalada y escéptica, *victoriosa pero perdedora, una pobre mujer.*

Estaba dirigida a aquella Ángeles que, refugiada en la casa de su hermana, en Ambusta, seis años atrás, salió corriendo embarazada detrás de su marido para impedir que se entregara a cambio de la salvación de los rehenes. Estaba dirigida sin duda a la misma Ángeles que recibió aquella otra carta que guardó en casa de la tercera hermana, Isabel, la bruja, para lograr la

pócima del olvido: esa carta, la primera, en la que Manuel prometía volver después del fusilamiento que debía ser una pantomima, según las promesas de don Juan, el rico de la Casa de Luces, que murió de un infarto al poco de la desgracia.

Porque Manuel no volvió. Lo fusilaron y su cuerpo desapareció enseguida. Cuando Ángeles preguntaba por él, no tuvo más remedio que aceptar la crudeza de la muerte. Se lo confirmaron las burlas de los militares y la amabilidad de Cañoncito, el instigador de todo lo que había ocurrido. A cambio, mientras el embarazo iba acumulando meses, le había ofrecido protección. Y el padre de las tres hermanas, Isabel, Ángeles y María del Carmen, el capataz de Las Quemadas, supo convencerla poco a poco; después del nacimiento de Beatriz, después de la época de lactancia y luto; como si aquella boquita de la niña se llevara también el recuerdo de Manuel; como si al beber la leche del cuerpo de su madre, fuera haciendo un hueco donde el padre de Beatriz estaba definitivamente muerto y enterrado, en el pecho de Ángeles y en alguna cuneta cerca de Vulturno, como tantos otros.

Entonces, conforme se fue sintiendo segura, la viuda de Manuel Juanmaría fue aceptando más obsequios para ella y para su hija. Ayudado por la intermediación de su capataz, Cañoncito supo esperar a que ella se dejara abrazar por primera vez, cada vez más otra, mejor vestida, acicalada, deseada por tantos hombres de la comarca, después del primer viaje a los hoteles de Madrid. De la capital ya regresó con aquella luz cínica y verde en la mirada con la que la habían retratado disfrazada de Marlene. Aquel cuadro permanecía muy quieto en la pared del dormitorio, sobre la cama, donde ahora todo el cuerpo de Ángeles temblaba y sollozaba, junto al álbum donde iba pegando recortes de cine y de las revistas de moda. Ésa era la Ángeles a la que Mariadel acababa de entregar la carta.

Se puso la ropa de montar pero finalmente cogió las llaves del *jeep*, el último regalo de Cañoncito, que había conseguido de sus amigos los militares y que Ángeles aceptó a cambio de pintarlo de rosa. Fue una fiesta aquel día, junto a las cuadras. Ella se reía sin poder evitarlo, no sabía de dónde nacía aquella risa imparable, mientras el color verde militar iba desapareciendo bajo las capas de pintura, y se borraban las insignias y las estrellas y la palabra «USA» en un costado del capó.

Se habían reunido los jornaleros en torno a aquella máquina que iba a sustituir a la otra, maldita desde el día en que Cañoncito le instaló la ametralladora para acribillar a todo aquel que encontró en la carretera de Las Quemadas. La contemplaban en silencio, atemorizados al oír que gracias a aquellas ruedas el *jeep* se podría meter por cualquier camino, también en campo abierto, perseguirlos a ellos, pensaban, con nuevas armas, como las que habían matado a sus hermanos y a sus padres. Callaban. Alguno se atrevió a decir a otro en el oído: «Nada tiene ya remedio, Franco trapichea con los aliados, si no, cómo consigue estos armatostes.» Pero no había quién lo entendiera, porque la risa de Ángeles tapaba los sonidos más cercanos, conforme la pintura rosa sepultaba el capó y el guardabarros y las puertas laterales. Aquel coche sería sólo para ella. Cañoncito jamás querría conducirlo con ese color. Al menos eso había conseguido robarle al imperio del Amo y los jornaleros podrían respirar tranquilos. Días después, cuando la vieran en su *jeep* rosa, la saludarían con la mano, unos sonriendo, otros compadeciéndose de verla inventando rutas dentro de aquel valle de Las Quemadas, con la frontera en Vulturno, de donde nunca conseguiría salir.

No era su primera victoria. Tenía una habitación propia y prohibida para Cañoncito, aunque él lo intentaba, por supuesto, era el pestillo el que le impedía entrar y ella la que debía desplazarse al espantoso dormitorio de Luis, «el cuarto de las momias», como lo llamaba Leonor. Era allí el único lugar donde Ángeles pronunciaba ese nombre: Luis. Donde convenció a Luis de que en la nueva casa –la casa remodelada del viejo Orantes– cada uno debía tener su cuarto: «Comenzando por Leonor, tu mujer, necesita un espacio donde no vernos».

Ángeles se recogió el pelo en una cola. Se echó agua en la cara para borrar las huellas de las lágrimas y metió las llaves del coche en el bolsillo, junto a la carta. Pasó corriendo por delante de la capilla y tampoco saludó a Magdalena en el salón, acostada en el sofá y con el teléfono en la oreja. No la soportaba, *niñata rica, colgada de ese aparato a cada hora con ese cabronazo* que se había ido hacía unas pocas horas, poco después de Mariadel. Se reían de él en el casino, donde se pasaba la vida cuando no tenía corridas. «Eh, Tenorio, te llama la señorita», y se quedaba encerrado en la cabina no se sabía cuánto tiempo, se hacía de noche, barrían el suelo, y el Tenorio atrapado en aquel maldito invento.

Se había publicado en las revistas. En el mercado y en la plaza hablaban del romance entre el torero y la hija del Amo. Y volvían a contar la historia de cómo lo salvaron a él en lugar de al diablo Manuel Juanmaría, ¿no lo iban a hacer con lo bien que se portó el muchacho cuando raptaron a la niña Magdalena? Hoy toda una mujer, y él, el mejor torero de España. A Ángeles la odiaban, sin embargo, la Barragana, no la querían ni las pudientes ni las humildes. Ella estaba de acuerdo. Hubo un tiempo en que habría dado un brazo por que aquel teléfono que usaba constantemente Magdalena la conectara un solo segundo con aquel fantasma que hoy regresaba en forma de carta.

Arrancó el coche, subió el camino y se detuvo en el cruce. Al borrarse el polvo, vio por el retrovisor cómo se le acercaban Cañoncito, a caballo, y Beatriz, en su poni, haciéndole señas. Ángeles sonrió al ver las coletas de su hija, danzantes y negras en el aire.

–Mamá –gritó ella–; papá me ha llevado a ver el brazo de la Santa.

–Dónde vas –dijo Cañoncito, colocando el caballo delante del *jeep*.

–A Vulturno, a visitar a mi hermana Isabel. Habéis estado fuera todo el día. No me gusta que la niña ande a caballo tanto tiempo.

–Conmigo nunca le va a pasar nada, ¿verdad, hija?

–Te recuerdo que no es tu hija.

–¿Y eso a qué viene ahora?

–Beatriz sabe que tiene un papá en el cielo y otro aquí.

En realidad parecía su abuelo: el bigote blanco bajo el sombrero que lo protegía del sol de la tarde, la cara roja, el ceño fruncido como un Moisés después de haber recibido las tablas de la ley.

–¿Te apartas? –le dijo Ángeles a Cañoncito. Y luego a Beatriz–. Vendré en un rato y cenamos juntos, espérame, cariño, ¿vale?

Y, apretando el acelerador, dejó tras de sí otra nube de polvo.

Ellos cabalgaron hacia la casa, pero Cañoncito no quiso perder tiempo en las cuadras, adonde se encaminó solamente Beatriz, llevando al poni de las riendas. Cañoncito dejó el caballo en la vereda de chinos blancos, frente al porche, y corrió hasta el salón. Furioso, se fue hacia Magdalena:

–¿Estás hablando con ese payaso? Pásamelo.

Para evitar la ciudad, Ángeles eligió el camino de la calzada romana y aparcó junto al río. Arriba de las cárcavas, Vulturno seguía asomándose al vacío del tiempo, inventando algo cada segundo, algo que permanecía invisible desde el valle. Ángeles subió por la estrecha vereda hacia la casa de Isabel, una cabaña que ella y el Juez habían habilitado bajo el último ojo del gran puente. «Desde aquí, veré mejor», había dicho Isabel.

En la minúscula huerta que servía de entrada, permanecía sentado Antonio, de cara al atardecer y con los ojos cerrados. En el suelo, a sus pies, estaba la botella de alcohol y la jeringuilla recién usada, según se podía adivinar en los puntos que picaban el brazo del antiguo juez de Vulturno. Despeinado, arrugada la frente con líneas de mugre, entreabría los labios en un gesto de éxtasis que dejaba al descubierto la ruina de sus dientes, que le rompieron en la cárcel. Esa boca nunca había vuelto a pronunciar la palabra

«República». Ángeles empujó el portón y un gato salió corriendo hacia la maleza.

Isabel, cubierta con un manto, parecía estar sumida en una inquieta meditación que le agitaba el cuerpo. A su lado, un muñeco, espigado y absurdo, permanecía atado a la pata de la silla con una larga aguja cruzada en la cuerda.

–No lo pinches más. Tenías razón. Está vivo. Mira.

Isabel alzó el rostro marcado de cicatrices y la claridad de sus ojos comenzó a sonreír antes que sus labios. Leyó la carta. Se levantó, dejando caer el manto. Llevaba el pelo largo, enmarañado, y el vestido de luto. Si aquel ataque de locura no le hubiera desfigurado el rostro, seguiría siendo la más hermosa de las tres hermanas. Mariadel iba a visitarla de cuando en cuando para llevarle comida, pero sólo Ángeles le hacía consultas.

–Te lo había dicho, no querías creerme. ¿Seguro que quieres que suelte a Manuel?

–Era imposible, Isabel. Tú lo conociste. Habría sido incapaz de no volver. Si estaba vivo.

–Por si lo estaba y no quería volver, decidimos castigarlo.

–Tú lo decidiste. Yo te dejé hacer. Para mí era un juego. Una juega a consolarse como puede.

–Bien te va así, jugando con quien te conviene.

–No me lo digas más. Beatriz tiene una buena casa, eso es lo único importante.

–Si lo desato, quizá la pierdas.

–Anda ya. Por cierto, dame la carta que te pedí que me escondieras.

Isabel se agachó y buscó dentro de la camisa de trapo del muñeco prisionero.

–Toma, aquí la tienes.

–¿Ahí la guardaste?

–Pero qué pasa aquí –dijo el Juez desde la puerta–. Hola, cuñada.

Antonio se desperezaba en el umbral, descalzo, raído el pantalón del traje, la camisa gris con el cuello levantado y la corbata ahorcada.

Isabel, arrodillándose, desató de la silla el muñeco que representaba a

Manuel.

–Por fin –dijo el Juez–, le estás dando la condicional.

–Tú lo has dicho, condicional, mientras se porte bien.

–Me dolía ver cómo le hincabas esa aguja. Es mucho mayor que la que uso yo.

Sonó el mecanismo oculto en el cuerpo. Isabel terminó de girar la llave y el muñeco comenzó a traquetear por la habitación, bajo la risa desdentada del Juez. Ángeles lo vio venir hacia ella y se apartó con angustia. El muñeco avanzó hacia la pared, donde chocó y cayó al suelo, de costado, y allí permaneció moviendo manos y pies hasta que se acabó la cuerda.

–¿Qué significa esto? –preguntó Ángeles, con las manos en la cara.

–Ven –contestó Isabel, tomándola del brazo y conduciéndola hacia fuera.

El sol se acababa de poner tras las picudas montañas y aún restaba una hora de luz.

–Hay nubes, vamos –dijo Isabel.

Ángeles la siguió por el sendero que descendía hacia el río entre espesos matorrales, bajo la poderosa presencia del puente. Una rata, detenida sobre el muro de un molino derruido, se deslizó hacia la maleza. Detrás de una bandada de mosquitos, el crepúsculo se desplegaba en franjas rojas. Cuando Ángeles los apartaba con la mano, le parecía que iba a echar abajo también aquellos fragmentos de cielo.

–Cuidado –dijo Isabel–. Las piedras resbalan.

Habían llegado a la orilla. Estrecho, apenas arroyo, dejaba remansos de agua estancada entre las rocas.

–Mira –señaló Isabel–. Son las nubes las que hablan.

Aunque primero miró hacia arriba, Ángeles siguió la indicación del dedo de su hermana. Entre las piedras, el agua tenía un tibio color anaranjado que transparentaba algunos guijarros y el lecho de arena.

–Fíjate bien.

En efecto, allí, en la superficie, también estaban las nubes reflejadas. Se movían, esponjosas. Sobre el agua, parecían pertenecer a un mundo distinto. Formaban figuras. Bocas, brazos que se alargaban y se fundían en un cuerpo mayor. Volúmenes fugitivos, caballos. Muy claros los picos de las orejas, los

ojos, que se van deshilachando. Una mano con grandes anillos. Piedras.

–¿Ves? –dijo Isabel–. Son dos, aunque hay otros rostros. Hubo muchas prisiones. Escapan como la nube.

Las formas se arremolinaban alrededor de un centro más claro.

–Vienen de algo que no se puede mirar.

Las palabras se fundían con el sonido del arroyo. Convertidas en agua, se perdían hacia los recodos del valle. Los murciélagos comenzaron a revolotear sobre el barranco a la caza de mosquitos. Escondido tras un árbol, cincuenta metros arriba, el Tenorio espiaba a las dos mujeres inclinadas sobre el agua.

–Estarán buscando cangrejos.

Lo murmuró, casi en voz alta. Y, como se había dado cuenta, se tapó la boca.

Iban al paso bajo un gigantesco campo de estrellas, que los envolvía tanto que los caballos las pisaban tras un mínimo manto de hierba y de terrones.

–Ésta es la Mancha, Manuel. Ya huele a primavera. Quién nos iba a decir a ti y a mí, hace un año, que íbamos a estar trotando tan campantes como aquellos que me has prohibido mencionar.

–Da mala suerte, Doc. Estoy cansado de tus historias. Ya hemos tenido bastantes aventuras. Y si te refieres, con eso de campantes, a que tenemos que viajar de noche y dormir de día en el campo, bienvenido sea mientras nadie nos dé caza. Ayer nos libramos por los pelos.

–Tenían demasiada hambre, también estos. Todos la tienen en este país.

–Nos descuidamos y se comen las bestias.

–Tendrán que pasar cincuenta años, pero en este lugar se podrá vivir en paz, aunque mis huesos no lo vean.

–Espero que tampoco lo vean los de tu padre. Aunque te diré que me estoy acostumbrando a ese sonsonete que hacen en la grupa de tu caballo. Siempre te olvidas de apretarlos dentro del pañuelo antes de cerrar el saco.

–Es la bandera carlista, no lo olvides. Y mira, también yo me he aprendido tu canción.

Y Montenegro silbó en mitad de la noche «Ríos de Babilonia». Y algunos grillos, que iban a callar al paso de los caballos, callaron antes al oír el silbido, potente y nítido, que cruzaba el aire.

–Si quieres alertar a toda la comarca, vas por el mejor camino. Preferiría ahorrarme hoy un tiroteo.

–Ayer estuviste muy bien encañonando a aquel muchacho en las cuadras

y avisándome para que lo atara. La próxima vez dispara.

–No tendría quince años, Doc.

–No podemos dejar testigos, Quemamonjas. Ese muchacho tiene padre, familia.

–Más contentos quedarán al encontrarlo vivo. De todas formas, esos toledanos no nos seguirán al sur.

–Algún día los españoles podrán recorrer con libertad cualquier ciudad, piensen lo que piensen.

–Sí, sargento jefe. No lo digas otra vez, dentro de cincuenta años.

–Mira tu barba, y mira la mía. Aquí hay meses de camino en la prisión de España.

–Si no te hubiera dado por escondernos en aquella cueva no sé cuántos días.

–Nos habían echado el ojo, Quemamonjas. Y tú necesitabas aquellas clases de tiro como el comer. Allí nadie podía oírnos. Y, además, el río nos dio la vida.

–No te podías imaginar mis trucos para pescar, ¿eh, camarada?

–En la guerra conocí a uno que pescaba con granadas de mano. Las tiraba en la orilla y sacaba pescado para todos. Mucho más rápido que tú.

–De todas formas prefiero las lentejas aquellas que nos preparó la señora de Chinchón.

–Me gustó la historia del aparador que tenía en su casa. Señaló un hueco, con aquel adorno que habían arrancado los milicianos en la guerra. ¡Mira que confundir la figurilla de un cupido con un angelote apostólico y romano!

–Cuánto sabéis los carlistas. Prefiero la historia que nos contó aquel hombre que nos refugió en Getafe. Menuda desgracia. Haber caído en bando nacional y ser comunista. Pero él no había perdido el buen humor a pesar de las depuraciones. Cómo se reía de aquellos curas, los cuervos, decía, de eso me acuerdo bien. Y los cuervos lo obligaron a bajar a un pozo en alpargatas, a pique de matarse, con la excusa de reparar una fuga de agua.

–El soldado rojo lo llamaban. Me gusta el nombre. Y disparaba al aire en cada batalla.

–Tenía arte contándolo: «A ver si le iba a dar a uno de los míos». ¿Cómo

era aquello que decía de los falangistas?

–Niños vestidos de gilipollas mandados por un gilipollas vestido de niño.

–Y con ese disfraz se suben a la sierra a ver si encuentran algún maquis. Pena que queden tan pocos.

–Tú lo eres, yo lo soy, Quemamonjas. Maquis de paso, maquis que no pueden llamar la atención, maquis que se esconden para continuar el camino. Ojalá hubiéramos regresado con los tanques de Leclerc. Ese era el trato. Entrar en París y luego avanzar hacia Madrid. Pero han preferido negociar con la Cruzada de Franco. Los españoles no les interesamos.

–Los españoles no somos más que seres humanos vulnerables, este año y el siguiente. No sé quiénes lo tienen peor, los que se han quedado o quienes nos fuimos.

–Los españoles nos podemos permitir ser esclavos. Eso es lo que pensaron De Gaulle, Churchill y Roosevelt. Esa gente del sur se merece cualquier cosa que les venga. Nuestra libertad no cuenta, como tampoco les importa lo que pase en África. Se trata de puro racismo. Cuando por fin tuvimos una democracia, nos dejaron perderla. ¿Esos monos? Que se organicen como quieran.

–Nos tenían mucho miedo a los anarquistas. Y a los otros, los fanáticos de Stalin. Pero más a nosotros. «Me da igual que me peguen un tiro en nombre del rey que en nombre de la República», eso decíamos. A los países burgueses les convenía una mano dura que nos aplastara, se llevara lo que se llevara por delante. Ya tienen suficiente con la Unión Soviética.

–¿Pero no eras un descreído, Manuel?

–Me sé bien el discurso. Aunque te digo que ambas cosas son compatibles. Uno puede pelear por lo que cree justo y al mismo tiempo saber que está siendo manipulado por esa misma idea, como una marioneta manejada por una mano que tiene buenas intenciones. Ya te he hablado de esto. Siempre he tenido esa sensación.

–Si hubieras sido demócrata, no te habría ocurrido. En la democracia hay sitio para todos. Esa es la gran diferencia y no fui yo el único que en este país luchó por ella. Con un poco de tiempo, la República habría conseguido que las diferencias se fueran igualando. Y te digo otra cosa, cuidado con la

palabra revolución. Estoy harto de ella. La han usado comunistas, anarquistas y fascistas. Acuérdate del discurso de Franco que oímos en casa de la señora.

–Lo que recuerdo es la cocina donde estaba aquella radio, la mesa cubierta con el hule, y el hule cubierto con tres platos humeantes.

–«El acierto de nuestro régimen es haber sabido hacer la revolución social...»

–Es el colmo. Pero yo no tengo la culpa de que Franco nos haya robado hasta las palabras. Lo que yo quiero decirte a ti es que en la democracia no hay sitio para todos. Esos países que nos dejaron tirados eran demócratas, ¿verdad? Y no sabes qué lejos nos parecía esa igualdad de la que hablas. Quizá en Madrid iba a ser así, pero no en mi ciudad del sur. Tienen razón los americanos. Somos unos bárbaros. España está llena de caciques. Ojalá, como dices, un día haya aquí una república donde no continúen mandando los mismos disfrazados de otra cosa. Sería muy triste que esa democracia con la que sueñas fuera un teatro donde sólo algunos pueden interpretar el papel de la libertad y del bienestar. Y los demás, espectadores. O, peor, fuera del teatro, tirados en la calle, ajenos y víctimas de la comedia.

–Manuel, me entristece lo que dices. He pegado tiros desde el 36 en varios ejércitos, aquí, en África y en Francia. He visto morir a muchos compañeros que no tenían otra idea que enfrentarse al fascismo en España y en Europa. Eso no era teatro, te lo aseguro. He visto la sangre de muchos de los que querían volver a esta tierra que tú y yo estamos recorriendo. Todos hablaban de cómo serían sus vidas entonces. Nos lo contábamos por la noche, antes de dormir, para darnos ánimos y aguantar el día siguiente. Si un día lo logramos, una democracia en España, una democracia en toda esta Europa destruida, nadie se atreverá a construir un teatro con tantos muertos.

–Lo veo todo tan lejos. Es como estar dentro de una caja bien cerrada. Esa es la historia que vivimos. Están Franco y nuestro exilio, el hospital Varsovia, el pasado del que es mejor no hablar. Cada vez más cerca, están Vulturno, Las Quemadas, Ángeles, el hijo que, si ha nacido, desconozco. Todos estamos dentro de esa caja que incluye el espacio y el tiempo, los países y los años. Alguien nos mira por un agujero y no puedo escapar, y nadie podrá hacerlo, salvo que se dé cuenta de dónde están las paredes de la

caja, las reconozca, sea consciente de su existencia y logre atravesarlas. Para mí sólo es posible hacerlo a veces. Me acuerdo de Ringo. Voy en este caballo en busca de Dallas. Ella me espera a pesar de todo lo que nos ha ocurrido a los dos. Tiene los ojos como esas estrellas de arriba y yo cabalgo despacio, porque la noche está llena de obstáculos. Esa imaginación y ese amor, juntos, son lo único que me deja escapar de la caja.

Al amanecer acamparon en una pequeña cantera, excavada en una de las colinas que comenzaban a gibar el horizonte hacia el sur. Allí, recogidos en un recodo de arcilla, descansarían hasta el oscurecer para seguir avanzando. Se envolvieron en sendas mantas y cerraron los ojos.

Montenegro se despertó gracias a un chasquido. Se sentó, aguzó el oído. ¿Una serpiente se acercaba? Se levantó con cuidado de no despertar a Manuel, recostó las mochilas a su lado, y las tapó con una manta. Sacó el revólver y trepó por un terraplén de la cantera. Desde arriba los vio.

Era el muchacho al que dejaron ayer con vida, acompañado de dos hombres armados con escopetas. *Se parecen los tres y caminan de la misma manera, como hacen los perros de una misma raza. Su padre y su tío.* El sol no había acabado de salir y los pájaros que suelen cantar a esa hora permanecían mudos. O no existían en aquella cantera, o dejaban que los pasos de los tres acechadores sonaran como quien rompe una corteza con cuidado.

Manuel se removió en su manta; no se despertó. Uno de los caballos, atados al fondo del recodo, relinchó, pero los sueños del durmiente no le atribuyeron importancia. Montenegro vio que el más viejo de los hombres señalaba hacia los caballos, y pensó que ese era el primer objetivo que les había hecho perseguirlos. *Te lo dije, Quemamonjas, la próxima vez dispara.* Los vio acercarse al bulto que dormía y al otro, que no era más que un señuelo. Los dejó aproximarse lo suficiente para tenerlos a tiro y para darles la confianza de que habían vencido de antemano. Cuando levantaban las escopetas para encañonar a Manuel y a las mochilas tapadas con la manta,

Montenegro realizó los dos primeros disparos. Mientras los veía caer, comprobó la reacción instintiva del muchacho, no correr, sino quedarse paralizado y buscar con los ojos el lugar de donde provenía el fuego. Montenegro se puso de pie para fijar definitivamente su atención, y no esperó a que terminara la alarma en su rostro para disparar por tercera vez. Manuel se estaba incorporando con el revólver en la mano; los caballos relinchaban intentando soltarse de las cuerdas. Entonces el muchacho cayó de bruces en el suelo.

–Vamos –gritó Montenegro desde arriba, y se deslizó por la pared de tierra–. Hoy tampoco dormimos.

Manuel estaba mudo ante los tres cuerpos, uno de los cuales comenzó a moverse.

–Vamos, he dicho –dijo Montenegro trayendo los caballos de las riendas–. Toma –insistió, poniéndolas en las manos de Manuel, y entonces disparó en la cabeza del moribundo. El sargento jefe se agachó y le alcanzó a Manuel las dos escopetas. Buscó en los bolsillos y sacó unos pocos cartuchos.

Recogieron, montaron, algunos pájaros los observaban desde el terraplén, camuflados en su terroso plumaje, pero seguían negándose a cantar hasta que los intrusos se marcharan.

Manuel volvió el rostro una última vez hacia los cuerpos tendidos, antes de doblar el ángulo de la cantera.

–Me has utilizado como cebo, cabrón.

–Así salieron las cosas, y es culpa tuya. Los muy hijos de puta nos han seguido toda la noche y nosotros tan tranquilos. La próxima vez tendrás que disparar tú, aunque no quieras.

El sol salía sobre el inmenso horizonte manchego. Quizá las gibas que iban salpicando la tierra hacia el sur quisieran levantarse para tapar la estrella ya que ella misma no podía taparse los ojos. El sol salía y señalaba a los fugitivos.

El niño los vio aproximarse hacia donde él y sus amigos se encontraban. Se habían levantado temprano para ir a sisar lechugas, y ahora descansaban apoyados en un pozo mordisqueando los cogollos. Los demás miraban al suelo, entretenidos con las hormigas que pugnaban por llevarse los trocitos que ellos recortaban de las hojas, pero él veía el destello del sol en las escopetas, los sombreros caídos sobre los rostros, el trotar cansino de los caballos, fascinado con el recuerdo de las imágenes que robaba al cine del pueblo, cuando se escurría entre los pies de los mayores y lograba sentarse al pie de una silla, antes de que alguno lo sacara de allí tirándole de una oreja.

El niño tenía la cara y los brazos manchados de barro, llevaba pantalones cortos y una camisa que esa misma mañana, antes de escaparse de casa, estaba limpia. Bajo el pelo revuelto, los ojos poseían un doble encendido de asombro y travesura. Antes de que ninguno de sus compañeros levantara la cabeza, cogió dos lechugas grandes del montón que había en el suelo, y corrió hacia los caballos.

Ninguno se atrevió a seguirlo. Lo vieron desde lejos, y así luego se lo contarían a los guardias a cambio de que les perdonaran el robo en el huerto: los dos bandidos se detuvieron y él les ofreció a cada uno una lechuga. Y, antes de que ellos las aceptaran, separó las hojas más grandes y se las metió en la boca a los caballos.

–Me han llenado toda la mano de baba –confesó– y luego los bandidos se comieron los cogollos. Se reían, eran simpáticos.

–¿Hacia dónde se fueron?

–Hacia la sierra –dijeron los niños en coro, señalando la mole de color

violeta.

Salvo él, que apretaba los labios y, en el bolsillo, la bala que uno de los bandidos le había dado a cambio de las lechugas.

Se internaron en la sierra hasta el anochecer, sin más descanso que dar de beber a los caballos en el río, nerviosos, atentos a los movimientos del bosque. Aún no había oscurecido cuando oyeron el aullido de los lobos. Ni el cansancio ni la prudencia les permitían seguir avanzando de noche, pero no pegarían ojo si se acostaban a la intemperie. El aire se había enfriado y sentían silencios entre los árboles. Por eso, al hallar un camino, lo siguieron hasta llegar a una venta abandonada en la falda del monte, sobre uno de los valles que daba entrada a Andalucía.

La venta tenía las ventanas rotas, la puerta vencida, las paredes negras por las muchas hogueras que habían encendido dentro otros vagabundos, tres grandes habitaciones desposeídas de todo salvo de escombros y herrumbres. Lástima que ellos no pudieran encender fuego. Introdujeron los caballos en el interior, para protegerlos de los lobos, y, después de comer algunas provisiones y de beber el último trago de coñac que les quedaba, guardado como el oro, se acostaron muy cerca de las bestias y, a su calor, se durmieron enseguida.

Aquellas paredes se llenaron de los ronquidos de los dos viajeros, raptados en un sueño profundo y, conforme la noche fluía, los muros iban desprendiendo sombras. Se asomaban al hatillo de huesos, junto al que Montenegro dormía y, compadecidas, bendijeron la frente de los dos guerreros, padre muerto e hijo vivo, con un sueño sin imágenes. Llegaron junto a Manuel y le acariciaron la pierna que a veces le dolía, suave y repetidamente, hasta despertarlo.

Eran dos mujeres cuyos rostros estaban iluminados por la chimenea, encendida en aquella habitación central de la venta. Eso fue lo primero que asombró a Manuel: la limpieza y la calidez, la mesa puesta con frutas y una fuente humeante, y al fondo, desplazados a otra habitación, los caballos y Montenegro, que permanecían dormidos.

–Manuel, levanta –dijeron las mujeres. Y sus rostros se fueron afirmando en rasgos nítidos. Una de ellas era María Gómez, vestida con una bata de seda negra que dejaba asomar una piel muy pálida y la esfera de los senos. A la otra, más joven, cubierta por un camisón transparente, Manuel la había visto alguna vez, hacía muchísimo tiempo, quizá cuando era niña. Desprendía canela en cada trozo de piel y, en los ojos, acaramelados y pícaros.

Entre las dos lo levantaron y lo condujeron a la mesa, donde le sirvieron una misteriosa carne de mar, blanca y especiada con pasas y ramas de tomillo, junto al arroz que se iba nutriendo de salsa sabrosa, lo más rico que Manuel había probado en su vida, tan bueno que no podía creer que el pasado hubiera existido alguna vez, y sentía en su corazón un agradecimiento divino, propio de un santo. Así recibió los gajos de una naranja dulce como la miel, que al morderla se derramaba por su barbilla, un jugo que las dos mujeres, riendo, limpiaban con sus labios. ¿Cuándo se había afeitado, por cierto? Manuel no lo recordaba.

No había acabado de cenar, cuando las mujeres, impacientes, lo condujeron a la habitación de la izquierda, la más alejada de aquella otra donde Montenegro dormía.

Allí, tras una cortina negra, había una cama salpicada de almohadas, de un tamaño y una comodidad tales que Manuel se creyó en el paraíso. Las mujeres lo tumbaron sobre ella. Lo desnudaron y, tendidas una a cada lado, comenzaron acariciarle la piel con suavidad y, siempre paralelamente, los brazos, el costado, el pecho, las caderas, las piernas, los testículos; cada mano, sin conflicto, se repartió una zona del pene erecto; y cuando María Gómez se sentó sobre él, «por ser la mayor», dijo, sonriendo, la más joven se enlazó a ella justo detrás, de tal manera que los cuatro brazos le seguían tocando como si fueran parte de un mismo cuerpo; y cuando le llegó el turno a la más joven, María se situó detrás de ella, para que aquel hombre continuara siendo amado, doblemente, por una sola.

La más joven no tenía nombre porque no quería revelarlo: «Ya lo sabrás, Manuel». Y si María Gómez iba a descubrirlo, la otra se lo impedía con un gesto severo: «Ni se te ocurra, novia». «Lo somos entre nosotras y las dos lo somos de ti», decían una y otra, y para demostrarlo se besaban ellas y luego

se turnaban para besarlo a él, que acabó por tumbarlas una junto a la otra para explorarlas y gozar a su gusto.

Cuando terminaron, Manuel se hizo un hueco entre ellas y, recibiendo a ambas en su pecho, lloró de felicidad. Dos lágrimas sin llanto, que sus novias se apresuraron a beber, y los tres sonreían, y se iban quedando dormidos.

–Siempre estarás en deuda con nosotras.

–Os amo –contestó Manuel.

–¿A quién estás traicionado? –preguntaron ellas, una y otra.

–A nadie.

–¿Estás seguro? Entonces adónde vas.

Manuel abrió los ojos. Hacía frío. Arriba latía la noche estrellada, como su propio corazón; parecía un pequeño tambor, igual que los corazones de las dos mujeres que notaba también sobre su pecho. Y todos los latidos se fundían en uno solo, solitario e imperfecto. En un instante, corrieron por su mente los hechos del pasado, con Ángeles río abajo a la deriva y perdiéndose en el confín. Sintió a la vez miedo y la fuerza de la obligación, el peso de los recuerdos y el peso de las cabezas de aquellas dos mujeres.

–¿Cómo habéis llegado hasta aquí? –preguntó.

–Por este camino –contestaron la dos, arañando con fuerza el pecho del hombre. Las uñas se hundían lo suficiente para sacar la sangre, mientras una mano le apretaba en la boca y otra en la garganta, para ahogar sus gritos.

Manuel se despertó tumbado a la intemperie y en un primer momento le dolió en la retina la luz de la luna llena. Se giró para evitarla y sintió el cuerpo inerte que había a su lado. Al incorporarse de golpe, se arañó la pierna con algo punzante, y fue consciente de los otros arañazos que tenía en el pecho, por debajo de la camisa. Se retiró unos metros y contempló el cadáver plateado de un ciervo, sus astas como un pequeño y retorcido árbol. Rodeó el cadáver y se llevó la mano a la boca para contener una arcada. Oyó un gruñido en la espesura y lo asoció a aquellas tripas desparramadas que salían del estómago del animal. ¿Se lo estaban comiendo los lobos cuando llegó él allí? ¿Cómo lo había hecho? Recordó la pregunta que acababa de hacer a las dos mujeres. Un sueño tan nítido como el recuerdo de su propia voz. *Hace un instante.* ¿Ahora era sonámbulo, una desgracia más? ¿Había caminado hasta

allí y había tropezado con la cabeza del ciervo, hiriéndose con sus astas? Esa podría ser la explicación, y así había espantado a los lobos. Oyó otro gruñido e instintivamente se llevó la mano a la cartuchera. Sí, allí estaba el revólver. Manuel giró la cabeza en busca de la casa. *Arriba, hay que subir*, se dijo, apresurándose. *Menos mal que estoy vestido, y con las botas puestas*, tal y como se había acostado junto a Montenegro, lo hacían así por si tenían que huir.

Descubrió la sombra de la casa, iluminada por la luna. Y, al acercarse, le extrañó ver luz eléctrica. *¿El sargento jefe ha encendido una linterna? Me está buscando*. Iba a gritar cuando oyó las voces. Se tiró al suelo. Alguien se asomaba a la puerta con aquella linterna y peinaba el campo. Después volvió a entrar. Manuel se arrastró hasta un lateral de la casa y ahora entendió nítida la voz: «¿Dónde está?». Y luego el golpe, y el insulto y el dolor de Montenegro.

Se asomó por la ventana y todavía pensó, durante una décima de segundo, que vería la gran cama donde se había acostado con sus dos novias. Más allá de las paredes desoladas estaban los tres hombres. Uno de ellos, sujetaba a Montenegro, que tenía las manos esposadas; mientras el otro le apuntaba a la vez con una pistola y con la linterna, y repetía la misma pregunta: «¿Dónde está?». Y le pegó una patada en la entrepierna. *Son uniformes de guardias civiles. Ahora tengo que hacerlo. Disparar y dar en el blanco, como en las prácticas de tiro*.

Conteniendo la respiración, con el revólver en la mano se deslizó hasta la puerta. Al entrar apuntó debajo de los omoplatos del hombre que se había encontrado primero. Todavía no disparó. Tuvo que suceder que el rostro de sorpresa del guardia que sujetaba a Montenegro alertara al otro, que se dio la vuelta para ver qué los amenazaba. Entonces, Manuel vació en su cuerpo medio cargador, mientras Montenegro empujaba con la espalda al otro guardia, que se cayó al suelo tratando de desenfundar. Desde arriba, como antes la luna llena sobre él mismo, Manuel lo detuvo con el resto de las balas. *Hay que impedir que se mueva, eso es. Apunta a cada parte del cuerpo que intenta seguir moviéndose, eso es*.

–Menos mal que te dio por pasear bajo la luna –dijo Montenegro.

Cabalgaban al trote dentro del mar de olivos, que se perdía en cada horizonte por lomas y llanuras. Tan delgados ellos, escuálidos los caballos, parecían haberse desprendido de los troncos de los árboles, ramas en movimiento.

–¿Tú me has visto caminar dormido alguna vez? –dijo Manuel.

–Nunca, Quemamonjas, pero ahora que lo dices –se rió Montenegro–; siempre pareces sonámbulo, de noche y de día.

–¿Y a ti no te pasa, Doc? Tengo la sensación de apartar sombras para hacerme sitio. Avanzamos dentro de un sueño.

–Eso, compañero, es cruzar España en 1945. No llega a ser una pesadilla constante; pero sí lo que uno se encuentra al final de haber tenido una especialmente horrible. Un páramo con accidentes. Anoche podía haber ocurrido el accidente final. Ahora no me arrepiento del tiempo que dedicamos al tiro al blanco en aquella cueva del Tajo. Los dejaste como un colador.

–Yo sí me arrepiento, sargento jefe. Eso es lo más terrible de este sueño: tener que matar dentro de él para poder continuar despierto.

–A mí me salvaste la vida. ¿Te arrepientes de eso? Lo hiciste muy bien. Si estuviéramos en el ejército, hoy te darían la medalla al valor.

–Cómo os gusta la chatarra a los soldados.

Pero fueron ellas las que nos salvaron. Las que me llevaron hasta el ciervo, para que yo pudiera encontrar a los lobos y actuar como ellos. Tengo en la boca todavía el sabor de la saliva de las dos mujeres, y son humo. Un humo posible dentro de un sueño imposible.

–Estoy en deuda contigo, Manuel.

En deuda con ellas, pensó él, automáticamente, todavía dentro de su pensamiento anterior, pero lo que dijo fue:

–Nunca pensé que volvería aquí. Estaba seguro de que jamás saldría vivo de Francia. Soy yo el que te debe mucho.

–Estás temblando, amigo. ¿Tienes frío?

–Son nervios, ya se pasan.

Era la tierra conocida y apretada, el cielo de marzo distinto a los marzos de otros cielos; las montañas picudas que asomaban al fondo; el aire como una bandera de temperaturas distintas y simultáneas; la gente del campo con la que se iban encontrando, iguales a ellos: enjutos y sudados, con la piel roja y agrietada. Descansaban un momento sobre la azada o el rastrillo, y levantaban la mano para saludar, sin preguntas, y mirarles la espalda mientras se iban perdiendo en el camino. Los iguales se reconocían en cómo los huesos iban marcando una forma con olor: la figura del trabajo, una manera de trabajar muy concreta, aún peor que la maldición de la Biblia.

–Estamos lo mismo que antes de la guerra –dijo Manuel.

–Sólo que antes teníais esperanza, ¿no?

–Ya no sé nada.

Pero sí sabía. Sabía que cada vez estaba más cerca. Habían dejado atrás Sierra Morena y nadie atrás que les pudiera perseguir. A partir de ahora, sólo les quedaba evitar los caminos principales y los guardias. Ocultas las armas, doblados los sombreros, así llegarían; siendo dos más entre todos aquellos que iban de campo en campo buscando un jornal. Habían tirado las escopetas robadas, demasiado visibles, y nadie les envidiaba aquellos caballos más cercanos, por tamaño, a los burros y, por delgadez, a los galgos.

–Mejor vais andando –les dijo un paisano–; esas bestias se van a morir.

Así lo hicieron. Desmontaron y fueron persiguiendo riachuelos que no encontraban, para dar de beber a los caballos y a sí mismos. Y Manuel volvió a susurrar *Ríos de Babilonia*, y Montenegro a veces lo acompañaba silbando. Hasta que se atrevieron a entrar en uno de los pueblos buscando el abrevadero, y compraron forraje para los caballos y un pan grande que partir entre los dos. Se quedaban el mínimo tiempo posible, y luego sentían las

miradas en la espalda, miradas nuevas como habían sentido las anteriores, pero nadie los detenía ni tampoco se animaba a preguntarles. No se veían obligados a enseñar un carné falso, ni a disparar, ni a contar verdades o mentiras. Y, por eso, continuaron avanzando.

A cada paso que daba, Manuel deseaba que nada de aquello fuera cierto, que las botas que volvían a pisar los caminos del pasado no fueran reales, las botas que le había guardado su padre, el zapatero, antes de morir en la cárcel, su única herencia; las botas que ahora tramaban su huella en las sendas anhelantes de lluvia y de todos los acontecimientos que estaban por suceder. *Al acercarnos más, me los invento: a mi mujer y a mi hijo y a la propia distancia que recorro. Pero si han muerto, no hay nada que hacer. Y si no hay nada que hacer, ni el sargento ni yo existimos, o vamos a un lugar donde no importa que existamos. No hacer. El mejor camino es no hacer. Si recibí José la carta, habrá dicho, habrá hecho. Aunque a lo mejor no había nadie a quien hacerle o a quien decirle. Ni nadie que pudiera tratar de hacer o decir algo.*

Y al tercer día de dudas cayó un aguacero. Se habían acercado lo suficiente a las montañas para refugiarse debajo de una cárcava, desde donde vieron llover; veían la llanura que se iba inundando, un agua creciente que no corría, que se iba estancando en la planicie, recubriéndola. Y Manuel pensaba: *podríamos ser como una balsa, estar en un sitio, llenarlo, y luego ir desapareciendo y evaporarnos, muy quietos.*

Se imaginó el cadáver de Ángeles, blanco y sin ropa, no sobre el río en que la solía soñar, sino en aquel agua de la llanura. Él se aproximaba hasta llegar junto a Ángeles para tocarla. *¿Estás viva? Despierta.* Pero su mano sólo conseguía empujarla sobre el líquido estancado. Y en aquel mundo detenido, era solamente el cuerpo de la mujer el que se movía como una brizna de hierba. *La muerte se ha puesto en marcha hacia dónde. Ringo, aparta de mí este cáliz.* Y veía que era Dallas la que estaba tumbada sobre el agua, rubia y sonriente y, por tanto, viva, una mujer desnuda flotando en la llanura. Entonces Manuel cantó *Ríos de Babilonia*, y Montenegro volvió a silbar la melodía, que se entrelazaba con la lluvia, hasta que escampó y reanudaron el paso.

Al remontar el desfiladero, vieron desde los caballos un valle donde se habían levantado empalizadas, en cuyo interior cientos de hombres se afanaban en encauzar un río dentro de enormes tubos, vigilados por militares estáticos. Cambiaron el rumbo. Se internaron en una sierra. Durmieron la fiebre o el hambre hasta que Montenegro volvió de una aldea con una lata de aceite y otro pan que había cambiado por unas pocas monedas.

Y, por fin, llegaron al último pueblo antes de completar la ruta que conducía a Las Quemadas. Rodeado por pedrizas y malezas, era inevitable cruzar por él. Manuel una vez conoció bien aquel lugar pero allí ya nadie lo reconocía a él. Era un fantasma de una época vieja entre fantasmas de una época nueva.

Era sábado y de noche en la gente que llenaba la plaza charlando y apurando las colillas. Reían entre ellos y al ver a los dos forasteros callaban. El silencio los protegía a todos. A los que les convenía ignorar y a los que importaba ser ignorados.

Para prevenir malos encuentros, evitaron la taberna de la plaza y entraron en otra que estaba a la salida, la parte más humilde del pueblo. Era un tugurio oscuro, con paisanos acodados a la barra, rótulos de «se prohíbe el cante» y poca conversación. Quien hablaba lo hacía en voz muy alta como si estuviera predicando, y en un tono cerril que no admitía discusión y que mostraba que no había nada que ocultar. El tabernero se limitaba a rellenar los chatos y a rebañar los cobres.

Manuel y Montenegro bebieron con ansia, con carencia. Manuel se obstinaba en un presentimiento silencioso, alimentado por tristes recuerdos; y el sargento jefe trataba de animarlo sin ser correspondido. Entonces vio el cartel de una película pegado en la pared.

–Mira, Manuel, de las que te gustan a ti.

–La proyectamos en la parte de atrás dentro de un rato –dijo el tabernero, atento a cada conversación aislada.

Manuel se acercó al cartel: al vaquero de camisa roja que le apuntaba con un revólver y a la mujer que miraba hacia el frente con cara asustada. No era Ringo pero podía valer. Allí ponía sus nombres. Él se llamaba Gary Cooper y ella Loretta Young.

El vino les animaba a quedarse. Montenegro escribió en una servilleta de papel, para que el tabernero no pudiera oírle: «No te preocupes, yo me

encargo de vigilar y de sacarte de aquí». El vino les regalaba temeridad, corría por los estómagos vacíos fortaleciendo la consistencia de las ilusiones. Montenegro compró cigarrillos y fumó sin parar.

–La primera sesión es para los niños –dijo el tabernero–. No les cobro pero sólo les pongo el primer rollo. Con suerte me traen a sus padres.

Cuando terminaron de entrar los niños, oyeron el sonido de la película, un eco deforme que venía desde el patio. Pasaron unos cuantos vinos y los niños salieron. Uno se acercó a Manuel y le dijo:

–¿Podría contarme luego cómo termina?

Después de dejar una moneda en la barra, jóvenes y viejos cruzaron la taberna con jolgorio creciente, desapareciendo tras la cortina de la puerta del fondo.

Manuel y Montenegro aguardaron hasta ser los últimos y, al descorrer la cortina, descubrieron el patio con una gran pared blanca donde ya se proyectaban las imágenes. Las primeras filas estaban abarrotadas y sólo quedaban sitios libres en las últimas, donde se sentaban los más viejos: frías sillas de metal bajo el haz del proyector. Manuel se acordó de la sala vacía de Saverdun estremeciéndose un instante y maravillado al contemplar cómo comenzaba la película ante un público inquieto, numeroso, que hablaba, silbaba y chistaba como tratando de compensar todo lo que callaron antes.

Les silenció el tiroteo con el que comenzó la película. A continuación vieron a dos vaqueros que venían a caballo desde el fondo de la pantalla, tranquilamente, uno de los cuales cantaba una larga canción acompañada por los cascos del animal que montaba. Y el público volvió a murmurar y a reír al ver la cara de paciencia y enfado del otro, el que soportaba el canto interminable bajo el sol del desierto, y decía:

–Melody, ¿cuántas estrofas tiene esa canción?

Y Montenegro susurró:

–Mira, es como tú.

Manuel sonrió y enseguida comprobó que no era la película que esperaba. El héroe que apuntaba con su revólver en el cartel de la taberna y que se llamaba Gary Cooper no era más que un pobre hombre al que confundían con un peligroso pistolero: medía lo mismo, vestía de forma parecida y para

colmo llevaba las mismas iniciales en la montura de su caballo: M. J., sólo que el pobre hombre se llamaba Melody Jones y no Monte Jarrad, el pistolero más buscado del Oeste.

Sin embargo, a Melody le gustaba aquella confusión. Por primera vez, alguien lo tomaba en serio. Disfrutaba de que el pueblo lo temiera y, a la vez, se burlaba de ello. Se paseaba por las calles, entraba en la taberna y, cuando veía que alguien lo miraba, impostaba una mueca de hombre malvado, guiñando un ojo y frunciendo el ceño, que provocaba pánico a su alrededor. El público del cine se partía de risa.

También él, Manuel Juanmaría, el hijo del zapatero. Se identificaba con aquel aventurero débil que, en la tienda de víveres, se conformaba con una lata de tomates en conserva cuando el tendero le ofreció todo cuanto poseía a cambio de que se marchara. Como Melody, Manuel se quedó con la boca abierta cuando apareció la mujer que iba a cambiarlo todo, la misma del cartel, Loretta Young, pero mucho más guapa que en el dibujo y sin cara de susto. Los jóvenes del cine silbaron. Sonó una colleja. Y una chica salió corriendo entre las filas y se marchó apartando la cortina con rabia.

Manuel se ensimismaba al ir comprendiendo la historia de Melody Jones. Aquella mujer era la novia del malvado pistolero con el que todo el mundo lo confundía, y que permanecía escondido en alguna parte. Ella era amable con Melody, lo seducía, porque le convenía la confusión para que su pistolero pudiera huir hacia el norte. Pero Melody estaba lejos de desmentirla, aun adivinando las intenciones de Loretta. Se había propuesto conseguir a aquella chica para él. Ese fingimiento le podía costar algunos sacrificios: la vida, por ejemplo, porque querían matarlo a cambio de una recompensa; pero Melody estaba dispuesto a intentarlo con su buen humor natural y una ingenuidad que irritaba a su compañero gruñón, el Tío Rosko.

–Sargento jefe, y ése es como tú –le dijo Manuel golpeándole suavemente con el codo.

–Por lo menos sabe disparar. Mira el otro, igualito a ti –contestó Montenegro riendo.

Y en la pantalla Melody Jones desenfundaba y el revólver se le escapaba de las manos y se disparaba solo desde el suelo.

«Si al menos dispararas un poco mejor», dijo Tío Rosko.

–¿Ves? Es lo mismo que te digo yo. Te espero en la taberna, vigilando – dijo Montenegro.

Pero Manuel no se inmutó, absorto en la película. Él, en efecto, era Melody, tenía que serlo, actuar como él, enmascararse para recuperar a Ángeles. *¿Quién regresa a Las Quemadas?* No podía ser aquel Manuel que había estado en el sótano de Saverdun limpiando las butacas vacías de aquel otro cine, ni el prisionero que se sentaba en ellas para ver una y otra vez los fragmentos con los que lo torturaba Corbeau, antes de humillarlo con una mano helada en el sótano. *Ringo se fugaba con Dallas pero antes tenía que convencerla.* Debía ser definitivamente aquel otro que había construido gracias a Montenegro: el que podía ver en territorio enemigo una película completa. Debía aprender a ser el que ahora disparaba mucho mejor que Melody, *diga lo que diga Tío Rosko.* Pero sobre todo debía fingir ser él mismo seis años atrás: aquel que fue antes de la guerra, el que llamaban Pasos Largos y repartía entre los jornaleros el *Corsario de la Idea*, el que se enfrentó al Amo, Luis Sánchez de León y Bontempo, antes de que nadie lo hiciera. *De esto no se ha dado cuenta el sargento jefe: mis iniciales también son M. J.* Pero no era el vaquero cantante Melody Jones que simulaba ser el malvado pistolero Monte Jarrad. Sino el Manuel Juanmaría del presente que debía fingir ser el Manuel Juanmaría del pasado, *para encontrar el valor de hacer lo que debo a partir de mañana: encontrar a Ángeles y llevarla a Francia.*

Manuel se fue dejando resbalar en el asiento y no se movió cuando la proyección se interrumpió por el cambio de rollo, mientras se encendieron las luces y se armó una algarabía. Cuando se reanudó la película, vio las imágenes pero apenas se fijó en ellas. Miraba en la pantalla al poderoso Ringo, que se acercaba blandiendo su rifle y haciéndolo girar en el aire; veía su propia figura, la de Pasos Largos, de pie y protestando en la Casa de Luces de Vulturno; caminando desde la imprenta de Mateo Cristalina hasta el sindicato, con los periódicos nuevos; en el filo de la alberca, apartando el pelo rojizo de Ángeles para besarla en el cuello perfumado.

El resto del público reía ante la última ocurrencia de Melody. Manuel

cerró los ojos y dejó que la película interna fluyera y acabara. Cuando los abrió, conectó con aquella otra que sucedía en el exterior y entendió que la mujer llamada Loretta se había decidido por el hombre que cantaba y que no sabía disparar. De hecho, era ella la que estaba disparando con su fusil al pistolero a quien había amado antes de que apareciera el nuevo M. J.: *Melody Manuel, Manuel Jones*, y derribó a Monte Jarrad con un disparo en la frente.

Se sintió feliz y se esforzó en construir la imagen de Ángeles, no tal como fue, sino como sería ahora: en mitad del campo, con un vestido sencillo como el de Loretta, el pelo suelto, poderosa en una belleza madura y serena.

La película había terminado. La gente abandonaba el patio pero él continuó contemplando la mujer de su imaginación hasta que se quedó solo. Entonces oyó voces que venían del interior de la taberna. Un insulto. Una llamada a la calma. Y enseguida apareció Montenegro, tambaleante:

–Vámonos, pistolero –dijo borracho–. Vámonos, que si no me voy a pelear ahí dentro.

Manuel sacó a Montenegro del brazo y, antes de montarlo en su caballo, buscó con la mirada al niño al que le debía el final de una historia que jamás le contaría.

A lo lejos, un pueblo encaramado se derrama en un despeñadero.

–Aquello es Revellín. Allí estaba la imprenta de Mateo Cristalina.

Los caballos oyen sin entender; transmiten imágenes sin concebir la distancia a la que llegan, más allá de su propio cerebro, que admite seguir dando un paso y otro en los músculos doloridos, bajo el peso de los humanos, en la sed y en el hambre, cada vez más mitigadas conforme se van adentrando en aquella tierra nueva.

Nubes de cereales, campos de nubes, arroyos y claros. Los cascos persisten en hundirse en el polvo, pero no es fácil distinguirlo del cielo con un solo movimiento de cabeza, la cabeza que tira del cuerpo, es ella la que atesora la voluntad, es en ella donde la visión se fragmenta. Allá una loma solitaria, y cirros sobre el valle como una pista de hielo invertida, que se deshace. Y la voz:

–Fuerza, Manuel.

Y enseguida el aire, que la sustituye. Y luego la otra voz, que sustituye al aire:

–Noto que tiembla el mundo.

Y el silencio se cambia de lugar. Allí donde había palabras, ahora se oye el pensamiento. Suena como los terrones que aplastan los cascos.

Cae la tarde, el planeta se ha inclinado como una canica que rodara en una mano transparente. El sol se va perdiendo en el filo de la cumbre, y ellos son dos siluetas agrupadas de hombre y bestia, que avanzan sobre una loma. Sólo

la respiración da consistencia a las sombras. Las sombras pesan y respiran. Sobre los trigales viaja el viento como una mano que los aplasta, y luego las espigas vuelven a levantarse. Canta un pájaro nocturno y responde un culebreo de insectos, en la búsqueda desordenada de alimento o de huida. Sobre la línea del horizonte, un rebaño de cabras se desperdiga en poliedros flotantes. Y, por fin, aparece una geometría mayor, de piedra, como una cerradura entre la colina y el cielo.

–Te vas a reír, Quemamonjas. Yo soñé con este lugar en Zugarramurdi.

Se están mirando, otra vez quietos. Es un hueco en el movimiento, la comprensión de una unidad secreta.

–Es Ambusta. También yo soñé aquella noche con la ciudad quemada.

Pasan auras. Vienen de la ruina del teatro. Aplastan el trigo pero ahora no hay viento. Pasan junto a los jinetes que miran lo invisible, y los caballos que perciben una mínima vibración. Y relinchan. Y responde el ladrido de los perros.

–Saben que hemos llegado.

Trotan hacia la casa que se levanta cerca del teatro, una casa de una sola planta con el tejado a dos aguas, y las paredes de color púrpura porque reflejan el crepúsculo. En el exterior de la casa, la figura de un hombre mira hacia ellos, como si los estuviera esperando; una figura que va aumentando de tamaño y tomando los rasgos que le corresponden. También ese pensamiento se puede oír o vuelve a ser el aire sobre el trigal, las espigas verdes que se dicen entre ellas *lo sabíamos no sólo gracias a la carta sino por las sombras que os avistan y lo comunican entre ellas como una corriente eléctrica que cruza esta tierra*. Pero trigo, aire y sombras son apartados por la sonrisa, por los ojos que se humedecen, los brazos que se abren, que gritan un nombre, y todos los pasos por fin se detienen, y es extraño que el corazón siga funcionando en los caballos y en los hombres, como si hubiera un desajuste entre la seguridad de haber llegado al destino donde hay que detenerse y el latido del corazón que tiene que proseguir caminando en el tiempo.

Manuel Juanmaría se bajó del caballo para abrazar a José Cid. Había regresado a Las Quemadas.

Ocultaron los caballos en las cuadras. Caía la noche, los perros avisarían si se acercaban intrusos, y Mariadel pudo preparar la mesa para los cuatro, seleccionar de la despensa los mejores alimentos para la cena. No los había en cantidad suficiente para recuperar a aquellos viajeros demacrados, que no venían de Francia sino regresaban de la España de la guerra, como transportados desde aquella época después de pasar por una máquina de desventura.

Sentados a la mesa compartieron historias inagotables. También ellos las tenían, José Cid y María del Carmen Orantes, en las grietas de la frente, en las cejas totalmente blancas con menos de cincuenta años. Se diferenciaban Mariadel y José en las manos, él las tenía duras, ásperas, abultadas; ella, blandas y manchadas y secas. Tocaban las de Manuel y las apretaban. Y él lloraba al saber que Ángeles permanecía viva bajo la protección de Cañoncito Pum; y que tenía una hija de seis años que se llamaba Beatriz, nacida pocos meses después de que él abandonara Las Quemadas oculto en un ataúd maltrecho. Y ella había ido creciendo cada minuto, mientras su padre, ignorante y solo, cruzaba España por la zona roja, cada vez más reducida, era como avanzar por un triángulo cuyos lados se estrechan, enfermo, inútil salvo para alcanzar Francia y ser recluido en un recinto y otro, triángulos ahora inmóviles, rectángulos de altas paredes, círculos subterráneos y geometrías del sueño de las que mejor no hablar, hasta que despertó en el hospital Varsovia.

–Te lo dije –dijo Montenegro–. ¿Te acuerdas que lo hice en aquella ermita de Soria? A los más afortunados les espera una Beatriz en el regreso.

Las historias salían de los labios quemados de José Cid, de la cruz de su entrecejo donde habían estado silenciadas durante años para que la vida no fuera el infierno de compartir quejas entre él y Mariadel, de mostrar lo ya sabido y que se iba acumulando en las venas como veneno. Contaba lo que había ocurrido en Las Quemadas antes y después de 1940 y la sangre corría también dentro, pero las arrugas de la piel permanecían firmes como trincheras. De ahí parecían salir las palabras, la ira, la desdicha, los asesinatos, las traiciones, la sumisión de todos, también de él mismo, José Cid, a quien nunca descubrieron la ayuda prestada a su cuñado durante el

bombardeo; la transformación de Las Quemadas después de la guerra; años de silencio y supervivencia, y resignación y duelo y miedo, todo ello peor que el hambre, a quien el campo sabe hacer trampas. Los pobres sólo habían cambiado en dos cosas: muchos habían muerto y, los que no, ya no protestaban, admitieron el castigo y trabajaban a cambio de migajas. Los que eran poderosos habían doblado su poder y ahora se permitían la piedad como uno más de los lujos adquiridos. También Ángeles se había transformado. Apenas venía a la casa de Ambusta.

–Le recuerda demasiado a ti –dijo Mariadel–. A la época en que os refugiasteis aquí antes de que decidieras entregarte para salvar a los presos.

–Le hemos dado la bienvenida a demasiados difuntos –dijo José–. A veces me quedo en la puerta, de pie, mirando hacia el teatro, y siento que regresan uno a uno. Ellos no dicen nada. Se limitan a buscar un lugar donde permanecer callados.

Mariadel apretaba las manos de Manuel. Era en las manos donde la historia hacía su verdadero recuento. Las manos se trasladaban la alegría, el calor que acudía de alguna parte, también en el caso de Montenegro, que apenas hablaba salvo para informar sobre anécdotas bélicas. Las manos se transmitían un síndrome de ausencia y de abandono, restituían su coincidencia en un pasado remoto y en un presente imperioso y complicado de resolver. Las manos de los cuatro, que intercambiaban pan, platos y vino, y que se apoyaban una en la otra para dar aliento o para consolar.

Cuando las manos se detuvieron, cuando callaron las cicatrices, las arrugas, las durezas, las marcas, los surcos, las manchas de la piel, cuando los cuatro paisajes de amor y muerte que conformaban cada rostro se quedaron detenidos por completo, José los invitó a bajar a las galerías. Allí es donde iban a dormir y donde permanecerían escondidos.

–Nuestra base –dijo Montenegro encendiendo un cigarrillo.

Y Manuel, que conocía demasiado bien ese lugar, desterró de su mente el sótano de Corbeau, y recuperó su penitencia en la ermita de Soria y su entrenamiento en la cueva del Tajo. *La única manera de superar el miedo es adentrarse dentro de él. Si hay suerte uno sale al final de las galerías.* Él las había recorrido antaño para robar el brazo de la Santa en la colina de

enfrente, donde se levantaba el convento.

Bajó los peldaños. Contempló, como seis años atrás, la puerta de madera empotrada en la piedra del sótano, que daba acceso al laberinto que horadaba el valle, por donde tendrían que escapar en el caso de que alguien viniera a buscarlos a la casa de José. En el centro de aquella habitación abovedada que olía a tierra, permanecía la vieja mesa iluminada por un candil y, sobre ella, el sobre de la carta escrita por Manuel y enviada por Montenegro, quien lo contempló como la certificación de un milagro. *No fue el médico quien la envió, sino el Cristo aquel de las aspirinas Bayer.*

–Aquí me despedí de ella, aquí la vi por última vez.

–El mismo día en que llegó la carta, Mariadel se la entregó a Ángeles – dijo José–. Yo quise guardar el envoltorio.

De pie, alrededor de aquel trozo de papel, como si fuera un mapa del tesoro, discutieron los planes que debían seguir. Manuel quería ver a Ángeles de inmediato.

–Te hará falta tiempo para convencerla –dijo José.

–Se vendrá conmigo.

Pero Montenegro insistía en prever otro escenario: asaltar la casa, raptar a Ángeles, buscar aliados.

–Podéis probar con Antoniev –dijo José.

Manuel se acordaba de él, el antiguo cochero del Amo. Raptó a su hija Magdalena y la llevó al convento. Y, después de la batalla, huyó al monte.

–Donde vive desde entonces con otros montaraces –dijo José–. De allí bajan a las tierras de los pequeños caciques, pero no les han dado caza en todos estos años. Se esconden bien. Esta sierra tiene todos los agujeros para hacerlo. Si vais a buscarlos no los encontraréis, pero seguro que ellos os encuentran a vosotros.

Discutieron, y llegaron al acuerdo de dormir hasta que los cuerpos quisieran, antes de tomar alguna decisión.

Manuel abrió los ojos en el sótano y palpó la oscuridad. Estaba solo. Y, cuando preguntó a José, este le dijo:

–Está atardeciendo. Tu amigo salió esta mañana temprano hacia la sierra.

Le había dejado a él el tiempo suficiente y, por primera vez en muchos años, no dudaba. Como ayer, quería ver a Ángeles de inmediato.

–Este es el lugar más seguro –dijo José.

–No, aquí nos separamos, hay demasiados recuerdos. Mariadel, por favor, ve a verla y dile que iré donde ella prefiera.

Y Mariadel fue a buscar a su hermana; y tardó en regresar la media hora que separaba las dos casas, contando la ida y la vuelta.

–Me voy a cenar a casa de Isabel –dijo Ángeles.

–¿Otra vez a ese tugurio? –respondió Cañoncito–. Quédate conmigo.

–Tenemos cosas que hablar.

–Brujerías.

–Y a ti qué te importa.

–Allí no llevas a la niña.

–No pensaba hacerlo.

Ángeles se acercó a Beatriz, que estaba sentada al lado de Cañoncito en el sofá, esperando a que éste reanudara el cuento que le estaba leyendo.

–Acuéstate temprano –la besó en la mejilla–. No me esperes.

–Me voy contigo –dijo Beatriz incorporándose.

–Hoy no puede ser, que es tarde. Otro día –Ángeles se desplazó hasta la

mesa, donde había varias revistas deshojadas y unas tijeras, y cogió su álbum de recortes—. Toma, te lo presto.

—¿Vas a tardar? —dijo Cañoncito.

—Con Isabel nunca se sabe.

Aunque vio que Beatriz había abierto el álbum de su madre, Cañoncito continuó leyendo en voz alta un párrafo del libro. Y, en cuanto oyó rugir el motor, se levantó hacia el teléfono. El *jeep* rosa remontaba una curva por su mente. La imagen se borró cuando le tocó decir:

—Ponme con el Tenorio.

Mientras conducía, Ángeles pensaba que se lo iba a encontrar por el camino. Cuando los faros iluminaban un tronco o un arbusto espigado, ella se sobresaltaba al imaginar la figura de Manuel. Le latía tan rápido el corazón que no podía pensar. *¿Por qué he elegido ese sitio? Porque lo vi en el agua.*

Después de lavarse y afeitarse, Manuel se había apresurado a llegar. Se acordaba perfectamente: el molino viejo junto al río. Había tardado menos de una hora andando, calculaba. Nadie conocía aquellos caminos de Las Quemadas tan bien como él, que los había recorrido incontables veces desde Revellín a Vulturno, parando en el sindicato («ya no existe», le había dicho José), o en la casa de su suegro, Melchor Orantes («tan fiambre que no se pasa por aquí», dijo José), ahora la mansión de Cañoncito («y de la Barragana, así la llaman, se la han quedado para ellos», dijo Mariadel, «porque es tan herencia mía y de Isabel como suya, hijas del mismo padre»). *Eso se lo podía haber callado.* («Leonor, la legítima, ya no cuenta. Está loca. En eso no ha habido ningún cambio.»)

Arriba, dentro de la noche, Vulturno, blanquecino bajo la luna, con diminutos faroles encendidos. Y el puente, como una cascada de piedra detenida en el tiempo.

Como si nunca me hubiera ido.

Se sentía cómodo y seguro después del baño, y con la ropa limpia que le

había prestado José.

Había una luz en la arboleda, lejana en la pendiente, que él no conocía: la choza de Isabel. El riachuelo sonaba como si alguien dejara caer, sin prisa, un saco de monedas en una jarra de lata.

Ángeles detuvo el coche. Manuel se había retirado tras el muro del molino al descubrir los faros. Desde allí la vio avanzar un instante hacia el río, despacio, cubierta de sombras. Y en ese instante pensó: *No es la misma de mi sueño*, y comprendió que en el sueño ella y el río caudaloso estaban iluminados con desdicha, pero ahora sentía la calidez del aire, el temblor de su propia respiración y de los pasos de la mujer que venía hacia el agua escasa pero al fin real. Manuel caminó hacia ella despacio, para no asustarla.

Ángeles también descubrió la figura que se iba acercando bajo la luna. No la que ella recordaba, sino la que había olvidado hasta ese momento. Dentro de la figura se adivinaba una delgadez nueva en el tronco y en los brazos, y en el rostro, velado por la noche, *pero los ojos son los de antes, los ojos de Manuel en la penumbra de aquellas madrugadas de verano cuando él me dejaba en la casa de mi padre, mientras todos dormían*. Y toda su prevención y su miedo se quebraron. No necesitaba valentía para hablar con aquel hombre. Bastaba con el impulso que había estado dormido dentro de ella, tapado por el dolor, primero, y apretado por el rencor, más tarde, pero que se abría paso desde muy dentro sin que ella lograra evitarlo.

—Ángeles —dijo Manuel, y milagrosamente era su voz.

Y ya estaba dentro de su abrazo, y sus propias manos le apretaban la espalda a él como nunca habían apretado nada antes, y sintió que un sollozo surgía de su propio cuerpo, pero esta vez no dolía; era fluido y suave; y también lo sintió en el cuerpo de Manuel, que lloraba incrédulo porque, al agarrarla, no se la llevaba el río corriente abajo.

El Tenorio había bajado desde la plaza de Rosas para apostarse entre unos arbustos frente a la choza de Isabel. Cuando oyó el motor del coche, distante

en el río, se agachó aún más, conteniendo la respiración, casi en cuclillas y esperando el ascenso de Ángeles por el sendero. Pero esto no sucedió en el tiempo que él calculaba, por lo que decidió continuar bajando con la intención de ocultarse al mínimo rumor de pasos que llegara a su fino oído de torero. Y así caminó, con sigilo, hasta las ruinas del viejo molino. Desde allí, desde la ventaja que le proporcionaba el escondite, escudriñó las figuras que se movían en la oscuridad. No podía asegurar lo que estaban haciendo exactamente, pero sí que se trataba de un hombre abrazado a una mujer. Quién era aquel tipo era algo que estaba muy lejos de saber pero se apostaría una *corná* a que aquellas manos que se movían por la espalda del hombre pertenecían a la mujer del jefe. Si es que había sido ella la que había conducido el *jeep*, rosa o no, el único *jeep* de la zona, inconfundible en plena noche como un insecto monstruoso y aparcado, con el caparazón brillante bajo la luna. No era un asunto para quedarse allí, ni tampoco para radiarlo al día siguiente. ¿A él no le gustaría que se lo contaran si pillaran infraganti a Magdalena? Vaya que no. Eso sí, él no era nadie para interrumpir aquello que estuvieran haciendo. ¿Y no podría ser ese hombre el mismo Cañoncito, a quien le hubiera dado la ventolera de tener una aventura a la intemperie, y llamarlo a él para que ejerciera de mirón y lo contara ante la parroquia del casino? No, en absoluto parecía su figura. Aquel tipo era largo y el jefe más bien rechoncho. En todo caso, era fácil regresar y comprobarlo por teléfono. ¿No era eso lo que él le había pedido, Virgen Santa, que lo avisara por teléfono? El Tenorio se acordó de contener la respiración y se escurrió senda arriba hacia la plaza de Rosas.

Desde la puerta de su choza, Isabel había visto los movimientos del Tenorio.

Entró en su casa y contempló a Antonio *el Juez*, dormido en el suelo, con una botella vacía sobre el estómago, y el muñeco que representaba a Manuel, tirado junto a la pared, en el mismo lugar donde había chocado y caído. Un instante dudó a cuál de los dos escoger. Quizá para ella era factible hacerlo. Quizá Antonio *el Juez* ya no era más que un pelele sin espíritu. Ella tenía la cara marcada por mil añicos pero la fuerza intacta.

Isabel suspiró y finalmente se agachó para recoger el muñeco. Luego lo ató con fuerza a la misma pata de la silla donde había permanecido hasta que lo liberó Ángeles, y lo pinchó de nuevo, en el brazo esta vez.

La luna se reflejaba en un charco del río.

–Mira, ahí me pareció verte hace unos días. Pero esta noche no hay nubes.

Caminaban, abrazados de la cintura, y en cada movimiento lateral que uno de los dos hacía, el otro lo aferraba para no separarse.

–Quiero conocer a Beatriz. Mañana.

–Ojalá pudiéramos irnos los dos ahora. Arrancar el coche y salir de aquí, lejos, a Francia, donde tú quieras.

–Eso vamos a hacer.

–Es un sueño.

–¿Un sueño? Eso creía yo. Hemos atravesado toda España. Estoy aquí. Me estás tocando. Podemos saltar a Portugal. De allí, quién sabe.

–No le puedo hacer eso a mi hija.

Manuel se soltó del brazo de Ángeles.

–Es mejor que no te conozca, Manuel. Aquí lo tiene todo. Qué le podrían ofrecer dos fugitivos. Es la peor época del mundo.

–Tú te has vendido al peor de los hombres.

–Y qué querías que hiciera. Nos iban a matar. Tenía que protegerla a ella. Yo ya había muerto contigo. Me daba igual lo que me pasara.

–¿Nunca le has hablado a Beatriz de mí?

–¿En este pueblo, en este valle? ¿Para que se burlen de ella? «La hija del Diablo» la llaman a escondidas, pero no se atreven a decírselo a la cara. Por miedo a su padrastro, ya lo sabes.

–No lo llames así. Es una bestia. El hombre que mató a nuestros amigos, el que trató de aniquilarme.

–La bestia cuida de ella, y también de mí.

–Cómo soportas sus manos.

–Estaba muerta, ya te lo he dicho. Ahora que has vuelto, no podré hacerlo

jamás.

–Entonces vente conmigo, mañana, no perdamos más tiempo.

–No puedo abandonar a la niña.

–Las dos, estoy diciendo que vengáis las dos. ¿Te acuerdas de aquella carta que te escribí en la cárcel?

–Me la sé de memoria.

–Qué te decía acerca de nuestro hijo.

–Cuídalo mucho, dile quién es su padre, que nadie le cuente mentiras.

–Has hecho lo contrario.

–Manuel. Ésta es su tierra, ¿no lo comprendes?

–Ésta es tierra de extraños. Ya no es nuestro país.

–Claro que lo es, aquí es donde ella ha tenido que crecer, sin ti. Había que darle algo que mereciera la pena.

–¿Un colegio de beatas?

–Cualquier cosa menos la miseria.

–Ya veo cómo vistes. Sé lo que tienes y cómo te llaman. No quieres perderlo.

–Es un disfraz, Manuel. Cómo te atreves a decirme eso.

–También yo me he disfrazado. No sabes cuántas veces para poder llegar aquí.

Una linterna les alumbró la cara. Se detuvo un instante en el rostro de Ángeles y luego recorrió el cuerpo de Manuel, de arriba abajo.

–¿Isabel? –dijo ella, cegada por la linterna.

–¿Un fantasma? –era la voz de Cañoncito–. ¿Nos está visitando un fantasma? Si estás muerto, no te haré daño.

El disparo retumbó en el barranco hasta los pilares del puente. Y a la vez se oyeron las alas de los pájaros que huían de los árboles donde, hasta ese momento, habían dormido.

Magdalena lo insultó y colgó el teléfono. Más que enfadada, tenía ganas de llorar delante del aparato inerte. Mirándolo, se arremolinaban en su memoria aquellos días de su secuestro en la Santa, adonde nunca había regresado a pesar de las romerías anuales, el convento cuya silueta veía en la colina, tan quieto e inofensivo como aquel teléfono mientras permaneciera colgado. *No hay que descolgar el pasado*. Pero no podía hacer nada porque sus recuerdos funcionaban solos y le devolvían aquel héroe que la defendió de sus captores, al que llamaban Diablo y que su padre entregó a los militares a cambio de salvar al Tenorio. Lo mataron y ahora había resucitado de entre los muertos.

Magdalena –figura ansiada de maniquí– estrenaba un vestido de primavera y lágrimas en las mejillas. Se las restregó y se dirigió por el pasillo hacia el oratorio, que abrió de malos modos interrumpiendo el rezo de su madre y del padre Niño. Leonor, arrodillada ante el pequeño altar y cubierta con un velo de Pentecostés, volvió hacia su hija un rostro esperanzado, y el padre Niño, sentado en un sillón, pareció despertar de su modorra: notó el bonete algo desencajado y se lo ajustó bien en la cabeza. Lampiño, hábil, lechoso, el padre Niño se movía y hablaba con serenidad beatífica:

«Habría que expulsar a la Barragana de esta casa. No la quiere el Señor».

Se lo había repetido muy temprano a Leonor en aquella misma capilla, y ahora tenía la oportunidad de decírselo a su hija:

–Niña bella, qué alegría verte. Este cuarto es el único de esta casa que está a salvo de las mañas de tu padre.

–Mamá –dijo ella–; ¿no sabes lo que ha ocurrido?

La sonrisa de Leonor, bajo el velo de encaje, parecía resquebrajarle los

pómulos. Sus ojos radiaban una extrema alegría. Se levantó por fin, abrazó a Magdalena, y la apretó con las palmas en la cara:

–Dime, hija, dime. ¿Te has peleado con tu novio?

–Se cree muy valiente –lloró Magdalena–, pero ha hecho algo horrible. Es un cobarde.

–Ese sólo vale para la plaza. Hay que reconocer que es muy resultón en el paseílo –dijo el dominico del bonete.

Era un día soleado y lleno de lágrimas en la antigua casa de los Orantes. Pero la nueva mansión tenía muros suficientes para incomunicar los llantos.

–Por qué lloras, mamá –preguntó Beatriz desde la puerta.

–Por nada, hija. Me ha entrado polvo en el ojo. Qué quieres.

–Que vengas a jugar a mi cuarto.

–Voy.

–Pero dime lo que pasa.

Ángeles, en el centro de la habitación, tenía en la mano una vieja cuartilla y, a sus pies, había un baúl del que había salido el resto de papeles desperdigados por el suelo.

–Entra y cierra la puerta. Echa el cerrojo.

Beatriz obedeció. Las dos coletas trenzadas y el vestido estampado resaltaban su inocencia en aquella habitación impura de recuerdos.

Ángeles se agachó y cogió una fotografía del suelo:

–Éste era tu padre.

Beatriz miró aquel rostro que parecía perdido en la pátina amarillenta del retrato: los pómulos fuertes, los ojos alegres, la boca seria.

–¿El que murió? –dijo. Y, al decirlo, el primer extrañamiento que había sentido se fue convirtiendo en una emoción desconocida y dolorosa.

–Sí. Y esta carta fue la que me envió antes de morir. En ella me decía que te contara quién fue, para que nadie te dijera mentiras. Y ha llegado el momento de hacerlo. Ya tienes edad.

–Era muy guapo.

–Claro, por eso tú eres tan guapa. Ven –dijo cogiéndola de la mano–,

vamos a sentarnos. Pero prométeme no contarle nada a nadie. Y menos aún a tu padrastro.

La niña asintió. Ángeles notó cómo su hija le apretaba la mano con fuerza, y vio que la otra, lánguido el brazo, no soltaba la fotografía.

Cañoncito llamó a la puerta.

–Ángeles, ábreme.

Como no le respondía, golpeó más fuerte.

–Ángeles.

–Voy –dijo ella, tras la puerta–. Espera un momento. Me estoy vistiendo.

Cañoncito, el pelo blanco y alborotado, el bigote descuidado y oscuras ojeras, caminó por el pasillo impaciente, con las manos atrás. Vestido con ropa de caza, parecía un militar retirado que se resistía a aceptar la jubilación.

Al abrirse la puerta, salió corriendo Beatriz y, al pasar junto a él, apenas se dejó abrazar.

–Adónde vas.

–A ninguna parte –y desapareció en dirección a su cuarto.

Ángeles dejó cerrada la puerta de su habitación y, en el pasillo, se situó frente a Cañoncito, que intentó agarrarla del brazo.

–Suéltame –dijo, quitándoselo de encima.

–No le habrás contado nada.

–Qué crees, que quiero matar a mi hija.

–Ven, necesito un afeitado.

La habitación de Cañoncito ocupaba el antiguo desván de la casa. El viejo tejado había sido sustituido por una cúpula culminada en un pequeño mirador, al que se accedía por una escalera de caracol, desde donde el Amo contemplaba sus dominios. La estancia era muy espaciosa, tanto que la gran cama del fondo parecía pequeña. Sobre ella, berreaba muda la testa de un toro bravo, regalo del Tenorio en su primera tarde como matador. Los demás animales los había cazado el propio Cañoncito: los jabatos, ciervos, corzos y

cabras montesas cuyas cabezas abarrotaban las paredes; los cuerpos completos de zorros y garduñas en los estantes, congelados en fieras actitudes; las águilas que colgaban de la cúpula, disecadas en posición de volar; y la pareja de lobos, como estatuas al acecho, situados a un lado y otro de la puerta, guardándola, a los que Cañoncito llamaba Rómulo y Remo.

Sobre el marco de la puerta que vigilaban los lobos, reposaba la famosa ametralladora que, instalada en la ventanilla de un automóvil, había ganado el apodo para Cañoncito Pum. Y a cada lado del marco, sujetas por gigantescos clavos, seis escopetas de distinto calibre aguardaban una nueva cacería. Una de ellas había liquidado a Rómulo y a Remo, y ellos se lo agradecían dando la bienvenida a todo aquel que entrara en el dormitorio, que parecía el museo de un taxidermista. Ángeles se situó tras la silla de barbero que, en el lado contrario de la habitación, se enfrentaba a un espejo donde en aquel instante se reflejaban, al fondo, los animales disecados. También en el espejo estaba Ángeles, con una navaja en la mano, detrás de Cañoncito quien, en primer plano, permanecía sentado y con la garganta enjabonada.

–Quiero que lo curen en casa, y que después lo dejes marchar.

–Estoy muy descontento, Angelines, mi puntería de anoche ya no es la misma. Por un palmo, no tengo la cabeza de tu hombre colgada al lado del toro. Pero un palmo es mucho. Apenas le dañé el brazo.

Ángeles situó la navaja en el cuello de Cañoncito, y la deslizó hacia arriba, arrancando un sonido áspero y espumoso, como el del agua que corre entre guijarros.

–Yo de ti, me callaría –dijo ella, haciendo un giro mínimo en la trayectoria de la navaja, que acabó en un corte.

Cañoncito reaccionó instintivamente echando la cabeza hacia atrás y descubriendo aún más la garganta. Un hilo de sangre bajó por su cuello, hasta el babero.

–Límpialo –dijo.

–Si avisas a los militares o a la policía, no me volverás a ver, ni a mí ni a la niña –dijo Ángeles, usando el propio babero para limpiar el corte–. Ya le puedes decir a tu esbirro que no se vaya de la lengua.

–Él sabe que se la corto, y la clavo en el asta de ese toro que me regaló.

Ángeles enjuagó la navaja en una bacía que había a sus pies y luego situó la cuchilla al otro lado de la garganta. La navaja volvió a ascender.

–Pero a ti –continuó Cañoncito–, te encerraré si hace falta. No irás a ninguna parte.

–¿Tanto me quieres? En Vulturno estás siempre rodeado de fulanas.

–Tengo que descargar con alguien. Tú siempre me rehúyes, aunque seas la que más me gusta. ¿No se nota? Muchas darían un brazo por vivir aquí.

–Ésta es mi casa, la casa de mi padre y la de mi hija –dijo Ángeles, situando la navaja en el centro de la garganta–. Aquí vivimos nosotras. Tú estás de prestado.

–Yo soy el amo de todo, ¿no lo has oído nunca?

Cañoncito sintió que la navaja temblaba mientras ascendía, y que le producía nuevos y diminutos cortes.

–Si no haces lo que te digo, me mataré, y a ti también.

–Hazlo, Angelines, hazlo. ¿No ves que te estoy ofreciendo el cuello? Mátame antes de que te mate yo a ti, pedazo de puta.

Ángeles limpió en el babero la navaja, mirando el desafío de los ojos triunfantes del hombre en el espejo. Y, cuando hizo el movimiento del brazo hacia la garganta, Cañoncito lo aferró con su mano.

–Quieta –dijo, levantándose y doblándole la muñeca, hasta que la navaja cayó al suelo y Ángeles trastabilló, a punto de caerse, derramando con el pie el agua de la bacía–. Eres demasiado lenta. Esto no era un afeitado. Era un sacrificio y no has sabido aprovecharlo. Ahora tendré que soportar tu imagen abrazada a ese hombre, y eso no es bueno para nadie. Pero lo haré por Beatriz. No lo mataré ni lo denunciaré. Tienes mi palabra. Pero tampoco lo voy a dejar escapar. Cuando decida su destino, serás la primera en saberlo.

Y dicho esto, se arrancó el babero, se limpió el cuello y se lo arrojó a Ángeles a la cara.

–Por ahora, me voy de caza –acabó de decir, avanzando hacia la puerta y esquivando la bacía que Ángeles le acababa de arrojar, y que chocó contra la pared, manchándola de espuma ensangrentada. Cañoncito cogió una de las escopetas y, pasando entre Rómulo y Remo, desapareció por la puerta.

Despierto penumbra y dolor en el brazo. No se oye nada, ventanuco otra vez. Es la luz de Saverdun. Soñé un viaje circular hasta el mismo sótano. Los huesos que cabalgan con el sargento jefe no pueden ser reales. Ni el hospital Varsovia. Ni el abrazo de Ángeles. No se la quitó el río esta vez sino un disparo. Sólo este dolor del brazo es real. Ahora sé cosas de este sueño que antes desconocía. Había un hombre llamado Ringo que también estuvo en la cárcel y consiguió escapar. Era un hombre valiente pero estuvo tantos años en la cárcel que permaneció virgen para Dallas. Cuando la encontró supo que había guardado su virginidad para aquella prostituta. Yo también la había guardado para mi Ángel de Dallas. Me resistí a amar a María en el Varsovia y crucé España y todavía mantenía la castidad hasta que llegué a la venta de Sierra Morena. Era otro sueño. Como éste. Un sueño circular del que no consigo salir. El ventanuco arriba de Saverdun. Esa luz alta y difícil es también lo real. Y como fue sueño el de la sierra he guardado fuerzas para amar a Ángeles junto al río. Era hermosa la noche pero en este lugar hasta la noche es del Amo. ¿Desde qué pasado apareció? Era un foco cegador. Era un foco y su voz inolvidable. Me disparó y ahora estoy herido. Tiene bastante lógica incluso dentro de un sueño. Dos recuerdos después: un motor, el regazo de Ángeles. Pero Ángeles no era como Dallas, que amaba incondicionalmente a Ringo. No era una prostituta que se volvía ángel. Sino un ángel que se volvía prostituta. La Barragana me dijo que prefería quedarse. Que mi viaje no había sido mérito suficiente, que nunca podré conocer a mi hija. Dónde estoy sótano de mi sueño. Pero Ringo consiguió escapar y también lo lograron los cheyenes en su camino hacia el norte. Yo

he realizado el camino hacia el sur, que me ha traído de vuelta a la trampa. ¿Ángeles es parte de la trampa? Una araña de manos suaves. ¿Tengo fiebre? Entonces estoy hablando en voz alta. Me avisaba el sargento jefe. Alguien como él no puede ser un sueño. Ha aprendido a silbar. Ni esta canción que acude a mi garganta. Alambradas, arena roja, arpas en los sauces junto al río.

Beatriz necesitaba esconderse. No, no quería quedarse en la habitación, donde entraban su madre o su padrastro a preguntar cómo estaba. Bien, muy bien. No quería ver a ninguno, sobre todo a él. Su madre no le había dicho si papá Luis se había portado tan mal que papá Manuel se había muerto por su culpa. Eso se lo habían contado en el colegio. Y luego se reían de ella y la llamaban hija del Diablo. Por eso le había preguntado a su madre y ella no le había querido contestar. Beatriz era capaz de entender algo: allí había un nubarrón que le ponía muy nerviosa.

Había entrado un momento en la capilla y la tata Leonor le había pedido que rezara un avemaría. Y ella se acordó de los otros abuelos: «Dios te salve, abuelita que no te conocí. Lleno eres de gracia, abuelito Orantes que te fuiste al cielo hace tan poco. Benditos seáis los otros abuelitos de mi padre el de la foto». La llevaba dentro del vestido, pegada a la piel del pecho. Necesitaba sacarla y mirarla sin nadie. Además, no soportaba la presencia del padre Niño, cómo le ponía la manaza sudada en la nuca. Lo mejor era irse al campo con su poni. Pero no la dejaban montar sola. ¿En el establo? Olía mucha peste. Buscaría un árbol y se subiría a él aunque llevara falda.

Salió corriendo de la capilla y, mientras escapaba, se le ocurrió una idea mejor. Nadie la molestaría si cruzaba la otra puerta. Ya había estado otras veces. Hacía un poco de frío, y le daba miedo porque Magdalena le había dicho que allí abajo vivían las ratas. Pero su madre le había contado la historia del lagarto que se llamaba san Juan. Una tarde habían bajado juntas a buscarlo. «Érase un lagarto muy viejo, muy viejo que vivía junto a la alberca. Yo le daba de comer todos los días, sin olvidar ninguno, hasta que vino la guerra. Entonces él se escondió debajo de nuestra casa para protegerla y que no nos pasara nunca nada.» Registraron el sótano, abriendo con unas llaves

muy bonitas las habitaciones donde había todo tipo de cachivaches. Fue imposible encontrarlo entre hierros, colchones, rastrillos y sacos de patatas. El lagarto san Juan tampoco estaba en las habitaciones vacías. Pero resultó muy divertido coger cada llave de la pared y probarlas en cada cerradura.

Beatriz empujó la puerta, sin que nadie la viera, y bajó por los escalones. Allí sería libre y podría mirar la fotografía todo lo que quisiera. Su madre se la había intentado quitar pero ella se la había quedado a cambio de guardar el secreto. Caminó por el pasillo de los tragaluces. No hacía calor y la claridad entraba en diagonal desde arriba, a pedacitos, dibujando guirnaldas en la pared. Entonces, al doblar la esquina del pasillo, oyó la voz. Era muy hermosa y muy triste. No entendía lo que decía. ¿Era la del lagarto san Juan? No seas tonta, los lagartos no cantan.

Corrió por el pasillo hacia la voz. ¿No vendría de fuera? Pasó por delante de las habitaciones hasta el final y se dio cuenta de que había dejado la voz atrás. Fue regresando y apoyando la oreja en cada puerta. Ésta no es. Ésta tampoco. Es ésta. Se oía latir el corazón. La fotografía se le pegaba a la piel cada vez más. ¿Sudaba? Las niñas no sudan. Y sentía cómo el latido golpeaba en la lámina donde estaba grabado el rostro de su padre, como llamando tímidamente en ella, como en otra puerta pequeña, mucho más pequeña que la que tenía delante.

¿Lo iba a hacer? Sí. Se puso de puntillas para alcanzar el cuadro de llaves que estaba en la pared, cada una en una alcayata. Probó con la primera. No, no funciona. La voz se había callado. Pegó la oreja a la madera, pero no oyó nada. ¿Se lo habría inventado? Probó con la segunda. La puerta se abrió. La luz del ventanuco entraba desde arriba hacia el centro de la habitación, y dejaba a cada lado una zona de sombras. Se oyó el movimiento y Beatriz descubrió el cuerpo tendido, que se estaba incorporando. Logró dar un paso atrás, pero se quedó paralizada. El hombre, ya de pie, entró en la zona de luz. Beatriz cerró los ojos y pensó muy rápido: es la misma cara de la fotografía pero más vieja y más delgada, te lo estás inventando, te lo estás inventando. ¿Has vivido aquí todo este tiempo? Pero eso último se le había escapado y lo había dicho en voz alta.

Ángeles la había buscado primero por toda la casa y regresaba otra vez desde las cuadras, por la puerta de atrás que daba a la cocina. Se le había ocurrido en la vieja alberca, ahora en remodelación para construir una piscina. Allí había dejado a Magdalena, muy enfadada, *la niñata rica está de nuestra parte*, y a su padre, que otra vez tenía la oportunidad de organizar una batida, cualquier excusa valía, pero esta vez con razón. *Además, a Beatriz la quiere todo lo que este hombre sabe querer.*

–Como la niña no aparezca en un minuto reúno a los jornaleros y a los hombres de Vulturno –había dicho él, antes de verla correr hacia la casa.

Sabía que la había estado mirando y dudando si seguirla o continuar su propia búsqueda en otra parte. Pero acabaría por ocurrírsele igual que a ella. Con la diferencia de que él nunca había ido al sótano con la niña, y ella sí.

Atravesó la cocina con tiempo de oír al padre Niño gritando el nombre de Beatriz en el piso de arriba. Empujó la puerta del sótano y bajó las escaleras. No se oía nada por encima de su propio resuello. Miró el pasillo vacío e inofensivo, pero ella pensó: *indefenso*. Avanzó y dobló la esquina: allí estaban los cuartos, y la luz diagonal que los enfocaba, *tranquilos como una tumba. Y él encerrado en mi propia casa con el brazo herido, en lugar de en un hospital y curándose, yo, curándolo yo. Todas las puertas cerradas. Salvo la de él, que está entreabierta*. Volvió a correr. Su corazón pensó: *¿Se ha fugado?*, pero el miedo le impedía alegrarse.

Manuel estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Sostenía a la niña sobre su pecho, meciéndola. Beatriz parecía dormida. Cuando los dos levantaron la cara hacia ella, Ángeles vio el rastro sobre la piel de ambos, como si pequeños caracoles la hubieran recorrido desde los ojos hasta la barbilla, donde finalmente se los había llevado la claridad del ventanuco.

Conteniendo el pesar que la ahogaba, Ángeles se acercó a Manuel y tiró de la niña:

–Vámonos –logró decir–. Antes de que él venga. Vamos, corre.

Pero ya se oían los pasos que bajaban los escalones. Beatriz se aferró a su padre. Manuel agarró un instante la mano de la mujer.

–Ángeles –dijo, mientras ya aparecía la figura en la puerta–. Puedes

elegir.

–Suéltala, hijo de puta –dijo Cañoncito apuntándolo con una escopeta.

Y él obedeció, mientras la niña gritaba y se le caía la fotografía que apretaba en la mano hasta este momento. Cañoncito la pisó sin verla al avanzar hacia el prisionero, mientras Ángeles le suplicaba ya desde la puerta que no le hiciera daño:

–Manuel –gritó.

Y él supo responder:

–¡Cierra!

Para que ellas no vieran la segunda patada, ni la tercera, que recibió en el brazo herido, ni la cuarta en la que sabía que se estaba desmayando.

Ángeles se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la cama. Había logrado que Beatriz se durmiera, aunque para ello le había tenido que preparar la primera tila de su vida y permanecer con ella hasta que cerró los ojos por puro agotamiento. Era temprano todavía. Cuando salió de la habitación de su hija, oyó la voz del Tenorio, abajo, que pedía perdón a Magdalena. Toda la casa se estaba enterando de que ella no le volvería a hablar. La propia Magdalena lo había ido mascullando por la tarde mientras buscaban a Beatriz fuera de la casa. Se lo reprochó a Ángeles también, junto a la alberca: cómo te dejaste atrapar, cómo no huiste con él, inmediatamente, en tu maldito *jeep* rosa.

Ahora ya no podía hacerlo.

Encerrada en su dormitorio, Ángeles tenía su álbum en el regazo. Allí estaba todo lo que había intentado ser desde que accedió a vivir con Luis Sánchez de León y Bontempo: los recortes de las revistas de moda, las fotografías de artistas de cine, la maravillosa Gene Tierny entre ellas, una de las últimas que había incorporado al álbum. Se acordaba del momento en que se la pidió al taquillero del cine de Vulturno, que por favor se la guardara cuando terminaran de proyectar la película, *Laura*, y Luis: «ahora, dásela ahora», tratando de comportarse como un caballero, «ahora, he dicho», pero inevitablemente un villano.

Ella no era mejor: había guardado el fotograma de todas formas y, al llegar a casa, lo había pegado en el álbum, donde iba acumulado todas aquellas historias ajenas. Manuel, sin embargo, apenas le había contado la suya, lo único que quiero es que vengas conmigo, que vengáis las dos, le

suplicó antes de que apareciera Luis con su escopeta, *menudo asesino y menudo imbécil*.

Ángeles cerró el álbum, acarició sus pastas de piel y volvió a abrirlo, y pasó una a una las páginas que no habían sido su vida: *Actrices, princesas, cantantes, damas de sociedad. Marlene Dietrich, mi favorita*. En realidad, Ángeles no se parecía al retrato que cuelga *ahí atrás, sobre la cama*. Ni el *glamour* con el que soñaba se podía equiparar al viaje que hizo a Madrid dos años atrás, cuando se alojó en el Ritz con su hija, y las dos eran dichosas soñando con el momento en que ellas solas, *¿has oído?, solas tú y yo*, se fueran a vivir a la ciudad. *He querido ser rostros que no soy*.

Estiró el brazo hacia atrás, bajo la cama, y sacó el brasero de cobre con el que se calentaba en el invierno. Lo situó delante del álbum, y comenzó a romper las hojas, sin mirarlas pero sin llorar, con fuerza. Cuando terminó arrojó encima las tapas. Y encendió una primera cerilla. La llama arrugó el rostro de Marlene, que se iba encogiéndose en la página y se deshacía en láminas de ceniza.

Ladraron los perros. Una hora antes se había puesto el sol. José Cid y María del Carmen Orantes, sentados en las mecedoras del porche, las sintieron venir entre las espigas: una, dos, hasta seis sombras, no permitían que sus figuras quedaran del todo expuestas: escogían los pliegues para caminar, detrás de las matas altas, con fluidez, acostumbrados.

–Menuda idea tuviste, José. Dan ganas de esconderse.

–Entra en la casa, yo los recibo.

Mientras Mariadel se deslizaba hacia el interior, las figuras se terminaban de perfilar: las boinas, las cazadoras, los fusiles; las botas, las cartucheras, las mochilas; los rostros, flacos y barbudos; la mirada congelada en dos brillos: desconfianza y alarma.

Hay un tercero y un cuarto: determinación, agresividad.

Montenegro lo saludó con la mano y José se incorporó:

–Bienvenidos –dijo.

Ninguno de los hombres, de pie en la penumbra del porche, habló. Olían a humo, a truco, a escondite.

Son un animal más de la sierra.

–¿No te acuerdas de mí? –dijo al fin uno de ellos, que no guardaba el orden que José Cid esperaba.

No es el mismo rostro.

–Antonio –dijo José.

–Antoniev –lo corrigió alguien.

–Pasad, tendréis hambre.

–Un momento.

Antoniev hizo una seña y uno de sus hombres entró en la casa. La recorrió. Se oyó el grito breve de Mariadel. Regresó.

–Está limpia.

Y, mientras todos iban entrando, José, el anfitrión, el último, insistía en su pensamiento: *no es el mismo rostro*, y lo comparaba con el de una década atrás, cuando Antoniev se llamaba Antonio y era el chófer del Amo, y tenía un rostro conforme, acostumbrado a obedecer las órdenes y a aceptar un sueldo, con un solo gesto de burla: el del conductor que conoce sin querer buena parte de los secretos y de las amistades del patrón. *Ahora esa burla ha ocupado por completo su cara y se ha petrificado expulsando al otro, todo lo que quedara de él.*

Cuando José abrió la trampilla que bajaba al sótano, Antoniev le dio un capón al que había dicho de la casa: «Está limpia». Montenegro prefería que trabajaran allí. Los hombres de Antoniev eran taciturnos pero el sargento jefe no se fiaba de ninguna ventana, y menos de aquella gente de la sierra, que lo había rodeado el día anterior con sus Sten, metralletas que se disparaban al primer descuido. *A cambio, se encasquillan en cuanto se ensucian por dentro.* Lo zarandearon peñas arriba hasta que llegaron a la cueva donde Antoniev dormía su siesta, planeando, dijo luego, el próximo asalto a un cortijo, la próxima paliza a un señorito, el próximo descenso por el camino de Gibraltar en busca de mercancía. *Valientes guerrilleros que viven del contrabando*, pensó Montenegro comprendiendo el origen de las cazadoras del ejército británico que vestían los cinco hombres. «Muchos compañeros míos las llevaban», le contó a Antoniev durante la noche que necesitó para convencerlo de que bajaran de la sierra. Les habló de armas y de aquellas metralletas que ellos usaban. Necesitó emplearse a fondo con las batallas de África y de Francia; con la toma de París. Para aquellos lobos, que nunca habían salido de su pequeño territorio, Montenegro resultaba un héroe inalcanzable. Nunca lo interrumpieron, hacían preguntas aisladas. Antoniev se los había presentado por sus apodos: Zorro, Panadero, Lanurse y Tragaburros. Y, hasta la madrugada, gracias al alcohol bebido, no le

explicaron el origen de aquellos nombres, ya entre risas y con el acuerdo cerrado. Para lograrlo, Montenegro tuvo que darles los detalles de su historia común con Manuel Juanmaría.

Antoniev no podía creer que aquel hombre siguiera vivo. Lo recordaba bien de la época en que asaltaron el convento, y no le gustaba en absoluto, ni él ni el resto de los anarquistas. «Había que obedecer cada estupidez que se les ocurría. Y si no fuera por ellos nos habríamos cargado a Cañoncito.» Eso era lo que lo tentaba, recuperar aquella oportunidad perdida y mascada durante veinte estaciones hasta el olvido, los años que habían pasado dando golpes en los pequeños pueblos de la sierra y trapicheando con Gibraltar, sin atreverse a regresar a Las Quemadas, y algo más que Antoniev no mencionaba pero que hacía que Lanurse, Zorro, Tragaburros y Panadero se miraran entre sí con una sonrisa cómplice y áspera.

Montenegro conocía por José Cid la historia de Antoniev. Le notaba el rencor. Y ahora, en efecto, tendría la oportunidad de vengarse, bajo el mando de un militar experto. Hablaron de la estrategia. Era fácil. Siete con Manuel, y no tenían que hacer otra cosa que asaltar una casa en medio del campo, como habían hecho otras muchas veces en la serranía.

–No será tan fácil como dices, seguro, lo conozco. Habrá vigilancia.

Montenegro aseguró que los cogerían de improviso; entrarían en la casa en mitad de la noche y se llevarían a la mujer y a la hija de Manuel.

–Cuántas mujeres viven allí –dijo Antoniev.

–Eso pregúntaselo mañana a José.

Y por la mañana marcharon. Pero antes Zorro había dicho:

«Por mi cara, ¿no lo ves?».

Y Panadero:

«Era mi oficio».

Y Tragaburros:

«Una vez me comí un caballo no nato».

Y Lanurse calló, pero Antoniev le dio una palmada en la espalda:

«Es nuestra enfermera».

Y todos se partieron de risa, menos Lanurse, que sonrió bajando la cabeza, escondiendo la ferocidad que en los demás disimulaba aquella

carcajada.

Todos, absolutamente todos callaron la noche siguiente, dentro del sótano de José Cid, cuando oyeron del anfitrión que Manuel estaba herido y preso en la mansión. Sabían, al menos, el lugar exacto. Por la mañana había venido Ángeles en persona a contarle a su hermana lo que había ocurrido durante la noche anterior. Y que temía que Cañoncito lo matara, o llamara a los militares o a la Guardia Civil. Ella iba a intentar convencerlo de que lo dejara encerrado hasta que Manuel se sintiera con fuerzas, suéltalo entonces, destiéralo si quieres, pero no lo mates, dijo, que lo hiciera por ella y por la niña, sobre todo por la niña. Mariadel asintió:

–Esto es lo que ha pasado.

Había bajado al sótano para aumentar los detalles sobre la casa, que conocía mejor que su marido.

Antoniev dio un puñetazo en la mesa y dijo:

–Entonces habrá puesto vigilancia, como yo decía. ¿Tú sabes algo?

Mariadel negó con la cabeza.

–Hay que hacerlo esta misma noche –dijo Montenegro.

Pero Antoniev parecía no prestarle la misma atención ni el mismo respeto que le había mostrado en la sierra, y repitió la pregunta que había hecho en la montaña:

–Dime cuántas mujeres hay en la casa.

Y, cuando Mariadel se lo dijo, los hombres de Antoniev rieron, salvo Lanurse que bajó la cabeza para sonreír para sí. Antoniev no atendió a ninguno. Miraba sobre su nariz afilada fijamente a Mariadel, proyectando sobre ella un recuerdo del pasado y la posibilidad de una acción futura. Mariadel, turbada, dijo:

–Voy a preparar algo de comida.

–Voy contigo –dijo José.

–No, quédate aquí –dijo Montenegro–. Te necesitamos. Después de asaltar la casa, tendrás que guiarnos. Antoniev, mírame, esperaremos a la madrugada. Primero, cortaremos el teléfono.

Antoniev se dejó caer en una silla:

–Lo más difícil será huir rápido y lejos. Si matamos a Cañoncito, barrerán cada palmo de la sierra. Tendremos que mudarnos de territorio.

En la cocina, bajo la luz amarillenta de una bombilla, Mariadel cortaba patatas sobre una tabla. El cuchillo se movía a una velocidad que parecía incompatible con la calma que rodeaba la casa, con el silencio que tapaba la conversación que seguía sucediendo ahí abajo, en el sótano, y que se había destapado un momento, cuando Montenegro salió con la excusa de ayudar a la mujer que estaba cocinando para todos, mientras José le explicaba a Antoniev el recorrido que trazaban las galerías bajo el valle de Las Quemadas. *También esa velocidad es incompatible con su pelo prematuramente blanco, con sus muñecas pequeñas, pero no con la tensión de su mandíbula*, pensó Montenegro mirándola desde la puerta. Dijo:

–Cambio de guardia. Ahora me toca a mí.

Mariadel, sin contestarle, se limpió las manos en el mandil y le dejó sitio a Montenegro.

–Menudo ejército –dijo él, contemplando los cuadrados que abarrotaban la encimera, y comenzando a cortar la siguiente patata pelada, con una lentitud evidente respecto a cómo lo hacía ella.

–No hay suficientes para alimentar a esa gentuza –dijo Mariadel encendiendo la hornilla. Luego colocó sobre el fuego una gran olla con agua.

El sargento jefe, experto en armas, en manejar cañones, en conducir tanques, se mostraba torpe en la cocina.

–Nunca se me ha dado bien –dijo cuando el cuchillo chocó bruscamente con la tabla, sin medir la fuerza, y un trozo de patata saltó al suelo.

–Se os da bien lo que os interesa –contestó ella, acercándose a él–. Quitá.

Le arrebató el cuchillo de las manos, y volvió a cortar las patatas a velocidad de vértigo.

Montenegro dejó que el silencio se tensara lo suficiente y por fin dijo lo que había venido a averiguar:

–Antoniev ha preguntado por las mujeres de la casa.

Mariadel dejó de cortar, pero no de mirar el cuchillo:

–Violó a Magdalena cuando era niña. El día del asalto al convento, la montó en el coche de su padre para llevarla al colegio, y la raptó de acuerdo con el sindicato. Pero antes de entregarla, ese puerco se cebó con ella.

Mariadel soltó el cuchillo sobre la tabla y se volvió hacia Montenegro. *Súplica y odio, pensó él, en esa mirada, de ahí salen las palabras:*

–Magdalena no es santo de mi devoción, pero no tiene culpa de ser la hija de su padre. No dejes que ese bicho se acerque a ella.

–¿Tienes vino?

La mujer asintió.

Anda que no he aguantado yo misas para saber quién fue aquí el Barrabás, se dijo el Tenorio mirando la puerta tras la que permanecía encerrado Manuel Juanmaría. Anda que no he aguantado yo viejas que me señalaban como al Bonito con Suerte, y las otras, la de los velos de muerto. Anda que no he visto maldiciones a través de la telilla. Barrabás me llaman los que tienen memoria.

Había venido a la casona para disculparse ante Magdalena, después de que le colgara el teléfono y le llamara cobarde.

Cobarde yo. En la plaza, ante el toro, todo se me olvida, se me olvida la novia y el Cristo Manuel, se me olvida lo que gritan las mujeres del velo y los hombres del puro, dicen torero pero yo sé que siguen gritando Barrabás.

Había venido apurando las curvas en el sidecar que se había comprado para llevarla a ella como una reina, adonde quisiera, por los pueblos del valle, y, más allá, un día nos iremos a América, le prometía porque ella se lo había pedido tantas veces. Pero fue llegar a la casa, y el Amo le dijo: te necesito. De todas formas, él siguió hacia adelante llamándola, Magda, hasta la puerta de su cuarto, tras la que ella le gritó: Vete, vete y no vuelvas, déjame en paz cobarde chivato, a ese hombre que te salvó.

Y qué iba a saber él quién era el hombre que se estaba trajinando a la Barragana. Y qué iba a saber él si los muertos resucitan. ¿No era un niño él, el Tenorio, cuando pasó aquello del convento? ¿No era un niño él, cuando Luis Sánchez de León y Bontempo lo sacó al balcón con Manuel Juanmaría, el Corsario, el Diablo, y gritó a la plaza del pueblo que eligiera?

Anda que no he aguantado yo viejas que me echaban agua bendita en la

iglesia, el Niño Milagro me llamaban, más nombres tengo que la Virgen, pero cómo te iba a decir todo esto a voces para que me oyera tu padre.

Después de aquello fue fácil torear. Morirme o torear.

Salvo a él, bautizado para todos Cañoncito. Lo puedes usar cuándo quieras si no se lo dices a la cara.

Salvo a él. A él quién lo torea. Te he dicho que bajas, le gritó desde el descansillo de las escaleras, te he dicho que te necesito.

Y le dio aquella pistola que a saber qué hacía con ella, y le ordenó que bajara al sótano para vigilar que nadie se acercara a la puerta donde estaba el prisionero, y cuando digo nadie, digo nadie, gritó Cañoncito, con esos dientes más blancos que su bigote blanco.

Pues ahora te digo que lo voy a liberar, se dijo el Tenorio. ¿Es que no le debo a él la vida como dice la Magda? ¿Es que si no lo hubieran fusilado a él no me habrían fusilado a mí? El Colador, me llamarían. No el Tenorio, tres toros para el Colador. El Tenorio fue por ti, Magda, desde niño, secándome de la frente el agua bendita de las viejas.

Cañoncito se ha encerrado en el salón. Lo saco por la cocina y ya está. Y luego vuelvo aquí y me desmayo, y digo que me han golpeado en la cabeza por detrás.

El Tenorio se acercó a la puerta e intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Se acercó al cuadro de alcayatas donde estaban colgadas, y a saber cuál era.

Cogió una cualquiera y no hubo suerte. Había alcanzado una segunda, cuando oyó pasos que bajaban al sótano, y temiendo que fuera Cañoncito y no sabiendo qué hacer con la llave en la mano decidió esconderse, menos mal que estos cuartuchos están abiertos. Le diré que me estaba meando, y aquí mismo, ¿no iba a dejar la vigilancia, eh, jefe? Coño, aquí nadie cumple como yo, se dijo tirando la llave en la oscuridad.

Aguardó y oyó cómo alguien trataba de abrir la cerradura, probaba con una y otra justo como él hacía un momento; y no es Cañoncito, porque él se lo sabe de memoria. El Tenorio se asomó desde el cuarto, con cuidado, y vio a la persona que, coño, en ese momento, acertaba, no puede ser, giraba la cerradura y entraba, es Magda.

Más rápida que una lagartija.

El Tenorio se había quedado con un ¡eh! en la boca, pero enmudeció también por dentro al oír que Magdalena echaba la llave desde el interior.

Apretando el puño de la pistola, avanzó con sigilo y, poniendo una rodilla en el suelo, asomó un ojo por la cerradura.

La cerradura como una puerta mora. Al fondo, Magdalena, de espaldas, se agachaba ante el prisionero, con una bolsa en la mano.

Manuel trató de apartar el fantasma, pero no había nada que apartar. Era ella en el zumbido de la fiebre, aunque se sintiera plenamente despierto. ¿Había vuelto a la venta de la sierra? Miró a un lado buscando la cabeza del ciervo: no había nada sobre el suelo desnudo. En cambio, ella, era nítida *la novia de María, la que no tenía nombre, otra vez no me lo dirá.*

–Cómo te llamas.

–Magdalena –dijo Magdalena, arrodillada ante él y destapando el vendaje del brazo. Su pelo, frondoso y negro, caía a un lado de la cabeza, cerca del rostro de Manuel, que aspiraba su perfume, *idéntico al de aquella noche, idéntico el corte de la barbilla, el dibujo de los labios, el olor a canela.*

–Yo te he visto antes –dijo Manuel, poniendo una mano sobre el hombro desnudo de la mujer, que en ese momento le arrancaba el vendaje del todo.

–Sí –asintió ella–. Yo era una niña. En el asalto al convento. Hay que desinfectar la herida. Esto te va a escocer.

Manuel miraba muy de cerca el cristal ámbar de sus ojos, atentos a la bolsa en la que ella hurgaba, los dientes que se asomaban un segundo entre los labios, mordiendo la punta de la lengua escurridiza en el momento en que la mano dejaba caer el chorro de agua oxigenada sobre la herida.

–Mira cuánta espuma hace –dijo Magdalena.

Manuel notó bajo el escozor que la herida latía y se quemaba, como si le situaran una plancha ardiente sobre la carne.

–Lo siento –dijo ella–, esto te va a doler –mientras sacaba de la bolsa un pequeño cepillo, con el que se puso a limpiar la herida, vertiendo más y más de aquel líquido curador.

Puedo diferenciar dos mareos. El que no duele se respira, es su pelo.

–No duele –dijo Manuel–. Eres aquella niña que raptó el chófer, la que devolvimos al Amo. Eres su hija.

–Tú quisiste salvarme. Mandabas en todos. Tómate esto. Te quitará la fiebre.

Manuel tragó las tabletas con el agua de la botella que Magdalena había traído también en la bolsa. Bebió hasta que se le derramó por la barbilla. Sentía la bondad de la tela nueva con la que ella le vendaba el brazo.

–¿Te aprieta?

–No –dijo Manuel–. Pero yo te he visto después. ¿No lo recuerdas tú?

Magdalena sonrió y le puso la mano sobre la frente. Negó con la cabeza, pero no retiró la mano de su piel. La deslizó por la mejilla, y dos de sus dedos tocaron los labios de Manuel.

Sus ojos estaban detenidos, los de uno dentro de los del otro. Estaba ocurriendo algo que los dos percibían. Como si fueran dobles, y otros iguales a ellos pero alejados tuvieran la oportunidad de reconocerse.

Como si yo estuviera dentro de la mirada de él, y él dentro de mi mirada, y la que soy yo dentro de él me estuviera intentando decir algo que yo desconozco.

Magdalena cerró los ojos y se inclinó para besar al prisionero. Sintió el sabor salado de sus labios, antes de separarse bruscamente al oír el golpe en la puerta.

El Tenorio había separado el ojo de la cerradura dando un puñetazo en la madera.

–Abre –dijo–; abre por tus muertos –gritó, volviendo a golpear.

–Calla –se oyó la voz de Magdalena al otro lado, y la llave al girar la cerradura.

Al entreabrirse la puerta, el Tenorio vio el rostro de Magdalena, sonriéndole, y justo detrás, la cabeza del prisionero, que lo interrogaba un instante con la mirada.

–Atrás –dijo el Tenorio apuntando al hueco–; ¡atrás, Jesucristo!– repitió

hasta conseguir que Manuel volviera junto a la pared del fondo.

–Qué estás haciendo. Lo vamos a sacar de aquí –dijo Magdalena, dándole un manotazo al Tenorio.

–Eso es lo que te has creído tú –contestó él, tirando de ella hacia la puerta–. Sal ahora mismo o le pego un tiro. Dame la llave.

Cuando echó la cerradura, el Tenorio no pudo dejar de acordarse. El desván de la Santa, seis años atrás, también en claroscuro, *justo así*. Había sido un instante en que ella lo miró con esperanza. Eran niños que estaban prisioneros como ahora Manuel. Pero en este pasillo, a varios metros bajo tierra, Magdalena le devolvió una mirada de odio y le pegó un puñetazo en la espalda. *Y ahora la pierdo escaleras arriba.*

Lo que nadie sabía es que Leonor se enteraba de todas las conversaciones que la gente de la casa mantenía por teléfono. Si atendía, si tenía ganas y no le dolía la cabeza. La idea había sido del padre Niño cuando, al remodelar la casa de los Orantes, se percató de que una de las paredes de la capilla lindaba con el salón.

–En tu situación más te vale estar al tanto –dijo el dominico del bonete–. Luego te confiesas conmigo y el pecado es venial.

El propio padre se encargó de hablarlo con el constructor obligándolo al secreto bajo la amenaza de apostasía, y el regalo de una bula firmada por cierto obispo latino que eximía de cumplir una centuria en el purgatorio.

De tal modo se construyó la celosía. Permanecía cerrada por una portezuela, a la que ningún otro habitante de la casa había prestado atención, primero, porque no se les ocurría entrar en la capilla, el territorio de la Loca. Y, en segundo lugar, si alguien acababa haciéndolo, porque estaba bien disimulada entre dos pequeños altares con sendas estatuas de la Santa y del arcángel San Miguel, con su espada en alto y su pisotón al demonio, y una leyenda escrita al pie: «*Vade retro*».

Al abrir la portezuela, se veía una lámina de madera calada por rombos diminutos y, detrás, nada: un hueco en el muro que lindaba con el salón, separado en esa zona por una pared mucho más delgada. Al otro lado, estaba instalado el teléfono. El padre Niño y Leonor lo llamaban «el confesionario». Y si él se abstenía de utilizarlo por «honestidad sacerdotal», Leonor lo usaba cada vez que se aburría de rezar el rosario, y allí, sentada en un banquito, se pasaba las horas del día y de la noche, mientras hubiera actividad telefónica

en la casa, pues era un misterio a qué hora la mujer de Cañoncito, la Loca, se retiraba a su cuarto; ni a qué hora, por cierto, lo hacía el padre Niño, que también tenía habitación en la casa.

Ésa era la razón por la que Leonor conoció antes que nadie la pelea de su hija con el Tenorio, y se iba dando por enterada de noticias que le otorgaban fama de adivinadora y aumentaban la de su locura.

El confesionario no era, en todo caso, un canal del todo fiable. La voz se oía algo distorsionada y, si el emisor se giraba, gran parte de la información se perdía hacia quién sabe qué lugar del aire. Había que prestar mucha atención.

Aquella noche, Leonor, envuelta en una mantilla y con la oreja pegada al confesionario, entre las estatuas de la Santa y san Miguel, atendía la conversación de su legítimo marido con el alcalde de Vulturno. Eso le había quedado muy claro, pues nunca hablaba con otra persona que se llamara Felipe.

—Felipe, no te lo puedes llevar a la ciudad. No nos conviene que nadie se entere de que ha vuelto.

El padre Niño se había retirado a su habitación antes de la cena; y el hueco que había dejado su presencia ayudaba a entender mejor aquellas palabras que parecían un milagro más de la capilla.

—Ni me lo puedo cargar ni lo puedo soltar.

Silencio. Háblame muro.

—Que no, Felipe, que pierdo a Ángeles.

Silencio. Sigue hablando, celosía.

—Mal, se lo toma mal. ¿Qué esperabas? La mataba, si no fuera por la niña.

No te calles, mátala.

—No me preguntes más. Tú mándame gente.

Dime, hueco, quiénes.

—Sí, esta noche. No me fio de nadie. Que vengan con armas.

Leonor tragó saliva y se agarró al rosario.

—Oye, ¿y si lo

Pero ya no entendió lo que dijo. La voz se había ahuecado.

¿Enamoramos? Maldito perdulario, ¿eso ha dicho?

Leonor, apretando las cuentas negras, se lo imaginó al otro lado del muro. *Se acaba de dar la vuelta, me da la espalda a mí, como ha hecho siempre, con ese espantoso bigote y su traje de cazador, ¿se lo quita para dormir con esa?, y no aquellos tan elegantes y blancos que llevaba cuando se llamaba don Luis y era mi marido, yo me tumbaba en la casa de Vulturno sobre el suelo tan frío, y él rezaba detrás, mirándome el cuerpo, yo lo sabía, lo sentía ahí mirándome, sentía su deseo, y entonces tenía que aplastarme aún más bajo los pies de Nuestro Señor para que él quisiera abrazarme y yo negarle mi cuerpo una y otra vez hasta que al fin cedía. Entonces, entonces padre nuestro que estás en los cielos.*

–Sí, un médico, eso es lo mejor.

Leonor había abandonado la jaculatoria y atendía lo que decía su marido.

Otra vez mira hacia a mí pero él no lo sabe.

Sin embargo, sus manos en las cuentas, iban ritmando la musiquilla de la oración abandonada. *Venga a nosotros tu reino.*

–Le digo a Ángeles que viene a curarle, un médico le inyecta el veneno y ya está. Me da igual que sea veterinario.

Otra vez mirará hacia mí pero él no lo sabe. Y no nos dejes caer en la tentación, amén.

Leonor, acostada en la oscuridad de su habitación, oyó las doce campanadas culminadas por el cucú de su reloj de pared. Nunca más tendría sueño. Escuchaba los gritos que venían de arriba y que marcaban los horarios de la casa. Ni ella ni nadie podría dormir. Se levantó y, automáticamente, se envolvió en una bata de seda japonesa estampada con grullas, que le había regalado su marido cuando se llamaba Luis.

Salió al pasillo y se asomó al hueco de la escalera, de donde venían las voces. En el cuarto de las momias había pelea: el Amo gritaba y la Barragana gritaba, y sus palabras apenas se entendían.

Leonor, con el pelo blanco desgredado sobre la bata, caminó por el pasillo y se detuvo ante la habitación de Beatriz. Llegó a extender la mano sobre el pomo, pero luego la retiró. En cambio, abrió la puerta de enfrente, la habitación de Magdalena. Conocía sus costumbres y encendió la luz:

–Hija, ¿estás despierta?

Magdalena dormía profundamente. Llevaba puestos el antifaz y los tapones de los oídos, cuya cajita permanecía abierta en la mesilla junto al vaso vacío con el que se había tomado el somnífero.

Magdalena suspiró dormida y se dio la vuelta. Leonor apagó la luz y continuó su camino. Bajó al salón. Estaba a oscuras y, a través de los ventanales, se veía el porche iluminado. Alrededor de la mesa, estaban sentados los hombres que habían mandado de Vulturno: jóvenes con cigarrillos, que reían ante una botella de whisky y una partida de cartas. En un extremo de la mesa, el padre Niño, sonriendo, miraba el abanico de naipes que le había tocado en suerte y también se tomaba una copita.

Leonor, viendo que el ambiente estaba preparado, volvió sobre sus pasos. Subió las escaleras. Atendió las voces del cuarto de las momias y esta vez sí abrió la puerta de Beatriz. La niña, inexplicablemente, estaba dormida.

–Bea –dijo Leonor, acercándose a la cama–, despierta.

Beatriz se incorporó y se restregó los ojos.

–Qué ocurre, tata. ¿Por qué se pelean?

–Te voy a llevar con tu padre. Ponte las zapatillas.

Beatriz se vistió y se calzó, y solamente dijo:

–¿Y mamá?

–Mamá te seguirá donde tú vayas.

Leonor la tomó de la mano, recorrieron el pasillo en silencio, bajo la pelea de voces, y descendieron hasta el primer piso. Allí fue la propia niña quien empujó la puerta del sótano. El interruptor, al ser pulsado, tardó en ceder la luz y un ruido molesto e insistente. Siguieron bajando y sólo Leonor vio cómo el Tenorio se escondía dentro de uno de los cuartuchos, mirándola, subrayando que ella era la mujer invisible cuyos actos no importaban a nadie.

Leonor tomó la llave del cuadro sin vacilar y abrió la puerta donde estaba encerrado el prisionero. Dejó que la niña corriera a abrazarlo y luego lo vio incorporarse, como un gigante que avanzara hacia ella, la Loca, la Legítima, que los esperaba con la puerta abierta, abrazada de pronto a su bata japonesa, como tratando de impedir que las pequeñas grullas estampadas se echaran a volar.

El Tenorio asomó la cabeza, y vio a los tres subir las escaleras, de espaldas.

Les apuntó con la pistola y se dijo: *Se creen que no sé disparar un arma pero no me han visto en la plaza manejar la espada.*

Afirmó el brazo y se dijo: *Le puedo dar a la niña o a la vieja. Mírala, qué guasa, otra vez me mira y como si nada. Menuda familia de napoleones.*

Se guardó la pistola en el bolsillo y se dijo: *Ahora también yo me voy a tener que escapar.*

–De España –dijo ya en voz alta.

Leonor, en completo silencio, los acompañó hasta la cocina y les señaló la puerta de atrás. Vio cómo el gigante cogía a la niña en brazos, sosteniéndola con uno solo, abría la puerta que enseñaba la noche, y luego la cerraba al salir.

Leonor respiró sin moverse. Muchas veces seguidas. Como el aleteo de un pájaro. Y luego le dio la espalda a la cocina y subió las escaleras que llevaban hasta el cuarto de las momias. Las voces habían desaparecido por completo, no sabía cuándo. Se detuvo ante la puerta y le pareció que la madera vibraba. Se imaginó los cuerpos abrazados bajo la cabeza del toro, bajo el vuelo de aquellas águilas muertas, y recitó en su mente *perdónanos así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. Entonces golpeó la puerta y su voz sonó como el chillido de aquel pájaro que antes se había limitado a respirar:

–Barragana, tu hija se ha ido. Ahora te puedes ir tú también.

Manuel sintió, sobre su pecho, que su hija aguantaba un sollozo.

–Y mamá. Yo quiero que venga.

–Ahora volvemos por ella –dijo él, mientras se deslizaba por el terraplén, sujetando a la niña con el brazo sano.

Había decidido dar un rodeo hacia el río, *supongo que todavía estará allí, no se habrá perdido en estos seis años*, pensó, para evitar que lo siguieran en la dirección más previsible: la casa de José Cid. *¿Y el sargento jefe? Dónde cojones*. Aunque ya no tenía fiebre, le parecía continuar dentro del sueño. *Según las reglas de los sueños, Ángeles puede abandonarme y la mujer del Amo salvarme*. Aquella mujer, con su pelo blanco enredado y sus ojos enrojecidos, no le había dicho ni una sola palabra. Le había entregado a la niña, y luego los había guiado. Dentro del sueño, no se habían encontrado con ningún guardia. El sueño, esta vez, les había puesto las cosas muy fáciles.

El Tenorio acababa de entrar en la cocina, cuando oyó las voces de Cañoncito, escaleras abajo, alertando a los guardias; y detrás más gritos, los

de Ángeles, llamando a su hija. *Soy un monosabio, soy un muletilla, se dijo, escapando sin decirle nada a la Magda. Y encima no me da tiempo a coger la moto. Corrió hacia el olivar. La noche es el toro y me persigue.*

Leonor se asomó a la ventana de su habitación. Le dolía mucho el pecho por el empujón que le había dado Luis, pero no lo lamentaba. En sus ojos los hombres encendían las linternas. En sus ojos sacaban los caballos de las cuadras. En sus ojos los montaban, gritando y terciando las escopetas. En sus ojos la Barragana, allá abajo, gritaba más que nadie y se tiraba del pelo.

Manuel oyó las voces. Bajó a la niña. Se tiraron a tierra.

–Qué pasa.

–Nada. Calla.

Pegó la oreja en la hierba. Oyó el tambor de los caballos.

Montenegro había decidido encargarse de cortar la línea telefónica y, después de hacerlo, vigilaba con Lanurse la parte de atrás. Desde allí, tumbados en el suelo y apuntando con los rifles hacia la casa, habían visto salir, primero, a Manuel con la niña, y después, a ese muchacho espigado cuyo nombre ignoraban. En ambos casos, Montenegro puso la mano sobre la metralleta de Lanurse para que no disparara. No quiso avisar al Quemamonjas. Prefería que se pusiera a salvo con parte del botín que había venido a buscar. Ahora faltaba conseguir la otra parte. En cuanto al muchacho, era evidente por su actitud que también escapaba –se oían voces dentro de la casa– y lo hacía en una dirección distinta a la de Manuel. Era imprescindible no alertar a los guardias con un disparo ni atraerlos hacia esa zona que Manuel había utilizado para huir. Cómo lo había hecho, ese ya no era su problema. Su problema era el jaleo que comenzaba a oírse en la entrada, la zona al mando de Antoniev, con el resto de sus hombres. José se había quedado en casa para hacerles desaparecer por las galerías en cuanto regresaran. Porque iban a conseguirlo, claro que sí. Aquello no era nada comparado con toda una Segunda Guerra Mundial. Lo que no podía asegurar es cómo lo iban a conseguir. Aquel Antoniev era ingobernable. Ya había discutido con él al definir los objetivos. Montenegro lo había dejado claro: sacar de la casa al prisionero, con su mujer y su hija, causando el menor daño posible. No se había vuelto santo de pronto. Pero está claro, Antoniev, que cuanto menos gente nos carguemos menos perseguidores tendremos encima. Porque los perseguidores están en Vulturno, y se llaman policía, militares, Guardia Civil. Eso le había dicho. Y el otro lo había mirado torvamente, sin contestar nada.

Luego, cuando aplacaron los ánimos tomándose un vino, lo había visto cuchichear con sus hombres.

–¿Qué os ha dicho, Lanurse?

–Está encaprichado con esa chica.

Eso había logrado sacarle mientras rodeaban la casa.

Lo demás lo iba a conocer enseguida, porque ya se oía el galope de los caballos.

Van hacia ellos.

Se imaginó a Antoniev y a sus hombres en el punto donde les había pedido que aguardaran, el mejor para abatir al enemigo si combatían en el lado delantero de la casa: en un recodo del camino, escondidos detrás del arbusto de hojas pequeñas y duras con las que se había pinchado al marcharse con Lanurse. Lo que no esperaba es que fuera tan rápido. Que Manuel con su fuga hubiera adelantado tanto los acontecimientos.

Montenegro contó los segundos. Contó los golpes de los cascos contra el suelo. Contó *uno dos tres cuatro. Ahora.* Oyó los disparos.

Era un tabletear seguro, uniforme, que barría la noche; y algún disparo suelto, *como una contestación no atendida.*

–Vamos –le dijo a Lanurse.

Corrieron trazando un círculo alrededor de la casa. Subieron por los matorrales. Desde allí contemplaron el porche vacío. La mesa abandonada con las botellas y los vasos mediados, las cartas tiradas por el suelo. Más allá del ventanal, en el interior del salón, un hombre con el pelo blanco le gritaba a un teléfono inerte y luego lo tiraba contra el suelo. Había una mujer más joven a su lado, con el pelo rojizo brillante bajo la luz eléctrica de la casa.

Le está recriminando algo. Al anciano fuerte. Está llorando. Debe de ser Ángeles.

Montenegro vio cómo el hombre se quitaba de encima a la mujer y salía del salón.

Va por armas.

En la planta de arriba se encendieron varias luces.

–Aquí vienen –dijo Lanurse.

Montenegro se volvió hacia el sonido de los pasos.

–No ha quedado ni uno –dijo Antoniev, con la metralleta al hombro, relajada.

–Mira –dijo Zorro, con la mano llena de carteras–. Aquí hay billetes.

–Jabatos del Movimiento Nacional –dijo Tragaburros.

Montenegro no había adivinado ese detalle cuando los vio en el porche, mientras jugaban a las cartas con el cura. *¿Y el cura?* Iba a preguntarlo pero prefirió callar. Ahora le repugnaba imaginar a aquellos muchachos sobre la tierra, bajo las estrellas, acribillados. *¿Se estaba ablandando? No. Es el pillaje de estos buitres.*

–En el ejército no solemos robar –dijo.

–Pues no has visto nada –dijo Panadero.

–¿Y el cura? –preguntó Lanurse.

–Qué cura –preguntó Antoniev sonriendo.

El Tenorio, jadeando, tropezando, aceleró aún más la carrera cuando oyó los disparos. Pero de pronto se detuvo. El corazón le salía por la boca. *Magdalena me sale por la boca.*

Sintió que sobre el latido causado por la carrera, se iba imponiendo otro, el de los instantes definitivos, cuando se sujetaba en el centro de la plaza y veía salir a la bestia de los toriles.

Tengo que poder, matador, se dijo, y regresó sobre sus pasos, más veloz que antes, *pisando el dolor del pecho, cuidado con esa rama, allí va saliendo la luna.*

Se detuvo en una ladera desde la que se veía la entrada de la casa, escondido detrás de un olivo. Aquello parecía un delirio de borrachos, pero no tenía tiempo de pensar en eso: *en los hombres con pinta de guerrilleros que apuntan hacia la casa, y el napoleón de Cañoncito qué hace.* Acababa de salir por la puerta, apuntando a la Barragana, que iba delante con las manos en alto.

El Tenorio corrió lo más rápido que pudo hacia la parte de atrás de la casa, atravesó la cocina y subió las escaleras hacia el cuarto de Magdalena.

La puerta estaba entornada, la luz encendida. Leonor la sacudía:

–Despierta, hija, despierta.

El Tenorio acudió a incorporarla y la sentó en la cama, mientras Magdalena protestaba.

–No hay tiempo, dormilona –dijo el Tenorio, calzándola con lo primero que encontró.

Sonó un disparo en la puerta de la casa y, en seguida, el tableteo de una ametralladora. Leonor, murmurando un rezo, salió de la habitación.

El Tenorio tiró de Magdalena escaleras abajo. Ella le seguía repitiendo preguntas pero él se concentraba en llegar a la puerta de atrás de la casa.

La abrió y, cuando ya se sonreía, cuando miró hacia atrás como el que escapa del infierno, sintió que su mano se soltaba, la que hasta entonces manejaba a voluntad, y después comprendió que aquel sonido seco, implacable, era *la corná que me ha dado en el pecho, ¡copón!, en el hombro, entre el pecho y el hombro*, y que caía hacia una tierra que se borraba.

¿Voy a matarla? La metralleta de Cañoncito temblaba por primera vez. Él, que siempre había dominado su pequeño mundo, no podía creer lo que estaba sucediendo. El Diablo había logrado fugarse con su hija. El Tenorio había desaparecido. *Traidor o mejor muerto*. Los hombres de ahí fuera habían matado a los que le había enviado el alcalde. Y ahora le pedían a Ángeles. Ella misma le estaba suplicando salir para recuperar a Beatriz. *Lo que quiere es irse con el Diablo*.

Leonor había subido a despertar a Magdalena, y llevarla abajo, a los sótanos. El cura se había encerrado a rezar en la capilla.

Solo estoy solo yo, esta mujer y esta metralleta. Sabía que iba a funcionar otra vez, como en los viejos tiempos. La había descolgado del alto de la puerta que guardaban Rómulo y Remo. Estaba limpia y engrasada. Él se encargaba de mantenerla en forma. No era una reliquia y ahora menos que nunca. *No sé quiénes son esos hombres salvo que quieren lo mismo que el Diablo, y sé lo que quieren de mí, mis balas*.

Había oído la voz:

–Entrérganos a Ángeles, Cañoncito.

Había entrevisto en la penumbra el rostro barbado del hombre que se había adelantado un paso, y el resto de las figuras, armadas, atrás, en la sombra.

Tengo una oportunidad. Salir contigo, mi amor, amarte y acribillarlos a ellos también.

Ángeles había asentido en el salón. No sé por qué se ha recogido el pelo. Ha dicho vamos, estoy preparada. Y ha salido dócil con los brazos en alto. Delante de mí. Cualquier cosa por recuperar a la niña, pero sé que se quiere marchar. Yo haré que Beatriz se quede conmigo.

Cañoncito oyó el sonido de la puerta al cerrarse detrás. Olió la noche. Vislumbró las seis figuras que lo apuntaban. Las localizó, una por una, en el gatillo de su ametralladora, en el dedo que lo acariciaba. Interponiéndose entre ellos y la canción de sus balas, estaba el cuerpo de Ángeles. *Desgraciadamente. Su nuca preciosa, sus brazos desnudos en alto. Abrazarte es tan fácil. Matarte, amarte es tan fácil. Yo seré el verdadero padre de tu hija.*

–Aquí la tenéis.

El brazo de Cañoncito se movió en arco para borrar todas las figuras de la noche. Su dedo estaba apretando el gatillo, pero sintió el impacto en el codo, oyó el disparo, ya estaba disparando él mismo mientras caía al suelo y la metralla se derramaba en la oscuridad, hacia Ángeles, que también caía, pero no hacia los hombres que se abalanzaban sobre él.

Montenegro había adivinado lo que el viejo pretendía hacer, y disparó automáticamente contra el cuerpo, con la mala suerte de darle en el brazo. *Me habría ahorrado lo que veré a partir de ahora, lo que ya estoy viendo.*

Los hombres de Antoniev rodearon a Cañoncito, en el porche, donde había caído, y le ataron los brazos y las piernas. Uno de ellos le metió la punta de la bota en la boca para que no gritara, mientras Antoniev decía:

–Lanurse, ven conmigo.

Y corrieron hacia la parte de atrás.

Ya no tiene sentido. Montenegro no quería mirar el cuerpo de Ángeles, boca abajo sobre las escaleras del porche, con los brazos lacios. *No quiero conocerte así. Darte la vuelta, mirar con detenimiento tu rostro para comprobar que estás muerta. Maldito vino que he tomado. Me ha dado lentitud.*

Montenegro levantó el rostro hacia el grito que venía desde dentro de la casa, que se iba personificando en la figura de una anciana vestida con una bata, el pelo blanco y desgredado, el rostro desencajado *que se lamenta ante lo que ya es inevitable.*

Leonor entró en el porche y se arrodilló sollozando ante Cañoncito.

–A callar –dijo Tragaburros dándole un culatazo en la espalda.

La vieja cayó al suelo, mientras Montenegro corría hacia ella:

–No hagas eso, cabrón.

–Pero si le he dado muy flojo.

Se oyó un disparo en la parte posterior de la casa.

Antoniev sujetó bien a la muchacha y le dijo a Lanurse:

–Mira a ver si queda alguien ahí dentro.

Luego hundió la nariz junto al cuello de ella y dijo:

–Me recuerdas.

Pero Magdalena no podía contestar porque él le tapaba la boca con la mano.

Cuando Lanurse volvió con el cura, ya la había palpado lo suficiente, ya había disfrutado de la lucha con ella, «como cuando eras niña», dijo, antes de soltarla, y ordenar a Lanurse:

–Llévalos ahí delante.

Entonces se acercó al hombre al que había disparado, el que trataba de huir con la muchacha y había caído en la oscuridad. Le enfocó el rostro con la linterna y, al reconocerlo, estuvo a punto de rematarlo, pero se lo pensó mejor: *el tarambana Tenorio*. Lo había visto en los carteles de los caminos y en los periódicos que cazaba en los pillajes. Alguna vez los había visto a los dos en alguna foto de revista, sonrientes, triunfantes, *no como cuando lo conocí de chiquillo en el convento, y protegía a la niña Magdalena, e intentó clavarme una faca. Cabrón, y yo en la sierra.*

–Eh –gritó, sacudiéndole con un pie–. ¿Estás muerto?

El Tenorio abrió los ojos, no sabía adónde ni de dónde, y los cerró ante la luz cegadora.

–Eh, mírame.

Era una linterna, y ahora iluminaba un rostro. De quién, no lo reconocía. *Estoy difunto y él es el primer fantasma*. Era un rostro flotante el que hablaba:

–¿Me ves bien?

Los fantasmas también usan velas. Y asintió.

–Me llevo a tu novia.

Y vio cómo la luz desaparecía de aquel rostro, y le recorría el cuerpo, hasta encontrar la herida junto al hombro, donde la bota ya estaba cayendo y golpeando, una vez, dos.

Montenegro, inclinado sobre Leonor, levantó la cabeza para ver lo que Panadero, Zorro y Tragaburros ya habían visto y silbaban: a la muchacha que entraba en la claridad, sujetándose el camión desgarrado, manteniendo el equilibrio sobre sus zapatos de tacón, pero la cabeza alta, el pelo suelto, *la juventud perfecta*, y el cura del bonete a su lado, empujados por la Sten de Lanurse:

–Baja el arma, imbécil, que se dispara con mirarla –dijo Montenegro avanzando hacia ellos.

La tomó del brazo:

–¿Eres Magdalena?

Ella asintió.

–Tranquila, no te pasará nada.

Antoniev dobló la esquina de la casa y vio cómo Montenegro protegía a Magdalena.

–Qué ocurre –dijo Antoniev.

–Nada. Yo me encargo –contestó Montenegro.

–Es un rehén. La necesitamos para salir de aquí.

Montenegro le clavó los ojos a Antoniev, que no aceptó el desafío.

Antoniev se movía rápido. *Hay mucho que hacer todavía.*

–Zorro, Panadero –ordenó. Entrad en la casa y coged todo lo que podáis. Sólo dinero y joyas.

Antes de incorporarse, Panadero terminó de amordazar a Cañoncito, que desorbitaba los ojos. Se cerraron al tercer puñetazo de Zorro.

Mientras tanto, se oía el sermón del cura, que seguía dando la espalda a la metralleta de Lanurse:

–Tranquilos, hermanos. Tenéis hambre, sentís ira. La vida ha sido injusta con vosotros pero Dios os va a saciar. Confíad en mí, escuchad, por favor.

Antoniev le hizo un gesto a Lanurse para que se apartara:

–A callar, padre.

Y le descargó su Sten en la barriga.

Se oyó un relincho, unos cascos. Algunos caballos que regresaban de la noche, en busca de las cuadras, brincaron con los disparos.

Antoniev volvió la cabeza hacia ellos y vio a Magdalena que ocultaba el rostro en el pecho de Montenegro, sollozando. El cuerpo del cura había caído en el porche, por encima de los escalones donde Ángeles seguía tendida boca abajo.

Antoniev se acercó a ella, comprobó que varias heridas de bala dibujaban una vertical en un costado, y le dio la vuelta.

Nubes, luz, mi niña, dónde dolor está mi niña. Manuel, vámonos los tres. ¿Eres Manuel?

Antoniev vio que sus labios se movían, y que se detenían de golpe. *Ya no abrirá los ojos. Ángeles, la mujer que quería el Santurrón. Hace seis años que no te veo, y eras lo mejor que dio esta tierra, y ya no habrá nadie como tú. Descansa en paz.*

–Eh, Montenegro, no hay nada que hacer –gritó.

Montenegro ya lo sabía. La había visto caer cuando Cañoncito disparó su metralla y, después, la había estado mirando mientras todo sucedía, *una y otra vez, los acontecimientos imparables, y tú detenida. Pero si no te miro la cara muerta serás sólo la mujer de la que me hablaba Manuel en el Varsovia y por la que vinimos y no existías. En tu lugar encontramos a tu hija. La cuidaremos, te lo prometo.*

Su mente militar ya la había descartado a ella, y ahora se ocupaba del siguiente problema: evitar que aquellos salvajes mataran a la vieja, *y sobre todo salvar a esta chiquilla que llora en mi pecho. Lo he dicho muchas veces, no hay que dejar testigos, pero sólo cuando es imprescindible, y entonces soy el primero que no duda, pero que lo hagan sin preguntar me quema la*

sangre. O será que me gusta esta mujer.

–Ponedlo con los brazos en cruz.

Lo desataron. Le dejaron la mordaza en la boca y lo tumbaron cerca de los establos.

El cuerpo de Cañoncito ya había cedido. Mantenía los ojos cerrados y así continuaron mientras le extendían los brazos. Sólo los abrió cuando le pisaron las manos:

–Mírame –le dijo Antoniev, situándole el cañón de su Sten en la frente–. ¿Te acuerdas de esta cara? Es la cara de tu chófer. Es lo último que verás. Me llevo a tu hija.

Y apretó el gatillo, y lo dejó durar. Y mientras todo el pasado se desmenuzaba en la mente de Cañoncito, Magdalena se tapaba los oídos.

La mente de Cañoncito seguía repitiendo imágenes: un brazo de plata dentro de una urna, la mirada ilusionada de Leonor mucho antes de la boda, gira la cabeza, los ojos dulces, esperanzados; sus nalgas entrevistas debajo del vestido, cuando me obligaba a rezar detrás de ella, tumbada y en cruz; otra mirada, la de Antón, su chófer, mientras fuma uno de los cigarros a los que le he invitado; una mirada que interroga, no como esta que afirma, la que me está matando y ya se llama Antoooooooooniev; la de Magdalena niña después de escapar de la Santa, a mis brazos; mi otra hija Beatriz, tan querida, la hija de aquel electricista, Manuel, que se negó a instalarme una bombilla de más, firme, noble, te voy a destruir, aunque resucites de entre los muertos; ¿Ángeles su mujer?, Ángeles que nunca me mira con ternura, la boca que gime pero siempre ese gesto de asco sobre el labio; ojos de corzo, ojos de ciervo, ojos de zorro, ojos de águila, ojos de jabalí, todos se apagan después de los disparos, como los aullidos de Rómulo y Remo; suenan sobre mi frente, sonarán siempre sobre mi frente; ojos del niño del camino, ojos del obrero, ojos del impresor, ojos de las putas de la Casa de Luces, ojos de las mujeres en la cuneta, ojos del trabajo a destajo, ojos malolientes, ojos

rebeldes, ojos sindicados, ojos que reclaman, cómo os atrevéis, balas contra el terraplén, contra la mano que os da de comer, ratacataplán, Cañoncito Pum, esta música me suena, ratas vienen a comerme, ratas vienen cantando, ratacataplán, me devoran la frente, y me alejo, desde arriba los veo, disparan sobre ese cuerpo que ya no soy y yo me elevo, ratacataplán, es sólo la música del cuervo, cras-ja-cras-ja, ¿por qué un cuervo?, las alas que me envuelven y dicen: vengo de otra mente, las garras que me desgarran y dicen: cras-ja-cras-ja, vengo de otra mente, el pico que me devora, cras-ra-cras-ja, el estómago oscuro en que me hundo.

Manuel había dado un gran rodeo por el olivar. Alumbrado por la luna enorme sobre la colina, había llevado a la niña a hombros; y ella se tapaba los oídos todo el tiempo, llorando. Ahora que habían callado los disparos, podían descansar en las ruinas del teatro de Ambusta. La casa de José estaba al alcance, una silueta con la ventana iluminada. Pero Manuel no tenía fuerzas para seguir. Se había sentado en una de las piedras de la grada, en la parte más alta, con la niña en el regazo. Le acariciaba el pelo. Se había quedado profundamente dormida. La luna plateaba los sillares del gran arco del proscenio, la cerradura con la que había soñado tantas veces en los últimos años. Ya la habían accionado. Ya había girado la llave invisible de los actos. ¿Quién había recibido aquellos disparos? Demasiados. ¿Quién los había realizado?

Manuel miraba el escenario poblado de sombras. Parecían moverse, reclamar un papel. Luz, queremos luz. O más exacto: vida, queremos vida. Con eso se conformaban. *No pedimos otra cosa a nadie. Vivir sencillamente, en cualquier lugar del mundo, con las personas queridas. Mi hija, aquí conmigo. ¿Y Ángeles? La traerán o hay que volver por ella, convencerla. ¿Y si prefiere quedarse? No puedo llevármelas a la fuerza. Para qué he venido. Esta es una obra desesperada.* Se imaginaba a sí mismo en aquel escenario que iluminaba la luna, actuando los sucesos de las últimas horas. Si no fuera por aquella niña dormida, *todo sería irreal. Y por esta herida del brazo. Estoy tan cansado que ni siquiera me duele. ¿Y si el sargento jefe también ha*

muerto? Conocía sólo lo que había ocurrido durante las últimas horas dentro de su celda. Esas mujeres que venían a salvarme como santas. Hasta que lo consiguió la más vieja. ¿Pero Ángeles? A ella no la dejaron salvarme. Lo primero es saber. Manuel se puso en pie y, con la niña en brazos, caminó hacia la ventana iluminada. Después de los disparos, la noche se había quedado muda. Como si pájaros, como si insectos, como si gente no hubiera existido nunca. Luna. Estrellas. Casi tocan la tierra. Y la hierba alta.

Entonces, al avanzar entre la hierba nocturna, con la niña acunada en sus brazos, vio el resplandor que ascendía en la oscuridad, colina abajo, a través de la cerradura del arco de Ambusta. Atendió las señales que venían del río, y de los pájaros que cruzaban el cielo hacia donde él estaba, extraños, inéditos en las sombras, huyendo de aquel calor que se reflejaba en sus plumajes con un baño cobrizo. Y supo que la casa de los Orantes y Las Quemadas habían vuelto a incendiarse, para que la maldición detenida en aquella tierra volviera a rodar, y que otra vez había sido su mano, su sueño, el que la había empujado.

CUARTA PARTE

Cueva de Zugarramurdi
Diciembre de 1945

No he dejado de estar pendiente de ti un instante, Magdalena, desde la noche de las galerías, cuando José Cid nos guió al otro lado del monte. Mariadel te había dado un vestido viejo de Ángeles para cubrirte y te había cambiado los zapatos de tacón por unas alpargatas con las que pudieras correr. Te veía alumbrada por la antorcha, en cabeza, agarrada del brazo por Antoniev, que te llevaba a su paso, mientras tú tirabas para quedarte atrás. ¿Recuerdas que te levanté del suelo? Me miraste asustada. Tus ojos muy abiertos mientras la antorcha iluminaba aquellas paredes curvas. «Aquí parece que siguen respirando los mismos fantasmas de siempre», dijo José. Manuel caminaba abatido con Beatriz en brazos. Fue la primera vez que tuve que elegir. Le pedí la niña a Manuel y te vi distanciarte en el estómago de aquel enorme gusano que devoraba las entrañas de la tierra.

«No dejes que Antoniev se acerque a ella», me había rogado la mujer de José Cid. Tenía que cuidar de Manuel, ¿lo entiendes? Todos éramos cómplices de lo que le había ocurrido a tu padre. Pero aquella noche Ángeles también había muerto, no lo olvides. Nuestro viaje que, al principio sólo la buscaba a ella, había terminado con su asesinato. Y yo tenía gran parte de la responsabilidad. ¿Se puede rescatar el pasado? Yo había convencido a Manuel de que era posible, y lo único que había conseguido era su aniquilación. Sabía que aquel vino que había tomado en casa de José me había dado una reacción más lenta. No volveré a beber, me dije una vez más.

Y en lugar de Ángeles, llevábamos con nosotros a Beatriz, rota en los brazos de su padre, fundida de sueño después de la llantina y de los gritos que soltó en la cocina de Mariadel empeñada en volver a su casa en llamas. Era a Manuel al que yo tenía que cuidar y no a ti. No se atrevía a echarme directamente la culpa. Callaba. Reunirte con tu hija, insistí, arrancársela a los fascistas para llevarla a un país libre. Mis palabras sonaban ridículas. Manuel tenía surcos en la cara a la luz de la linterna, casi no podía andar por la desdicha. No vinimos para esto, murmuró. Y se detuvo otra vez. Ese murmullo significaba que no gritaría más, que no volvería a golpear las paredes, como hizo en casa de José, que se resignaría a avanzar aunque sólo fuera por la niña. Yo no sabía dónde estabas tú en ese momento; era consciente de que existías en algún punto más allá, donde mi atención debía abandonarte. Vino José. Señaló una luz que me resultó lejanísima. Es el día, dijo.

Nos estaban persiguiendo en alguna parte. Vendrían de Vulturno los motores y después los hombres y los perros. En la guerra uno se acostumbra a barajar dos posibilidades: los cálculos de la razón y los cálculos del miedo. Ambos proponen figuras apostadas que van a dispararte. Ambos, razón y miedo, multiplican lo que de verdad te espera y lo que de verdad temes. Por eso hay que cuidarse cuando ambos cálculos coinciden en un solo lugar. José Cid lo señaló en el monte, desde el hueco final de aquel pasadizo, y yo estaba angustiado en ti, adelantada en el sendero y empujada por Antoniev entre rocas y matorrales. Lanurse, Panadero, Zorro y Tragaburros caminaban apuntando a un lado y otro con sus Sten a la cintura.

Nos estábamos despidiendo de José Cid. A cambio de su ayuda, sólo le habíamos dejado en su casa dos asturcones escuálidos. Abrazó a Manuel. A mí me dio la mano y regresó a la oscuridad. La niña, a quien se había limitado a acariciar la cabeza, había comenzado a llorar de nuevo. No quería caminar ni separarse un segundo de su padre.

Y así fue como llegué tarde otra vez.

Hacían tiempo para esperarnos, eso dijo Lanurse. Tenían las metralletas terciadas apuntando hacia nuestros pies para impedirnos pasar. Nos llevabais unos quince minutos de ventaja, nada más, y allí Antoniev había encontrado el lugar para atacarte frente al sol del amanecer. El cielo era un cíclope que te miraba sin intervenir. Lanurse escupió sobre el polvo de la senda y repitió: «El jefe se entretiene mientras os decidíais a venir». Manuel se había quedado blanco, detrás de mí, con la niña en brazos que, al oírte, había comenzado a gritar tu nombre. Los gritos de Beatriz concentraron la atención de Lanurse, y fue el momento que aproveché para bloquearle el arma, torcerle el brazo y cogerle por el cuello. Parapetado en él, apunté al resto, llamé a la calma. Uno de ellos dijo, bajando el arma, como una disculpa: «Por una mujer». Otro aclaró: «Sobre todo si no tenemos turno». Antoniev no se había enterado o no se había querido enterar. Manuel me buscó los ojos antes de decidirse. Asentí. Tu salvador avanzó sin dar la espalda a los hombres de Antoniev. Sacó el revólver con la mano mala, pero su arma mágica era la niña que sujetaba con un solo brazo. Lo vi sin dejar de oler el cuello de Lanurse: alto, a contraluz, con un pie en la roca detrás de la que estaba sucediendo todo. Y gritó lo que tú misma oíste, suéltala, he dicho. Vino un silencio lleno de alarma, agresivo. Vi la cabeza de Antoniev, que se acababa de levantar y se giraba hacia sus hombres, ofuscado. Se oyó tu llanto y las palabras suaves de Manuel. Yo mantenía a Lanurse agarrado por el cuello y no lo solté mientras Antoniev se me encaraba. Disimulé mis ganas de matarlo, porque los necesitábamos para llegar a Gibraltar.

La hoguera tiembla con los aullidos de la nieve que cae a un lado y otro de esta cueva. Al temblar las llamas ponen luz en cada rostro dormido. Sólo relumbra el ojo de la bestia, despierta como yo, como si me estuviera reprochando que la hayamos arrancado de su cuadra y el peso del saco de huesos. No te quejes más, bestia, dámelo, ya lo guardo yo. ¿Estás cómodo, padre?

–Mejor que tú.

Calla, Cara de Plata. Le estoy escribiendo a una amiga una carta

importante. Y eres útil por una vez, sirves de apoyo para mi espalda, punzante cojín. Atiende, Magdalena. Aún me quedan cigarros de los que me habéis regalado. Fumarlos es mi única forma de tenerte. Eres esta calada dentro de mí. Te inspiro, te expulso.

No éramos como ellos, los montaraces que corrían por la sierra haciendo el sendero, apartando malezas, huyendo del ruido y de la alarma, mientras nosotros los seguíamos como podíamos, tropezando, doblándonos los tobillos. Manuel y yo nos turnábamos a la niña y ninguno de los dos te perdíamos un segundo de vista, o te ayudábamos a mantener el paso. Éramos dos grupos rotos en la costura por donde tú caminaras, Magdalena, y si no nos tiroteamos finalmente aquel día fue por supervivencia, porque al poco de enfrentarnos por primera vez comenzamos a oír los canes, abajo, siempre abajo y un poco atrás, por la senda de los contrabandistas. Nos salvó la rabia de Antoniev. El enfado por no haber conseguido consumir su violación le hacía correr en cabeza. Matamos a los sabuesos, nos localizaron por el sonido de los disparos, descubrieron nuestra ruta. Pero los hombres de Antoniev nos guiaban como si el mundo debiera existir sin ellos, disparándole cuando el mundo se les acercaba.

La Guardia Civil había calculado los posibles puntos por los que podríamos estar huyendo y nos aguardaba en cada uno de aquellos puentes imaginarios. Los divisábamos desde lejos gracias al reflejo del sol sobre el parabrisas. Entonces alguno de nosotros decía, «agáchate, Magdalena», y tú obedecías de puro cansancio. Manuel te empujaba suavemente y tú te sentías aliviada. ¿Pensaste alguna vez que podías desobedecer su mano o mi voz? Yo me enfadaba contigo. Corre ladera abajo, te gritaba dentro de mí. Y luego te rezaba: Quédate con nosotros. ¿Te dispararía Antoniev? En ese momento llevabas tú a la niña y tu instinto para protegerla te impedía huir. Tu instinto o tu amor. Temías las balas y amabas a aquella criatura que tenía la cara manchada de churretes de tanto llorar y del barro de las fuentes del camino.

Pienso en la niña raptada por un padre que apenas conocía. Pienso en su angustia, y entiendo que era tu presencia y tu ayuda la que hacía que no se derrumbara del todo. Su padre trataba de sonreírle, de disimular el peligro, la anormalidad de cada suceso y su destrozo interior por la muerte de Ángeles, que tratábamos de ocultar a Beatriz. Y luego Manuel se refugiaba en ese mutismo que tan bien le conoces y se le enmarañaban los ojos febriles, donde la inmensa culpa se encarna en forma de personajes: Ringo, Dallas y un tal Cuervo, gigantes como los molinos de don Quijote y prestos a hablar en cuanto se tumbara a descansar un rato.

Como ahora. Míralo junto al fuego. Podrías hacerlo si no te hubieras marchado. Qué importan mis sentimientos ante lo que significa el hecho definitivo de morir o vivir. De saberlo dormido y no muerto, ahí, detrás de la hoguera y sentir, sí, una forma de amor. No es la misma a la que tú tuviste que renunciar. No es la misma a la que yo tuve que renunciar casi desde el principio, la que te concernía de mi parte. ¿Sabes lo que es querer a alguien sin deseo? A eso me refiero yo. Ambos hemos aprendido a amar con renuncia. Tú a Manuel y yo a ti. Pero no es lo mismo. Amar con renuncia te aleja de esa persona que te ha habitado y te llena, al mismo tiempo, de melancolía y de paz, la paz que otorga cumplir con un deber superior al egoísmo. Pero querer sin deseo te acerca al amigo con una lealtad indestructible más poderosa que cualquier otra fuerza.

El sol nos ayudó a cruzar. Era una franja cegadora en el oeste, y pasamos de una colina a otra, agazapados, con los guardias dispersos que miraban hacia los árboles envueltos en luz. Entonces Antoniev se detuvo en el bosque, dominando desde arriba el recodo de la carretera donde estaba aparcado el coche. Hizo un gesto con la mano para que siguiéramos adelante. Pensé que quería asegurarse de que no nos habían visto, pero luego Manuel me contó lo que ocurrió. Él y Antoniev habían reconocido al Tenorio. Tu enamorado, con el brazo en cabestrillo, participaba en la persecución para identificar los

rostros de tus captores. ¿Te ha contado Manuel alguna vez que él le salvó la vida? Me dejó a la niña y regresó hacia donde Antoniev se había detenido. Lo encontró apostado con su Sten y apuntando al muchacho que permanecía en el asiento del copiloto, mientras los guardias exploraban la colina contraria. Manuel supo cogerlo desprevenido. Le puso un cuchillo en la garganta y se lo trajo de vuelta, con la metralleta de Antoniev en la otra mano, la del brazo herido. Luego se la devolvió y cargó a la niña en sus hombros. Y Antoniev me dijo: «En cuanto pueda mataré al Santurrón».

Esa noche, cuando pudimos descansar una hora, os pedí que os acostarais cerca el uno del otro, con la niña en medio, para poder vigilaros a los tres. Lanurse os había curado a los dos, a Manuel el brazo y a ti los pies. Y yo te quité un alacrán que se te había subido a la espalda en busca de calor, y tuve un sentimiento estúpido de envidia. Sobre su caparazón, brillaba la luna. Recordarás una víbora que estaba cerca de vuestros pies, al levantaros, con la cabeza aplastada. Aquella noche parecía que las criaturas de la tierra se habían aliado para señalar algo en ti y en Manuel, algo que os unía en un profundo sueño y que también os separaba como una espada entre los dos. Al amanecer, inventé para Antoniev una suma de dinero que le entregaría en Gibraltar si nada malo os ocurría. Él miró interrogante el saco de huesos que llevaba a la espalda.

–A lo mejor lo tienes que matar tú a él –me susurró mi padre.

Él me habla a través de la tela. Es su cráneo cuando choca con el resto de los huesos.

–Él cree que aquí dentro hay un tesoro y sólo hay muerte– insistió Cara de Plata.

Creerás que estoy loco. Al fin y al cabo, soy un hombre que desde hace una década se convirtió en soldado.

–Debes cuidar de tu amigo –dijo y dice mi padre. Una vez que se pone a hablar, es difícil pararlo–. Será lo único bueno que hagas en la vida.

¿Aparte de liberar París?, le pregunto. Pero a eso no contesta.

–Olvídate de esa chica –dijo y dice otra vez–; concéntrate en salvar a ese hombre y a su carga.

Pero no puedo olvidarme de ti. Te veo en las llamas que tiemblan, que fingen apagarse y otra vez se elevan: tu manera de sonreír a Manuel, tu manera de mirarme muy seria, como si yo fuese tu enemigo. No soy como tú crees, déjame contártelo.

–Ni se te ocurra mandarle esta carta –dice y dirá mi padre–. Entiérrame aquí mismo, este es el lugar que más me gusta.

Pero no pienso enterrarlo aquí, Magdalena. Lo llevaré a la tumba de mi madre.

La víbora a la que aplasté la cabeza también buscaba el calor de tu cuerpo. Todos los bichos anhelaban calentarse bajo tu piel: incluido Antoniev el enamorado.

–Incluido tú –dice mi padre.

Los espantaba para cuidarte pero también porque creía que podíamos salvarnos. Así lo sentí cuando reemprendimos el camino al amanecer y vi a un lado de la senda el Árbol de Luz. Lo había visto otra vez en la guerra, en la sierra de Madrid, después de escapar de una emboscada. Allí, como aquí, era un árbol con las hojas encendidas. Aquí, como allí, sabía que era un espejismo del sol reflejado en las hojas. Pero una sospecha interior avisaba de que eran verdaderas flores del sol; que estaban al borde del camino para que yo siguiera creyendo en la esperanza. «No digáis que es imposible –escuché dentro de mí, nítida y aislada, la voz de Leclerc–. ¡Audacia y fuerza!» Y, en efecto, unos pasos más allá la senda giró sobre la montaña y vimos a lo lejos el peñón de Gibraltar, la piedra que iba a salvarnos, una isla mágica atada a nuestra España hostil.

Lanurse volvió a vendarte los pies y yo no podía dejar de mirarlos. Te sangraban en aquellas zapatillas que te había dejado Mariadel. Eras una aparición en medio del monte, con aquel vestido de colores que había pertenecido a Ángeles, los pies de diosa herida y cazada por la mala suerte, y

así avanzabas sin parar, agarrada preferentemente del brazo de Manuel, según quien se turnara el cuidado de la niña, tú misma te ofrecías a llevarla. Sí, era aquel vestido el que os acercaba a los tres, tú, una víctima convertida en Ángeles. ¿Te acuerdas de lo que dijo Mariadel cuando te lo prestó?

–Es sencillo y muy alegre, de los que ella se ponía antes de la guerra, cuando eran novios. Un día me regaló toda su ropa de entonces porque ya no quería ni verla.

Aquel vestido se apoderaba de ti sin que tú fueras consciente, pero sí Manuel, que no dejaba de mirarlo mientras te convertías en la nueva madre de la niña.

Ibais de la mano en medio del grupo, que bajaba hacia la costa con las armas en vilo, mientras alcanzamos el pinar donde Antoniev tenía escondida la barca.

Tengo sueño y no puedo dormir. Ésa es una de mis ganancias en este viaje. Hasta hace poco, caía rendido en cualquier oportunidad. El frío aferra esta mano, la endurece. La dejo cerca del fuego. Manuel se ha despertado y me pregunta: «¿Qué haces?». Le contesto: «Duerme, mañana tienes que estar fuerte». Te veo todavía en sus ojos.

Una taquicardia perenne me impide descansar. Trata tú de convencer a este músculo que bombea mi sangre. Como tener una locomotora dentro, una locomotora sorda y alterada. Una mano tuya podría. Enciendo otro cigarro.

Hablé en secreto con el irlandés, el contacto de Antoniev en Gibraltar, Odín. Así le llamaban los contrabandistas por ocurrencia, aunque su verdadero nombre era O’Neal. Tuve un compañero llamado O’Neal que cayó en Francia después del desembarco. Cuántos muertos invisibles han liberado Europa.

–Céntrate, hijo mío.

Le dije a Odín que le pagaría si te llevaba de vuelta a casa. Me miró, asintió. En Gibraltar parecíamos distintos. Odín nos había dado ropas nuevas y a ti ese vestido azul con el que estabas tan guapa. Apareciste con zapatos

nuevos: el pelo suelto, los ojos tristes, ya siempre de la mano de Beatriz.

Durante el tiempo en que nos hospedamos en la pensión, Manuel y yo nos turnábamos para hacer guardia ante tu puerta, él por su hija, yo por ti.

Venía Lanurse con su cigarrillo en la comisura. Al minuto, Zorro, con la sonrisa de medio lado. Volvieron Tragaburros y Panadero, borrachos y agarrados del brazo, insultándome, apuntándome con los dedos. Cuando regresó Antoniev, era el turno de Manuel. Le dijo:

–Como al hijo de puta de tu socio se le ocurra liberar a Magdalena le pego un tiro a tu hija.

Me lo contó en el cambio de guardia. Al día siguiente me fui directo en busca de Odín y nada más mirarle a los ojos supe lo que había pasado. No puedes hacer tratos con contrabandistas que se juntan para beber alcohol.

Decidí reunirlos en el Blue Parrot, en una mesa junto a la barra sobre la que me tentaba la luz de las botellas de *gin*. Hice el esfuerzo de no emborracharme cada vez que entré por aquella puerta barnizada y oscura, cada vez que me sentaba bajo los ventiladores silenciosos como relojes flotantes. Una parte de mí deseaba quedar fuera de combate por fin, después de nueve o diez años, permanecer en aquel lugar mirando la parroquia variopinta que entraba, gibraltareños suspicaces, soldados ingleses, algún refugiado español de mirada prudente, las mujeres que se exhibían desde la barra obedeciendo las órdenes del patrón. Perderme, inutilizarme, pero necesitaba mi cabeza para poder negociar. Les hice varias ofertas. La primera, que tú volvieras a cruzar la frontera y que Manuel y su hija embarcaran en un buque distinto al de Antoniev y sus hombres.

–Tú no tienes dinero para pagar eso –dijo Antoniev–. Y además eres un traidor, un cerdo que nos ha ofrecido la misma mierda a los dos. En la montaña, ¿ya no te acuerdas?

No sabes hasta qué punto te quería con él. Les propuse atracar el banco de la calle central.

–Tú estás enamorado –se rio Antoniev mirándome con rabia–. Dame todo lo que tengas por no matar a tu socio.

–Y para los disfraces –añadió Odín, con resignación–, para los papeles, para los pasajes del barco.

–No te equivoques, Montenegro, nosotros somos iguales –cerró Antoniev con un último buche de ginebra–. Fugitivos, polizones. Nada más.

Luego se fue al baño, insultándome.

Y callé, pero fue Odín quien habló:

–Él iba a verla, se escapaba. Se vestía de comerciante o arriero, la buscaba por Vulturno, cerca de la plaza de Rosas, sólo por verla de cuando en cuando, sin decirle nada. Sois vosotros quienes lo habéis metido en esto, ¿no te das cuenta? Gracias a vosotros ha matado a su peor enemigo y le habéis puesto a su hija en bandeja. Una bandeja de plata en las manos de un salvaje enamorado. Lo despreciáis, pero siente lo mismo que tú.

Y por eso, porque había demasiados salvajes enamorados, los tres sabíamos que era imposible la huida del grupo unido hacia Lisboa. Entonces, cuando embarcamos, ellos y yo adivinamos lo que iba a ocurrir.

Todos nosotros éramos máscaras. Los hombres de mi generación hemos gastado la vida haciendo una guerra que hemos creído justa y necesaria. Hemos buscado una esencia común que hemos llamado libertad y hemos matado por ella. Pero también hemos perdido, en esa batalla, la posibilidad de ser libres, de conocernos a nosotros mismos tal y como somos: sin identidades ni banderas.

–¿Qué serías tú sin eso, Montenegro, hijo de Cara de Plata?

Nada, padre. De eso se trata. De no ser alguien, el del nombre propio, no ser el de los galones ni el de la medallita al valor ni el del cinturón de metralla. No ser el que trabaja para buscar en el interior de la muerte la vida de los demás. En eso hemos usado nuestro tiempo en la tierra.

–Dímelo a mí, regodéate, hijo mío.

Pobre saco de huesos.

Nos habíamos disfrazado de todos los modos posibles. Tú estabas guapísima

teñida de rubia. Nunca he conseguido tener una novia rubia, solamente una de aquellas francesas que venían a vernos al bosque de Bolonia después de la conquista de París. Tenía el pelo muy corto, la besaba en la nuca y ella sonreía con aplazada tristeza, porque sólo nos amaríamos aquella noche, nunca más volveríamos a vernos, en el mundo todo es muerte salvo las horas destinadas al amor.

Te imaginarás entonces cómo fue nuestro viaje, el de los hombres que competíamos en secreto, como si corriéramos a lomos de la muerte, y tú allí, delante, de oro, brillabas como una esperanza entre la nada. Te habías cortado el pelo en una melena por los hombros y, con los papeles nuevos, vestiste el traje de enfermera de tu flamante identidad: Brigitte Fitzsimmons, nacida en el Peñón. Parecía que el pasado no había existido, no habías visto morir a tu padre, no habías perdido ni a tu madre ni tu casa. No habías sido raptada. Eras el centro de la nueva sagrada familia. Beatriz, Mary en el pasaporte, era tu hija, y Manuel, John Fitzsimmons, tu marido, un comerciante cualquiera de vida anodina. Odín, jugando contra sus cómplices, os había sabido juntar. Supo también alejarte de mí, el padre Newman, para no tentar la furia del padre Liberty y de los demás ensotados, hermanos de congregación de viaje hacia Inglaterra, todos seres de abstinencia y de silencio, que sólo podían disfrazarse si no hablaban con su acento andaluz y no sacaban bajo el hábito las pistolas automáticas que habían cambiado por las viejas Sten. Era como estar dentro de una de esas películas que le gustan a Manuel. Pero en la mirada de todos persistía la certeza de que, cuando subiéramos al barco, nos íbamos a atacar entre nosotros.

Cuando Odín me estrechó la mano en el puerto, me dijo, mirándote: «Todo irá bien si le entregas a Magdalena». Y tú lo oíste. Ibas unos pasos delante y te giraste y me viste asentir. Debes creerme ahora. Lo hice para mentirle, para ganar tiempo. Cuando el barco partió, yo sabía que tenía que actuar rápido. Para la tripulación no éramos más que una carga molesta camino de Lisboa, por la que el patrón cobraba una cantidad ínfima, que todos le debíamos a Antoniev y a sus negocios. ¿Te das cuenta? Tenía que atacar a quien nos

había salvado la vida. Tendría que matarlo, si lo piensas bien, para que tú fueras libre.

–Hijo mío, eres un hijo de puta. No le cuentes eso a la muchacha.

Quiero que sepa la verdad. Quiero que ella me vea a través de mi máscara.

–Una cara de cerdo, te lo dijo Antoniev, peor todavía que la de tu padre. Quizá porque has tenido demasiados enemigos. ¿Pero también lo eran los que te ayudaron a vencer a Cañoncito, a los que tú mismo buscaste en las montañas para conseguir que la mujer de Manuel regresara con vosotros, viva y no muerta?

La sangre bailaba en la bodega del barco, de estribor a babor.

Antonio sabía sonreír, ya lo sabes. Le chispeaban las estrías más claras de sus ojos marrones. Se le adivinaban hoyuelos bajo esa barba de pelo blando, como si aún quisiera ser lampiño y muchacho. Aquella mañana, cuando embarcamos, lo recuerdo mirándote en cubierta, abrigándose con los brazos el frío que traspasaba la sotana, mientras veíamos el Peñón que iba disminuyendo en la distancia como si lo estuviera arrastrando hacia atrás la corriente que surgía bajo la popa del barco. Y Antoniev encontró su objetivo: tus ojos. Te sonrió y tú no pudiste evitar una sonrisa y bajaste la cabeza. ¿Qué pensaste? Quizá te escribo esta larga noche sólo para saber qué había dentro de tu cabeza, qué tipo de empatía se asomó desde el fondo de tu alma. Una solitaria mínima sonrisa dedicada al asesino de tu padre.

Le pedí a Manuel que se encerrara contigo y con Beatriz detrás de unas cajas, al fondo de la bodega. Esa misma noche se echarían sobre nosotros.

–No estás seguro, hijo. Ni lo estabas entonces ni lo estás ahora.

Esa misma noche se echarían sobre nosotros, he dicho. Ninguno de los dos bandos tendría mejor oportunidad para sorprender al contrario. Era el mejor momento. Los marineros apenas nos habían visto. Le dije a Manuel: «Si fallo, tendrás que matarlos tú».

Y me acerqué a sus camastros. La congregación jugaba a las cartas. Vestidos con sus trajes de cura, yo mismo me confundía. Me recordaron al cura real que ellos habían matado en Las Quemadas. Y también a los que habían bendecido a los legionarios en la guerra. Una doble máscara los favorecía y los condenaba.

–Les habías cogido cariño, confiesa.

Estás loco, padre, más loco que nunca. Iba con tu saco de huesos al hombro para que entendieran que me arrimaba a ellos para quedarme. Para sentarme, apoyar los riñones en ti, ofrecerme como un ingenuo corderillo.

–Serpiente dirás, eso es lo que eres, hijo mío.

Llevé una botella que le había comprado a Odín y bebieron, todos menos Antoniev, que acabó subiendo a cubierta a buscarte, yo lo sabía, quizá a cargarse al Santurrón, como había prometido varias veces.

–Y los demás se encargarían de ti, ¿eso pensabas? Míralos en el pasado. ¿Los ves con pinta de hacerlo?

Los degollé uno a uno. Panadero, Zorro, Tragaburros, los hermanos beodos, borrachos como cubas. Acompañé al primer hombre que quiso orinar. Como no volvíamos, otro se adentró en la sombra. Cuando regresé a las cartas, iluminadas por la linterna, el tercero me dijo que Lanurse había subido a buscarnos. Ya no habló nunca más.

–Sientes desgracia ahí dentro, la puedo tocar, más espesa que la sangre que iba cubriendo la baraja desperdigada en el suelo.

Fui a comprobar que seguíais a salvo detrás de las cajas, Magdalena. Y Manuel se empeñó en acompañarme. Oímos detrás el llanto de la niña, un llanto apagado por la palma de tu mano. Entiendo lo que te pasó después: la oscuridad, el silencio, la espera que gotea su negra densidad sobre el corazón, que late con tal fuerza que parece que se oye muy lejos. Manuel y yo ya nos habíamos encontrado en cubierta con Antoniev y Lanurse. Nos miramos sin pronunciar palabra y sentí cómo mi pensamiento se comunicaba a las mentes de todos. Sacamos las armas y disparamos todavía dudando y ganando tiempo para encontrar una mejor posición. Manuel y yo nos separamos. En ese momento viniste.

Si no lo hubieras hecho, no tendría que contarte que no fue Manuel quien

mató a Antoniev, ni que sentí la posibilidad de quedarme solo contigo. Tú misma, mientras subías a cubierta, viste su silueta: Manuel apuntaba con su pistola a los dos hombres, Antoniev y Lanurse, que a su vez lo apuntaban a él, cerca de las barcas de popa. Yo me hallaba a un costado, invisible para ellos en ese momento, encañonando a los dos hombres a los que había ido a buscar. Y era fácil percibir lo que podría suceder. Dejar que ellos abatieran al hombre que ambos amábamos, tú y yo, y después eliminar al enemigo, y huir los tres, una refundada sagrada familia, en la que yo iba a ser, por primera vez, tu única referencia. Era una revelación que surgió nítida en la noche, en el segundo decisivo en el que mi dedo iba a pulsar el gatillo. Disparamos casi todos a la vez. Manuel lo hizo por encima de la cabeza de Antoniev y Lanurse, incapaz de darle a Goliat en la noche. Yo ya había apretado el gatillo cuatro veces en la misma dirección, allí donde Antoniev y Lanurse notaban el impacto de mis balas mientras también disparaban: un estorbo suficiente (la muerte, que les agarraba la mano, desde dentro) para desviar la trayectoria de sus proyectiles sobre tu héroe, que insistía en seguir acribillando la oscuridad.

Entonces fue cuando, corriendo a buscaros, me topé con vosotras en las escaleras. «Los ha matado», me informaste. Me quedé petrificado ante tus ojos. Se oían voces de alerta en el barco, aunque la tripulación no podía saber lo que estaba sucediendo. Los disparos suenan en el mar como ínfimas preguntas sin respuesta, como golpes de agua que se funden en el silencio. Seguí escaleras abajo para recuperar el equipaje y el saco de huesos, mientras vosotras subíais donde Manuel estaba desatando la barca.

Después sólo recuerdo el zarandeo del mar. Y el llanto de la niña, que se perdía en la masa de las olas, en el motor del barco que lo alejaba de nosotros. A Manuel le habían alcanzado en una pierna y todavía no nos habíamos dado cuenta. Tú lo descubriste, él no se quejaba. Le hice un torniquete sabiendo que aquel instante mío de duda en la cubierta, inventando una vida contigo, se había convertido en aquella nueva herida, por donde todo, culpa, amistad y amor, se desangraba.

Cuando recibas esta carta, sabrás que los acompañé hasta el límite; que cuando los sepa seguros iré a buscar la tumba de mi madre. Sólo a ella le entregaré estos huesos que se acomodan a mis riñones. Al cuello llevo de nuevo la llave de mi casa. La acabo de sacar de dentro del cráneo de mi padre, donde la había guardado pensando que nunca volvería a Urdax.

Mañana reanudaremos la marcha y, para colmo, se habrán acabado los cigarrillos.

Enciende un último cigarro. El humo azulado desciende hacia sus pulmones, calmando la avidez de los cilios, que bailan en el vapor de aire y nicotina, y se estiran hacia arriba conforme el humo regresa hacia el túnel de la garganta. Un instante de tensa espera. Y los cilios vuelven a bailar, oscureciéndose en cada calada, cada vez más densos y alquitranados en su movimiento.

La nevada arrecia a un lado y otro de esta cueva. Es noche mágica, con miradas en la nieve y pensamientos pronunciados en los silencios de la tormenta. El viento que cruza la cueva agita la fogata. En él vienen las voces de las mujeres, madre e hija, que reclaman la bestia que ayer les robó el guerrero.

Miradlo. Su cansancio, su barba cana y su tristeza. Él observa la oscuridad de la cueva porque ha sentido el amanecer agazapado en el estómago de la nieve. Pronto, muy pronto, el alba.

Arranca las hojas que ha escrito en el cuaderno y estira el brazo hacia el fuego. Las llamas proyectan la tinta hacia un mundo donde se arrinconan todas las palabras perdidas. Deja caer las hojas. Las contempla mientras se encogen, se ennegrecen, se arrugan, se incendian, se convierten en ceniza, palabras enamoradas que agitan a Magdalena en la nube de sus sueños, en el cómodo hotel donde se ha detenido en su regreso a Vulturno. Las lenguas de fuego se cruzan en la hoguera y funden los lenguajes de la mente.

Sepultado en nieve, habla el bosque. Hablan las ráfagas de aire. Hablan los círculos que giran en el cielo y en el subsuelo. Hablan las magnéticas fuerzas del núcleo. Hablan las redes nerviosas que nunca duermen, chispeando como rayos en la ignota lejanía. Hablan las células que murieron.

Hasta las médulas que gloriosamente ardieron hablan.

Atended: fue Montenegro, el guerrero que roba los caballos, quien salvó a los fugitivos. Desde el mar, divisó la muralla de roca, como si fuera el fin de un mundo que para ellos era el principio. Gritaban las aves, y hacía allí remó en las aguas agitadas, sin ninguna otra ayuda. Magdalena había recostado a Manuel en su seno para darle calor y le restregaba la frente con la mano, como si así pudiera curarle la pierna herida, y accionara el mecanismo que le hacía murmurar los nombres de su imaginación. Beatriz, acurrucada a un lado, se había quedado dormida después de temblar.

Cuando embarrancaron en la orilla, el día azul los cegaba. Montenegro los llevó en la espalda, uno tras otro, hasta la tierra, y los dejó descansar al abrigo del viento, en una zona cálida de pinares.

Encontró unas casas de pescadores y confirmó que estaban en la costa de Portugal, al norte del Cabo de San Vicente. Bebió agua dulce. Los pescadores, al mirarlo, pensaron que se encontraban ante un sacerdote a quien Dios había salvado del naufragio, y el guerrero no lo desmintió todavía, porque la sotana ayudó a que lo acompañaran a recoger al resto de los náufragos, con unas andas para llevar a Manuel. El pescador más viejo, llamado Ceferino, les dejó dormir en la casucha donde siempre había vivido sin mujeres ni hijos. Y curó la herida de Manuel, como se había curado a sí mismo la dentellada de decenas de anzuelos.

Manuel se fue recuperando con los cuidados de Magdalena, su enfermera inseparable, mientras el guerrero ayudaba a Ceferino con la pesca, para multiplicar el sustento de todos. En la barca, al amanecer, le contó sus aventuras como sargento jefe, el héroe de guerra al que había que perdonar sus trucos. Ceferino acabó por reírse de su sotana y le buscó ropa vieja de seglar, y Montenegro volvió a empuñar sus armas para vigilar la casa por las noches.

Beatriz había dejado de llorar desde que escaparon del barco. Hervía agua para limpiar las heridas de su padre, ella misma se empeñaba en lavarlas bajo la supervisión de Magdalena. De noche, el camastro de Beatriz brillaba como si estuviera acostada una muñeca de luna. Reía algunas veces mientras cantaba delante del fuego y las heridas de todos, internas y externas, se

curaban con la canción. Manuel murmuraba la suya en momentos escondidos, cuando presos pasamos tus ríos, Babilonia, como un lazo que saliera de su garganta para envolver cada una de las letras del nombre de Ángeles, y las dejaba caer en el rincón más oscuro de su melancolía.

Montenegro regresaba con las redes de pesca por el mismo camino que había recorrido Ceferino toda su vida. Y el viejo iba detrás, mirando en la espalda del guerrero al hijo que nunca había podido tener.

Magdalena también cantaba mientras aprendía a cocinar un nuevo guiso de pescado. Manuel sonreía al ver a su hija correr desde el pinar para abrazarlo. A Beatriz le gustaba internarse entre los árboles y allí descortezaba los troncos con una navaja, preparando un hueco suficientemente liso, donde escribía: «Papá y yo, mamá se ha muerto». Necesitaba hacerlo para dejar de pensar en ella, para dejar de llorar en el bosque donde trataba de esconderse antes de que alguien la llamara. Rezaba, rezaba intensamente, como haciendo un escondite gigante, por favor, que papá se cure para siempre, y luego volvía detrás de las voces que la buscaban, y ayudaba en las tareas de la casa, aunque comenzaba a evitar a la que representaba el papel de su madre. Una vez tachó su nombre en un tronco donde había escrito «Papá y Magdalena», y se guardó la navaja en el bolsillito de la falda. Por la noche, Ceferino contaba historias en un cerrado portugués que casi nadie podía entender salvo Montenegro, quien las iba traduciendo: cuentos de marinos, desastres de la pesca, criaturas monstruosas que habían caído en las redes.

Vedlo. El guerrero es un buen hombre, nadie busque venganza, porque ya va a amanecer. Hay mucho en lo que entretenerse todavía en esta cueva. Prestad atención ahora a Manuel, que acaba de despertarse. Oíd lo que piensa y sabréis lo que pasó.

Las mujeres del pueblo dijeron no queremos el dinero, es nuestra última bestia, ya os llevasteis las otras. Siguen viviendo con José en Ambusta junto a la casa quemada, junto a la madre quemada de Beatriz. Todo me lo ha contado el Tenorio en este viaje desde Lisboa hasta la frontera con Francia. Y en su coche el tiempo se me ha hecho tan largo como si hubiéramos venido a

pie. Demasiadas noticias. Tu compadre José Cid ha perdido un ojo de la paliza que le dieron por no saber nada. El cuerpo de Ángeles desapareció en el incendio. También el del cura. La cabeza de don Luis *el Amo* fue reconstruida por el mejor taxidermista de Vulturno, el mismo que le decoraba el dormitorio con sus piezas de caza, y después enterrado en la mismísima catedral como un mártir de la Cruzada. Leonor, viuda de todos, se ha enclaustrado en el convento de la Santa, el mismo que yo incendié en la guerra, y que ahora está intacto como si mis acciones hubieran sucedido en otra vida. Los conventos de ahora son los manicomios de mañana. Uno para mí a condición de que no sea en la España de Franco ni en cualquier otro lugar llamado España. Una de las primeras invenciones que conocemos es el país donde vivimos. Un manicomio es un lugar donde viven juntos aquellos que creen firmemente en sus propios inventos.

Leonor viuda de todos fue encontrada por los primeros que acudieron a apagar el incendio de la casa, arriba en la colina adonde la había llevado en brazos el sargento jefe, con ayuda de Magdalena, que después comenzó a golpear el pecho del que la estaba salvando por abandonar allí a su madre, a la vera del camino, y desde entonces lo odió. Y no fue capaz de conservar viva a Ángeles en el asalto a la casa, y desde entonces una parte de mí también lo odió. Éste fue el cuento colorín colorado y mañana Francia.

Por eso debo cuidar a la dormida, tan cansada mi niña. Hasta duerme Montenegro que siempre está despierto y vigilándonos. Se ha ido Magdalena y él sin nada acostado sobre el saco de huesos. Nunca habríamos regresado aquí sin él. Me levantaba del brazo en casa de Ceferino y me acompañaba a dar un paseo por los pinares. Beatriz corría a tomarme de la mano y a enseñarme sus secretos que había tallado en los troncos con una navajita. El sargento jefe vigilaba en las dunas, subía a las colinas, miraba de reojo a Magdalena si se venía con nosotros. Tan distinta a aquella de Las Quemadas. Como si todo el corazón transparente la envolviera a ella y no la carne de ella al núcleo de su corazón. Me había besado en el sueño cuando no tenía nombre y después en la celda cuando me dijo esto te va a escocer y eran sus labios. Bella brazos suaves senos de despertar endurecido. Aquella vez que la abracé para decirle la quise. Era más que agradecimiento, ternura y

derramarme en aquella calidez que jadeaba. Su respiración en mi oído como un fuelle me sacaba la muerte de la cabeza. Se nos llenaba la risa de arena. Las dunas cama del sol, esa luz acabó de curarme. Llegué a pensar una madre para Beatriz. Pero no podía traerla aquí conmigo. Ni ella quería decirme cuántas ganas tenía de volver a Vulturno.

Me vi obligado a hacerlo en cuanto tuve la oportunidad en Lisboa, llamar al casino en busca del Tenorio, después de haberlo visto vivo en el camino de Gibraltar. Y vino en su coche nuevo hasta Lisboa, y luego en él nos han traído hasta la frontera antes de volver a marcharse con Magdalena. Quién nos iba a parar. Sale en todos los periódicos. Nos los enseñaba orgulloso como si antes nunca le hubiera pasado nada bueno. He cambiado el sidecar por esta carroza, Magdalena, decía, para venir a por ti como dos flamantes. Con éste sí que nos vamos a América.

Hemos tenido suerte.

Magdalena sonreía y luego lloraba tan bonita. Magdalena vuelve a su tierra y nosotros volvemos a los Ríos de Babilonia. Pero lo que regresa en ella es otra. Sus ideas son otras. Todos somos responsables. Lo que ocurre en el mundo se hace con cada mano. Nuestras manos. Las de ella en mi cara. Olvídala, ha cumplido su misión, se ha borrado definitivamente. El Tenorio la cuida buen muchacho, torero al volante me divierte. En Lisboa me llama Jesucristo por segunda vez y me dice te perdono aquel beso que le diste a Magdalena. Si él supiera, a lo mejor ya sabe, pero Jesucristo es él resucitado y salvado en el camino de Gibraltar. ¿Ese ruido? Pisadas invisibles. Amanece. ¿Y dónde estarán ellos, dónde ese coche enorme entre la nieve?

Fuego, quema mis manos. Saca el anzuelo de Magdalena de mi carne. Así. Hace daño y mi carne no importa. Ángeles Ángeles mi obligación mi deuda. Por ella viniste. Ringo, fallaste en tu diligencia. Ángeles, mi vida, perdóname. Cuando te abracé junto al río, bajo el puente de Vulturno, parecía tan real volver a amarte, tocarte con la naturalidad con la que me apoyo en este suelo, sólo teníamos que pisarlo, recorrerlo juntos de regreso a Francia. Todavía en el sótano pensé que vendrías conmigo, que ésa era tu elección. El sargento jefe me contó que, la noche en que moriste, cuando saliste al porche, había una decisión en tu rostro, antes de que el asesino te disparara. Después

de aquello, yo no habría conseguido dar un paso si no fuera por Beatriz. Le voy a decir a Ringo que sólo piense en poner a salvo a nuestra hija. En el hospital Varsovia. Con María. Ella la cuidará. María desnuda en mi sueño y apretándose a mí. Quién es Dallas, la que murió en Vulturno, la que se acaba de marchar o la que se quedó en el Varsovia. No me importa. Tengo que llevar a mi hija hasta Toulouse.

Y Beatriz abre los ojos. Como si los pensamientos de su padre fueran los que la despertaran.

Qué frío qué huequito aquí. No sé decirlo. Como si fuera un perrito mojado y está temblando. Un poco más cerca del fuego. ¿Hay claridad? ¿Papá duerme? Nuestro guardia duerme. Qué sueño más raro. Venía por mí un pájaro muy grande y solo, me cogía por el pico y me soltaba en Francia sin hacerme daño, donde dice mi padre que vamos a vivir otra vez en paz como antes de que él viniera a buscarme. Eso me decía él cuando estuvimos a punto de morirnos tantas veces, huíamos como los gatitos cuando los quería coger en la cuadra, decía mi papá vine a buscarte a ti pero yo sé que vino a buscarnos a las dos. Ahora que mamá ha muerto. Pero papá me decía quién te ha dicho eso y yo le contestaba ése, el bandido que quería quedarse a la tita Magda para él, aunque se lo había oído a todo el mundo incluido a papá. Todo el mundo quería quedarse con la tita Magda porque es tan guapa. Mi hermanastra pero no mi mamá. Y yo tan triste que me da igual morirme.

No me gusta este lugar oscuro, hay viento dentro de la cueva y otro ruido. Echo de menos mi casa, a la tata Leonor y al padrastro Luis que me decía llámame papá y que también se ha muerto. Pero la tía Magda me ha dicho que la tata Leonor sí está viva y que cuando queramos podemos ir a verla al convento, donde iba en mi caballito con el papá Luis, y entonces mi papá verdadero se ha enfadado y ha dicho Magda no le digas esas cosas. Aunque ya no puede decirle nada porque se ha ido en el coche del Tenorio hacia su casa. La mía ya no existe.

Allí el papá Luis se acostaba con mi mamá que está muerta. Por eso lo han matado, lo he oído muchas veces, lo llamaban Cañoncito, te hemos reventado, Cañoncito, lo decían todos los hombres de la montaña, aunque conmigo mi padrastro era muy bueno, y nuestro guarda, el que nos guía, me tocaba la cabeza, me sonreía, no te preocupes, Bea, te lo contaré todo cuando lleguemos a Varsovia. Me gusta que me llame Bea y yo sé que también a él le gustaba la tita Magda. Cuánto echo de menos a mi madre, fuegucito, tú eres mi ángel de la guarda, me lo dijo un día la tita Isabel, en cada llama te mira un ángel, así que ayúdanos a que no nos cubra la nieve, ángel del fuego, y así podamos llegar a nuestra nueva casa en Francia.

A mí me gustaría que me pasara lo mismo que a la tita Magda, que viniera alguien muy guapo a rescatarme. El Tenorio es muy guapo, mucho más guapo que nuestro guardia Monteperro, que tiene una barba casi blanca y ojos que o se ríen conmigo o están muy serios, preocupados, también como los de un perro, está mirando a todas partes por si viene alguien a hacernos daño y luego miraba a la tita Magda a ver si le hacía un poco de caso. No sé por qué la tita Magda ya se ha ido en lugar de llevarnos a Varsovia en su coche. Me han obligado a aprenderlo de memoria. Varsovia es un hospital que está en una ciudad que se llama Toulouse. Y allí hay una doctora muy buena que va a cuidar de nosotros y que se llama María. Dilo otra vez.

Dilo, dicen que tenemos que ir andando para que nadie nos vea, que es como el juego del escondite pero no soy tonta, sé muy bien que nos persiguen los amigos de mi padrastro y estoy harta de esconderme. ¿Otro ruido? Tengo miedo, fuegucito, Dios te salve María llena eres de gracia el Señor está. ¿Sabes? La tita Magda estaba siendo mi madre. Éramos como una familia los cuatro, papá, la tita Magda y nuestro guardia Monteperro. Cuando papá estuvo curado del todo le dijimos adiós a Ceferino, que había sido tan bueno con nosotros. Andamos mucho y luego nos subimos a un autobús muy grande con mucha gente seria, y ya no me acuerdo de nada, dormí hasta que me despertaron en una ciudad que se llama Lisboa. Y luego pasó una cosa muy rara como un cuento. La tita Magda quería mucho a papá, y papá se puso encima de ella una vez en el bosque y otra en las dunas, yo los vi, pero luego papá decía que Magda no podía seguir con nosotros, que ella tenía que volver

a su casa porque éramos unos fugitivos y que ella era libre de viajar a vernos cuando ya estuviéramos en Francia, pero que en Vulturno estaba su novio el Tenorio que es tan guapo y que él tenía que saber que estaba viva, porque no era justo.

No era justo. ¿Fue en las dunas? Sí, y también en la ciudad, en la pensión, yo los oí escondida debajo de la cama y luego se callaron y la cama comenzó a moverse, y sólo se oía ahh ahh, y yo sentí cosquillas ahí abajo, Dios te salve, y me quedé muy quieta, casi no respiraba, y Monteperro llamó a la puerta, ¿estás ahí, Bea?, y se levantaron corriendo y empezaron a buscarme por toda la pensión, y entonces yo salí de debajo de la cama sacudiéndome el vestido.

Ese mismo día papá llamó al casino la primera vez. La tita Magda se puso a llorar cuando supo que papá había logrado hablar con el Tenorio después de intentarlo muchas veces desde el teléfono que había en aquel pasillo tan oscuro. Papá y Monteperro se iban al puerto durante el día a trabajar y después por la noche llamaba por teléfono, y entonces la tita Magda se abrazó a papá, papá se abrazó a mí muy fuerte y también lloró porque se acordaba de mamá. Yo sabía que papá estaba enfadado con Monteperro el guardián porque la había dejado morir. Y Monteperro el guardián fue el único que se quedó sin abrazo. Y yo me di cuenta y me abracé a él.

Cómo estás, mamaíta. Dios te salve María llena eres de gracia me gusta mirar las llamas que bailan. El Tenorio vino en un coche muy elegante porque había ganado mucho dinero, ¿sabes, mamá? Me lo contó así, me dijo, estaba tan triste que me puse a torear todos los días para ver si me mataba un toro, pero ninguno me venció porque la Virgen quería que yo volviera a verte, me dijo, y me dio un beso, Dios te salve, María, es muy guapo el Tenorio. Y la tita Magda cuando lo vio, lloró otra vez y se abrazó a él y no lo soltaba, y luego se fueron al cuarto ellos dos a hacer lo mismo que antes había hecho con papá, y papá se fue a la calle a dar un paseo muy largo. A mi cuarto se vino Monteperro, que me contó muchas aventuras, la mejor que había estado viviendo en un castillo. Y después me habló de Francia, donde voy a convertirme en una señorita muy elegante y hasta sabré hablar francés.

Pero lo que no me gusta es que tengamos que ir andado y pasar tanto frío

para que no nos descubran los amigos del padrastro Luis, ni que nos hayan traído la tita Magda y el Tenorio en su coche y luego se hayan ido de vuelta a reconstruir la casa de Las Quemadas, han dicho, para que un día volvamos. Pero esa casa es mía, me lo ha dicho mamá muchas veces, mía y no de Magda, de ella es la casa de Vulturno, esa casa que no existe es mía, y lo he dicho en voz muy alta. Y papá se ha quedado callado otra vez, como siempre hace, y Monteperro ha ladrado un poco y ha apretado la mano del Tenorio, diciendo: Cuídala, sed felices. ¿Otro ruido?

Es sólo un ciervo que se ha refugiado en la cueva y al sentir el fuego en el recodo se ha vuelto a marchar.

Déjalos marchar, Beatriz, déjalos irse. Tú tampoco volverás.

Otro ruido, sí.

Ahora es Manuel, que se incorpora.

—¿Has dormido bien?

La niña asiente mientras el guerrero, al fondo, apartado, abre sus ojos marrones, menos bellos, más dolidos. Vedlo, no se merece más daño. La guerra continúa en su cabeza y la trasmite allá donde él va. Montenegros, almas negras, pedernales.

No quiere enterrar aquí los huesos, no quiere dejarlos en el corazón de esta cueva, entre la tierra que aún recuerda la carne turbada, la turba de amor, turba de las hogueras apagadas y encendidas tantas veces. No quiere dejar los huesos aquí como yo hacía con él cuando le enseñaba a estar solo.

Ya ha amanecido en el bosque. La noche mágica ha volado como un toldo que arrastra la tormenta. Y un dedo de luz viene a silenciarme.

Montenegro arrojó el paquete vacío a las brasas, donde se encogió y se convirtió en ceniza, como si el fuego lo aspirara desde dentro. Reunió el cazo, los vasos de metal y los cuchillos, que Manuel había limpiado con nieve, y los guardó en la mochila. Recogió el saco de huesos y lo ajustó en la grupa del animal, que se movió inquieto.

–Tranquilo –dijo, acariciándolo–. Ya sé que te hemos sacado de tu casa.

Le incomodaba haberlo hecho. Ayer la vieja se había opuesto firmemente, mientras la joven lo miraba en silencio, con aquellos ojos tan abiertos, *eran de un color casi amarillo, como su pelo, tan lacio a un lado y otro y los labios quemados y muy serios. Hay algo en ella que me recuerda a mí.* La vieja había señalado la ventana, detrás de la que se veía la figura de Beatriz, muy abrigada, de pie y de la mano de su padre:

–Así que es ella la razón por la que vinisteis –dijo la vieja.

Montenegro la miró alarmado.

–La cría viaja sin su madre, habéis pagado un precio muy alto –continuó la mujer–. Dónde están nuestros caballos. Los robasteis al venir y por ellos no habéis pagado nada.

–Si lo sabes todo, sabrás también dónde quedaron las bestias que os tomamos prestadas –contestó Montenegro–. Ahora os pagaremos bien por las tres.

–Necesitamos el animal. No es fácil para nosotras conseguir uno nuevo.

Montenegro contestó sacando buena parte del dinero que les había dejado el Tenorio antes de marcharse. La vieja acabó por tender la mano y la joven habló por fin:

–Buen viaje.

Y, como si saliera del eco de sus palabras, el aire se llenó de copos de nieve.

Habían tomado el camino de la frontera, pero la nevada arreció minuto a minuto, el campo se cubrió de aquel corcho blando que se les pegaba a los pies y cuyas virutas los azotaban en la cara. El día, blanco, se había oscurecido. De ahí que se vieran obligados a pasar la noche en la cueva.

Por fin ha acabado esta noche maldita.

Montenegro terminó de asegurar el saco en la grupa y sintió la mirada del animal, que había girado el cuello hacia él. *Es un óvalo donde vamos sucediendo.*

–Bea –dijo. Y ella terminó de abrocharse el abrigo hasta el cuello–. Tú irás montada en el burro. ¿Dónde está tu padre?

–Allí –dijo señalando una de las entradas de la cueva.

Montenegro se asomó para llamarlo, *en qué piensa, debería estar recogiendo ya sus cosas*, pero no lo hizo. Lo contempló. De espaldas y a contraluz, miraba el exterior como si estuviera esperando todavía a alguien.

–Ve por él –dijo. Y se quedó solo.

Revolvió las brasas. Dispersó los trozos más grandes a patadas.

Mejor sin huellas, que no sepan que acampamos.

Entonces llegó Manuel, adelantándose ahora a su hija, que venía detrás, despacio, con las manos en los bolsillos del abrigo.

–¿Crees que el paso será seguro? –susurró–. ¿Habrá avisado esa vieja a la Guardia Civil?

–No te preocupes, tiene tanto que perder como nosotros. Aquí no las quiere nadie. Vámonos ya. Estamos a dos kilómetros de Francia. Con esta nevada las patrullas no habrán salido. Si la nieve nos deja, en una hora sois libres.

–Ven con nosotros, Doc. No puedes volver a tu pueblo. Te van a coger.

–Me refugiaré en la casa, nadie me verá– dijo Montenegro mostrándole a su amigo la llave que llevaba colgada al cuello–. Pero antes os dejaré en la frontera bien encaminados. Cuando entierre a mi padre, iré a buscaros a Toulouse.

–Acabarás en la cárcel. Te estarán esperando.

–Calla, Manuel, aquí viene la niña. Lo principal es que ella esté tranquila. Silba y no pienses más. Eso es lo que mejor sabes hacer, Melody. Yo silbaré también.

Y Montenegro se puso a silbar la canción que tantas veces había oído cantar a su amigo. Y eso fue lo que oyó Beatriz mientras se calaba bien el gorro, y lo que silbó por fin Manuel cuando se echó al hombro su mochila, la música que llenó los rincones de la cueva como un resto asombroso del viento que la recorría habitualmente y que ahora rebotaba arriba, en las oscuras oquedades. Abajo, abría la marcha Montenegro, revisando la munición de su revólver, sin dejar un instante de silbar. Y, detrás, Manuel tiraba de las riendas del burro, donde Beatriz, sentada a la grupa, juntó los labios para soplar un aire que todavía no conseguía ser silbido. Un aire incapaz de calentar el frío que los envolvía y que los aguardaba también unos pasos más allá, radiante e iluminando la nieve.

Ocultos en el pinar de la colina, dos caballos hundían las patas en la nieve como en el tiempo. Silenciosos en el frío, trataban de moverse para entrar en calor, pero las riendas los sujetaban, a ellos y al reloj del cielo.

En el valle blanco, los fugitivos parecían tres pedazos de carbón que iban dibujando una línea mutante hacia la frontera. Montenegro continuaba el primero para abrir camino en la nieve. Manuel se esforzaba tirando del burro, que a veces se resistía a avanzar.

–Quiere volver al pasado, tiene querencia –dijo Manuel.

–Quiere volver con sus brujas, ellas tiran también de él –dijo Montenegro.

–Arre, burrito, no seas malo –dijo la niña, acariciando el cuello del animal.

–Mirad –exclamó Manuel.

Dos bultos bajaban por la colina.

Los contemplaron con la respiración cortada. La nieve que ellos pisaban era un minuto detenido, el movimiento estaba reservado para aquellos animales que corrían hacia ellos.

Lobos.

Osos.

Dos caballos.

–Coge a la niña –ordenó Montenegro–. Tenemos que llegar allí –y señaló un bosque de árboles pelados por el invierno–. Podremos cubrirnos. Vamos –gritó.

Manuel recibió el grito como un empujón. Corrió con Beatriz en brazos, agarrada al cuello de su padre. Miró hacia atrás. Montenegro tiraba de las

riendas del burro, que se negaba a obedecer.

Sonó claramente el alto de la Guardia Civil, como si el valle fuera una habitación cerrada. Y, después, el primer disparo. Los proyectiles trazaban su trayectoria en el aire de hielo y luego acababan con un impacto blando en la nieve.

Montenegro soltó el animal y también disparó sobre los caballos, cada vez más cercanos, que frenaron, y consiguió unos segundos imprescindibles para correr detrás de los suyos. Acababan de guarecerse detrás de unos arbustos. Las huellas indicaban claramente el lugar, y unas gotas de sangre desperdigadas como bayas sobre la nieve. Vio relucir un instante el revólver de Manuel. Cada disparo suyo le serviría para ganar el espacio que necesitaba. Sonaron uno, dos, tres, como un péndulo. Y respondieron los otros relojes, como si la muerte y el tiempo se desperdigaran irregularmente por el valle.

–Otra vez, ¿Manuel?

–Mientras me dan a mí no os dan a vosotros.

–Tienes más vidas que un gato. ¿Dónde ha sido ahora?

–No es nada, otra vez el brazo izquierdo. Puedo disparar. La bala no está dentro.

–¿Quieres que te la vende, papá?

–No, cariño, quiero que te agaches mucho, pégate a la nieve.

–¿Nos van a matar, por qué nos quieren matar?

–No llores, cielo, no nos va a pasar nada. Túmbate.

–Aquí vienen. Dispara a los caballos.

–De acuerdo, Doc.

–Le has dado, coño, qué tiro.

–Pobre bicho.

–Pero el hijo de puta se levanta.

–Ahora utilizará el caballo para cubrirse.

–El otro desmonta.

–Dale.

–Es muy difícil con esta herramienta, están muy lejos. Ellos, en cambio, tienen fusiles. Pero no se atreven a asomarse.

–Hija mía, escucha, ¿ves aquellos árboles? Corre hasta allí y después no pares.

–Sí, buena idea, es el momento. La frontera está ahí, detrás de ese bosque.

–No llores, corazón. Haz lo que te estoy diciendo.

–No, papá, yo me quedo contigo.

–Dispara, Doc. Que no la vean. ¡Corre te he dicho!

–Dispara tú también, Manuel. Vacía el cargador, que no levanten la cabeza.

–Hijos de puta, ni se os ocurra asomar ahora.

–Hostia, le has dado al otro caballo. Hoy alguien dispara por ti.

–Se me han acabado las balas.

–Recarga.

–No dejes tú de disparar.

–Están acojonados. ¿Cómo va Bea?

–Está entrando en el bosque. Lo va a conseguir.

–Cuidado, ahí aparece uno. Baja la cabeza, me cago en todo.

–Ha pasado cerca.

–Déjame vendarte esa herida.

–De acuerdo, Doc.

–Si alguno se asoma, ya sabes.

–Descuida.

–¿Y el burro, lo ves?

–Sí, está regresando hacia la aldea. Va lento, pero va.

–Maldito jumento.

–La vieja nos denunció.

–No lo creo. No le ha dado tiempo con lo que ha caído esta noche.

–Pues nos ha dado mala suerte.

–Eso sí. ¿Has recargado el revólver?

–Claro. Y el burro no ha servido para nada, Doc.

–Era por tu hija, imbécil, para que la llevaras así hasta el tren.

–Pobrecita mía. ¿Llegará?

–Claro que sí, y ahora tú te vas detrás de ella.

–Esos comanches no me van a dejar.

–¿Ya estás con la fiebre? No empieces. ¿Y nuestros amigos? Este vendaje ya está.

–Si asomas la cabeza, te la revientan.

–Tengo que recuperar a esa bestia. Se lleva a mi padre.

–Vente conmigo a Francia.

–Calla. Hay que salir de aquí. ¿Ves aquella roca? Me voy a subir en ella.
Hay suficiente altura. Desde allí me los cargo.

–¿Y yo qué hago?

–Tú cúbreme. Son unos cobardes. ¿Nos ves que tienen hijos igual que tú?
No levantarán la cabeza mientras disparas.

–Te van a dar.

–He dicho que me cubras.

Dispara, Ringo, dispara. Manuel Juanmaría vació el cargador, mientras Ramón Montenegro alcanzaba la roca, y consiguió que los guardias civiles no vieran la estrategia del enemigo. Éste, el sargento jefe, aupado en su mirador, contempló la panorámica: dos hombres apostados ante los cadáveres de sus dos caballos. La sangre de los animales, rematados por sus propios jinetes, se expandía por la nieve.

Amenazaba con volver a nevar. Se levantó, a ráfagas, el viento del norte.

Montenegro apuntó hacia el primero de los guardias y pensó: *los voy a convertir en perfecta compañía*. Disparó. Supo que aquel hombre se retorció antes de dejar un huérfano, una viuda o un padre desolado. *Y ahora es sólo una cáscara sin alma*. *Sigo en guerra*, se dijo, vislumbrando el bulto de la bestia que se alejaba por el valle con el saco de huesos.

Y disparó hacia el rostro que se había vuelto en su dirección con gesto de sorpresa –unos ojos claros que suplicaban en su íntima certeza; una barba rubia donde se había congelado el propio aliento–, y lo vio caer de bruces, y contribuir con su sangre al manto negro que se esparcía sobre la luz blanca.

Esperó. Nada se movía. Nada había pasado. El mundo, sin inmutarse, había permitido que un nuevo ciclo se cumpliera. Vio que Manuel asomaba la cabeza desde el arbusto, y sintió de nuevo amor por él y una desdicha inmensa. *Espero otra vida sin muertes*, se dijo y, al ver que Manuel se incorporaba, bajó de la roca, corrió hacia donde yacían los cuerpos y volvió a disparar sobre uno de ellos, que se había movido.

–¡Espera! –le gritó a Manuel, que ya se dirigía hacia donde se había marchado su hija

Tiene que inmovilizar ese brazo, se dijo Montenegro, mientras desarmaba a los cadáveres de sus pistolas y municiones. Desató el pañuelo con el que uno de los guardias se había abrigado el cuello. Miró una vez más hacia donde el burro seguía siendo un bulto cada vez menor, sobre el valle, y corrió hacia Manuel, que a la vez venía a buscarlo. Las ráfagas de viento eran ahora constantes y había comenzado a nevar.

–No hay tiempo, Manuel –le dijo, y le ayudó a poner el brazo en cabestrillo con el pañuelo del guardia civil. Luego le metió en la mochila una de las pistolas y parte de la munición. También la bolsa con el dinero.

–Qué vas a hacer tú.

–Ya lo sabes.

–Ven conmigo.

–Lo haré en cuanto termine.

Montenegro frunció el ceño. Las miradas temblaron. Manuel dijo:

–Cuando encuentren los cadáveres, te van a buscar por todas partes, te van a despellejar. No seas loco y ven a Toulouse.

–¿Y dejar a mi padre a lomos de un burro, después de recorrer toda España con él? Lo enterraré yo, y no esas brujas hacia las que se dirige.

–Ten cuidado.

Montenegro asintió.

–Los nazis no pudieron conmigo. Yo podré con la Guardia Civil. Corre –dijo–, sigue las huellas.

Manuel lo abrazó. Y, antes de separarse de él, añadió una palabra de agradecimiento, breve, firme.

Y corrieron cada uno en una dirección, como dos agujas de reloj que marcan una hora precisa señalando dos puntos contrarios de la misma esfera.

Manuel rebasó el arbusto y encontró las pisadas de Beatriz bien marcadas. Nevaba con más intensidad y supo que en los próximos minutos iba a perder las huellas. Las ráfagas caían cruzadas sobre aquellos moldes vacíos que indicaban la ruta. Eran fugaces señales del tiempo pasado, impresiones de ausencia, cada vez menos nítidas, que la nieve nueva borraba.

Aterida, empapada. Hacía rato que la nieve se había convertido en lluvia y la lluvia en noche. Su padre no había aparecido en la borrasca, aunque su rostro se fugaba entre los árboles, nunca nítido, un tronco viejo, el nudo de una gruesa rama desaparecida.

Pisó hierba encharcada, monte abajo, hasta que se topó con una carretera. La siguió en dirección descendente. Lloraba a ratos pero quizá se trataba del ruido de la lluvia. Entonces oyó un sonido inconfundible.

Es un río, se dijo.

Bajó hasta la orilla, arañándose los brazos y las piernas, hasta refugiarse debajo de un arco de piedra, que alguna vez había servido de puente y ahora estaba en ruinas.

Temblaba, y el río se llevaba todos los sucesos por muy recientes que fueran, y traía solamente los nuevos, que eran frío y miedo y desamparo.

Se quedó dormida y, al rato de amanecer, oyó voces, arriba en el camino, que le parecieron parte de su sueño. Subió hasta la carretera y descubrió una motocicleta enganchada a un carro, con una lona donde aparecía escrito en letras muy grandes un nombre extraño:

–Bar-be-rous-se –deletreó.

El carro estaba sobre la hierba, antes del puente, y alguien había amontonado unos palos para hacer fuego. Las voces venían desde dentro de la lona. Junto a los palos, había unos vasos de metal. Beatriz cogió uno de ellos y corrió hacia el río.

–Los pelirrojos somos más fuertes –dijo Barberousse.

Beatriz se había sentado a su lado cerca del fuego, y tenía una taza caliente en la mano. Le habían cambiado sus ropas húmedas por un vestido de hada con alas de celofán.

–No tenemos otra cosa, lo siento.

–Este me gusta –dijo ella.

La mujer de Barberousse la había desnudado para frotarla con paños hervidos en la fogata, y luego tapparla con todas las mantas disponibles.

Era mucho más joven que el hombre, con un rostro triangular, el pelo corto, rubio y muy fino como plumón de canario. Debajo del abrigo largo vestía unas mallas estampadas con rayas horizontales, como las de un presidiario.

–Estelle, la trapecista.

Así la había presentado Barberousse y ella había saludado con un gesto teatral, inclinándose ante los aplausos de un público imaginario. Luego calentó un poco más de agua y regresó al interior de la carreta.

–No habla más que francés, y eso cuando habla. No le hacen falta palabras para caminar por el cielo ni para tocar el tambor.

Barberousse tenía el pelo encrespado, con hilos blancos y rubios que apagaban el rojo que le poblaba cabeza y barba; la nariz aguileña, los labios pequeños, el ceño fruncido, los ojos inquietos y alertas como los de un conejo. Vestía pantalón grueso y jersey de lana, aunque lo más visible en él eran sus botas rojas, muy limpias y cepilladas, y la bata japonesa que llevaba por encima: negra, con un gran dragón multicolor bordado en la espalda.

–Antes de la guerra, viajé muchos años por España trabajando en varios circos, el que mejor pagaba. El público siempre quería ver al forzado Barbarroja, que por supuesto no podía ser español. Allí no os queréis a vosotros mismos. A veces íbamos al sur, seguro que también fuimos a tu pueblo, aunque no creo que hubieras nacido. Mira, mira mis músculos.

Beatriz se puso de pie y apretó con una mano los bíceps de aquel hombre que parecía su abuelo. Se notaba que había sido un gigante de acero en su juventud, pero incluso para sus músculos era un tiempo muy lejano.

–Tú serás Beatrice, el duende de las montañas, la que encontramos en el

río, y ayudarás a Estelle con su número en el trapecio. ¿Estás de acuerdo?

La niña se frotó el pecho para quitarse el frío y volvió a sentarse junto a la hoguera.

–¡Hada Beatrice, quedas contratada!

–¿Y mi padre?

–Buscaremos a tu padre. Seguro que pronto aparece por este camino. O ahí, abajo, en la ciudad.

–¿Y no nos meterán en la cárcel?

–¿Ya sabes tanto? La guerra terminó. Somos gente de circo, ¿verdad? No nos preocupan esas cosas. Barberousse cuidará de ti. Alegra, alegra esa cara. Mira que tendrás que ayudarme a que la gente sonría. Y eso es lo más difícil, hacer reír a la gente después de una guerra.

Parecía un sueño el día radiante, muy azul. Estaban en una ciudad al pie de las montañas, que se veían lejanas y enormes, como apaciguados gigantes. El público se apretaba alrededor del carro. En el centro del círculo, Barberousse, con el pecho descubierto, logró romper el candado de hierro con sus músculos mientras Estelle, vestida de presidiaria, tocaba el tambor.

–Serás el más fuerte, pero eres muy lento –exclamó Beatriz con su traje de hada, y luego corrió por la plaza, perseguida por el Cazador Pelirrojo, que se había puesto una nariz de payaso y ahora le apuntaba con un rifle de juguete.

–¿Eres un pato, un ganso, una perdiz? Todo lo que se mueva a la cazuela. ¡Qué hambre, tengo hambre!

Y Barberousse disparaba entre las risas de la gente, con una sacudida del brazo que Estelle hacía sonar en el tambor.

–Bum –gritaba.

–Bum –repetía Beatriz.

Y también reía. Barberousse había prometido que la llevaría a Toulouse. *Allí estará papá, allí es donde dijo que tenía que ir. Repítelo cien veces y se hará realidad.*

«Luna milagro.

Luna vigilante.

Luna perro.

Luna llena.»

Barberousse declamaba su retahíla mientras la roca flotaba en el oeste, ya cerca del horizonte. La carreta se había puesto en marcha temprano, poco antes del amanecer, para salir de la ciudad antes del bullicio matutino, y ahora avanzaba por una ruta solitaria.

–Para un vehículo como el nuestro es el mejor camino hacia Toulouse. Actuaremos en los pueblos –había dicho el viejo forzado la noche anterior, todavía acampados en las afueras–. Ya no me gustan las ciudades. Se huele la tristeza de todos los que han anhelado ser algo y luego lo han perdido. Y es ley que todo lo conseguido desaparezca. Lo único que vale la pena guardar es lo que se aprende. En la ciudad hay demasiados deseos complicados. Prefiero el campo y el camino. Qué daño podría hacer lo que desean los pájaros.

Hacia rato que Estelle se había acostado. Beatriz se había quedado dormida calentada por la hoguera, escuchando a Barberousse. Él la cogió en brazos y la llevó al interior de la carreta. Luego se lió en una manta y se acostó junto al fuego.

–Así estará más cómoda aunque me temo que se está poniendo enferma. Ha cogido la gripe de la ciudad.

Le hablaba a la luna mirándola, un gigante de luz en el este que había comenzado a trazar su compás en el cielo. Luego se durmió. Una sola vez Barberousse se despertó y la vio en la cúpula: derramaba los velos de su luz y, maravillado una vez más ante su belleza, volvió a dormirse.

Se levantó temprano, cerca de las seis; calentó agua para la infusión de hierbas que tomaba cada mañana, y la bebió despacio observando aquella luna magnífica, un círculo titánico que ya había descendido cerca de los tejados, en el oeste. La recorrían nubes de hilos sinuosos y circulares, como dentro de una rueca de sueños donde trabajara una mano invisible.

–Cada forma es un secreto pronunciado para que desaparezca. La luna es creación constante, un espejo de piedra que nos refleja y, al mismo tiempo, nos ve.

Solía hablar solo, murmurando, un defecto que aumentaba con la edad, pero Barberousse calló al asomarse dentro de la carreta. El calor de Estelle y Beatriz le golpeó el rostro. No las distinguía por sus rasgos en la oscuridad; sabía dónde estaban cada una por su aura. Oyó la tos de la niña y cerró la capota de la carreta.

Se abrigó, se cepilló las botas rojas, se caló bien el sombrero, revisó el gancho que unía el carruaje a la motocicleta como hacía cada vez que se iban a poner en marcha, y arrancó el motor.

Trataba de ir despacio, sin revolucionarlo, para no despertar a las que dormían, pero al poco de abandonar la ciudad Beatriz se asomó al pescante.

Rodaban por una carretera estrecha, escoltada por ejércitos de arbolitos débiles a un lado y otro.

–Mira –le dijo Barberousse, señalando el horizonte.

Y enseguida la niña se desperezó, mientras lo oía recitar, por encima del ronroneo del motor:

«Luna milagro.

Luna vigilante.

Luna perro.

Luna llena.»

Montenegro resbaló varias veces en la nieve tratando de alcanzar el burro y su carga. A cada pisada, iba dejando atrás los pasos de su amigo en dirección contraria, la frontera, los cadáveres de los guardias y de sus caballos, la mancha de sangre como un nuevo mapa del mundo; tropezaba en la prisa y caía de bruces sobre las huellas del animal.

Cuando lo alcanzó, quedaban unos cientos de metros antes de llegar a la aldea. La casa de las brujas se perfilaba como una criatura más de la naturaleza: piedra, chimenea, ojos de cristal. Las dos mujeres habían decidido esperar al animal sobre la nieve. Montenegro las vio verticales e inmóviles como dos estatuas heladas.

–Se quedarán al jumento pero tú te vienes conmigo.

Lo dijo en voz alta y se echó el saco al hombro. Miró hacia las mujeres, y le pareció que se habían movido hacia delante, quizá varios pasos. Habían gritado algo, eso seguro. Las veía a través de la cortina flotante de la nieve, y los copos silenciaban sus palabras, o al menos él no las entendía ni tenía la menor intención de hacerlo. Dejó que el burro continuara su camino y él tomó el suyo, en dirección al monte y a Urdax. Aceleró el paso todo lo que pudo. Siguió oyendo, cada vez más apagadas, las voces de las mujeres.

Un pensamiento más poderoso que la nieve había retrasado su marcha: volver tras los pasos de Manuel. *Sólo tiene que seguir las huellas*, se decía para consolarse, y luego murmuraba, dirigiéndose al saco de huesos que cargaba al hombro, «por tu culpa, padre, por tu culpa».

Lo depositó en el suelo y miró desde la linde del bosque, como habían hecho Manuel y él hacía aproximadamente un año: idéntica la casona al oeste del pueblo que se iba desperdigando sobre la pendiente nevada, salvo por una diferencia: había humo en la chimenea.

Montenegro comprobó que no había nadie en los alrededores y, desenfundando el revólver, corrió con el saco a cuestas hasta la casa. Empujó la puerta, cerrada, y la abrió con la llave que llevaba al cuello. La doble vuelta había sonado en la cerradura, áspera, y Montenegro pensó que tendría que disparar de inmediato, pero nadie se asomó por el pasillo. Al fondo, relumbraba en la pared el resplandor del fuego. Avanzó hacia él, despacio, y al entrar en el salón, los vio en el rincón más distante, mirándole en silencio, *asustados*. El hombre abrazaba por detrás a la mujer, y la mujer hacía lo mismo con el niño. Al verlos, Montenegro desistió de disparar pero todavía no bajó la pistola. *Tienen cara de enfermos, tienen pinta de tener puesta siempre la misma ropa, igual que yo.*

–Por dónde habéis entrado –preguntó.

–Por el patio, saltamos –dijo el niño.

–Nos dieron permiso –se apresuró a decir la mujer.

–Los guardias nos dijeron que no había nadie en la casa –dijo el niño.

–Cállate –dijo el hombre.

–¿Los guardias?

–Sí –dijo la mujer–. El techo de nuestra cabaña se cayó por el peso de la nieve, y pedimos permiso para venir a la casa de la señora.

–Mientras no volvieran los dueños –añadió el hombre, hosco, apretando los labios al acabar la frase.

Montenegro les indicó que se sentaran en el sofá que permanecía, igual que en su infancia, enfrente de la chimenea, con un sillón a cada lado. La última vez que los había visto ocupados fue mucho antes de la guerra: su padre, su madre, él mismo en una larga tarde sin palabras.

Ahora no paras de hablar, pensó Montenegro, dejando el saco sobre el sillón principal, el de mejor respaldo y brazos más anchos. *Toma tu asiento*. Y él se sentó en el sillón que fue de su madre, y se dispuso a escuchar, revólver en mano, la historia que la mujer ya había comenzado a contarle.

«Me llamo Ana.»

Montenegro asentía, quería creerlo. Aquella mujer greñuda y avejentada había sido la última compañía de la señora antes de morir. Estuvo viniendo durante los últimos años para hacer las labores del hogar, en las que empleaba horas interminables detrás del polvo de aquella casona prácticamente deshabitada.

–La señora no salía de su habitación. Yo le preparaba el almuerzo y se lo subía en una bandeja. Le dejaba en la cocina algo de cenar y me lo encontraba sin tocar a la mañana siguiente. La señora apenas hablaba. Me miraba y a veces sonreía siempre triste. Le cuento esto porque tiene usted algo suyo en los ojos, pero la cara es la misma de su padre.

Entonces tengo que mataros, se dijo Montenegro, mirando al hombre que lo escudriñaba, al niño, que bajó la cabeza, a la madre, *que acaba de sonreír al decir las últimas palabras revelando la belleza que resiste detrás de la suciedad*.

–¿Cómo sabes eso?

–Ella me enseñó el retrato de su padre muchas veces, y también el suyo. «Se fueron a la guerra –decía la señora–, algún día volverán.» Pero todos sabíamos en el pueblo que el padre de usted ya no podía permanecer en el mundo de los vivos. Habían pasado muchos años.

–Y del hijo, qué se decía –preguntó Montenegro mirando hacia el saco de huesos.

–Que se había ido a Madrid, que le mandaba a su madre cartas en la guerra, que no se supo más de él pero que, vivo o muerto, nunca podría volver.

–Cállate, Ana.

–Y tú, cállate tú –dijo Montenegro–. No dices nada salvo para mandar. ¿No tienes trabajo? Mira cómo tienes a tu familia.

–Estuvimos limpiando la chimenea –dijo el niño.

–Siempre ha habido ricos y pobres –dijo el hombre–. Trabajo en el campo, cuando no hay nieve.

–¿Al menos tienes tabaco? No, claro que no, ni para eso sirves.

Montenegro se levantó. *No tengo corazón para matar a un niño, ni a la*

mujer que cuidó a mi madre. Les dijo para engañarlos:

–Vamos a vivir juntos unos días, a condición de que nadie salga de la casa. Si alguien lo hace, pagará por ello. Y también pagarán los que se queden si alguno se marcha por su cuenta. ¿Entendido? Si cumplís esta regla, no os pasará nada.

Entonces guardó el revólver y los dejó hacer.

Ir al patio a por agua.

Hervirla en los fogones.

Les obligó a darse un baño caliente y les ofreció la ropa que había en los armarios.

Había llevado el saco de huesos al cuarto de su madre y lo había dejado sobre la cama, diciéndole:

–Pídele perdón.

Había crujido el armazón de cobre. Y la mesita con misales y el rosario de cuentas negras correspondieron con su silencio.

También Montenegro tomó un baño, en presencia del niño, al que usó de rehén:

–Tú me ayudarás. Prefiero que seas tú, mejor que tu madre, para que tu padre no se enfade.

Y dejó que le enjabonara la espalda, sin apartar la mirada del revólver, que continuamente permanecía a su alcance.

Ana preparó una cena con las pocas provisiones que habían traído y volvieron a la chimenea para comerla: un puré de patatas que a Montenegro le supo a gloria. Había un vino agrio que él ordenó calentar mezclado con agua, y lo bebieron los cuatro, y cuando el calor les había subido a la cabeza, Montenegro les dijo:

–Había prometido no volver a beber pero limpios parecéis otros, y eso hay que celebrarlo. Me caéis bien, habéis tenido suerte, habéis traído vino, falta el tabaco. En unos días me iré, ya no quiero vivir en España. Tengo una novia en París que me está esperando. Podré dedicarme a la lectura, escribiré mis memorias, cultivaré el espíritu. Ahora tendré oportunidad de regenerarlo. Durante todos estos años, no he hecho más que perderlo en el laberinto de la guerra. Escucha, niño, ninguna guerra vale la pena si eres español. Si tienes la

suerte de ser inglés o francés, una vez que ganas a los malos tienes un país decente para vivir. Pero si eres español, no te quieren en ninguna parte. Y si te vuelves a tu tierra, tampoco puedes quedarte, porque los malos ganan aquí siempre. Ponen cara de buenos, incluso puede que se esfuercen en serlo, pero en cuanto pueden se lo vuelven a quedar todo para ellos. Dentro de unos días me iré, pero antes te voy a regalar una cosa siguiendo el ejemplo de mi abuelo. Dime tu nombre completo.

Y el niño repitió su nombre y añadió los apellidos, que Montenegro, sacando de su mochila cuaderno y lápiz, copió con letra rápida y alimentada por el vino, en redacción engolada y oferente: «A falta de hijos, te nombro heredero de todos mis bienes, que principian en la puerta de esta casa y ultiman en el humo que sale por esa chimenea. Y lo firmo para que conste en Urdax, el 9 de diciembre de 1945».

–Anda, toma. Y ahora a la cama.

Y los siguió escaleras arriba, sin atender las palabras de agradecimiento de los padres, obligatorias y desconfiadas, las preguntas sobre la posible legalidad de aquel papel que solamente la madre sabía leer a medias. Montenegro recuperó el saco y los invitó a que durmieran los tres en la cama de matrimonio.

–Yo dormiré en mi cuarto de toda la vida.

Toda la vida, que te crees tú eso. Y bajó de nuevo al salón. Sentado ante el fuego, aguardó a no oír ruido alguno. Entonces fue al patio y, con la linterna, encontró la herramienta que buscaba. Regresó al salón. Se abrigó, se echó la mochila a la espalda y el saco al hombro, y miró los dos sillones vacíos, en cuyo cuero oscuro se reflejaba el último fuego del hogar. *Hasta nunca,* se dijo, y salió de la casa por la misma puerta que había abierto aquella mañana, pero esta vez dejando la llave puesta en la cerradura, *sólo me llevo una herencia: la pala para cavar.*

Dio la vuelta a la casa. Había luna en la noche. La nieve se había congelado, y Montenegro se resbaló un par de veces mientras se orientaba hacia el camino del cementerio. *Encenderé la linterna cuando sea imprescindible. Me fumaría el bosque.* Las luces tenues de Urdax le servían de orientación.

El padre del niño había oído la puerta al cerrarse y ahora vigilaba desde la ventana los pasos de Montenegro bajo la luna. Se fijó en la dirección que seguía, se vistió y abandonó la casa.

El cementerio, muy pequeño, pronto había mostrado a Montenegro la tumba de su madre. Enfocó la inscripción con la linterna y luego la apagó. Sólo tuvo que hacer palanca para desplazar la lápida. Fue mucho más fácil y rápido de lo que esperaba. Se quedó mirando la negra boca. *Hola, madre, te traigo a papá.* Y arrojó el saco de huesos sobre el ataúd. Montenegro identificó de inmediato el sonido de la madera. *¿Eso es lo único que dices, padre? ¿Así suena el regreso?* La mente de Montenegro se iluminó de pronto, y en ella vio el rostro desolado de su padre. *Es una linterna.*

Le estaban enfocando por la espalda.

–Alto –oyó.

Desenfundó el revólver y trató de girarse, pero antes de lograrlo los disparos le hicieron perder el equilibrio y caer en la tumba abierta. Sintió el pinchazo de los huesos de su padre en la espalda, y cómo su peso quebraba el ataúd, y empujaba el saco hacia el interior que se resquebrajaba, donde él mismo caía, *al fin juntos los tres.*

Abrió los ojos sobre el cementerio de Urdax, cernido en el aire como una rapaz nocturna. Como ellas, podía ver claramente en la oscuridad todo aquel territorio de caza. Dos guardias civiles habían sacado su cuerpo de la tumba, *Montenegro soy él,* y en ese instante le registraban los bolsillos. Detrás, a medio camino entre el cementerio y la casona, regresaba bajo la luna el hombre con quien había tomado vino *esta misma tarde hace infinito, y en la mano lleva las treinta monedas de plata.* Desde dentro de la tumba, de pie sobre el saco de huesos, le hizo señas la figura de su padre. Enorme, cubierto con harapos, los ojos vendados con un trapo blanco. *No pude salvarte, hijo mío.*

–*Dónde está mi madre.*

–Dejó este mundo y el mundo que está detrás del mundo.

–Tú también puedes hacerlo, padre. Has regresado a casa. Yo te he traído, eres libre. En esta tumba debe de estar la puerta que usó ella.

–Te equivocas, hijo mío, me queda todavía todo tu camino.

–Eres tú el que te equivocas. Me queda algo por hacer.

–Está muerto.

Montenegro identificó una de las voces de los guardias civiles. Sintió frío, sintió la tierra en su espalda, un dolor que se abría en su pecho como un géiser. ¿Veía? Trató de abrir los ojos y, ahora sí, completo, vio el velo opaco de la noche.

El cielo se había despejado de pronto. Bajo la luna, dentro del bosque, en la ladera inclinada, los torrentes arrastraban la tierra. Manuel vagaba por un monte y otro en busca de su hija, corría en un territorio confuso, intrincado, Ringo de pacotilla, ridículo Melody empapado en el pinar, sin saber adónde dirigirse y sin música en los labios. Pero no podía detenerse. Corrió en línea paralela a un barranco. Tropezó con una rama atravesada, sin caerse, pero chocó contra un tronco golpeándose el brazo herido por la bala. El dolor le nubló la vista. Había perdido el cabestrillo que le había preparado Montenegro. Un pájaro abandonó el árbol y salió a la noche abierta, chillando sobre el bosque. Beatriz, gritaba. Y respondía el barro que seguía empapando las botas de Manuel. Y le respondía la oscuridad que, agazapada en el bosque, le iba mordiendo cada paso. Manuel llegó a una cañada sobre un riachuelo que bajaba furioso; entre la espuma, sobresalían algunas rocas brillantes en la claridad lunar. Tendría que cruzarlas o volver a subir. Se dejó resbalar por el talud. Saltó a la primera roca.

Se confundía con el rumor, cantaba cuando presos pasamos tus ríos, allí nos asentamos a descansar. Sollozaba la montaña en el arroyo desbocado entre las rocas. Tronaba en el oído de Manuel, tendido al otro lado de la orilla de matorrales, adonde había logrado arrastrarse después de resbalar sobre una roca y golpearse en la frente. El frío le empujaba a desaparecer. Empapado, sangrando por la herida que se le derramaba sobre los ojos. *Voy a morir. Todo es río. El arroyo. La mente. La canción.* Arriba el bosque apuntaba con

sus torres hacia la nada. Había llegado de nuevo a Babilonia. Lo acompañaba Ringo. Nunca lo había visto tan derrotado. Ringo colgó el revólver en la rama de un sauce y después se rompió él mismo los pulgares golpeando la mano contra el tronco. Manuel lo quería imitar, abandonar de una vez, pero cuando lo intentaba su hija lo cogía de la mano y lo acompañaba hacia el umbral del desierto: «Mira, papá, detrás de las arenas está el rancho». La escena se repetía con la misma cadencia con que la corriente golpeaba en las rocas. «Vamos, Manuel, despierta.» Alguien lo zarandeaba. «Despierta de una vez, Quemamonjas.»

Manuel abrió los ojos. Sentía el calor que le caía por la frente, lenta, débil sangre, y vio la noche helada, el río que también caía de arriba y le lavaba las heridas.

–Espera, te daré de beber –era la voz de Montenegro.

Todo era agua. Bebió aquel trago y lo odió.

–¿Beatriz?

–Vamos a buscarla –dijo Montenegro.

Manuel sintió cómo la fuerza de su amigo lo incorporaba y le ayudaba a caminar. Él no veía, pero Montenegro lo guiaba en el camino. Llevaba una luz en la mano, *o él mismo es una luz*.

–Eres un pupas, un plasta, un desastre –dijo Montenegro–, así que esfuérzate, estás a punto de terminar tu viaje. ¡No digas que es imposible!

Caminaron poco tiempo y Manuel vio un cristal iluminado, la silueta de un muro en un claro entre los árboles.

–¿Dónde está mi hija, está aquí? –logró decir Manuel.

–No te preocupes, está bien, mucho mejor que tú, siempre enfermo, siempre una calamidad, siempre un maldito superviviente.

Manuel golpeó la puerta.

Asomó un candil en la ranura y a continuación una voz de mujer en esa lengua que venía de muy lejos.

–Lleva días durmiendo.

Manuel oyó la voz antes de ver la claridad que entraba por la ventana.

Distinguió la figura de un niño en el umbral de la puerta, que desde allí lo observó un instante, antes de salir corriendo.

Manuel tardó en encajar sus recuerdos con aquel nuevo decorado: la ventana de madera con cortinas, las vigas del techo, la pared empapelada con caballitos de mar, un arco y unas flechas arrojadas en un rincón de la habitación.

Estoy en territorio indio. Ringo, al final te salvaron los comanches.

En ese momento, entró una mujer. *Es más vieja que Dallas pero también es rubia. Tiene preocupados ojos azules.*

–Le traigo algo caliente –dijo ella en francés depositando un cuenco humeante en la mesilla de noche.

Manuel se incorporó en la cama. Era un idioma que entendía bien y que hablaba mal después del largo viaje, con palabras sueltas, justamente como los indios de las películas.

–Mi amigo –dijo Manuel.

–Bébase el caldo –contestó la mujer sentándose al borde de la cama y poniéndole el cuenco en los labios.

–Un hombre –dijo Manuel.

–El único hombre que ha habido en esta casa antes de usted se fue a la guerra y no ha vuelto. Las raras veces que llaman a la puerta pienso que es él. Por eso le abrí a usted la otra noche y le dejé entrar. Su aspecto daba miedo.

–No venir solo.

–¿Espera a alguien más?

Manuel negó con la cabeza, *no es eso lo que quiero decir, pero está ella también*, y luego asintió:

–Mi hija.

Se oyó una risa y miró hacia el pasillo con tiempo de ver al niño, que lo estaba espiando, y luego se había escabullido.

–No ha venido nadie más –dijo la mujer, apremiándolo con las manos a que bebiera el caldo.

Sus manos transmitían calidez y aspereza, *trabajo, abandono, y los dos lados del cariño, entrega y ausencia.*

–Toulouse –dijo Manuel, después de un sorbo que le llenó de un calor

maravilloso, *como si el mismo Dios se hubiera aparecido dentro de mi estómago.*

–¿Va usted a Toulouse?

Manuel asintió otra vez:

–Mi hija y yo.

La mujer se levantó de la cama, con el cuenco en las manos, y se dirigió a la ventana. Miró el azul en los claros de nubes que abría y cerraba el viento.

–Puede ir desde Bayona cuando se recupere. No está lejos –dijo, de espaldas.

Manuel volvió a asentir, mirándola: la falda larga sobre el cuerpo delgado, *magro de no parar, recoge leña, cultiva verduras, gallinas, un hijo,* el pelo ya canoso recogido en una trenza, la nuca descubierta, *un hueco sin caricia.* Cerca de sus pies, permanecían el arco de los indios y las flechas fabricadas con palos, afiladas a cuchillo, investidas de una tensa inmovilidad.

Mi hija me espera como esas flechas. Salvo que yo haya muerto, tú seas la verdadera Dallas y éste sea nuestro rancho.

Otra vez 24 de diciembre. Hace un año él se despidió con una carta. Me despido del futuro. Voy al pasado, dijo, y ahora ha regresado lo que ha encontrado en ese mundo. Son las tres y media de la madrugada y no puedo dormir. Me siento el corazón desbocado. Te oigo, corazón o tiempo, porque late más rápido que un segundero. Hace frío y tengo calor, quizá mi diario pueda calmarme, estas páginas donde apunto el estado de mis pacientes, sus mejoras y recaídas, donde apuntaba las de él. Ahora la paciente soy yo. Tengo que escribir: María Gómez, mujer, 42 años, insomnio por estado de ansiedad. Causa: el ingreso en el hospital Varsovia de una niña, española como todas, exiliada como todas, pero a diferencia de las demás ha cruzado sola la frontera en el invierno. Una diferencia más: es la hija de Manuel Juanmaría. Ha venido enferma de gripe, con tos y fiebre, muy débil después de varios días de mala alimentación en una caravana de circo, que la ha traído hasta Toulouse. Ha preguntado directamente por mí. Por lo visto, Manuel le dijo que lo hiciera así. La niña se ha abrazado a mí y he podido sentir el calor de su fiebre. Tiene los ojos y la boca de Manuel, me he quedado helada al verla.

Las dos camas seguían disponibles en la sala que hemos reconvertido en pabellón de mujeres este septiembre, después de que se murieran los pacientes terminales. Las dos camas estaban libres, esas mismas camas, al lado de la chimenea en cuya repisa permanece la novela que les leía el americano. Suelo reservarlas hasta el último momento, como esperando el regreso de los dos hombres que se marcharon a España en busca de una mujer. Me lo acabó contando el Profesor una noche en que me invitó a su

años de contrabando. Y hoy he acostado en la de Manuel precisamente a su hija. Se desconoce el paradero del padre. Según me ha dicho la niña llorando, se quedó a un paso de la frontera en un tiroteo con alguien que los perseguía. Le había pedido que corriera y ella obedeció. No sabe si está muerto. Le he tenido que inyectar un calmante. También a mí misma tendría que haberme sedado. Voy a hervir agua para tomar una tila. Ya son las cuatro de la mañana.

La taza tiene el asa rota. Todo está roto en este tiempo. Las familias están rotas y no es posible el amor. La posguerra es el lugar de las heridas. Nuestra prioridad en el hospital es tratar de curar las heridas físicas. Somos minuciosos en eso. Llenamos todas nuestras horas con ese trabajo. El cuidado de cada enfermedad, tuberculosis, sífilis y, hasta hace un año, extracciones de metralla, es la razón de que no pensemos en las heridas invisibles, tan profundas que no se pueden curar. No las alcanza el bisturí. Yo me enamoré de Manuel. Es la primera vez que lo pongo por escrito. Me enamoré de esa parte invisible que en él era algo más que dolor. Amé su extrema fragilidad. Necesitaba fortalecerla, redimir en él la desgracia que todos hemos vivido en estos años, y que habrían padecido mis propios hijos, en el caso de haberlos tenido. Me resulta imposible creer, aceptar que esa fragilidad cruzara la frontera, atravesara España y regresara hasta Francia con una niña. ¿Y la mujer que había ido a buscar? No he sido capaz de preguntarle a su hija. Por lo que me ha contado, les ha acompañado Montenegro, y también se quedó en el tiroteo. No debería estar escribiendo sobre ellos. La policía nos presiona, nos vigila, nos pone dificultades. Pero no van a registrar mi casa ahora mismo. Necesito escribir para calmarme. Ya siento pesadez en los párpados. La tila humea en la taza. Son casi las cuatro y media. A las siete tengo que estar en pie para ir al hospital. Me temo que llegaré tarde. Lo primero que haré será ir a verla. Quiero hablar con ella. Me gusta lo que he visto en su rostro, aunque la pobre ha sufrido mucho. Es muy guapa. Y tiene algo que dan ganas de abrazar, como su padre, pero es algo mucho más vivo y brillante. Ojalá no lo hayan metido en la cárcel en España. Eso sería lo peor. ¿Peor que lo asesinen? Pero también aquí lo han podido arrestar. Este gobierno está cooperando cada vez más con Franco. No lo dice, pero lo hace.

Le tiene miedo al comunismo. Y ahora todos somos sospechosos. Si no fuera por Barsky y los americanos de la asociación, nos faltarían instrumental y medicamentos.

Ya no me siento tanto el corazón, late más despacio y me está entrando un poco de frío. En unos minutos podré irme a la cama. La tila hace efecto. En cambio, me costará mirarla a ella a los ojos. Hace tanto que lo di por muerto. Me esforcé en olvidarlo como a tantos otros hombres que se curaron en el hospital y luego se marcharon. Pero es como si hubiera resucitado con la presencia de esa niña. Curarla es volver a curarlo a él. Amarla es amar lo único de él que permanece. ¿Y si no logra regresar, que haré con ella? Se llama Beatriz. Mejor no pensar en ello. Ya tenemos suficientes problemas. Encuentro muy preocupado a Torrubia. Hoy me ha invitado a pasar la Nochebuena en su casa. Déjate querer, me dice, por mí o por otro, pero déjate querer. Tuve esa fantasía con Manuel, una fantasía que ahora me parece tan débil y tan poca cosa como la espuma que arrastra el Garona. Pero después de que él se fuera, es como si no me pudiera dejar querer por nadie, salvo por el vacío. Y como si ese vacío me diera a mí, a cambio, fuerza para querer a mis pacientes. Es algo extraño, pero así sucede. Estoy sola dentro de mí y esa soledad me permite acompañar a los enfermos del Varsovia. Dicho así resulta más sencillo. Son ya las cinco de la mañana. Me quedan sólo dos horas de sueño y mucho por hacer. Si yo tuviera un rancho sería para ti, me dijo Manuel en su carta. Un rancho es un lugar que aguarda en el futuro, me lo sé de memoria, pero debo avanzar hacia otro que aguarda en el pasado. Manuel cumplió su propósito. Ahora ese pasado es mi responsabilidad presente. Y me espera en el hospital.

Beatriz se encoge de costado sobre la cama y mira la chimenea, sabiendo que todo sigue sin suceder, y que vendrán acontecimientos impredecibles a buscarla, a sacarla de aquel lugar para conducirla a cualquier otro, como había ocurrido en su vida desde que apareció su padre. Ayer le dijo la doctora que él se había curado sobre esa misma cama y que ahora le tocaba curarse a ella. Y que en la cama de al lado se acostaba Montenegro. Beatriz siente las sábanas, el calor de las mantas. Monteperro le cae muy bien. La niña tiene los ojos cerrados. Sus párpados suaves traslucen los capilares.

Vuelve, volved los dos, yo soy una niña y no puedo ser la más fuerte. Volved los dos, vuelve, papá, por favor, no seas así, Estelle, Barbarroja sí que era fuerte, venid también, vamos a vivir todos juntos en este hospital que se llama Varsovia.

Beatriz abre los ojos y deja escapar una lágrima. En la chimenea arden troncos nuevos. Se mueve una enfermera entre las camas, ocupadas por mujeres de todas las edades, aunque abundan las mayores. Unas convalecen después del quirófano, otras apuran bacterias, incuban virus, y alguna está a punto de parir.

Beatriz es la única niña. Tiene los labios muy rojos, cortados por la intemperie de los días pasados. La sangre invisible se agolpa debajo de esa piel y trata de murmurar un nombre. La sangre viene despacio, no tiene prisa en dejarla hablar, son hilos que han escapado del corazón que revuelve todas las aguas, es un gran remolino de sístoles y diástoles, donde se mezclan el amor y la pérdida, la fortaleza y el desamparo, la esperanza y la rabia y la curiosidad, que se reparten por venas y capilares y llegan a esos labios

pequeños, y los impulsa a pronunciar, despacio y en voz muy baja, una palabra que ruega, una invocación a su padre.

Podría ser que esa palabra, ya en el aire, se alzase sobre la cama de Beatriz y del resto de las enfermas. Podría ser que se elevara hasta el techo y, antes de rebasarlo, viajara por las dependencias del hospital: la sala de los hombres encamados, el quirófano vacío pero latente; el despacho donde Torrubia escribe una carta para Edward Barsky reclamándole más ayuda; la habitación donde María Gómez, recién llegada, se viste con la bata de médico.

Y la palabra que ha pronunciado Beatriz penetra en el yeso del techo, y pierde la luz en la atmósfera del desván, poblada de cajas donde se apilan libros que también se exiliaron de la guerra, y duermen dobladas banderas de la República, uniformes abandonados por sus propietarios después de curarse o de morir en el hospital, objetos personales que no encontraron ni a sus dueños ni a otras personas, los ojos de un gato que ha entrado por el ventanuco en busca de un ratón.

La palabra se libera por encima del tejado. Toca el aire exterior, se desplaza en él cautivada por el sonido que viene de la calle. Atención: no es el río, ni el murmullo de la ciudad, ni las conversaciones que suceden dentro de las casas, ni los vehículos que ruedan sobre asfalto y gravilla. Es mucho más cerca. Es un silbido que está entrando en el patio del hospital. La palabra de Beatriz se tiende hacia esa música, y la rodea, y se deja caer por ella como por un hilo hasta la boca del hombre que silba y que camina, largo, desgarrado debajo de su sombrero.

La palabra cruza sus dientes, se desliza en el canal de su lengua, donde vibra la letra de la canción, no pronunciada sino en el pensamiento. Y baja por su garganta y se expande como un estallido de luz en los órganos que impulsan el caminar apresurado; las letras se desperdigan en las células que segregan enzimas, líquidos y nombres propios: Beatriz, el primero de ellos, y luego María, Ángeles, Magdalena. Montenegro. La invocación de la niña se funde dentro de cada núcleo celular y ya circula por las venas del hombre que aprieta el paso, nervioso, al cruzar la entrada, sin dejar de silbar para que escape el ansia.

Es ese sonido el que viaja ahora: va avanzando en el espacio pero permanece unido al aire que lo ha impulsado desde los pulmones que respiran preguntas, demandas imperiosas que dentro de unos segundos por fin serán saciadas. El sonido destella en la penumbra del pasillo y va encendiendo imágenes: un río en una ventana, caballos por el techo, arenas del desierto en el umbral de las puertas.

El silbido dobla una esquina y encuentra la sala donde las mujeres todavía no se vuelven hacia él. Cada una sigue, durante un instante, distraída en sus pensamientos. Sólo Beatriz, que ha cerrado los ojos y se ha hecho un ovillo en la cama, nota algo: un leve picor en la oreja, un cosquilleo en la garganta y en los labios, que hace poco han pronunciado una palabra y ahora se arquean en acelerada sonrisa.

Nota del autor

Esta narración con espíritu de cuento es un homenaje al esfuerzo de un buen puñado de perdedores, que sin embargo ganaron el mundo para los que vinieron después. También debe su inspiración al género que marcó las aventuras imaginarias de mi infancia: el *western*, y muy concretamente a algunas películas: *Centauros del desierto*, *La diligencia*, y *Tres padrinos*, de John Ford y *El caballero del Oeste*, de Stuart Heisler. Aquí es obligatorio nombrar a mi padre, Ernesto Pérez Soler, que me inició en este cine (y en cualquier otro) y que me enseñó con su ejemplo que la entereza de los héroes puede ser también parte de nuestra compleja y contradictoria naturaleza humana. Alguna historieta incluida en estas páginas se la debo a su impresionante memoria.

La Strada de Fellini me acompañó al final de una novela que nunca aparta la mirada de un blanco y negro de posguerra. Algunos clásicos mil veces pronunciados van a volver a pronunciarse ahora: Valle Inclán, Cervantes, Potocki, Shakespeare y Bécquer. En esta ocasión hay que añadir a Antonio Machado, mi Virgilio en la frontera, y a valiosos escritores que fueron voluntarios en nuestra guerra civil: Johan Brower, Milton Wolf y Onetti (que al final no consiguió venir y gracias a ello pudo escribir su obra). Entre ellos, Max Aub y Howard Fast tienen una participación especial en la primera parte de esta novela.

Un agradecimiento intacto para los héroes perdidos de la Nueve, a los cuales he admirado gracias al libro de Evelyn Mesquida. Y, si se puede cruzar el tiempo, para todos los médicos que nos curaron en el hospital Varsovia de Toulouse, comenzando por Edward Barsky (algunas de sus

palabras se reproducen con fidelidad), Josep Torrubia, María Gómez, y los que no pudieron entrar en esta ficción pero sí en la leyenda.

Últimos agradecimientos: para José Luis Molina, que me contó la historia de su abuelo, el soldado rojo, y para el pianista Bill Carrothers, cuyo álbum *Civil War Diaries* me inspiró cierto tono de esta novela. Eduardo Calvo me ayudó a afinar la puntería.

Dos canciones me alentaban en las pausas de la escritura: «The Searchers (Ride Away)», de *Centauros del desierto*, y «River of No Return», de la película de Otto Preminger, en la voz conmovedora de Marilyn Monroe.

Índice

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Nota del autor